Lorenzo
Silva

La marca del meridiano



PREMIO PLANETA 2012

AE
&I

Esta novela obtuvo el Premio Planeta 2012,
concedido por el siguiente jurado: Alberto Blecua,
Ángeles Caso, Juan Eslava Galán, Pere Gimferrer,
Carmen Posadas, Rosa Regàs y Emili Rosales.

Para Noemí, mi mar de Barcelona

ADVERTENCIA USUAL

Como de costumbre, los lugares que aparecen en este libro están inspirados, siempre con cierta libertad, en lugares reales. Algún personaje, y alguno de los hechos narrados, se inspiran también en sucesos reales, pero con idéntica libertad en su recreación. El relato que sigue ha de considerarse, por tanto, fruto de la invención del novelista y no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

Del noveno grado del signo de Tauro es la piedra a que dicen *zumberie*, y en latín *esmeri*. Su propiedad es comer todos los cuerpos de las otras piedras. Y los maestros adoban las que son preciosas con esta piedra, molida sobre tabla de cobre, o de plomo, o de algunos fustes señalados que son para esta maestría; y tajan de ellas lo que quieren, o las horadan, ca no ha piedra que le pueda defender sino el diamante solo.ALFONSO X, *Lapidario*

CAPÍTULO 1

UN AFÁN PARTICULAR

No era el momento ni el lugar, pero vio la ocasión y eso es algo que una mujer no desaprovecha nunca. Tan pronto como el guardia Arnau enfiló hacia los aseos de la gasolinera, la sargento Chamorro se dio la vuelta y, mirándome como si quisiera fulminarme, me espetó:

—Tú te estás guardando algo.

Cuando una mujer le arroja esa sospecha a un hombre, se trata de algo más que él y ella (Chamorro y yo, en este caso) retándose a cuenta de algo que el varón debería haber revelado y ha preferido ocultar. Es la oscura ciencia acumulada por millones de mujeres desde el principio de los tiempos, frente a la culpa no menos sombría alimentada por millones de hombres desde más allá de lo que se guarda memoria. Porque un hombre siempre oculta algo, siempre lleva a cuestas algo que preferiría no haber hecho o dicho o sido, y una mujer siempre tiene un sexto sentido que le permite olérselo, y el descaro o la temeridad o lo que quiera que haga falta para exigirle que lo confiese. Porque los actos de los hombres son a veces como la espuma, que sube y baja con la misma facilidad, y sin demasiado motivo, mientras que los actos de las mujeres, que no por eso son menos perniciosos cuando toca, tienen que ver con algo que llevan agarrado al vientre y de lo que no abdican jamás, así las fusilen o las quemen en la hoguera. Eso les permite pedir cuentas con la fiereza con que nos las piden, y eso, que no entendemos y en el fondo le repugna a nuestra razón práctica, nos impide a los hombres aceptar el deber de rendírselas. No pretendo que nada de lo dicho tenga la menor validez científica. Estoy dispuesto a retirarlo todo, a desecharlo como una de esas generalizaciones necias con las que tratamos de reducir, sin éxito, nuestra perplejidad ante nuestro propio comportamiento y el de nuestros semejantes. Pero a mí me ayuda a comprender por qué, aunque sabía que ella sabía y que aquello no iba a mejorar las cosas, decidí escurrir el bulto y responderle:

—Perdona, no sé de qué me estás hablando.

Chamorro, frente a otras con las que había tenido que relacionarme, era una

mujer templada y serena. No había alzado la voz antes, ni la elevó lo más mínimo para hacerme notar su decepción:

—Rubén, no me chupo el dedo. Y te conozco como si te hubiera parido. Hay algo que no me has contado y que sabes que deberías contarme. Puedes ocultárselo a él, pero a mí no. No te lo consiento.

Andábamos juntos desde hacía casi quince años. La apreciaba, como persona y como profesional. Y, además, iba a necesitarla en los días venideros. Tenía, pues, unas cuantas razones para dar mi brazo a torcer. Pero no lo hice. En vez de eso, y abandonando la estrategia inútil de hacerme el idiota, sostuve su mirada y me planté ante ella.

—Lo que hay y me guardo es cosa mía y si me lo reservo es porque creo que puedo hacerlo —le expliqué—. Puede ser relevante, y puede que no lo sea. No tengo por qué contártelo, ni a ti ni a nadie, si no es imprescindible. Y muy bien podría no tener que contarlo nunca. No lo sé y, mientras no lo sepa, mi deber es guardar discreción.

Una mueca escéptica se adueñó de su semblante.

—¿Tu deber? ¿Estás seguro?

—Mi deber, sí. Hay ocasiones en que uno tiene varios al mismo tiempo. Y cuando uno se ve en una de ésas, lo que le corresponde es intentar cumplir con todos, aunque parezca imposible.

—No sólo lo parece. *Es* imposible.

—Veremos.

Su gesto se aflojó levemente.

—Estoy enfadada, como te puedes imaginar, pero, más todavía de lo que me enfada, me duele tu desconfianza. No la merezco.

—En eso tienes razón. No la mereces. Lo que te prometo es que no dejarás de saberlo, si es que llega a hacer falta que lo sepas.

Volvió a endurecer la expresión.

—No esperes una medalla. Entonces no tendrá ningún mérito.

En eso, regresó Arnau. Venía sacudiéndose las manos.

—No funciona la máquina secadora.

Reparó en nuestro silencio, y en la tensión inusual que se palpaba entre ambos. Con la ingenuidad de la juventud, preguntó:

—¿Pasa algo?

Chamorro se levantó y se encaminó hacia la salida.

—No, no pasa nada —dijo, sin volverse.

Me quedé pensando, acaso arrepintiéndome, mientras la veía irse. Aunque ella llevaba las llaves del coche, no me di prisa, porque sabía que nos esperaría lo que fuese necesario. Para Chamorro el deber, incluido el más fastidioso, no tenía nada de opcional. Saqué la cartera y pedí la cuenta. Un billete de cinco cubrió los tres cafés y una propina mínima. Cuando eché a andar, Arnau repitió su pregunta:

—¿Qué pasa?

Lo miré como se mira a los niños cuando, por descuido o por alguna desafortunada coincidencia, llegan a enterarse de que los padres están discutiendo. No me esforcé en reaccionar de manera diferente a la que dicta la convención en esa desairada coyuntura doméstica.

—Nada —dije—. No pasa nada. Vamos.

Pero claro que pasaba, y ni al joven Arnau, ni a la conductora de ceño fruncido que nos esperaba al volante del coche, ni a mí, que trataba contra toda evidencia y contra toda lógica de obligarme a creer que aquél podía ser un trabajo como cualquier otro, se nos escapaba que un ambiente así no era el más propicio para hacer lo que teníamos que hacer. Si yo no hubiera sido yo, tal vez habría buscado un atajo para restablecer la armonía, quizá incluso renunciando a mis posiciones anteriores, pero me faltaban menos de dos años para cumplir los cincuenta y llevaba ya veinte investigando homicidios. Era un viejo zorro, y los viejos zorros saben esperar a que escampe. Incluso cuando en el cielo los nubarrones se vuelven cada vez más negros.

Por aquellos días, y después de una temporada en la que me había dejado arrastrar varias veces a una desazón peligrosamente colindante con la tentación de pedir la baja en el Cuerpo, atravesaba por un periodo de llamémosle resignación filosófica. Mi hijo había empezado la universidad, lo que me hacía vislumbrar una posibilidad de que algún día fuera independiente (incierta, con un paro juvenil del 50 por ciento, pero mi chico era listo y esperaba que se colase en el otro 50). Después de haber soportado no pocas estrecheces económicas, tras el tsunami de un divorcio con el desahucio de rigor, y sin más recursos para afrontarlo que un modesto sueldo de funcionario, me faltaba poco para terminar de pagar la hipoteca de mi piso. En un país con cinco millones de desempleados, y otros tantos uncidos a un empleo precario, a un salario miserable o a las dos cosas a la vez, no dejaba de ser un privilegio disfrutar de una pobreza moderada y garantizada por los impuestos de todos los ciudadanos. Y en aquel trabajo, a fin de cuentas, no me

quedaba mucho que demostrar: ya sabía lo que daba de mí, para bien o para mal, y los demás también lo sabían. No tenía grandes ambiciones, ni esperaba más ascensos que los que me tocaran por antigüedad. Procuraba hacer mi tarea lo mejor que sabía, distraerme con ella cuando era factible y no tomármelo demasiado a pecho cuando algún asunto venía de través o terminaba de mala manera. Tal vez habría sido mayor mi filosófica conformidad si hubiera encontrado a alguna mujer caritativa que me soportara regularmente y me ayudara a atenuar la pendiente de la existencia, pero eso también habría podido servir para todo lo contrario, y tampoco dejaba de recibir, con razonable irregularidad, el regalo de la compañía femenina.

No era mucho, pero era consistente. A partir de cierto momento, se trata de eso, más que nada. He tenido, por una variedad de circunstancias, la oportunidad de conocer a personas que con una edad descubren de pronto que no tienen donde apoyarse y empiezan a perder pie, para no dejar ya de perderlo hasta desembocar en el desastre. Por eso he aprendido a ser agradecido con lo que tengo, y a no llorar por lo que pudo haber sido y no fue. En lugar de iluminar a mis semejantes con el faro de mi sabiduría, he acabado usando mi pobre linterna para deshacer las sombras que llevan a algunos a creerse autorizados a disponer de la vida de otros. No es la más envidiable ocupación en la que puede uno consumir sus días, pero, con la perspectiva que me da el tiempo, veo que el itinerario podría haber sido bastante peor.

Aquel día, en particular, había comenzado con los mejores auspicios. Acabábamos de cerrar un par de casos y podíamos dedicar todo el tiempo a repensar con tranquilidad alguno de esos otros que teníamos en punto muerto desde hacía meses, una labor relajada que cuando daba algún fruto tenía el sabor reconfortante de lo inesperado. Además, aquel otoño estaba siendo de lo más benigno, una sucesión de días tibios y soleados a los que daba gusto asomarse. Para redondearlo todo, se me había dado bien la combinación de metro y había fichado antes de la hora. Y hasta ahí llegaron las buenas noticias.

La mala, la que nos iba a poner en camino una vez más, me la dio Chamorro, que estaba ya en la oficina, a guisa de saludo:

—Han matado a un subteniente en la reserva. En Logroño.

—¿Cómo?

Tenía una razón para el asombro. Hacía mucho tiempo que los habituales asesinos de subtenientes en la reserva no actuaban. Los rumores, y también la información que manejaban nuestros compañeros dedicados a combatir a aquella gente, con quienes compartíamos edificio, apuntaban de hecho al inminente

abandono de la lucha armada por parte de los cuatro gatos que seguían en condiciones de mantenerla, tras los sucesivos descabezamientos de la organización. Chamorro intuyó por dónde iba mi extrañeza y se apresuró a aclarar:

—No, no parecen ellos. O eso me ha dicho Pereira, que ha llamado preguntando por ti hace diez minutos. Te espera en su despacho tan pronto como asomes las legañas, lo cito literalmente.

—Joder, Vir, he llegado diez minutos antes de la hora.

—Eso explícaselo a él, yo estoy a tus órdenes.

—Detesto a la gente que se las da de puntual. Y más si tiene chófer.

—No he oído nada.

Tres minutos después estaba en el despacho del coronel Pereira. No se entretuvo con muchos preámbulos. Me pidió que diera la vuelta a su mesa y me señaló con el dedo el monitor que había sobre ella.

—Acaban de pasármela. Juzga por ti mismo.

Una fotografía así no debería poder sacársele a nadie. La imagen me pareció atroz, sin paliativos. Haciendo un esfuerzo, me las arreglé para dar con el único detalle que suavizaba algo el horror: la víctima no se había orinado en los pantalones. En un vano intento por escapar a la negrura que se me había tragado de un bocado el corazón, me aferré a este descubrimiento para poner en palabras una conjetura:

—Lo colgaron después de muerto.

—La autopsia nos dirá, pero eso parece —asintió el coronel Pereira, con la mirada fija, como yo, en la pantalla de su ordenador.

Uno, en este mundo desquiciado en el que nos ha tocado vivir, está más o menos habituado a ver cadáveres suspendidos de la baranda de un puente: en los últimos años, fotos similares nos han llegado a menudo desde lugares tan remotos, de nosotros y entre sí, como México e Irak. A algunos, por nuestro oficio, nos ha tocado además ver de cerca a más de una persona colgada por el cuello. Lo que uno no suele estar preparado para asumir es que el puente en cuestión se encuentre a tres horas de coche. Y lo que se le hace demasiado a cualquiera, profesional o no, es que la persona ahorcada, con los ojos vacíos y los miembros desvencijados, sea una a la que contaba entre sus amigos.

Mentiría si dijera que aquel hombre era un amigo íntimo o cercano: hacía mucho tiempo que ni siquiera hablaba con él. Pero había pasado con él los suficientes años y había compartido con él las suficientes horas y leguas de camino como para

haber sido, en algún momento, tan amigo suyo, y él mío, como mi naturaleza tirando a despegada puede permitir. Y nunca nos habíamos enemistado, entre otras cosas porque el subteniente Robles había sido uno de mis maestros y entre mis defectos no se cuenta el de la ingratitud hacia las personas que me enseñaron lo poco que sé. En cierto momento, la vida nos condujo por caminos diferentes, eso es todo. Ni una sola de las veces que volví a encontrármelo, desde el día en que obtuve el traslado del destino que compartíamos, dejó ninguno de los dos de hacer honor a las fatigas, los triunfos y los reveses que habíamos atravesado juntos.

—Me han dicho que lo conocías —dijo Pereira.

—Algo —admití.

—Me gustaría saber si tienes algún inconveniente en ocuparte de este trabajo —inquirió, grave—. Y quiero que seas sincero.

Desde que Pereira, haciendo valer sus méritos concienzudamente contraídos, había ascendido a la jefatura de la unidad, se habían espaciado mucho nuestras conversaciones. Ahora él había dejado de ser el responsable directo de mis aciertos y de mis descalabros, yo sólo era un investigador de uno de los muchos grupos que de él dependían, y entre ambos había otros oficiales que nos exoneraban de mantener un trato continuo. No se me ocultaba el significado que tenía el que se saltara la cadena de mando para sondear mi disponibilidad.

—No veo ningún inconveniente —respondí—. Más bien al contrario, se lo pediría si no me hubiera llamado usted, mi coronel.

—¿Estás seguro?

Le sostuve la mirada. Era un político, como buen jefe con expectativas de llegar a ser más jefe aún, pero eso no le restaba inteligencia, ni mucho menos, y tampoco le convertía en un completo indecente. Se estaba preocupando de veras por la buena solución del caso y por la incomodidad que pudiera causarme asumir su investigación.

—Absolutamente.

Bajó los ojos antes que yo. Y tuvo a bien explicarse:

—Te confieso que te llamo con el ánimo dividido. Por una parte, no se me ocurre nadie mejor que tú para lidiar con este embolado. Sabes lo que se juega en la muerte de uno de los nuestros. El cabrón que le hizo esta canallada a Robles tiene que aparecer, sí o sí, y pagarlo caro. Y, mal que me pese, no tengo a otro con tu experiencia y tu perspicacia. Pero, por otra parte, me suscita mis dudas. Sé que no vas a ser frío con esto, y ya tienes demasiada tendencia a ponerte sentimental.

—Sin que eso me nuble el juicio, si puedo alegar en mi defensa.

Pereira me observó entonces con una expresión que no sugería que le convenciera mi argumento, pero tampoco lo contrario. Se forzó aún a alguna clase de debate interior, que zanjó con estas palabras:

—Está bien. Tuyo es. En realidad, quiero que lo hagas tú. Supongo que tengo una vena masoquista, no se me ocurre otro motivo.

—Será eso, mi coronel.

—Basta de cháchara. Ponte en marcha. Ya aviso a tu jefe.

Estoy demasiado baqueteado como para permitirme según qué deslices, de modo que el primero a quien fui a ver cuando llegué a nuestro grupo fue al comandante Rebollo, el nuevo pastor que la superioridad había tenido a bien ponerme para evitar que me descarriase. Lo pillé hablando por teléfono con Pereira, lo que estaba bien, porque le daba a mi visita el punto de oportunidad que subrayé, apenas colgó el teléfono, con una de esas frases que tanto confortan al que manda:

—Venía justamente a decírselo, mi comandante.

Rebollo me observó con un gesto aprobatorio. No le gustaba, como a cualquiera, que se le metieran en la parcela para organizársela, pero Pereira era el gran jefe y todo el mundo estaba al tanto de mi larga y estrecha colaboración con él. El comandante no podía impedir que de vez en cuando el coronel se lo saltara, y todo lo que podía exigirme era que lo pusiera al corriente tan pronto como eso sucediera.

—Pues no tengo nada que añadir —observó, imperturbable—. Dios ha hablado y los fieles obedecemos. Sólo puedo decidir los medios que te pongo a disposición, pero me ha quedado claro que tendrás lo que quieras, de lo que yo controlo, y que puedo pedir lo que me parezca, de lo que está más allá de mi mando. Así que pide por esa boca.

Rebollo tenía ocho años menos que yo, y debo admitir que todavía no estaba demasiado acostumbrado a tratar a diario con un jefe que cuando yo ya calzaba tricornio apenas comenzaba a afeitarse la pelusilla del labio. Y menos cuando le daba por adoptar ese paternalismo al que son tan proclives los jefes, y en el que yo mismo he incurrido en alguna que otra circunstancia, pero jamás (y ocasión no me ha faltado) con un inferior que me aventajara en canas sobre las sienes.

—Para reconocer el terreno, me basta con el equipo habitual —le dije—. Luego se verá si las circunstancias piden más madera.

—Chamorro y Arnau, deduzco.

—Si el servicio lo permite.

—Arnau está de apoyo en lo de la niña de Almería —objetó.

—Un trabajo por debajo de sus capacidades, y en el que es fácilmente reemplazable, si puedo opinar. Y si puedo convertir la opinión en sugerencia, es una tarea que le iría de perlas a Lucía para ir soltándose y para ir teniendo la sensación de que es algo más que la nueva de la que no nos fiamos. Nos vendrá bien para ese tipo de casos.

Había forzado la mano, pero ése es el privilegio del suboficial curtido, al que el jefe bisoño, si tiene un par de dedos de frente, no deja de pasarle alguna insolencia. Y Rebollo no era idiota. Si lo hubiera sido, no habría conseguido aquel destino, jefe del grupo de delitos contra las personas de la unidad central, que muchos codiciaban.

—Gracias, mi brigada —dijo, con sorna—. Seguiré tu consejo, pero sobre todo porque estoy de acuerdo en que Arnau pinta más sobre el terreno contigo que procesando listados de matrículas aquí.

—Sabía que coincidiría conmigo.

—Eso sí, a la próxima niña muerta ya sabes quién va a acompañarte.

A mi edad y con mis cicatrices, me escuece que me metan goles, pero cuando el balón viene por la escuadra, fuerte y con efecto, sólo queda agacharse a recogerlo del fondo de la red. Asentí, resignado:

—Es justo.

—Pues adelante. Llámame cuando haga falta que sepa algo, no voy a andar tocándote las narices, ya sabes que no es mi estilo.

—Lo sé, y se le agradece.

—Salvo que Pereira me las toque a mí, supongo que te haces cargo. Y siempre, claro está, que no te creas más listo que tu comandante.

—Eso jamás.

Salí de su despacho sintiendo en la espalda su mirada incrédula, pero la escaramuza, que habría servido para confundir a un observador superficial, no me hizo ignorar la suerte que tenía con aquel comandante. En veintitantos años de servicio había conocido a unos cuantos oficiales a los que me habría gustado menos tener encima. Ni yo era el empleado del mes, ni entre los que portan estrellas al hombro abunda la tolerancia hacia los caimanes irónicos que nadan en los bajos del escalafón. Con Rebollo podía entenderme, y no era tan imbécil como para no darme cuenta de lo raro que era eso. A medida que iba sumando trienios, la posibilidad de encontrar a alguien así se volvía cada vez menos probable.

De camino hacia mi cubil, regresó de pronto a mi mente la imagen de aquel cuerpo colgado del puente. Y vinieron en tromba los recuerdos, las sensaciones, el malestar que había logrado apartar momentáneamente durante la sesión de esgrima dialéctica con mi superior. Sólo tenía una forma de sacudírmelo, y era aprestándome a ocupar en la cadena jerárquica el lugar que me correspondía. Para eso sirven las organizaciones, y más las que obedecen a una rígida estructura de mando, como la militar: para que los individuos, a la hora de funcionar, queden liberados de modo eficaz del peso de ser ellos mismos.

—Chamorro, Arnau —les grité desde la puerta—. Levantando el culo los dos. Hay que echarse a la carretera.

El guardia Arnau se volvió al instante. Otro tanto hizo la guardia Lucía, la nueva, aunque no la había llamado a ella: aún conservaba el pánico que le habían inculcado en la academia. También me miró la cabo Salgado, una veterana con espolones a quien era imposible impresionar, pero que tenía una incorregible propensión a meterse donde no la llamaban. Fue ella, de hecho, quien me preguntó:

—¿Os vais a Logroño?

—¿Te cabía alguna duda? —dijo Chamorro, todavía sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador. Miré lo que hacía mi sargento: estaba guardando los documentos y cerrando todas las aplicaciones.

—¿Sabes ya el apellido del muerto? —la tanteé.

—Lo sé.

—No es justo, Rubén. Nunca me llevas —terció la cabo, quejosa.

Después de tantos años compartiendo unidad, seguía sin saber a qué atenerme con Salgado. Los dos habíamos ido envejeciendo y ella ya se asomaba a la cuarentena, pero, de alguna manera incomprensible, se las había arreglado para no adquirir jamás la madurez que por ejemplo Chamorro, con un par de años menos, desprendía por todos sus poros. Ésa era una de las razones por las que prefería reservarla para las tareas de retaguardia, aunque también había misiones de primera línea en las que continuaba resultando imbatible. Las cuatro décadas que cargaba a las espaldas no le impedían conservar el cetro de tía más maciza de toda la unidad, según el sórdido concurso que se celebraba cada año por votación secreta entre el sector masculino. Y ella, que lo sabía, lo cultivaba con entusiasmo y abnegación. Como advertía con maldad Chamorro, ninguna mujer de cuarenta años entra en una talla 36 sin someterse a suplicios innombrables.

—Te quiero aquí, Salgado —dije—. No sé lo que nos vamos a encontrar. Necesito

a alguien con experiencia y criterio cubriendo la base.

—Ya —rezongó.

Tampoco yo esperaba engañarla, a aquellas alturas. Y no quiero decir que la juzgara incompetente. En absoluto lo era.

—¿Y qué hay de lo mío? —intervino Arnau—. Yo estaba...

—Pásaselo a Lucía. Órdenes del comandante. Tienes quince minutos para explicárselo. Sí, Lucía, no pongas esa cara. Si no eres capaz de enterarte en quince minutos, quizá éste no sea tu sitio. Chamorro, tú ve consiguiendo el coche. Yo me ocupo del resto del papeleo.

Media hora más tarde estaba con mi equipo en el vehículo oficial. En el maletero, los tres macutos de emergencia que todos teníamos siempre en la oficina, por si acaso, con muda para varios días y útiles de aseo. Cuando estallaba una de aquéllas, uno sabía cuándo salía pero nunca cuándo iba a volver. Una forma de vida que bien estaba para los que se pudieran seguir considerando jóvenes, como Arnau, que aún tenía ante sí un buen trecho como veinteañero. Pero para mí, al filo del medio siglo, e incluso para Chamorro, a quien no le quedaba ya mucho de la treintena, cada día que pasaba resultaba menos coherente. A menudo pensaba si no debía solicitar otro destino que me eximiera de aquellas jornadas imprevistas e interminables lejos de casa. Y cada vez que la veía a ella ahí, al volante, apretando el acelerador camino de un nuevo muerto, me preguntaba si no merecía algo mejor, si no tenía derecho, como tantas otras que habían dado el callo mucho menos que ella, a que le buscaran una oficina donde hacerse mayor sin sobresaltos y poder pensar de una vez en serio en formar la familia que en pocos años más se escaparía para siempre de sus posibilidades.

El hecho era que en cierto modo yo había aprendido a considerar que mi casa era aquello, subir al coche sin casi preaviso para ir a la otra punta del país con ella al volante. Y Chamorro, por su mala fortuna o por falta de verdadera vocación, que nunca se sabe, seguía sin encontrar con quién formar esa familia, y quizá se había resignado a cuidar, en vez de a sus propios hijos, a la especie de niño malcriado con galones de brigada en que me habían ido convirtiendo el tiempo, las muchas decepciones y la fatiga de un trabajo que se repetía, tan funestamente idéntico a sí mismo como infructuoso en el fondo.

Quizá para escapar a esa sensación de hastío me había postulado ante el coronel Pereira para asumir aquella investigación, que tantas razones tenía para dejar que le tocara en suerte a cualquier otro. A veces, uno necesita afrontar justo ese desafío que no le conviene ni le corresponde, porque lo que le pide el cuerpo es enfrascarse en algo que ayude a descolocar la vida, sacudirla y ponerla un poco del revés. Más

que nada, para que no se cumpla la condena de encajar en ella como una pieza más de un mecanismo predecible: como esa pieza que todos somos, a la postre, desde la programación fatídica de nuestros genes hasta la función que el código social que tarde o temprano acatamos, sea cual sea, nos asigna sin derecho a apelación. Lo que ignoraba era hasta qué punto mi maniobra iba a tener éxito. O lo que es lo mismo, hasta qué punto aquella muerte, o mejor dicho mi implicación en su esclarecimiento, iba a ponerlo todo patas arriba. Y no precisamente del modo que yo preveía, y menos aún buscaba. Aunque eso no quiere decir que lo lamente. Llegado a cierto punto, uno tiende a lamentar pocas cosas, y en último lugar las que rompen, como sea, la monotonía.

Teníamos por delante tres horas de camino. Como de costumbre, aproveché para compartir con mi gente la información del caso. O una parte de la que excepcionalmente tenía sobre aquel hombre.

—Sesenta y dos años, subteniente del cuerpo en la reserva. Hoja de servicios brillante, dos cruces, una de plata y una roja, diez años en el norte en unidades antiterroristas, el resto en policía judicial en Cataluña, que fue donde coincidí con él. Fue mi jefe, tres años.

Desde el asiento de atrás, capté el gesto de Chamorro en el retrovisor. Para ella no era una revelación. Años atrás, cuando el subteniente Robles aún estaba en activo, había tenido ocasión de conocerlo durante una investigación que nos había llevado a Barcelona. Pero, como venía a indicarme con su expresión, le debía una explicación al joven guardia que acababa de saber de mi conexión con la víctima.

—Tienes razón, mi sargento —dije—. Siendo ortodoxos, yo no debería llevarlo. Pero Pereira está al tanto y me ha dado su bendición.

—Tú sabrás —se desentendió ella—. Sólo estaba pensando que, conociendo como conocías al difunto, lo mismo tienes alguna teoría.

—Mal puedo tenerla. Hacía mucho tiempo que no hablaba con él, y mucho más tiempo aún desde la época en que trabajamos juntos. Lo único que se me ocurre, en este momento, es que Robles, después de cuarenta años de benemérito y de haber llevado ante los jueces a decenas de malos, podía tener una legión de gente que lo quisiera lo bastante mal como para desear hacerle daño. Pero como la tengo yo o la tienes tú o dentro de poco la tendrá nuestro joven Arnau. La diferencia es que Robles estaba jubilado. Tendría que tratarse de alguien que hubiera rumiado durante años la venganza, lo que nos consta que no resulta demasiado común. Los desquites, o por lo menos aquellos que terminan en homicidio, se dan mucho más en caliente.

Los ojos de Chamorro buscaron los míos en el retrovisor.

—¿Eso es todo?

No esquivé su mirada.

—Por el momento, poco más puedo añadir. El resto, los detalles del hallazgo y demás, nos lo contarán cuando lleguemos.

—Era tu amigo —recalcó—. Lo que me pregunto es si no hay ninguna otra información que debamos conocer. O si hay algún motivo, aparte de vengar el honor del Cuerpo, para que te hayas dejado implicar en esta cacería. Ya que Juan y yo vamos a compartirla contigo, creo que tenemos derecho a saber si te mueve algún afán particular.

Tenían derecho, sin duda. Y la pregunta de mi sargento, como ella no podía saber, pero sí intuía, me inquietó ligeramente la conciencia. A veces no era fácil trabajar con ella, porque al cabo de los años ambos habíamos aprendido a leer más allá de nuestras palabras.

—No tengo ninguna sospecha y tampoco un afán particular —dije—. Más allá de lo que pueda apetecerme, como a cualquiera le apetecería, impedir que quede impune la muerte de alguien a quien conocía y apreciaba y con quien tenía una deuda de gratitud. Robles me enseñó, puede que más que ningún otro, el oficio de investigador criminal. Creo que hay cierta justicia poética en que el saber que él me transmitió sirva para que ahora los suyos tengan consuelo y para que quien le hizo esa canallada acabe en el agujero que merece. En eso es en lo que os he embarcado, a Juan y a ti. Ni más ni menos. Y confío en que no os parezca mal. Si os lo parece, os eximo de acompañarme.

Aun sin verle la cara, noté la incomodidad de Arnau.

—Por mi parte, está bien —declaró, conciliador.

Chamorro, en cambio, mantuvo un obstinado silencio.

—Hay que repostar —dijo al fin—. Y necesito un café.

Y, tras poner el intermitente, tomó el desvío de la gasolinera.

CAPÍTULO 2

LOS QUE SALEN EN LA TELE

Durante el resto del viaje ninguno habló mucho. Mientras atravesábamos la llanura desolada y pertinaz de la meseta castellana, que tenía ya demasiado vista como para que me llamara la atención, le pedí a Chamorro que pusiera algo de música. Me preguntó, con cierta displicencia, pero con menos ferocidad que durante nuestra reciente charla privada, si quería que encendiera la radio o si me había traído algo que quisiera escuchar. No era el caso, así que le consulté a Arnau:

—¿Tú te has traído algo de música?

—La que llevo en el iPod.

—Enchúfalo.

—No sé si le va a gustar.

Todavía lo notaba algo envarado. Traté de relajar el ambiente:

—Ay, Juanito. ¿Lograré que me tutees algún día? ¿Seré capaz de convencerte de que pese a mi edad y mi ocasional mala leche albergo un alma sensible y una mente abierta a las novedades?

—Lo primero no me sale, ya me cuesta quitarle el *mi brigada*. Lo segundo no lo descarto, pero tampoco sé si debo ponerle a prueba.

—Ponme.

No reconocí casi nada de lo que Arnau llevaba cargado en su reproductor, lo que no dejó de resultarme algo humillante. Apenas identifiqué una canción de Coldplay y otra de Beyoncé, que no puedo decir que sintonizaran con mis gustos, pero que habían sonado demasiado para dejar de reconocerlas. Tampoco me pareció que entre mi guardia y yo la música fuera a ser nunca un territorio favorable al encuentro. En detalles como aquél se me hacía patente que pertenecía a una generación que me quedaba ya muy lejana, a un mundo en el que no podía aspirar a ser admitido. Y esa sensación, mezclada con el recuerdo del subteniente Robles, me produjo una súbita amargura. Porque me caía bien aquel muchacho, y porque era cruel que el tiempo se nos fuera llevando, de la forma inmisericorde en

que se nos llevaba.

Arnau dejó que su música sonara aleatoriamente durante cerca de una hora. Luego le debió de dar algún tipo de apuro y tomó la iniciativa de apagar el iPod. Nada había observado yo durante la audición y nada me pareció oportuno observar cuando le puso fin.

—Entonces, ¿partimos de la teoría del crimen por venganza? —dijo, dubitativo, como si le pesara demasiado aquel silencio.

—¿Qué argumento darías tú en su favor, a estas alturas? —le sondeé, en parte para ponerle a prueba y en parte para matar el rato.

—Sólo he podido ver de refilón la foto, pero por cómo y dónde lo dejaron expuesto, lo de la venganza me cuadra —aventuró.

Me gustaba que mi gente fuera audaz. Dentro de un orden.

—En realidad, mi querido Juan, a partir de la foto no sólo no podríamos afirmar que se trate de una venganza, sino ni siquiera que se trate de un crimen —discrepé—. El lugar es algo extravagante, tanto por su exposición como por la distancia al domicilio del difunto, pero te recuerdo que el ahorcamiento es uno de los procedimientos de suicidio preferidos entre los varones, por su fiabilidad para procurar el resultado apetecido cuando el intento, como también sucede preferentemente entre la fracción masculina de la población, busca de veras llegar a término, y no sólo llamar la atención de alguien. También te recuerdo que el suicidio está por lo común asociado a cuadros depresivos, que éstos aumentan con la edad, y que no es raro entre nuestros compañeros que pasan a la reserva, y se enfrentan de pronto a un ocio prematuro y a menudo indeseado, caer en estados de ese tipo.

Advertí la mirada de Chamorro. Pero no dijo nada.

—¿Me está diciendo que nos vamos a hacer cuatrocientos kilómetros sin saber si se trata de un crimen? —preguntó el guardia.

—No, Arnau. Estoy hablando de la foto, simplemente. Claro que se trata de un crimen. Y perdóname, porque antes se me pasó algo que habría debido mencionaros. El jefe de la comandancia de Logroño le contó a nuestro coronel, cuando le llamó esta mañana, que el cuerpo presenta, por debajo de la ropa, unas cuantas lesiones que la víctima no pudo autoinfligirse. Sin embargo, nada de eso lo sabías al hacer tu apreciación. Que no me parece incorrecta, pero sólo porque conozco ese dato con el que tú no contabas. Sin él, podría pensar tanto en el suicidio como en una posibilidad homicida mucho más común: el estrangulamiento seguido de la simulación de ahorcamiento. Una maniobra

estúpida, propia de ignorantes, porque cualquier forense con un mínimo de experiencia es capaz de desmontar el amaño por los peculiares efectos que tiene la tracción en una persona viva.

No estaba en posición de ver el gesto de Arnau, pero Chamorro, que sí podía observarlo de reojo, terció para suavizarle el trago:

—Resumiendo, que está de acuerdo contigo. Lo que pasa es que no sabe reconocerlo sin más, sin lucirse y sin dar un poco por saco.

No me apresuré a responder a su impertinencia. Preferí recrearme unos instantes en el espectáculo del paisaje que comenzaba a empinarse a medida que progresábamos hacia el norte. En el horizonte se alzaban ya las formas quebradas de las primeras estribaciones de la cordillera. Tras ellas se extendía un fastuoso firmamento otoñal, de un azul entreverado de nubes grisáceas. Cerré los ojos y dije:

—No exactamente, Virginia. Lo que sí creo que podemos suponer, sobre la base de que no se colgó él ni lo colgaron para encubrir un suicidio de todo punto increíble, es que en la escenificación del crimen, tan esforzada, hay alguna voluntad de escarmiento. Si eso obedece a un afán vengativo contra nuestro compañero, o si los asesinos tenían otro motivo para montar el número, es pronto para decirlo. Lo que me parece es que nos encontramos ante un crimen nada casual y, a la espera de lo que certifique el forense, me temo que aquí hay una violencia impropia de aficionados. ¿Adivinas a qué me suena?

Me miró, sirviéndose del retrovisor. Inopinadamente, tuvo a bien concederme una sonrisa. Era una tregua, o así quise interpretarlo.

—Crimen organizado —dijo—. Narcos, o similar.

—Caliente. Lo que me revienta, como tú bien sabes.

—Lo sé.

También conocía mi compañera la razón de mi aversión a los asesinatos cometidos por delincuentes profesionales: investigarlos, en lugar de ser un arte propicio a la inventiva, como sucede con los de los espontáneos y conviene mejor a mi espíritu libre, se convierte en una técnica vulgar donde lo que cuenta es atenerse al protocolo.

—Pero hay algo que resulta poco coherente con eso —añadí.

—Desde luego. Nada coherente.

—¿Sabes a qué nos referimos, Juan?

Arnau se volvió hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo sé —replicó—. Los profesionales no matan policías, jueces ni políticos, salvo que no puedan evitarlo. No les conviene el despliegue extraordinario que saben que haremos ante una muerte así.

Asentí, complacido. No todas mis enseñanzas caían en saco roto.

—Así es. Más de un indeseable que llevaba años fastidiando al prójimo de mil maneras, sin que la ley se cruzara en sus asuntos, se ha acabado viendo en la nevera por cometer el error de ordenar un asesinato que no debía. Que alguien, a quien sospechamos conectado con ese submundo, haya decidido hacerle a Robles lo que le ha hecho, resulta francamente extraño. O, si lo queréis mirar de otra manera, una especie de chulería que a nosotros nos toca hacerle lamentar.

Dejé esta reflexión flotando en el aire para que ambos la sopesaran como correspondía. Debía quedarles claro que aquel trabajo, aunque ningún muerto valiera más que otro, tenía una significación suplementaria de la que no íbamos a poder desprendernos, lo quisiéramos o no. No sólo respondíamos ante la justicia y ante la familia de la víctima, como de ordinario, sino ante todos nuestros compañeros, a quienes teníamos la obligación de proporcionarles la tranquilidad de saber que nadie al que se le ocurriera acabar con la vida de un guardia civil, en la reserva o en activo, dejaría de pagar por su atrevimiento.

Chamorro condujo del tirón hasta nuestro destino. El puente, que cruzaba sobre un riachuelo, estaba en una carretera comarcal. Cuando llegamos, poco antes de la hora de comer, el cuerpo ya lo habían retirado, pero todavía se mantenía el dispositivo de seguridad para el levantamiento de huellas y cualquier otro posible indicio por nuestro personal de criminalística. Debido a lo angosto del paso, la carretera estaba cortada, y el tráfico se había desviado por una vía adyacente. Una pareja de policías municipales, pertenecientes a la plantilla del pueblo más cercano, se encargaba de dirigir a los automovilistas hacia la ruta alternativa. Chamorro bajó la ventanilla y se identificó:

—Guardia Civil.

El municipal se inclinó a mirar la placa, un gesto que siempre me resulta llamativo. No cuesta mucho falsificar una placa policial, y sé de lo que hablo, porque he intervenido a delincuentes más de una que daba el pego. Cuando a uno le enseñan una placa, más vale mirar a los ojos al que la muestra, o al menos eso es lo que hago yo. En aquel caso, era todavía más absurdo fijarse en el documento. ¿Quién, que no fuera lo que éramos nosotros, podía querer acceder hasta el lugar del crimen, a la sazón infestado de guardias recogiendo huellas?

Nada más bajar del coche, observé el terreno. Al fondo se veían unas montañas, sobre las que se arremolinaban unas nubes que amenazaban lluvia. Más cerca,

amplias extensiones de viñas que no hacía mucho habían sido despojadas de sus uvas y cuyas hojas comenzaban a amarillear. Soplaba un aire vivificante, y mientras contemplaba aquella estampa que sugería fertilidad y riqueza, me pregunté qué demonios había traído a Robles a morir allí, tan lejos de su casa.

Al frente del dispositivo, según me indicó el primero al que pude preguntarle, estaba un comandante apellidado Noval. Me lo señaló y vi que iba uniformado, lo que denotaba que no era un investigador. En efecto, se trataba del segundo jefe accidental de la comandancia, que se había quedado pastoreando la operación tras la breve visita del coronel jefe. Me presenté ante él como prescriben las ordenanzas:

—A sus órdenes, mi comandante. Se presenta el brigada Bevilacqua. Y éstos son mis compañeros, la sargento Chamorro y el guardia Arnau. Venimos de la unidad central, lo imagino al corriente.

—A sus órdenes —me secundaron los dos.

—¿Ble... bli... va... cua?

Siempre me digo que no debo utilizar el apellido que mis ancestros del Véneto llevaron hace un siglo y pico a la ciudad de San José, en Uruguay, desde donde se expandió a Montevideo para que allí le fuera adjudicado a mi padre, quien con los años se convertiría en un estudiante de arquitectura que vino a completar su formación a Madrid y con el que mi madre, en la irreflexión de su juventud sesentera, dio en concebirme para dar paso a un fugaz matrimonio que me llevó a nacer junto al Río de la Plata, de donde me trajo para España, ya sola, siete años después. Una de las razones que me previenen contra el acto de dar mi apellido es que no quiero contar esta historia a cada humano al que me presento; y, la otra, que los humanos nacidos en el país al que sirvo tienen una irritante propensión a trastocar las sílabas italianas para producir engendros que, como el que acababa de patentar el comandante, tienden a emparentarme con alguna forma de vacío. Siempre me digo que debo usar la abreviatura familiar con la que se manejan mis compañeros y jefes directos, Vila, pero ése no es mi nombre legal y me expongo a una fundada amonestación si lo utilizo.

—Be-vi-lac-qua —le corregí—. Para no andar jorobando al prójimo me hago llamar Vila. Si le sirve mejor, atiendo igual.

—¿Eres italiano?

No sé qué me exaspera más, si esa pregunta o la manía de algunos oficiales de ignorar que, según las ordenanzas, todo inferior tiene derecho al *usted*. Por lo menos cuando no hay una confianza previa que exima de esa deferencia, lo que allí no era notoriamente el caso.

—No. Apátrida con pasaporte español.

—¿Cómo?

—En realidad soy sudaca de nacimiento. Lo de la españolidad es un aprendizaje a posteriori. Sigo en ello, pero no termino de avanzar. Estoy en algún lugar a medio camino. Del océano, quiero decir.

El comandante me miró con recelo. Me sentí halagado.

—Bueno, de qué me extraño —dijo, sacudiendo la cabeza—. El otro día se me presentó un guardia nuevo y resulta que era un panchito. Y moros ya hemos tenido por aquí unos cuantos. Nos estamos convirtiendo en una tropa multinacional, es el signo de los tiempos.

Traté de ofrecerle algún argumento de consolación:

—Así podemos infiltrarnos en todos los ambientes. Yo sirvo para mimetizarme entre porteños psicoanalizados, si se tercia. Para mayor descrédito, me licencié en Psicología, antes de entrar aquí.

—¿De veras?

—De veras. Era joven.

—En fin, mi señorito me ha dicho que tu coronel le ha dicho que nos enviaba al mejor, y si tu coronel lo dice, será verdad, que para eso le han puesto las estrellas en el hombro. Voy a presentarte al capitán Reinares, que es el que va a cortar este bacalao por nuestra parte. Yo ya he terminado de hacer de relaciones públicas y me vuelvo a mi mesa de chupatintas, a barajar papeles. Si lo sé, no asciendo.

—Ya lo dijo el torero. Ha de haber gente para todo.

—Sí, pero echo de menos el frente. Venir aquí me pone de mala leche. Me entra demasiada envidia al pensar en los que aún pisáis la calle.

—En la calle hay polvo, y charcos, y suele oler mal.

—No necesito que me lo cuentes. Pero charcos, polvo y mal olor hay en todas partes, y, como decía Robert de Niro en *Érase una vez en América*, el hedor de la calle te la pone gorda, cosa que otros...

Reconozco que me pasmó aquel guiño cinéfilo. No le pegaba.

—No me acordaba —dije, sin ocultarle mi asombro—, y eso que vi la película. Me lo apuntaré, para los momentos de desánimo.

—Sí, yo también —apostilló Chamorro, con un mohín.

—Reinares —gritó el comandante, privándose con su propio alarido de escuchar

la ironía de mi sargento—. Ven acá, por favor. Han llegado los listillos de Madrid. Los que salen en la tele.

He lamentado bastante a menudo la ocurrencia que llevó hace años a unos productores y a una cadena de televisión a hacer y tratar luego de emitir una serie en la que supuestamente se retrataba mi unidad y en la que veníamos a ser una pandilla de polis cutres pero pretenciosos, una mezcla destartalada entre *The Wire* y *Aquí no hay quien viva*, con alguna pincelada desconcertante en plan arte y ensayo. Por fortuna, la audiencia tuvo el buen criterio de derribarla de la parrilla a la segunda semana, pero eso no impidió que alguien la viera. Sobre todo los nuestros, y sobre todo los destinados en las unidades territoriales, entre quienes se había convertido en el dardo ideal para escarnecernos. Una vez más, soporté con resignación que me lo clavaran.

El capitán Reinares no pasaría de los treinta y cinco. Era uno de esos que hacen mucho deporte, cuadrado y neumático incluso debajo de la americana. Pero tenía los ojos vivos y contenido el ademán.

—A sus órdenes, mi capitán —lo saludé.

—Bienvenidos —dijo, tendiéndome una mano enguantada de azul.

Hice amago de estrecharla, pero entonces la retiró.

—Perdón por la grosería, olvidé que llevo piel de látex.

—No pasa nada. Me suena.

—Es el brigada no-sé-cuántos, un nombre italiano endemoniado, pero me dice que le llamemos Vila —le informó el comandante—. Lo acordado por la superioridad es que les pasamos las riendas de la investigación, los apoyamos en lo que necesiten y nos mantienen al tanto. A vuestro buen criterio queda organizar eso y que no cruja.

—No habrá problema —aseguró el capitán, con una sonrisa franca que hizo que me cayera bien de forma instantánea—. Por lo que vamos averiguando, esta historia no sólo sobrepasa nuestros medios, sino que va a salirse de nuestro territorio. Me alegra que estéis aquí.

—Y a nosotros poder arrimar el hombro, que a eso venimos.

—La víctima no parece tener ninguna vinculación con la zona. Estaba domiciliado en Barcelona y no hay rastros de su paso por aquí, de ningún tipo. Ni testigos, ni registro en ningún hotel, nada.

—Sé dónde vivía. Lo conocía.

Los dos me miraron, del modo especial en que resultaba previsible que me

mirasen, apenas hube pronunciado esas palabras.

—Trabajamos juntos hace muchos años —expliqué.

—Ah —dijo el capitán.

—Pero no lo veía desde hacía siete —juzgué que debía precisarles—. Así que poco más sé de su vida, aparte de por dónde paraba.

—Ajá —asintió Reinares—. Bueno, el cuerpo lo descubrió, una hora y pico antes del amanecer, un repartidor de prensa que hace el recorrido por estos pueblos. Nos llamó en seguida, o eso dice él, y a eso de las siete y media teníamos ya cerrada y controlada la zona.

—Una pregunta.

—Dime.

—¿Alguien más lo pudo fotografiar?

El capitán no se apresuró a responder.

—El repartidor, si como es de suponer lleva un móvil con cámara y le va el morbo macabro. A lo mejor un par de conductores más, los que pasaron antes de que llegara nuestra patrulla, si tienen ese vicio. No podemos descartarlo. Una vez que llegamos nosotros, nos aseguramos de que no se hicieran más fotos que las nuestras. A los de la prensa los hemos mantenido alejados y sin ángulo para disparar. Aparte de eso, sólo habría que preocuparse por las que pudiera hacerle el asesino, o los asesinos, después de colgarlo. Si tenían cámara con flash, lo que de nuevo no es demasiado difícil. Muchos móviles la llevan.

—Conozco a su mujer —expliqué—. No me gustaría que lo viera así, y, en los tiempos que corren, sólo deja de verse y difundirse urbi et orbi aquello que no existe. A propósito, ¿la han avisado?

—La trae su hijo para acá. No creo que tarden mucho.

—No debería darse tanta prisa en venir.

—Ya se lo dije. Pero no me escuchó. Y el hijo menos. Es militar profesional. Acaba de volver de Afganistán y está de permiso. La mujer tiene chófer y no parece que sea de quedarse en casa. Es lo que hay.

—Lo sé. —Y recordé que en los tiempos de Barcelona, cuando Robles era mi sargento, a su legítima la llamaban la Sargenta, y que mandaba en los pabellones como su marido no mandaba en la unidad.

—Otra cosita, que yo me tengo que ir —intervino el comandante—. La juez que nos ha tocado es un ligue del capitán. La tiene en el bote, así que por ese lado

vamos en moto. Preséntasela cuando puedas.

Reinares bajó los ojos. Hasta diría que enrojeció un poco.

—Mire que me extraña —observé, para echarle un cable.

—Tú no conoces a éste, con la cara de niño bueno. Su señoría le pone ojitos y todo. Es una chavala de veintitantos. Me da a mí que la pobre no ha tenido la oportunidad de conocer a un hombre de verdad. Las ráfagas de virilidad que suelta el capitán la han trastornado.

—Exagera —rezongó Reinares—. Ni la mitad de la mitad.

Chamorro carraspeó.

—¿Le pasa algo, sargento? —preguntó el comandante.

—No, nada. Me acordaba de la última juez joven ante la que tuve que declarar. Nos contaron que por la noche actuaba de *stripper*. Nadie lo habría dicho, viéndola con la toga. Las apariencias engañan, y más con la última generación. Yo que usted no haría esas suposiciones.

Noval abrió mucho los ojos.

—Una juez, *¿stripper?*

—Lo ratifico —dije—. Era vox pópuli en toda la comarca.

—Adónde vamos a ir a parar —se espantó—. Bueno, me vuelvo a la comandancia. Allí por lo menos se iza y se arría la bandera con el himno todos los días, como en los viejos tiempos. Me empeñaré en creer que sigo trabajando para una empresa seria, y no en el puto circo.

—A la orden, mi comandante —se despidió el capitán.

—Que echen un vistazo y llévalos a comer algo, aunque sea rápido. Os quedan horas de luz. No os torturéis de más. Buenas tardes.

Tras la marcha del comandante reconocimos el terreno. Sobre el puente, la carretera apenas tenía arcén. No era posible detenerse en él sin bloquear uno de los carriles. Pero si el que lo había hecho conocía el lugar y era mínimamente expeditivo, bien podía haber parado allí mismo, haber bajado el cuerpo y después de completar la operación haberse marchado sin que nadie lo sorprendiera. En plena madrugada, por aquella carretera perdida no debía de pasar ni un alma.

—Hemos recorrido la carretera en los dos sentidos hasta doscientos metros del puente —dijo el capitán—. Ni una puñetera huella de neumático en la cuneta. Si exceptuamos una de tractor, que hemos levantado por si acaso, pero que se me hace muy raro que fuera el medio elegido para transportar el cadáver. La hipótesis

es que no salió de la calzada. He puesto al más maniático de los de criminalística a repasarla con la lámpara, pero me extrañaría que tengamos nada de las ruedas.

Le guiñé un ojo a mi guardia.

—Bueno, Arnau, te libras de cribar listados de matrículas.

—Es un alivio.

—Pero sólo por ahora.

El capitán se inclinó junto a uno de los postes que sujetaban la valla de protección del puente. Lo señaló y nos explicó por qué:

—Aquí fue donde amarraron la cuerda. Tres nudos sin mucho arte, pero con el suficiente para que con el peso se apretaran en lugar de deshacerse. El nudo corredizo que le echaron al cuello tampoco era como de Simbad el Marino, pero hizo su función. Tenía la cuerda bien clavada en el cuello, desgarro de piel en el surco, etcétera.

—¿Y la cuerda? —preguntó Chamorro.

—Ahora os la enseño. No se complicaron. Vulgar. De nylon, diez milímetros de diámetro, no hace falta más. Sobra para aguantar el peso de nosotros cuatro juntos. Según uno de los expertos en estas cosas, es de la marca más común, usada en construcción, agricultura, ferretería, pesca. Vamos, para casi todo lo que se te ocurra usar cuerda.

—Sólo para confirmar. ¿Descartamos la muerte por ahorcamiento?

El capitán se encogió de hombros.

—Eso que lo firme el forense, yo sólo soy lo que soy. Lo que puedo decirte es que, mirando bien, no he visto ni rastro de equimosis en torno a los músculos del cuello. Y no me olvido de lo que me enseñaron en su día de que ése es el indicio clave de colgamiento vital.

—Mi coronel me dijo que tenía otras lesiones que difícilmente pudo causarse él mismo. ¿Cuáles en particular?

Reinares se puso en pie y dejó que su mirada se perdiera más allá de las montañas. Las nubes no terminaban de cerrarse, por fortuna. Si aguantaba así, la lluvia no vendría a complicarnos la tarea.

—Ahí está lo chungo del caso, brigada —dijo, volviéndose hacia mí—. Heridas muy feas, y desde luego algunas no se las pudo hacer él. Salvo que tuviera los brazos de goma y fuera insensible al dolor.

—¿Es decir?

—Lo torturaron, Vila. Y con verdadera mala hostia. Quemaduras de plancha en el pecho, el abdomen y la espalda. Eso es lo que he podido ver levantándole la camisa. De lo que haya cuando le quiten los pantalones para la autopsia, no me atrevo ni a hacer un pronóstico.

—Escarmiento —murmuró Chamorro.

—O interrogatorio mariachi —apunté, lúgubremente.

—¿Cómo? —preguntó Arnau.

—Lo vimos el brigada y yo, hace cuatro años —le puso en antecedentes la sargento—. Un pobre desgraciado marroquí al que no se le ocurrió nada mejor que jugársela a unos mexicanos. Lo abrasaron por delante y por detrás, le sacaron dónde guardaba lo que no había vendido y lo tiraron en la autopista sin parar el coche siquiera.

Reinares meneó la cabeza.

—Yo nunca había visto nada así, aquí. Ésta es una tierra tranquila. A pesar de la crisis, sigue habiendo pasta y la gente vive bien. Hasta la droga se mueve sin hacer más ruido del imprescindible.

—Tus peores augurios, mi brigada —dijo Chamorro.

—Eso parece.

—En fin, no nos adelantemos. Aún no sabemos casi nada, ¿no?

No se me escapó el retintín.

—Así es —dije, impertérrito.

Reinares recordó entonces las órdenes de su comandante.

—Os llevo a comer algo. En el pueblo hay un sitio de confianza. Si os dejáis, os sigo contando allí lo que hemos hecho hasta ahora.

Miré a mi gente.

—Nos dejamos. Estamos con el café que tomamos a la salida de Madrid, y a mí el estómago me pide algo más, no sé a vosotros.

El mesón al que nos llevó Reinares era algo más que de confianza. Por un precio razonable, había comida casera con buenos productos de la tierra y el vino de la casa era sensiblemente mejor que los de la carta de muchos restaurantes de Madrid; o al menos, aquellos que estaban al alcance de nuestro presupuesto. No pude dejar de ponderarlo en voz alta, como reconocimiento al gusto de nuestro anfitrión.

—Poneros aquí vino malo para beber sería un contradiós —dijo el capitán—. Nos podríamos llevar detenido al dueño y nadie nos lo iba a protestar. ¿Tengo razón o no? —le preguntó al que nos servía.

—A mí no me dé ideas —bromeó el camarero.

Junto a Reinares se sentaban dos de los suyos: el teniente Mota, un cuarentón taciturno de barba muy recortada, y el sargento Cano, un treintañero de aspecto llano y deportista, como su capitán, aunque algo menos fortachón. Éste era el jefe del equipo asignado al caso, es decir, con quien tendríamos que tratar principalmente para resolver problemas concretos. Si Mota nos escrutaba con esa reticencia común a muchos investigadores curtidos frente a los entrometidos de la unidad central, en Cano observé la misma disposición a colaborar de Reinares, o incluso más, lo que entendí a lo largo de la comida. Acariciaba la idea, según me contó, de pedir el traslado a nuestra unidad, tan pronto como hubiera vacantes. Mota agrió aún más el gesto al oírlo.

Entre plato y plato, retomé lo que nos ocupaba.

—¿Y la juez? Aparte del chiste del comandante, quiero decir.

—Es un cabrón. He coincidido con ella en un par de historias, y una vez que acabamos tarde la invité a tomar una caña, eso es todo. Con testigos, como el sargento Cano, que no me dejará mentir. La deposité en su casa sana y salva y a una hora nada sospechosa, ¿o no?

—Lo atestiguo —dijo el sargento.

—Aparte de eso, yo sí que creo que le pones —gruñó Mota.

—Ve con cuidado que a Noval no, pero a ti sí te puedo arrestar —le amenazó el capitán, riéndose—. Pero, vaya, en lo que aquí al brigada le importa, es una tía currante y seria para lo suyo. Ni demasiado puñetera, ni demasiado relajada tampoco. Exigirá que le motivemos las cosas, pero no creo que se la coja con papel de fumar. Se hace cargo de lo que significa para nosotros el asesinato de un compañero.

—¿Qué ha ordenado hasta ahora?

—No teníamos mucho que pedirle. Aparte del secreto del sumario, la autopsia y los demás trámites de rigor, que la compañía telefónica nos facilite el listado de llamadas y las localizaciones del teléfono móvil del difunto, y que el proveedor de Internet nos dé las claves para meternos en la cuenta de correo electrónico y de Facebook que nos ha dicho el hijo que usaba, aunque por lo visto no demasiado. Según dice, se las hizo para chatear con él cuando estaba en Afganistán.

—Bueno, ahí ya habrá para empezar a tirar de algún hilo —me atreví a prever—.

¿Tenía el teléfono móvil encima, por una casualidad?

—No.

—Era de esperar.

—Hay otra cosa. Según nos ha contado el hijo, Robles salió ayer temprano de casa, en su coche. Dijo que pasaría un par de días fuera, por motivo de unos negocietes en los que andaba metido.

—¿Negocietes? —saltó Chamorro.

—Parece que asesoraba a alguien en temas de seguridad. En negro y para sacarse un complemento a la pensión, me imagino.

—¿Sabía la familia adónde iba?

—No. Y lo que tampoco sabemos es dónde está el coche.

—Me imagino que ya lo están buscando.

—Imaginas bien. Pero sin ningún resultado, por ahora.

En eso, a Reinares le sonó el móvil. Llevaba como politono la banda sonora de *Carros de fuego*. Me pareció de lo más apropiado.

—¿Sí? —lo atendió—. Sí. De acuerdo. En diez minutos.

De repente, se le había puesto cara de oficial. Mientras se guardaba el teléfono en el bolsillo de la americana, nos reveló por qué:

—La viuda ha llegado. Y viene algo alterada, parece.

CAPÍTULO 3

MEJOR QUE NO SEPAS

Recordaba bien a Consuelo. Cuando la conocí andaba por los cuarenta y, sin ser muy agraciada, era una de esas mujeres altas que resultan, y a las que el paso de los años, el fardo de los kilos y el surco de las arrugas no desarman del todo. Ahora era una sexagenaria que aún resistía, pero sin demasiado empeño. No se teñía el pelo, no se mataba para escoger el guardarropa, no se privaba del dulce y había dejado de pintarse los ojos. Y, así y todo, seguía teniendo una presencia.

—¿Qué haces tú aquí? —fue su desabrido saludo.

—Lo siento de veras, Consuelo —traté de templarla—. Lo de tu marido y lo que sea que te disguste de verme. Lo que hago es lo que me toca, por ser lo que soy. Me han mandado, en este trabajo no se elige.

—¿Y no había otro?

—Es posible. Pero mi jefe pensó que yo era el mejor. Trataré de demostrarle que no se equivocaba. Y también a ti, si te dejas.

—Francamente, preferiría que se ocupara otro.

A cualquier otra no le habría respondido. A ella, podía.

—Ya, pero tú no lo organizas, con todos mis respetos. Tendremos que soportarnos. Tampoco sé qué te parece tan mal de verme aquí. Yo agradezco que me den la oportunidad de ayudar a arrojar alguna luz sobre todo esto. Sabes que lo apreciaba, y que me esforzaré.

—Lo sé. Pero tengo mis motivos. Y deberías imaginártelos.

—Pues no, no me los imagino.

Sacudió la mano en el aire.

—Bah, qué más da. Son lentejas, supongo. ¿Dónde está?

No había derramado una lágrima, no había mirado a la cara a nadie, no había dejado de leer la cartilla ni de exigir desde que nos habíamos encontrado. Su hijo, un mocetón que tenía sus buenos treinta años, alto y fornido como Robles, parecía

poco más que su paje. Ni había abierto la boca para que pudiéramos averiguar cómo sonaba su voz.

Procuré reconducir la situación. Que resultara medio civilizada.

—Si me permites, Consuelo, te presento a los compañeros. Éste es el capitán Reinares, y ellos, el teniente Mota y el sargento Cano. Son quienes se han ocupado desde el principio. Ésta es la sargento Chamorro, y éste, el guardia Arnau. Vienen conmigo desde Madrid.

—Mucho gusto —refunfuñó, sin verlos—. ¿Dónde está?

—En el anatómico forense, señora —le dijo el capitán.

—Ya —entendió—. Supongo que tendrán que hacerle... eso.

—El forense nos ha dicho esta mañana que procuraría resolverlo todo esta misma tarde. Si es así, podrían entregárselo por la noche. Disculpe que le pregunte, pero ¿tienen pensado ya adónde...?

Consuelo lo miró con determinación. Por un momento, pareció que le molestara que se pudiera creer que no había pensado en todo.

—Sí. Quería que lo llevaran al pueblo. Y al pueblo lo llevaremos.

—¿Dónde fue? —preguntó el hijo, y al oírle por vez primera comprobé que tenía una voz grave y recia, como su padre—. Quiero verlo.

Miré a Reinares. Asintió en silencio.

—El sargento le acompañará, si quiere. Cano, ¿puedes?

Cano asintió a su vez.

—Cómo no. Por aquí, por favor.

Cano se llevó al hijo y la mujer no se movió del sitio. Nos encontrábamos a unos treinta metros del puente, donde habíamos aparcado los coches. Consuelo se apoyaba sobre el capó del de su hijo, que pensé que estaría aún caliente después del reciente esfuerzo del motor. De pronto se había quedado absorta en algo, que no me pareció que fuera el paisaje ni nada que tuviera que ver con nada más que ella misma, y si acaso, pero tan sólo de refilón, con su marido muerto.

—Tendremos que hacerte algunas preguntas —le dije.

—Ya, ya lo sé. ¿Puedo hacer alguna yo?

—Por descontado. Y te responderé, si puedo.

—¿Qué le han hecho, cómo lo han...?

—Eso hay que esperar a la autopsia para decirlo.

El rostro se le torció en un rictus amargo.

—¿Lo ahorcaron de verdad? Quiero decir, ¿le hicieron morir pataleando y ahogándose y saliéndosele los ojos y todo eso?

—No lo sabemos aún, pero por lo que tenemos hasta aquí casi puedo asegurarte que estaba ya muerto cuando lo colgaron.

—¿Ahorcaron a un muerto? ¿Para qué? ¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? ¿O hacen eso para alguna especie de cosa enfermiza? ¿Me voy a encontrar las fotos por ahí, se las van a encontrar sus nietas?

—El capitán ha tenido buen cuidado de impedirlo.

—No se preocupe —dijo éste—. No hemos dejado pasar a los medios.

—No me refería a los medios.

—Hemos hecho todo lo que ha estado en nuestra mano.

La viuda sacudió la cabeza, contrariada.

—O sea, que a saber. ¿Y habéis recogido huellas, hay testigos, algo?

Crucé una rápida mirada con Reinares. Me dio a entender que siguiera dándole yo al capote, que para eso conocía al morlaco.

—En eso estamos, pero es pronto para decirlo.

—He llamado varias veces a su móvil —reveló entonces Consuelo—. Da apagado o fuera de cobertura. ¿Lo habéis encontrado?

—No, y es bastante probable que no lo encontremos —aposté—. Pero no importa, con los datos de la compañía reconstruiremos todo el historial de llamadas y mensajes y el recorrido que hizo. O al menos el que hizo mientras lo llevara encendido. A propósito, ¿puedo preguntarte una cosa? ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con él?

—Ayer por la mañana. Cuando se fue.

—¿No te llamó en todo el día?

—No.

—¿Ni para decirte que había llegado bien? ¿Ni por la noche?

La mujer me observó con una especie de condescendencia.

—No, Rubencín. Hacía ya mucho que se nos había pasado la tontería de novios. Tras cuarenta años de soportarse, con suerte se llega a un ten con ten, y para de contar. Ni yo esperaba que me estuviera llamando a todas horas cuando salía, ni a él le quitaba el sueño saber cómo estaba yo. Me había dejado en casa, sabía que

estaría viendo la tele y que cuando me aburriera de ver verduleras insultándose me iría a dormir. Y eso fue lo que hice. En cuanto a él, ni sabía lo que estaba haciendo ni tenía ganas de saberlo. Ya ni curiosidad, fíjate.

—Ni lo que estaba haciendo, ni tampoco dónde...

—A partir de cierta edad, eso lo dejas de preguntar, también. Como deja de preocuparte por qué te mentían cuando preguntabas.

De reojo, reparé en Chamorro, que asistía al interrogatorio sin perder detalle. Desde que había llegado la viuda, no había dejado de abastecerla de munición para una escaramuza que tarde o temprano me tocaría librar. Y mentiría si dijera que lo estaba deseando.

—Vamos, que si te pregunto si sabes de alguien o de alguna razón por la que ha podido pasarle esto, me responderás que...

—Te responderé que se supone que por eso te pagan a ti —me interrumpió—. No tengo ni idea. No sé en qué andaba cuando estaba en activo, porque según decía siempre era mejor que no supiera, para no preocuparme y por el bien del servicio. Y desde que se jubiló tampoco me contó gran cosa de las chapuzas, así las llamaba, que hacía para sacarse un sobresueldo y para que pudiéramos vivir un poco por encima de la indigencia, teniendo aún por pagar la hipoteca de la casa que compramos hace unos años. Como tenían que ver con lo de siempre, con vuestras historias, me decía lo mismo: mejor que no sepas. Así que vete a saber, igual se metió en algún lío o se le cruzó alguien más malo que el diablo. Pero a mí no me preguntes qué o quién.

El sargento Cano y el hijo de Robles venían por la carretera. Decidí dejarlo allí. Para el primer asalto, ya había tenido suficiente.

—Está bien, no quiero abusar de la confianza —le dije—. Ahora tenéis que ocuparos de lo que tenéis que ocuparos. Ya habrá ocasión de hablar más despacio, cuando estéis más tranquilos.

—Estoy tranquila, Rubén, dentro de lo que cabe. Pero sí, será mejor que hablemos en otro momento. Y así me mentalizo, de paso, de que vas a ser tú el que meta las narices en esto y el que me pregunte.

—No seré yo solo, ni es personal. Me gustaría que te quedara claro.

Consuelo dibujó una sonrisa apagada, casi polvorienta.

—Ay, muchacho, se te han puesto algunos pelos blancos, pero en el fondo sigues siendo un inocente. Todo es personal, al final.

El capitán Reinares, que había asistido desde un prudente segundo plano al

breve interrogatorio, transformado en rapapolvo inclemente, decidió compadecerse de mí y atraer la atención de la fiera:

—Les pediré a dos de mis hombres que les acompañen al tanatorio. Y tenga mi tarjeta. Le he apuntado el número de móvil. Para lo que necesite, mientras estén por aquí, a cualquier hora del día...

—O de la noche —se le adelantó—. Lo sé. Ya lo he oído antes.

Repentinamente, los ojos de Consuelo se habían empañado. Pronto se formaron dos lágrimas que desbordaron los párpados y surcaron rápidas las mejillas. Por fin la embargaba una emoción que sugería que era humana, como yo, por otra parte, bien sabía. Años atrás, la había tratado lo suficiente como para alcanzar a conocer de ella otra faceta menos áspera, la de la mujer sentimental que también guardaba en su interior. Chamorro se apresuró a tenderle un pañuelo de papel.

—Gracias, hija. —Se lo cogió.

—No se apure. Desahóguese —le dijo mi compañera.

—Me da que ya me he desahogado de más. Perdonadme.

—Anda, mamá, ven conmigo —le pidió el hijo, que acababa de unírsenos, mientras la rodeaba amorosamente por los hombros.

Antes de meterse en el coche, Consuelo se volvió hacia mí.

—Perdóname sobre todo tú, Rubén. No tengo derecho. Estoy segura de que lo harás lo mejor que sepas. Y seguro que él, dondequiera que esté, se alegra de que lo hagas tú. Siempre te tuvo afecto.

—Olvídalo —le dije, y lo sentía.

—Bueno, ya dejo de estorbar.

Y desapareció en el habitáculo. Antes de rodear el coche para sentarse al volante, el hijo me tendió la mano y se me presentó:

—Joaquín Robles, o sargento Robles, como prefiera. Me hice militar, de Infantería, a mi padre le di un disgusto con eso. Lo recuerdo de chaval, mi brigada, aunque supongo que usted a mí no.

Tenía la mano grande y apretaba fuerte. Prolongué el apretón y sentí que la emoción me golpeaba también a mí. Recordaba la sensación de tener mi mano aprisionada por una mano como aquélla. Hacía unos cuantos años de la última vez. Pero la había estrechado demasiado para que se me olvidara.

—Te recuerdo, aunque entonces no eras tan grande. No me llames *mi brigada*. Soy un amigo de tu padre. Y ahora trabajo para vosotros. Lo vamos a coger, al que

haya sido. Lo siento, no sabes cómo.

Me miró, con los ojos húmedos. Los míos también lo estaban.

—Lo sé —asintió—. Las dos cosas. Me tiene a su disposición para todo lo que necesite. Y a mi madre también. Yo me encargo.

—Gracias.

Tras despedir a la viuda y al hijo de Robles, nos reunimos con los de criminalística. Al mando del equipo había un sargento, Almendros de apellido. Su informe no fue precisamente esperanzador:

—Lo hemos peinado todo palmo a palmo. Salvo la marca de la rueda de tractor, que no creo que guarde relación con nuestra historia, no tengo nada que ofreceros. Ni zapatos, ni neumáticos, ni huellas dactilares, ni fibras, ni restos biológicos, nada de nada. Nos trabajaremos la cuerda lo mejor que podamos y sepamos. Y me temo que eso, más el cadáver y lo que se le haya quedado encima o en la ropa, será todo. Prometo tratar de averiguar la marca de la plancha, pero dudo mucho que el dato os sirva para algo. Aquí estamos de más, me temo.

—Eso nunca, hombre.

—A ver si aparece el coche. A lo mejor ahí podemos ser más útiles.

Hice un breve reconocimiento del terreno junto a mis compañeros. Algo parecía evidente: no era el lugar que uno ve de pronto, de noche, y en el que decide pararse a colgar un cuerpo. El que lo había hecho lo había preparado y lo había elegido a conciencia. Y con buena dosis de sangre fría. Porque el puente estaba apartado, y la carretera, y más de madrugada, poco concurrida, pero si su mala suerte hubiera querido que apareciera alguien por ella mientras realizaba la operación, no habría tenido dónde esconderse. Comprendí cómo había descubierto el cuerpo el repartidor aunque todavía fuera de noche. Poco antes de llegar al puente, la carretera describía una curva que permitía que los faros de un coche que viniera por ella iluminaran el costado donde lo habían suspendido. Apenas durante una fracción de segundo, lo que no excluía que algún otro conductor, menos despierto que el repartidor, hubiera pasado antes por allí sin darse cuenta. Pero como hipótesis de trabajo podíamos considerar que el colgamiento había sucedido de madrugada, y no mucho antes de la hora del hallazgo.

Recorrimos la carretera en ambas direcciones, siguiendo las cunetas. Dejé la mente en blanco, por si se me ocurría alguna otra cosa. Me persuadí de que no había más que rascar. Busqué a Reinares:

—Si le parece, mi capitán, deberíamos ir pensando en las cuestiones logísticas. Nos quedaremos aquí esta noche, así que si podemos aprovechar lo que queda de

tarde, tanto mejor. Querría repasar lo que hay en tanto esperamos a lo que resulte de la autopsia. Y tan pronto como tengamos datos de la compañía telefónica y demás, me gustaría que mi gente los fuera desbrozando. ¿Cómo nos organizamos?

Reinares no lo pensó mucho.

—Lo mejor es que vayamos a la comandancia. Hay espacio para los tres en la residencia, que no está nada mal. La ampliaron para alojar a la gente que viene de Madrid a echarles un ojo a los de la *txapela*. Y si queréis podéis trabajar en nuestra oficina. Toda vuestra.

—Me parece muy bien.

—Y a la juez, te la pongo en suerte cuando quieras.

—Mejor esperamos un poco. Preferiría saber algo mejor a qué atenernos. Tener algo más, y más concreto, encima de la mesa.

—Como tú me digas. Ordeno esto un poco y nos vamos.

Durante el breve trayecto hasta Logroño opté por concentrarme en mis pensamientos, y ni Chamorro ni Arnau dieron en interrumpir este tan saludable como generalmente descuidado ejercicio. También ellos andaban enfrascados en los suyos, que intuí muy dispares. Al final, la amenaza de lluvia no había llegado a cumplirse y se había quedado una apacible tarde otoñal que todavía prometía un buen par de horas de luz. Faltaba una semana para que hubiera que atrasar la hora y los días se acortaran a lo salvaje, por designio de los déspotas ilustrados que nos arrean y nos tiran del freno sin tener que rendirnos jamás cuenta cabal de sus acciones, y menos aún hacernos entender por qué las cosas son como son y ya no podrían ser de otra forma.

Había estado antes en Logroño. Bastantes veces, en realidad, sobre todo en el tránsito de los ochenta a los noventa, cuando mi trabajo había tenido mucho que ver con la actividad de aquellos de la *txapela* a los que acababa de aludir el capitán. Un tiempo cuyos recuerdos me vinieron en tromba, una vez que abrí la espita que solía mantener bien cerrada. Algún día, cuando quedara claro y se confirmara que aquella gente había desistido de imponer al resto sus ensoñaciones a fuerza de plomo, Goma-2 y tornillería, habría que empezar a contar la historia bien y completa, con todas sus miserias y todas sus heroicidades. No era yo el más indicado, desde mi pequeña y efímera implicación en aquella guerra, pero esperaba que alguien se atreviese. Lo esperaba, sobre todo, por aquellos que habían quedado en el camino, y que por alguna malhadada coincidencia, aunque también podía ser enaltecimiento retrospectivo, confirmaban la frase bíblica: *Los mejores de entre vosotros caerán bajo la espada*. Bajo el hacha, en este caso.

La comandancia ocupaba una enorme manzana en el mismo centro de la ciudad, en las inmediaciones de un parque. Me resultó agradable reencontrarme con la calma atildada y provinciana de aquella urbe escueta y próspera, a medio camino de Aragón, Castilla, Navarra y el País Vasco, con un poco del carácter de cada uno de los cuatro territorios fronterizos. De esa mezcla podía surgir, si acaso, la identidad riojana que habían dado en atribuirle junto con el gobierno, el Parlamento y toda la demás parafernalia autonómica que, para mi visión cada día menos entusiasta del poder y sus ejercientes, se antojaba algo desproporcionada, aunque seguramente no había dejado de beneficiar a los que allí vivían. La autonomía, como todo, funciona cuando hay para echar en la cazuela, y allí nunca habían pasado escasez.

—No había estado antes en Logroño —dijo Arnau—. No está mal.

—Es lo bueno de este trabajo —opiné—. Cuando lleves veinte años en él, como yo, conocerás de verdad España: palmo a palmo y cabrón a cabrón. O lo que sea que haya entonces, y se llame como se llame. El paisanaje es de lo más variopinto, de eso no vas a tener queja.

—Es mi segunda vez aquí —dijo Chamorro—. Tampoco me disgusta.

—Pues aprovechad, porque me temo que no lo vamos a disfrutar mucho. Pronto saldremos de dudas. Cuando nos pasen la localización del móvil de Robles. No me importaría equivocarme, pero hay algo que me hace barruntar que la faena no la tendremos aquí.

—¿Y qué te hace barruntar eso? —preguntó mi compañera—. Si es que vas a tener a bien compartirlo con tus subordinados, claro está.

—Es una pequeñez, pero espero que os hayáis dado cuenta. Del puente donde colgaron a Robles a la autopista hay poco más de seis minutos. Me da que alguien se buscó un lugar que estuviera convenientemente de paso, y a la vez convenientemente apartado, para dejar su mensaje en forma de cadáver, fuera para quien fuera. Y os hago notar que por esa autopista uno se planta fuera de esta comunidad autónoma, sea cual sea el sentido, en poco más de media hora.

—No está mal visto —dijo Chamorro.

—Y si le das una hora más, tiene tres opciones para plantarse en una comunidad con su propia policía autonómica, es decir, para interponer una ligera dificultad en la investigación del crimen. Los malos son bien conscientes de los problemillas que tenemos todos los de la porra para compartir bases de datos. Problemillas que les serán especialmente útiles, por ejemplo y a efectos de ganar tiempo, si han considerado oportuno, cosa que yo en su lugar consideraría, robar un vehículo para realizar el porte de mercancía tan comprometedora.

—¿Cómo se le ha ocurrido todo eso en este rato? —inquirió Arnau.

—No tiene ningún mérito, mi pequeño saltamontes. Ni te dejes impresionar ni mucho menos me adules por tan poca cosa. Son muchos años pensando mal de todo el mundo, no hace falta nada más.

—Puedo atestiguarlo —ratificó Chamorro.

—De todos menos de ti, mi reina mora.

—Ya. Te digo como tú a él. No te malgastes adulándome.

—Bueno, siempre ablanda algo.

Llegamos ante la entrada de la comandancia. Reinares hizo una seña y el guardia de la puerta nos dejó pasar. Había sitio de sobra para aparcar los coches. Los dejamos cerca de una decena de todoterrenos de los GRS, perfectamente limpios y alineados. Entre aquella gente aún no se había perdido la marcialidad propia del Cuerpo. Esa que nosotros, los que nos dedicábamos a la investigación, conservábamos como una vieja cicatriz: por lo común invisible e indolora, pero que a veces, cuando llovía o daba el sol, se hacía sentir o afloraba por sorpresa. Mal que pese a los antimilitaristas de toda laya, el espíritu marcial es una de las programaciones más efectivas e interiorizadas que ha alumbrado el genio humano, siempre tan activo a la hora de tratar de manipular en provecho propio el comportamiento ajeno.

Nos dieron a cada uno una habitación en la residencia. El mobiliario estaba nuevo, pero era de lo más espartano. Una hoja impresa y plastificada con el sello de la comandancia recogía las normas básicas que debían cumplir los huéspedes. Había una pequeña mesa y una silla, una cama de tamaño justo, una mesilla y un ropero minúsculo. Nada más. Desde luego, ninguna distracción del estilo de una tele ni nada que se le pareciera. Lo indispensable para dormir y, en el aseo contiguo, ni más ni menos que lo que la higiene exigía. El estilo castrense, también allí, y por si lo olvidábamos cuando andábamos por la calle jugando a policías, nos recordaba que habíamos jurado bandera.

Ninguno tardó más de cinco minutos en tomar posesión de sus aposentos y bajar a la calle. Para mí, después de tantas veces, el ritual se reducía a tirar la maleta en un rincón, sacar la bolsa de aseo, dejarla en el cuarto de baño y cepillarme los dientes. A veces, si me sentía muy diligente, sacaba ya la muda del día siguiente para dejarla preparada y ganar tiempo por la mañana. Por evitar el mal humor que me produce hacer cualquier cosa estando todavía medio despierto.

El capitán Reinares nos acompañó a las dependencias que ocupaba su unidad. Después de haber visto unas cuantas oficinas beneméritas, nada había en ésta que

me llamara mucho la atención. Me fijé en el tablón, donde tenían pinchadas varias fotos de malos y un par de artículos de gente que se metía con los jueces. También en lo que a eso se refería, en todas partes venían a cocerse las mismas habas.

—¿Tendremos ya acceso a los datos del teléfono de Robles? —le preguntó el capitán al sargento Cano.

El sargento miró su reloj.

—Las siete. Pasamos la orden a la oficina de coordinación sobre las doce. Si todos han estado diligentes, ya deberíamos tenerlo.

—Compruébalo.

Cano se sentó al ordenador y abrió los programas correspondientes. Perdió unos minutos en arrancarlos, dar las diversas contraseñas, buscar el expediente. Tras un par de intentos, meneó la cabeza.

—Nada, mi capitán. Esto no va a estar hasta mañana.

—A veces me pregunto para qué demonios sirven los protocolos, los sistemas, la centralización y la automatización —se quejó Chamorro—. Cuando esto lo hacías a lo rupestre, llamando al colega que cada cual se había buscado en la compañía, tardabas la mitad de la mitad.

—Ya, pero pisoteabas un poco los derechos fundamentales —aprecié—. Ya alegan bastante el asunto de las intervenciones telefónicas los abogados defensores en los juicios, desde que los periodistas empezaron a menearlo y desde que algún juez se encaprichó con el juguete y pinchó a quien no debía. Yo prefiero pasar por ese protocolo, por plúmbeo que sea. Que le conste a todo el mundo que nosotros no nos metemos en ningún teléfono ni guardamos la información. Que está todo en un megaordenador superseguro a disposición de su señoría.

—En la era de Facebook, con toda la intimidad de todo Cristo a merced de compañías que la venden y revenden y no responden ante nadie, no deja de ser un sarcasmo que seamos nosotros los que tengamos que andar siempre bajo sospecha y dando explicaciones.

—Así es la vida, Vir. Somos picoletos. No somos *cool*.

Volvió a sonar la melodía de *Carros de fuego*. Reinares sacó precipitadamente su teléfono móvil y atendió la llamada.

—¿Sí? ¿Seguro? Está bien, vamos allá. ¿Y Almendros? Vale.

Parecía una noticia. Y lo era.

—El coche de Robles. En un área de servicio de Tudela, Navarra. A menos de

una hora de aquí. Yo que vosotros vendría a verlo. El equipo de criminalística, que venía de recogida, se ha ido directamente.

—En marcha —me adherí.

Volvimos a ponernos en camino. El día ya empezaba a ser largo, y sobre todo para nuestra conductora. Opté por relevarla:

—Dale las llaves a Arny. Que pringue, que para eso es el guardia.

Arnau nos llevó a toda velocidad, esto es, la máxima permitida, hasta el área de servicio en cuestión. El coche lo habían dejado bajo un techado, en una zona cubierta por las cámaras de seguridad, pero a providencial distancia de ellas. De hecho, no podían haber registrado el momento en que se bajara el conductor, y éste había tenido posibilidad de moverse bajo el techado sin que lo grabaran. Chamorro, que no pasó por alto aquel detalle, puso en voz alta una sospecha enojosa:

—Éstos no son unos pardillos.

El coche de Robles era un BMW serie 5, azul marino, con unos tres años sobre el chasis y 120.000 kilómetros en el contador, lo que no le restaba potencia ni alegría en ruta. Aunque luego averiguamos que se lo había comprado de segunda mano y con una sensible rebaja, no dejaba de ser una máquina por encima de lo habitual para un jubilado del Cuerpo. Costó un poco abrirlo, pero nuestros especialistas tenían la maña y el instrumental que hacía falta. Lo difícil era arrancarlo, y eso no iba a ser necesario. Ya habían avisado a una grúa para llevarlo hasta la comandancia. Los de criminalística nos dejaron echar una ojeada rápida, pero nos pidieron que no nos metiéramos mucho hasta que ellos no lo hubieran peinado bien, para no contaminarlo.

Lo que esa somera inspección nos permitió averiguar fue que Robles llevaba en el maletero un bolso de viaje con ropa para dos o tres días, y que toda estaba limpia. También que en algún momento había conectado a la toma eléctrica un GPS, cuyo cable de alimentación y cuyo soporte seguían allí, no así el navegador. Y que para amenizarse la ruta se había llevado los grandes éxitos de Joan Manuel Serrat. Sonreí al ver el CD. Era su cantante favorito, pero pocos sabían cómo se había aficionado a él. Durante algunos meses, en los tiempos en que llevar un tricornio tenía más que ver con vigilar a la población que con proteger los derechos de los ciudadanos, se encargó de controlar todos sus movimientos. Como él solía decir, muerto de risa, era el primero en llegar a sus conciertos y el último en marcharse. Y de tanto escucharlo, se le fueron quedando las canciones y acabó por cogerles cariño.

—Tampoco vamos a tener el GPS para tratar de reconstruir sus movimientos

—dijo Arnau, con aire desesperanzado.

—Se llevan el móvil, se llevan el GPS, se esconden de las cámaras de la gasolinera. Todo va en la misma dirección... Mi brigada.

No era nada común que Chamorro me aplicara el tratamiento, salvo cuando quería zaherirme de alguna forma. Bien sabía yo ya lo que significaban todos aquellos indicios. Y bien que me fastidiaba.

—Nosotros somos más listos y tenemos más tiempo, que para eso somos el *sheriff* y ellos son los villanos —dije, para tratar de contrarrestar su derrotismo—. Que se hayan esforzado mucho para no meter la pata no quiere decir que no la hayan metido. Para empezar, mi sargento, te vas a buscar al jefe de este garito y le dices que te tenga preparadas todas las cintas, que mañana te presentarás aquí con una orden judicial para que te las entregue. Y vamos a verlas despacito, hasta que pillemos dónde y cuándo la cagaron. Así que esta noche duérmeme bien, Juan, que mañana te quiero bien despierto.

Se fueron a buscar al responsable del área de servicio y yo me quedé con Reinares y los suyos mientras subían el coche a la grúa.

—¿Qué opinas? ¿Dejaron el coche antes de colgar el cuerpo, o viceversa? —me consultó el capitán, mientras observábamos la operación.

—Buena pregunta. La secuencia puede indicarnos hacia dónde fueron luego. O al revés, estar preparada para despistarnos. Tampoco es tanta distancia como para no recorrerla dos veces, si quisieron.

—Estamos hablando todo el rato en plural —observó.

—Y no porque sí. Es de lo poco que a estas alturas tengo claro. Si esto lo hizo un tío solo, me aguanto un concierto entero de Bisbal.

—Ostras. Yo no me fío tanto de mi intuición, tío.

—No es intuición. Me limito a leer la historia.

—Las cintas nos lo dirán. Si fue antes o después, me refiero. Hay una cámara que cubre la entrada.

El móvil de Reinares lanzó entonces un pitido. Tenía un SMS.

—ETA abandona la lucha armada —leyó—. Acaba de hacerlo oficial.

—Lo celebraré cuando entreguen las armas —dijo Cano, reticente.

Regresamos a Logroño ya de noche. Los de criminalística se retiraron a descansar. Reinares y su gente también se despidieron: a la mañana siguiente habría que empezar temprano. Yo me fui con los míos a cenar a un sitio a la altura

(o bajura) de nuestras dietas. Para abreviar, elegimos el comedor de la comandancia. Fue una cena extraña, como lo había sido el día. La gran noticia, de tan esperada, nos resultaba a todos un poco increíble. Arnau parecía aturdido, Chamorro seguía algo distante y a mí lo único que me apetecía era irme a dormir.

Antes de meterme en la cama, repasé en el portátil los periódicos. Quería ver cómo habían reflejado la muerte de Robles. Me alivió comprobar que no había despertado demasiado interés informativo. Apenas había alguna referencia en la prensa local. Lo que llenaba todas las portadas era el anuncio del fin de la cruenta aventura etarra.

Curioseando, me topé con algo más. Algo que me heló la sangre. Aquel 20 de octubre de 2011, a Muamar el Gadafi lo habían linchado unos milicianos en las proximidades de Sirte, su ciudad natal. En Internet había unas imágenes de vídeo, tomadas con un teléfono móvil, que mostraban su acoso y martirio. Con ellas en la retina, apagué la luz. Consuelo tenía razón. Nos habíamos vuelto todos locos.

CAPÍTULO 4

CON TODAS LAS LETRAS

Don't stop me now,

cause I'm having a good time,

having a good time.

La canción se coló en mitad de mi sueño, y es probable que la letra nunca antes hubiera resultado tan a propósito. Sentía un gran apego por Freddie Mercury, no en vano era parte de la memoria de mi juventud, pero no tanto como para que dejara de irritarme que el sonido de su voz me echara abajo uno de los escasos momentos de absoluta placidez que a un hombre de más de cuarenta le depara la vida.

Cuando por fin me di cuenta de que era mi teléfono móvil, y en particular el último politono que le había puesto (por si alguien captaba la ironía cuando sonara en medio de algún asunto especialmente tedioso o ingrato), extendí mi torpe zarpa hacia él y con una puntería que me atrevo a calificar de milagrosa acerté en el botón de llamada.

—¿Sí?

—Hola, Vila. ¿Estabas sobando?

—No, mi comandante —traté de aparentar la frescura que en absoluto tenía—. Me ha pillado en el baño, afeitándome para ofrecer a los ciudadanos y a las autoridades competentes una imagen irreprochable.

—No me convence. Suenas pastoso. Perdona por la hora, yo aún voy de camino a la oficina. ¿Te has enterado de lo de los gudaris?

—Cómo no. ¿Me llama para eso?

—No, hombre. Ya estaba descontado. El sultán pregunta por lo que te encomendó. Y a mí, como buen visir, me toca preguntarte a ti.

—No tengo chicha, aún —dije—. Nos falta la autopsia, el teléfono. Lo único que

tenemos es su coche. Apareció a ochenta kilómetros, en un área de servicio. Había cámaras. Vamos a pedir hoy las cintas.

—¿Homicidio sin ninguna duda?

—Ninguna.

—¿Posible perfil del autor o autores?

—Malos y bien malos. Profesionales, incluso.

—Vale, con eso lo calmo. ¿La viuda está atendida?

La pregunta me hizo sentir una súbita punzada de culpabilidad. Debería haberme cerciorado de que Consuelo y su hijo tenían todo lo que pudieran necesitar. Incluso pensé que debería haberme ido al tanatorio a esperar con ellos, por agotado que estuviera. Confié en que Reinares, que a fin de cuentas era el anfitrión, se hubiera ocupado de velar por su bienestar. Pero nada de esto era para mi comandante.

—Por supuesto —mentí.

—¿Has hablado con el juez o jueza?

—Jueza —le informé—. Lo haré hoy. Para pedirle diligencias. Las que podían lanzarse ayer ya estaban todas ordenadas cuando llegué.

—Bien. Me consigues su número para que le pueda hacer un poco la pelota. Ya sabes que les gusta tener al jefe a tiro.

Lo que sabía era que a la mayoría de los jueces les daba igual con quien se entendieran, grumete o almirante, siempre que no tratara de metérsela doblada y les permitiera olvidarse del asunto para ocuparse del atasco que el que más y la que menos tenían en el juzgado.

—Como ordene, mi comandante.

—Bien, pues supongo que eso es todo. Cuando tengas algo que sea realmente una novedad, me la pasas. Me vale un SMS.

—Así se hará.

—Ten cuidado. No te cortes al afeitarte.

Tras interrumpir la comunicación, miré la hora en el propio teléfono. Las siete y cuarto. Sólo faltaban cinco minutos para que sonara el despertador. Mi yo epicúreo votaba por dejarse caer sobre la almohada para apurarlos. Mi yo ascético, cuyo poder no deja de asombrarme a medida que avanzan los años, me empujó de un salto fuera del lecho. Si me daba prisa, todavía podía llegar el primero al desayuno.

Como tantas otras veces, me ganó Chamorro. Estaba ya mojando una magdalena en su café con leche mientras trasteaba en su portátil. Se la veía despejada y tenía el corto cabello castaño aún húmedo. Para mitigar mi derrota, me recordé que ella no tenía que afeitarse.

—Buenos días, Vir. ¿Has descansado?

Me miró con el rabillo del ojo.

—Yo tengo la conciencia tranquila. Y tú, ¿qué tal?

—Yo no tengo conciencia. Como un bebé. ¿Qué miras?

—El correo. Y las noticias.

En ese justo momento, apareció Arnau. Para ser el más joven, se le veía bastante más perjudicado que sus ya añosos superiores.

—*Guten Morgen*, Arnold. Hoy te recomiendo que no tomes tu colacao y te enchufes un barreño de café. Vienes pisándote las ojeras.

—He dormido fatal. Algo me sentó mal anoche.

—Eres muy delicado. Vamos a tener que mandarte al entrenamiento de los boinas verdes para que te den de comer lagartos y porquerías que te endurezcan. Un buen investigador benemérito debe tener un estómago a prueba de menús del día, civiles y militares.

—Trataré de acostumbrarme sin llegar a ese extremo. ¿Os habéis enterado de lo de Gadafi? No he podido evitar pensar en...

—¿Gadafi? ¿Qué pasa con él? —preguntó Chamorro.

—¿No lo sabes? ¿Pues qué noticias estabas mirando?

—Un par de enlaces que he sacado del Twitter. Sobre el anuncio de ayer y las reacciones que ha provocado.

Le hice sentir mi asombro.

—¿Y a quién sigues en el Twitter? ¿Al director general? ¿No recibes más noticias que las que tienen que ver con la empresa?

—Muy gracioso.

—Anda, Juan, búscale el vídeo.

Mi compañera le cedió el teclado del ordenador. En apenas un minuto tuvo en la pantalla las imágenes de la atrocidad: el pobre anciano desorientado en que se había convertido de golpe el antaño vanidoso y estrafalario sátrapa, mientras la chusma lo zarandeaba y lo empujaba, sin la menor consideración hacia su edad y

su frente ensangrentada, al grito de *Al-lahu akbar*. El invariable *Dios es grande* que los musulmanes invocan sea cual sea el alborozo o el espanto, lo que propicia una interpretación más bien inquietante sobre la naturaleza divina. El rostro de Chamorro se convirtió en una especie de máscara pétrea, mientras sus ojos adquirían una expresión remota. Nada podía estar más lejos de su carácter que la barbarie de esos varones fanáticos e inmaduros, o que el final patético de aquel hombre viejo y depravado.

—Esto es asqueroso —sentenció.

—Pues no has visto el peor —dijo Arnau—. Lo han colgado hoy en una web italiana. Mira lo que dice el titular.

—¿Qué dice? —pregunté.

—«¿Fue sodomizado Gadafi antes de que lo mataran?» —leyó.

Chamorro apartó la vista.

—No quiero verlo. Ya veo que a vosotros os parece muy divertido, pero no es la manera en que prefiero amenizar mi desayuno.

Confieso que no pude reprimir la curiosidad y que me acerqué para mirar las imágenes. Eran más detalladas que las de la víspera. En ellas, en efecto, se veía al dictador libio caminando con un trote corto e inseguro, como si algo le estorbara, y fugazmente a alguien que le acechaba por atrás con una especie de palo. Pero parecía difícil que pudiera obtener el efecto vejatorio que indicaba el titular a través del pantalón. El desvalimiento, la vulnerabilidad absoluta del cuerpo humano sometido a una fuerza superior, logró conmoverme. Nunca habría creído que aquel personaje lograra llegar a inspirarme compasión.

—La sargento tiene razón —juzgué—. Esto es una basura. Es una basura que lo hagan. Una basura que circule. Y una basura que lo veamos. Quítalo. Se me revuelven las tripas al pensar que alguien está vendiendo publicidad con estas imágenes repulsivas. Si lo piensas, han conseguido que seamos todos unos perfectos miserables.

—Menos mal que te queda alguna sensibilidad —dijo Chamorro.

—Muy en el fondo —admití—. Pero claro que me queda.

Y lo que nos esperaba en la oficina del capitán Reinares, para inaugurar la mañana, iba a ponérmela a prueba. Era el informe preliminar de la autopsia, junto con el reportaje fotográfico completo del cadáver. No había querido personarme en la autopsia, ni siquiera había preguntado si era posible, por temor a que lo fuera. Uno, por muy endurecido que esté, no debe ver cómo abren en canal y le hurgan dentro del cuerpo a un amigo. Son otros los recuerdos que conviene preservar de

alguien a quien se le tenía aprecio. Pero, por haberme dejado encargar aquella investigación, me veía obligado a mirar en detalle todas aquellas fotos, que en adelante tendría que acarrear, como la más indeseada mercancía, en el ya cargado remolque de mi memoria.

Como el capitán había temido, al quitarle a Robles el pantalón salieron a la luz otras sevicias. Quienes habían manejado la plancha caliente sobre su piel no se habían privado de utilizarla de cintura para abajo, pero el informe de la autopsia hablaba de algo más. Algo que leí sobrecogido, sintiendo, y aseguro que a estas alturas no es fácil que eso me ocurra, que se me detenía el pulso. La fría prosa médico-legal no era suficiente para despojar de horror el hallazgo. *Desgarros en zona anal y perineal sugestivos de introducción violenta de objeto no identificado de superficie irregular y diámetro no inferior a...* Levanté la vista del papel y se lo tendí a Chamorro. El capitán, que había leído el informe antes que yo, me observó en silencio. Arnau, intrigado, preguntó:

—¿Qué causa de muerte pone?

—Paro cardíaco —dije, lacónico.

—¿En serio?

—Cuando lo leas entero lo entenderás. Que se le parara el corazón, quiero decir. Y que fue cualquier cosa menos espontáneo.

—Virgen santa —exclamó Chamorro, que tenía un pasado religioso y hasta devoto, pero no era nada dada a esas demostraciones.

—Buscamos a unos hijos de perra —certifiqué—. Por si quedaba duda.

—Con todas las letras —me respaldó el sargento Cano, que hasta entonces no había abierto la boca.

—Menuda forma de empezar el día —dijo Chamorro, con tono lúgubre—. Entre los libios y éstos, no sé qué es peor. ¿Qué le pasa a la gente? ¿Hay una especie de confabulación de tarados o algo así?

—Habéis visto lo de Gadafi —dedujo Reinares.

—Sí —le respondí—. Y no voy a decir que me deje indiferente, pero, con mis condolencias a su familia, esto me importa mucho más. A este hombre lo he llevado en el asiento de al lado tantas horas como para perder la cuenta. Con él me comí marrones a espuertas y recogí alguna medalla, aunque de eso hubo mucho menos. Me imagino que a los que se han cargado a un tirano al que nadie, ni dentro ni fuera de su país, quería ver declarando ante un juez no les pasará nada. Y no me parece bien, pero así va el mundo. Sólo te juro que si a los que han hecho esto no les pasa nada, le devuelvo el tricornio al contribuyente.

—Dios mío, cómo se puede hacer algo así —dijo Arnau, desencajado, después de hojear el informe de la autopsia.

Un denso silencio se había apoderado de la sala, en la que en ese momento nos reuníamos ocho personas, entre mi gente y los del grupo de policía judicial de la comandancia. Nadie tenía deseos de romperlo, y yo no era una excepción, pero sentí que debía decir algo:

—Es todavía más difícil de lo que parece, si no has perdido todo lo que tiene que perder una persona para dejar de serlo. Incluso aunque te haya pasado algo que te haga perder una buena parte.

Noté cómo me miraban. Sobre todo los más jóvenes. Proseguí:

—A lo mejor no soy el único de esta sala que ha tenido alguna vez a alguien totalmente a su merced. Quiero decir, alguien derrumbado del todo, muerto de miedo y sin ninguna capacidad de reaccionar. Alguien a quien tengas además todas las ganas del mundo de darle por culo, todas las que podáis imaginaros y alguna más, y que, para que la situación termine de acojonarle, es consciente de cómo deseas joderle. Por si los demás que lo hayan vivido no quieren contarlo, que lo entiendo, y para los que no lo conozcan, os lo voy a contar yo.

Hice una pausa. El silencio se había vuelto de cortarlo con cuchillo. El capitán Reinares me puso la mano en el antebrazo:

—Vila, cálmate.

—Estoy calmado, mi capitán. No diré lo que no debo, pero creo que les servirá para situarse. —Y, dirigiéndome a los demás, continué mi discurso—: Por más que hayas dejado que el odio se te meta dentro, por mucho que hayas llegado a olvidarte de tu deber y de tus principios, cuando un hombre que no puede defenderse, aunque sea el peor y el más despreciable de los hombres, te suplica piedad, hay que estar muy perturbado para negársela. Y hay que estar hecho de una sustancia que no conozco, ni quiero conocer, para hacerle verdadero daño. Pero hay que ser una mala bestia, un bicho con nada de humano y todo de alimaña, para ensañarse con alguien desde esa superioridad.

Vi cómo Chamorro se refrenaba para no intervenir. Comprendí que ya había suficiente. Mejor pasar directamente a la moraleja:

—Lo que acabo de decir no lo he sacado de ningún libro. Todo lo he observado del natural, y desde más cerca de lo que me gustaría. Y sobre esa base os advierto que nos enfrentamos a lo peor entre lo peor. Material humano completamente degenerado. Lo siento por vosotros y por mí. Vamos a ver mierda que preferiríamos ignorar.

Mi compañera habló entonces:

—De eso va este trabajo, mi brigada. ¿Te vas a dejar abatir?

Sonaba enrabietada. Una vez más, agradecí tenerla conmigo.

—Ni por un segundo, sargento.

Respiré hondo. Me había metido una ración doble de cafeína y de pronto la sentí bullir en mis venas. Era hora de reaccionar.

—Me imagino que ya tendremos los datos de la compañía telefónica —deduje—. Por favor, Cano, déjale un ordenador a Virginia para que vaya mirando. Tú, Juan, te vienes conmigo. Si el capitán es tan amable de acompañarnos, vamos a ir a hacerle una visita a su señoría y a dejarnos caer por el tanatorio, a cumplir con nuestro deber de compañeros y asegurarnos de que la familia tiene todo lo que necesita.

—Te acompaño —dijo Reinares—. En cuanto a la familia, les entregan el cuerpo a las diez. Tengo a un par de hombres con ellos.

—¿En marcha entonces?

—Detrás de ti.

Fuimos en nuestro coche, con Arnau al volante. Por el camino, el capitán marcó el número de la juez. Tenía señalamientos para ese día, pero nos haría un hueco, le prometió. Según me dijo Reinares, no sólo estaba encima del caso, sino que esperaba nuestra visita. Al llegar al juzgado, me asaltó la misma sensación de siempre. Parecía mentira que la justicia se impartiera desde aquella precariedad, con tan poco empaque, de forma, en fin, tan menesterosa. La gente apelotonada en los pasillos, los expedientes a la vista, amontonados de mala manera, los funcionarios siempre desbordados. Así, no era raro que pasara lo que pasaba. Recordé la última vez que había tenido que testificar en la audiencia. Cuando me referí a un documento que obraba en autos, relevante prueba de cargo, y fueron a localizarlo para exhibírmelo, descubrieron que alguien lo había arrancado y lo había hecho desaparecer. Muy posiblemente uno de los propios abogados defensores, que estaban allí sentados, con sus togas y toda la cara de cemento. No les habría costado mucho: seguro que cuando les dejaron los autos a efectos de instruirse no había nadie vigilándolos para impedir que pudieran atentar contra su integridad. Lo único que se necesitaba era un poco de desvergüenza, material éste del que había buen abasto en el gremio de los leguleyos, no más, ni menos, que en tantos otros. Eso, y la impunidad derivada de una autoridad que no se hacía respetar como era debido. Una música que, para mi mal, también me sonaba.

Pero pensamientos como aquéllos no iban a ayudarme en mi relación con su

señoría. Los aparté de un manotazo, una utilísima técnica mental en la que la necesidad me ha obligado a especializarme.

—Tengo diez minutos, como mucho —se presentó la juez, tendiéndome la mano—. Natalia Albiñana. ¿Con quién tengo el gusto?

—Brigada Bevilacqua, no aspiro a que lo recuerde, puede llamarme Vila. Mi compañero, Arnau. Venimos de la unidad central.

—A sus órdenes, señoría —dijo Arnau, que todavía se agarrotaba un poco delante de la autoridad, por más que intentaba empujarlo a que asumiera el papel que le correspondía, de digno agente suyo.

—Muy bien, pues encantada. ¿Qué me cuentan? ¿Qué necesitan?

Natalia Albiñana era una mujer espigada, morena, vestida de manera informal, aunque no tanto como algunas compañeras de profesión, que luego se mosqueaban cuando un quinqui se creía que eran secretarias (no de juzgado, sino de las de coger el teléfono). Llevaba una blusa blanca, pantalón y rebeca negros, y un fino colgante de oro. No vi ningún anillo en sus dedos, largos, suaves y bastante pálidos.

Reinares asumió la parte del resumen:

—Según la familia, la víctima había salido en viaje de trabajo pero no saben adónde. Según la autopsia, murió antes de que lo colgaran, de un paro cardíaco, en una especie de sesión de tortura bastante brutal. El coche lo hemos encontrado en un área de servicio de Tudela. Lo llevamos a la comandancia y con su permiso lo registraremos.

—Por supuesto. ¿Qué más podemos hacer? ¿El teléfono?

—Lo estamos mirando justo ahora —la informé—. Veremos si tiene sentido pedir alguna intervención adicional, y se lo diremos lo antes posible. Lo que necesitamos es que los de la gasolinera nos entreguen las grabaciones de la cámara de seguridad. Suponemos que alguien, y no por cierto Robles, o no por propia voluntad, dejó el coche allí.

—¿Por qué lo suponen?

—El sitio donde apareció parece escogido a propósito para que las cámaras no registraran al conductor al bajar del vehículo.

—¿Así de listos son?

—Es sólo una hipótesis. Pero no lo descarte, señoría.

—Muy bien. Hablen con el fiscal y el secretario para prepararlo. Y gracias por

venir a informarme. ¿Le ha dado el capitán mi número?

—No.

—Pues dáselo, por favor —se dirigió a Reinares—. Si me llama y no lo cojo es que estoy en una vista o en medio de una diligencia. Deje recado en el buzón, que se lo contestaré tan pronto como pueda.

—No la molestaré si no es necesario.

—No es molestia.

Le tendí una tarjeta.

—Ahí tiene el mío. Y el de mi comandante. Para lo que necesite.

—Muchas gracias. Y si esto es todo, con su permiso me vuelvo a picar piedra. Que ya han visto ustedes cómo tengo la cantera hoy.

La metáfora me chocó, viniendo de quien venía y teniendo a la vista su humanidad tirando a frágil, en el aspecto físico. En otro sentido, vi que no había desperdiciado los dos o tres años de práctica judicial que obrarían en su currículum (le eché unos treinta, como máximo: descontando la oposición no podía llevar mucho más). No se me escapó que había tuteado a Reinares, pero ni le había puesto ojitos, como decía su malévolo jefe, ni nada remotamente parecido. En la distancia corta y el primer encuentro, era una de esas mujeres que se vigilan para no ofrecer ningún flanco débil, como técnica de supervivencia en una profesión que en muchos sentidos no las tiene previstas.

Una vez que tuvimos la orden judicial, le pedí a Arnau que nos llevara al tanatorio. Reinares había destacado allí a una parte de su gente. Como tenían coche, y espacio suficiente para llevarnos a los dos, apenas nos detuvimos ante el edificio funerario despaché a mi guardia a la comandancia con el encargo de recoger a Chamorro para acercarse a Tudela a hacerse cargo de las imágenes de las cámaras. No quería perder tiempo ni posibilidades de las que aquella mañana pudiera ofrecernos. Muchos casos de homicidio se resuelven, o se arruinan, en las primeras veinticuatro o cuarenta y ocho horas, y aunque no tenía demasiadas razones para creer que éste pudiera ser de los primeros, sí podía temer que fuera de los segundos. Y cualquier negligencia que luego se revelara irreparable, eso lo sabía, la iba a lamentar.

Consuelo y su hijo, el militar, estaban ya aguardando en la sala de velatorios que les habían asignado, y en la que de un momento a otro instalarían el cadáver. Apenas iba a estar allí un par de horas, según nos informó el teniente Mota, porque a las doce tenían concertado el coche fúnebre para llevarlo al pueblo natal de Robles, en León, donde iban a darle sepultura. La idea era hacerlo la mañana del

día siguiente, después del velatorio conforme a la tradición rural, lo que me hizo pensar en un cuadro berlanguiano del que, la verdad, no me importaba nada estar ausente. Tenía mis motivos, bastante concretos: por mis venas, por parte de madre, y junto al caudal italiano desviado por el Río de la Plata, también corre sangre mesetaria. Y castellano-leonesa, precisamente, como la de Robles. Recordaba un pueblo que no sería muy diferente del suyo, donde habían nacido mis abuelos.

A Consuelo la vi cansada. Al hijo, algo más vencido que la víspera. Habían tomado asiento en sendos sillones, pero ninguno de los dos se permitía apoyarse en el respaldo. Se sujetaban en el borde del cojín, apenas erguidos, diríase que tal y como habían caído sobre él.

—Buenos días —los saludé—. ¿Habéis podido descansar algo?

—El teniente nos buscó alojamiento en la comandancia —dijo él—. Yo dormí un par de horas. Mi madre me temo que nada de nada.

La madre lo miró con una especie de desgana.

—Si no duermo cuando no muere nadie, cómo iba a dormir hoy.

Me resultó ligeramente embarazoso saber que habían pernoctado donde yo lo había hecho, quizá en el mismo pasillo, y deducir que se habían ido a la cama más tarde y se habían levantado más temprano. En cierto modo, eso me dejaba en evidencia. Yo era el que estaba de servicio, y ellos eran las víctimas a las que me tocaba cuidar.

—Debe de estar al llegar —dijo Mota, consultando el reloj.

La viuda dejó escapar un suspiro.

—No hay prisa. Nadie llega tarde a su propio entierro.

—¿Cómo estás, Consuelo? —le pregunté, por limar asperezas.

Me miró con algo que, sin ser cordialidad, tampoco era encono.

—Bien, estoy bien. No me voy a suicidar ni nada de eso, descuida. Ya imaginaba que llegaría el día, y he tenido que criar a un hijo y una hija con un padre siempre fuera, así que soy cualquier cosa menos una mujer que se asuste por estar sola. Aunque, la verdad, no lo esperaba tan pronto. Sólo tenía sesenta y dos años y andaba bastante bien de salud. El que sea le ha quitado quince años de vida, como poco.

—¿Cuándo volverás por Barcelona?

—Cuando le demos tierra, para qué esperar más. Tengo una hija con dos niñas de las que hay que ocuparse. Pagarse el canguro de hoy y de mañana ya le vendrá

fatal a la pobre, con la mierda de sueldos que ganan ahora las criaturas. Y suerte que ella trabaja, y cobra, aún.

—¿Cómo contacto contigo? ¿Tienes un móvil o algo?

Sonó ofendida:

—Tengo un móvil, Rubén, claro que lo tengo. ¿Por quién me has tomado? Incluso tengo Facebook y Gmail y... ¿cómo es eso otro?

—Skype —dijo su vástago.

—Eso, *eskai*. Me servía para ver que éste seguía entero cuando estaba allí, con los moros del Bin Laden. Cinco meses cagada por si le pasaba algo y ya ves. El peligro, al final, está donde menos te lo esperas.

—Con el móvil será suficiente.

—Apúntese también el mío —me ofreció el hijo.

Consuelo recobró de pronto la conciencia de la situación:

—Sabrás algo más que ayer.

—Algo, no demasiado.

—¿Serías tan amable?

—Puedo asegurarte que no lo colgaron vivo y que, dentro de lo malo, se fue de la mejor manera: se le paró el corazón —tergiversé, a medias, una verdad que no era el momento de servirle cruda—. Apareció su coche en Navarra, en la autopista, a una hora de aquí. Alguien lo dejó allí, él o un tercero, y hay cámaras que algo registrarían. Hemos pedido las cintas y saldremos pronto de dudas. No tenemos mucho más, pero estamos empezando a mirar el teléfono y espero que eso nos diga por dónde anduvo. A lo mejor me pongo en contacto contigo, o con tu hijo, por si en la lista de llamadas hay números que os resultan conocidos.

—Alguno conoceré, me imagino, pero otros seguro que no —auguró—. A lo mejor los que más te interesa saber de quién son.

—Eso no es problema. Para eso está la juez, y la base de datos de la compañía telefónica. Lo averiguaremos.

Dejó escapar un suspiro.

—Bueno, yo voy a dejar de pensar. Pasaremos el día como podamos, y vosotros ya os ocuparéis de lo que os tengáis que ocupar y ya preguntaréis lo que tengáis que preguntar. ¿No lo traían a las diez?

Al verla mirar su reloj, hice lo propio. Eran las diez y cinco. Al momento, como si

la hubiera oído protestar, se presentó un empleado. El cadáver, nos dijo, estaba colocado ya en su sitio. Antes de correr las cortinas quiso saber si la familia deseaba que dejara levantada la parte superior de la tapa de la caja y a la vista el rostro del difunto.

—¿Está visible? —preguntó el hijo.

El empleado asintió con energía.

—Por supuesto, hemos hecho nuestro trabajo.

—Pues deje levantada la tapa —ordenó Consuelo.

Y, sin esperar a nadie, se puso en pie y se acercó al cristal.

Una parte de mí habría preferido no quedarse. Pero la que debía prevalecer me mantuvo allí, a pie firme, mientras se descorría la cortina. Al ver aparecer a Robles, respiré aliviado. Quien se había encargado de amortajarlo y prepararlo conocía su oficio. También el forense, que había cumplido con su cometido sin que quedara a la vista ninguna huella de su intervención. Tumbado en aquella caja, con los ojos cerrados y el uniforme puesto (y al reparar en este detalle no pude dejar de mirar de reojo al hijo, que debía de haberse ocupado de traerlo), lo último que uno podía pensar era que había muerto a manos de una partida de sádicos que lo habían atormentado de la forma más vil. De un golpe, con lo que en su cuerpo quedaba del espíritu que lo había animado en vida, recobraba mi amigo la dignidad que habían querido negarle, colgándolo de aquel puente a la vista de cualquiera.

—Mírale —sollozó Consuelo—. Bien plantado hasta el final. Viéndole así, hasta doy por bien pasados todos los disgustos que me dio. Por lo menos, los sufrí por un hombre que todas me envidiaban.

A Joaquín, el hijo de Robles y circunspecto sargento de Infantería, le azoró notoriamente oír hablar de aquel modo a su madre.

—Ven, mamá —dijo—, vamos a sentarnos un poco.

—No, no pienso sentarme —se negó ella, contrariada—. Me quedaré aquí hasta que llegue el coche. Siéntate tú, si quieres.

Permanecí allí, de pie, a apenas unos pasos de Consuelo, durante un lapso de tiempo que no podría precisar. Quizá fueron cinco minutos, quizá diez. Miré el cuerpo sin vida, todavía estupefacto, y miré cómo ella lo miraba, lo que me produjo una irresistible fascinación. A aquellas alturas de mi vida creía haber aprendido algo del amor. Al menos lo suficiente como para saber que era extraño, lo más extraño de todo, una fuerza virulenta en la que se mezclaban de forma casi inextricable la razón más pura y lógica, porque nada hay más congruente con nuestra naturaleza que buscar la comunión profunda con otro ser humano, y la

irracionalidad más absoluta, porque nada como el amor sabe vincularnos a quien nos resulta ajeno, o inalcanzable, o a quien perdimos irremisible o incluso necesariamente. Pero lo que allí se me mostraba era una modalidad insólita, desorbitada, que rebasaba con mucho mi escarmentado y azaroso conocimiento del asunto.

Al final reuní el valor para acercarme y decirle:

—Consuelo, debo marcharme. Tengo tarea.

No se volvió en seguida. Continuó dándome la espalda durante unos segundos, como si se tomara su tiempo para regresar a la realidad. Cuando lo hizo, me sorprendió echándome la mano al hombro y acercándome la mejilla para darme un par de besos. Fueron, quizá, los más turbadores que he recibido nunca. Porque no eran para mí.

—Ve, Rubén. Y gracias por encargarte.

Salí a la calle, todavía un poco trastornado por la experiencia. Para contrarrestar aquella sensación, marqué el número de Chamorro.

—Dime que tienes las cintas —fue mi brusco saludo.

No se amilanó. Su voz sonó firme:

—Las tengo. Y más. ¿Nos vemos en la comandancia?

CAPÍTULO 5

LA MANO DEL ARTISTA

El capitán Reinares y el teniente Mota se quedaron en el tanatorio para acompañar a la familia de Robles hasta que viniera el coche fúnebre que debía trasladarlo hasta su pueblo natal. A la comandancia me acercó el guardia que estaba con Mota desde primera hora. Un chaval muy joven, poco más de veinte años, al que me costó infundir confianza. Es lo que tiene sacarle a alguien tantos trienios, de vida y de servicio. Sólo al final del trayecto, cuando ya circulábamos por Logroño, se permitió algo parecido a expresarse de manera espontánea.

—Mi padre también es subteniente. Al ver a ese hombre ahí, en la caja, no sabe lo que me ha pasado por la cabeza, mi brigada.

—Claro que lo sé.

El joven guardia sacudió la cabeza.

—¿Por qué? ¿No hemos enterrado ya a bastantes?

Le miré, aunque él mantenía la vista al frente, pendiente de la conducción. Vi su perfil aguileño, sus mejillas prietas, la rabia de benemérito en el semblante. Y pensé que sí, que ya habíamos enterrado a bastantes de los nuestros, y no sólo a los doscientos y pico que a lo mejor él tenía en mente, sino a muchos más, muertos de todas las formas violentas imaginables, desde 1844 hasta nuestros días. Abatidos por reaccionarios y por revolucionarios en las guerras civiles decimonónicas; por los unos y por los otros en la del 36 al 39; por malhechores de toda clase, desde bandoleros hasta atracadores, a lo largo de 167 años. Más allá del enemigo natural, la delincuencia común, la Historia llevó a los guardias civiles a morir a manos de carlistas, anarquistas, rebeldes cubanos y filipinos, insurgentes rifeños, comunistas, falangistas, mineros airados, militares sediciosos, guerrilleros del monte, etarras... Para que no faltara de nada, a esa muchedumbre de verdugos se habían de unir, ya en pleno siglo XXI, iraquíes insumisos y hasta talibanes infiltrados. Me incomodó la sensación de que la muerte de Robles, por lo que de ella entreveía, no pudiera tal vez sumarse con propiedad a la nómina de este extenso martirologio de hombres y mujeres caídos en el cumplimiento del deber o por su afán de cumplirlo. Pero no era de eso de lo que podía hablarle a aquel muchacho, tan imbuido del espíritu del

Cuerpo que ya lo habría recibido disuelto en el biberón. Frente a gente como él, que llevaba el tricornio de la cuna a la tumba, me sentía como una especie de advenedizo, porque yo me lo había encontrado por el camino y sin ninguna vocación, aunque, de tanto rozarse con él, mi cráneo de escéptico impenitente le hubiera tomado apego.

—No te desanimes —le dije—. Nadie ha podido con nosotros, hasta la fecha. Lo que olvidan los que se nos enfrentan es que dándole a uno se echan encima a ochenta mil, armados con toda la mala leche y toda la paciencia que hagan falta para fundirles los plomos.

—Pues espero que se los funda usted a éstos.

—Así se hará —le prometí—. Siempre bajo las órdenes de la autoridad judicial y con arreglo a la legislación vigente, eso sí.

—No esperaba que lo hiciera de otra forma —replicó, sonriente.

Le devolví la sonrisa. Aquel chico tenía madera.

—Gracias por traerme. Déjame en la puerta y vuelve con tus jefes, no vaya a ser que te necesiten y no estés allí.

—A la orden, mi brigada. Y suerte.

—Creo más en el tesón y en el talento, pero no vendrá mal.

Cuando me reuní con los míos, un par de minutos después, me sentí orgulloso de mandarlos. Arnau estaba literalmente pegado a un monitor en el que repasaba las imágenes tomadas por las cámaras de videovigilancia de la gasolinera. Chamorro, por su parte, tecleaba a velocidad endiablada en su portátil los datos que copiaba de la pantalla de uno de los ordenadores de la oficina. Eran la viva imagen de la diligencia y del celo en el servicio. Carraspeé para alertarlos.

—Dadme una alegría. Vengo de visitar un juzgado y un tanatorio.

—Yo acabo de empezar, estoy en ello —dijo Arnau, sin volverse.

Chamorro dejó de teclear y se echó atrás en el asiento.

—¿Ya te han presentado a la juez? —preguntó.

—Sí. ¿Por?

—Tienes un buen motivo para llamarla. O, mejor dicho, dos.

No podía esconder su satisfacción. Tampoco lo intentaba.

—¿Quieres ser menos críptica? —le pedí.

—Tengo dos números de teléfono que me parece que justifican que los

investiguemos con toda la amplitud que sea posible.

—¿Y en qué lo justificas?

—Con uno de ellos Robles habló siete veces anteayer y tres la víspera, más otras diez a lo largo del mes. Con el otro se comunicó ciento y pico veces, en las últimas cuatro semanas. Los he mirado y no son de su mujer ni de ninguno de sus hijos. He llamado al sargento de Infantería. Tampoco le suenan de ningún familiar o amigo cercano.

—Disculpa que pregunte, pero ¿has comprobado que esos números no estén en el listín público o en nuestra base de datos?

—Pues sí, pese a la inutilidad de la gestión. ¿Quién, aparte del que quiere vender algo, está en el listín? ¿Y quién, aparte de los que ya hemos pillado, tiene su número en nuestra base de datos?

No le faltaba razón. Le concedí el tanto.

—Vale. Te tocará escribir el informe y presentar de la forma más sospechosa posible esas comunicaciones. Lamento decirte que su señoría no parece tan en el bote del capitán como dijo el comandante. No podremos recurrir a él para corromperla por la debilidad de la carne. Tendremos que persuadirla con la firmeza de los indicios.

—Puedo hacerlo. No es lo único que tengo.

—¿Y qué más hay? Vamos, ahórrame el suspense, que no tenemos todo el día para que te diviertas jugando a Miss Marple.

—Eso ha tenido muy mala idea —protestó—. No he podido meterme a fondo con las localizaciones del móvil, pero he reconstruido el itinerario que hizo anteayer. Combinándolo con esos dos números, se produce alguna coincidencia curiosa. Apenas sale de su casa, muy de mañana, se dirige hacia la costa. A la altura de Sant Boi de Llobregat llama a los dos números de marras. Conversación de un minuto con el que llamaremos interlocutor Alfa, ya que tiene el récord de llamadas, y de poco más de tres con el que llamaré interlocutor Bravo, el segundo de la lista. Se para a la altura de Castelldefels y vuelve a llamar a Alfa. Aún más breve, veinte segundos. Una hora de silencio telefónico, en la que permanece en Castelldefels y rechaza o desatiende dos llamadas entrantes, una de ellas de Bravo. Cuando vuelve a ponerse en camino, le devuelve la llamada y hablan otros tres minutos. ¿Me sigues?

—Eh, a duras penas, pero creo que sí.

—Bien —continuó—. Apenas le cuelga a Bravo, otra llamadita al interlocutor Alfa. En esta ocasión se entretiene un rato largo, nada menos que veinte minutos,

mientras avanza hacia Tarragona. Pero no llega hasta la ciudad. A la altura de El Vendrell se desvía para tomar la AP-7 y luego la AP-2 con dirección Zaragoza. O sea, hacia aquí.

—Ya lo he deducido. Me sé las carreteras.

—Lo que no sabes es que conduce del tirón más de cuatro horas, en las que habla otra vez con Bravo, dos minutos, y con Alfa, diecisiete. Tema no les falta, por lo que se ve. El caso es que pasa de largo de Logroño y llega hasta Álava. Ahí para. He comprobado las coordenadas, corresponden a un área de servicio. Imagino que tiene que repostar. Desde allí vuelve a llamar a Bravo, con el que conversa por espacio de cinco minutos. En total, no pasa más de diez minutos en esa localización. Luego vuelve a la carretera. Son las dos menos cuarto.

—¿Vas a decirme de una vez hasta dónde llegó?

—A las tres menos cinco se detiene bajo la cobertura de una antena situada en Portugalete, Vizcaya. Una zona industrial, no sabría decirte dónde exactamente, pero según Google Maps hay varios restaurantes en las inmediaciones. Llama a Bravo, breve comunicación de apenas un minuto. Tres minutos después le llama Bravo a su vez. Veinte segundos. En ese punto pasa dos horas, en las que ignora dos de las tres llamadas que recibe, una de ellas de su hijo. Atiende, en cambio, por espacio de dos minutos, la que recibe del interlocutor Alfa.

No pude reprimir mi impaciencia:

—Me fascinan tu diligencia y tu precisión, Virginia, pero supongo que te imaginas el lugar que ardo en deseos de conocer.

Chamorro disfrutaba visiblemente.

—Lo imagino, y estoy en condiciones de decírtelo. El teléfono de Robles dejó de funcionar en el término municipal de Briones, La Rioja, pasadas las seis y media de la tarde. Quince minutos después de hacerle una llamada a Bravo, que duró dos minutos, y media hora después de conversar otra vez, durante unos diez minutos, con el interlocutor Alfa. Circulaba por una carretera secundaria, tras abandonar la autopista por la que había venido desde Bilbao. No tengo elementos para ofrecerte ninguna teoría sobre lo que pudo llevarle allí, pero creo que es digno de resaltarse el hecho de que Robles se salió de la autopista justo después de hablar por última vez con Bravo.

Briones, si la memoria no me fallaba, estaba a una media hora, por autopista, de donde había aparecido el cuerpo. Traté de imaginarme la escena. Hipótesis 1: Robles apagó su propio móvil, a requerimiento de alguien o por propia voluntad, para dejar de estar localizable en ese punto si trataban de rastrear sus movimientos

como acababa de hacer Chamorro. Hipótesis 2: otra persona apagó el móvil de Robles después de habérselo arrebatado para que se perdiera su pista ahí, a varias decenas de kilómetros de donde acabaría apareciendo el cadáver. Ambas posibilidades eran verosímiles. Robles era policía, y sabía que tener encendido el móvil es llevar un fisgón encima. Y desde la víspera era un difunto, y quienes fabrican difuntos no suelen tener especial interés en que se conozca el lugar exacto donde llevan a cabo la operación. La cuestión era, si lo había apagado él mismo, por qué no lo había hecho durante el resto del día. Y si era otro quien lo había desconectado, por qué lo había hecho justo en ese lugar y cómo había llegado Robles hasta allí: de buen grado, a la fuerza o mediante engaño. Al margen de eso, traté de deducir quiénes podían ser los que Chamorro había apodado Alfa y Bravo. La comunicación con Bravo, llamadas en momentos significativos, y nunca largas, parecía más directa y funcional. La que mantenía con Alfa, no sólo por el número y la duración de las llamadas de ese día, sino por las muchas que vi que se acumulaban en los anteriores, mucho más errática y compulsiva.

—De acuerdo, Vir, has aprovechado el rato —reconocí—. Escríbeme un papelito convincente para su señoría. Creo que es de las que te gustan, y que tu estilo también le gustará. O eso espero, por nuestro bien.

Me volví hacia Arnau. Vi que estaba pasando la grabación imagen a imagen. En el instante siguiente, identifiqué el vehículo que atraía su atención: era un BMW del mismo modelo y color que el de Robles, que enfilaba por la vía de acceso a la estación de servicio. En el interior se distinguía una sola figura, a la que no se le veía el rostro. Para impedirlo llevaba, y dudaba mucho que por azar, una de las odiosas y consabidas gorras de visera, como las que a menudo nos estorbaban en grabaciones semejantes. Por la complexión, no era Robles.

—¿A qué hora ocurrió eso? —pregunté.

—A las veinte y catorce.

—¿Y a qué hora situaba la muerte la autopsia?

—En torno a la medianoche.

—Vale. Premeditación, ensañamiento, alevosía. Lo que nos ocupa, definitivamente, es un asesinato como la copa de un pino.

—De eso cabían pocas dudas —apuntó Chamorro.

—Cada detalle cuenta. Dentro de que nada tiene ya remedio, me consuela pensar que no le dejamos al abogado que defienda a estos indeseables ninguna opción de calificarlo como simple homicidio.

Seguimos analizando las imágenes de las cámaras. El hombre de la visera metía

el coche bajo el techado y no volvía a aparecer en las grabaciones. En la media hora siguiente, nos dimos ese margen de seguridad, abandonaban la gasolinera veintidós vehículos. Arnau fue anotando meticulosamente todas las matrículas. Ya tenía su primer listado del caso: en alguno de esos veintidós coches, o no nos merecíamos el sueldo que nos pagaban, se había largado el tipo de la visera. El que se había deshecho del BMW de Robles en un sitio en el que tardaría en llamar la atención y a una distancia prudencial del presumible lugar del crimen, tras tomar todas las precauciones para no ser identificado. El que algo tenía que ver, seguro, con su muerte. El que, por la hora de la grabación, bien podía, incluso, haber tenido tiempo de participar directamente en ella, aparte de ayudar a borrar los rastros.

El resto de la mañana se nos fue en la tarea de revisar a conciencia las imágenes y cerciorarnos de que no se nos escapaba nada, a Arnau y a mí, y en la redacción del informe para la juez, a Chamorro. Al acercarse la hora de la comida, recordé que era viernes y que me tocaba decidir sobre si mis subordinados y yo mismo disfrutábamos en todo o en parte del fin de semana o si una vez más nos lo pulíamos en atención al servicio. Había quedado con mi hijo para ir el sábado al cine y cenar en casa y pasar una mañana de domingo familiar, sin otro plan que salir a correr un rato juntos por el río y luego regalarnos un buen desayuno leyendo el periódico. Cosas sencillas de las que uno descubre, al final, que está hecha la sustancia de la vida, o al menos la parte de ella que justifica seguir afrontando sus penalidades. Tenía ganas de ir al cine con mi vástago, me apetecía la película que habíamos decidido ir a ver y también me gustaba, y me sentaba bien en el cuerpo y en el alma, hacer ejercicio con él. Recobrar ese hábito, abandonado durante años por pereza y por culpa de los horarios absurdos que imponía mi trabajo como investigador, era lo mejor que me había traído su afición al fútbol, que tanto me había fastidiado verle desarrollar.

No sólo era que me pareciera que en la vida había muchas distracciones preferibles a la de andar pendiente de lo que hacían o dejaban de hacer una pandilla de millonarios veinteañeros, conchabados con una mafia de promotores inmobiliarios ansiosos de sacarle jugo al palco y de políticos proclives a aturdir al electorado con el mismo viejo truco que ya se usaba en la Roma de hace dos milenios. Mi hijo llevó su interés al extremo de practicar el dichoso juego con ahínco y hasta le dio por federarse, en pos de una carrera profesional como jugador que no podía dejar de parecerme nociva, además de inverosímil. Por fortuna, no llegó nunca a descuidar los estudios. Para mi alivio, al iniciar la universidad razonó por sí mismo que, cumplidos los dieciocho, y no habiendo alcanzado más que un nivel discreto, su futuro no iba a pasar por la persecución de cueros por el césped. Se dio de baja en el equipo y ya sólo hacía deporte para mantenerse en

forma. Algo a lo que, me dijo con sensatez, y no tuve empacho en darle la razón, yo no era aún demasiado viejo para renunciar. Y así fue como empezó nuestra actividad deportiva conjunta, en la que tenía la compasión de bajar su exigencia para que su decrépito padre pudiera seguirlo.

Cuento todo esto porque fue precisamente eso, la perspectiva de darme una carrerita mañanera con mi hijo a la vera del Manzanares, aprovechando la indulgencia de aquel otoño suavizado por el calentamiento global, lo que me inclinó a resolver que no nos perderíamos el descanso dominical y que al término de aquella jornada regresaríamos a Madrid. Aunque era consciente de que con esa decisión honraba muy poco la tradición de abnegación de la Benemérita, me iba a ocupar de que tampoco hubiera de juzgarse que aquellos dos días quedaban perdidos para el caso. Confiaba en ser capaz de convencer a mis jefes, pero, antes de nada, quise poner al corriente a mi equipo:

—Bueno, gente, éste es el plan. Vamos a comer. Vamos a ver qué han sacado los de criminalística del coche. Vamos a pedirle a la juez que nos pinche los dos teléfonos que nos interesan. Vamos a reconocer el lugar donde se perdió la señal de Robles, y vamos a coordinarnos con Reinares para que nos hagan las pesquisas sobre el terreno que vaya demandando la investigación. Y si somos diligentes, calculo que esta noche podemos estar descansando cada uno en su cama a una hora medio civilizada, o sea, no mucho más tarde de medianoche. Ya veremos si mañana tiene sentido hacer algo desde Madrid, y el resto del fin de semana lo podéis ocupar en lo que os parezca, además de preparar una maleta en condiciones. Porque el lunes a primera hora nos echaremos otra vez a la carretera y esta vez sí que os pido que estéis preparados para no volver en Dios sabe cuántos días. Todo lo dicho, salvo que el comandante, con su superior criterio, decida otra cosa.

—A mí me parece bien, justificado y razonable. Y, por la parte que me toca, se agradece la deferencia —dijo Chamorro.

—Yo, lo que requiera el servicio, mi brigada —dijo Arnau.

—No te pases, Arnold, que dejar como dos vagos a tu brigada y a tu sargento no tiene premio. ¿Tú no te habías echado novia?

Arnau se ruborizó. Cuestiones así eran las que tenía que corregir. No podía ser tan vulnerable frente a las opiniones ajenas.

—Sí, pero...

—Ándate con ojo. Las mujeres siempre juegan con ventaja, o, si me permites el símil futbolístico, con la defensa adelantada. Si no refrenas un poco al delantero atolondrado que llevas dentro, vas a estar todo el tiempo en fuera de juego. Y eso

te acabará pasando factura.

—¿Tú no odiabas el fútbol? —dijo Chamorro.

—Con toda mi alma. Tan sólo trato de sacarle algún partido a la atención excesiva que he debido prestarle contra mi voluntad.

—No te guíes por éste —le dijo a Arnau—. Ni en cuestión de mujeres ni de fútbol. Nadie sabe mucho de lo que no se esmera en saber.

—No voy a responderte, sargento. Y a ti, Juan, sólo te digo que te esfuerces este fin de semana en hacerle la pelota a tu princesa, y que juntes capital afectivo para gastarlo en todos los días en que sólo vas a poder llamarla por teléfono. Que me temo que serán unos cuantos, con un caso que puede llevarnos desde Barcelona hasta Vizcaya.

Comimos en apenas media hora, que aproveché para hablar con mi comandante y obtener su aprobación para el plan de trabajo que acababa de pergeñar. Alrededor de las dos y media nos personamos en las dependencias que ocupaba el equipo de criminalística de la comandancia. Su responsable, el sargento Almendros, estaba algo más contento que la víspera. Pronto descubrimos el motivo. Veinticuatro horas después, ya no tenía las manos completamente vacías.

—Tengo un par de sorpresas para ti —informó—. No te aseguro que vayamos a daros la solución, eso dependerá de vosotros y de la fortuna, pero si andáis vivos y las cosas ruedan bien, podemos poneros en la mano alguna carta para que la juguéis. En primer lugar, nos hemos trabajado la cuerda. No puedo decirte dónde la compraron ni cuándo, ya te dije que es muy común, pero si por casualidad das con la herramienta con la que la cortaron la reconocemos sin margen de error. Fue muy posiblemente un alicate de corte, y además estaba mellado en un punto que quedó marcado en el tajo. No es una huella dactilar, estos tipos, como cabía prever, son demasiado listos como para cometer un fallo de ese calibre, pero, llegado el caso, puede valerte igual.

—Vaya, algo es algo —dije, sin mucho alborozo—. Qué más.

—La plancha. Ha sido un trabajo desagradable, pero el chaval que mandé ayer a la autopsia me ha traído una huella casi entera y repleta de puntos característicos. De nuevo, si tienes la potra de encontrarla, te la identifico con una fiabilidad del ciento por ciento.

—Tú lo has dicho, si tengo esa potra. Perdona que enfríe los ánimos, valoro vuestro esfuerzo, pero si estos tipos son lo que a ti te parecen, y a mí también, a estas alturas esa plancha y ese alicate están en un vertedero donde tenemos tantas probabilidades de encontrarlos como de que nos toquen el gordo de Navidad y el

del Niño juntos.

—No seas tan pesimista, mi brigada. Carambolas más difíciles hemos visto los dos. Pero todo esto es lo que menos me importa. Lo que realmente me hace feliz es otra cosa. Mira bien estas fotografías.

Me enseñó en la pantalla del ordenador varias imágenes que mostraban, con diverso grado de detalle, la suela de unos zapatos. En seguida me imaginé que debían de ser los de Robles, pero no atisbé la razón por la que a Almendros le parecían tan importantes. Como vio que no terminaba de atar cabos, se avino a explicármelo:

—Por suerte, la suela tiene los suficientes recovecos, y el difunto no era un hombre liviano. Si te fijas bien, verás que tiene incrustados aquí, aquí y aquí —me señaló varios puntos en las fotografías— restos del terreno por el que caminó. Por las características de las trazas vegetales y del material inerte, es un suelo típico de aquí. Mi suposición es que bien pudo ser del lugar donde se encontró con sus asesinos, o donde le acabaron llevando, y me atrevo a aventurar lo segundo. Hay restos también en el borde superior de la suela y en la puntera, que es una parte donde no suele mancharse uno, salvo que lo lleven a rastras o se tropiece de alguna forma. Resumiendo, mi brigada: podemos sacarte un perfil de la flora bacteriana del que tal vez sea el lugar del crimen. Y, si por otro medio llegas a él, certificártelo sin duda alguna.

Aquello me dejó más pensativo. Era una técnica relativamente reciente, de la que había aún poca experiencia, pero ya nos había servido para resolver un par de asuntos que habían pasado con éxito la primera instancia judicial. La mezcla de microorganismos presentes en un determinado espacio, cuando se podía establecer con el detalle que nuestros laboratorios centrales alcanzaban, resultaba tan característica como para poder afirmar que la muestra procedía de allí.

—Esto es otra cosa —admití—. ¿Lo habéis enviado ya al laboratorio?

—La muestra salió antes de mediodía.

—¿Y el coche?

—Lo hemos rastreado a fondo. Hemos encontrado fibras, cabellos y algún resto orgánico adicional. Huellas dactilares que sirvan, sólo del propietario. Lo mandaremos todo a analizar, pero ya sabes.

Sí, ya sabía. En casos como aquél, lo normal era que los restos pertenecieran a la propia víctima, o a personas que habían pasado por el coche sin tomar ninguna precaución. Algo que no casaba, en absoluto, con aquel misterioso conductor de la visera que buscaba para bajarse del coche un lugar donde no podían registrarle las

cámaras.

—En todo caso, me descubro. Os lo habéis currado.

La sonrisa de Almendros se abrió de oreja a oreja.

—Para eso estamos. En el fondo, esto es más bonito que cuando tienes una bala o un casquillo y los metes en la base de datos de balística. Eso lo hace todo el ordenador. Aquí cuenta la mano del artista.

—Oye, ¿y habéis mirado ya el CD que llevaba en el coche?

—Sí. Huellas de Robles. Nada más.

—¿Te importa que me lo lleve?

—En absoluto. ¿Para qué lo quieres?

—Para nada. Sólo que al verlo me entró nostalgia.

La juez Albiñana, después de escuchar mi breve informe telefónico, nos citó en el juzgado a las cuatro y media. Me pidió que le adelantáramos el informe escrito por correo electrónico. Se comprometió a tenerlo estudiado para cuando nos presentáramos en su despacho. Y así fue. Lo tenía impreso y subrayado sobre la mesa, en medio de una maraña de autos y otros papeles propios de su función. Había perdido ya la cuenta de los años que llevaba oyendo hablar de la informatización de la oficina y los procedimientos judiciales. Pero a aquella juez, como a sus antecesores del siglo XIX, seguían cercándola los legajos.

Le presenté a Chamorro y le recordé a Arnau. No se me escapó que en éste apenas reparó, mientras que a la sargento la miraba de arriba abajo y le mantenía la mano apretada durante un par de segundos.

—Es usted quien firma el informe, ¿no?

—Sí, señoría —dijo Chamorro.

—Dadas las circunstancias del caso, y los lugares y los momentos donde se produjeron las llamadas, creo que en efecto son comunicaciones lo bastante sospechosas como para que reclamemos a las operadoras la identificación de los titulares. Tengo alguna duda más sobre la pertinencia de intervenirlos, como me piden, pero en aras de favorecer la investigación, y por las pruebas que podamos obtener en caliente, voy a acceder. Eso sí, como estamos afectando derechos fundamentales de personas que no sabemos quiénes son ni qué relación guardan con el caso, si es que guardan alguna, voy a acordarles una escucha limitada a una semana. Es el plazo que tienen para presentarme pruebas concluyentes de que las escuchas deben mantenerse.

Al decir esto, me miró también a mí.

—Lo entendemos perfectamente, señoría —respondí—. Antes de una semana le daremos argumentos para mantenerlas o seremos nosotros quienes le pidamos que deje sin efecto la intervención.

—Y otra cosa, que va de suyo, pero por si acaso. Que las conversaciones de estas personas, de las que no tenemos indicios de criminalidad, estén especialmente salvaguardadas. No me gusta la costumbre que se ha implantado en este país de que lo que uno habla por teléfono, si hay una investigación judicial, lo acabe sabiendo hasta el lucero del alba. Estoy aquí porque creo en mi trabajo, que consiste en la defensa de los derechos de los ciudadanos, y lo que les pido es que tengan esa misma conciencia. La jurisdicción no es una patente de corso, y alguno que se creía demasiado listo y demasiado omnipotente ha acabado en el banquillo. No es algo que me apetezca que me pase a mí.

—Estamos en la misma onda, señoría.

—Me alegra oírlo. Voy a firmarles la orden para que puedan empezar cuanto antes. Y recuerden. Una semana. Ni un día más.

Cuanto más conocía a aquella juez, menos fe me inspiraba la penetración psicológica del comandante Noval, y más crédito le concedía, en cambio, al capitán Reinares. Había trabajado con toda clase de jueces, desde los que casi se ponían la gorra de policía hasta los que nos trataban a los investigadores como si fuéramos todos presuntos delincuentes dispuestos a estafarlos. Aquella juez, pese a su juventud, se situaba en el aristotélico punto medio. Sólo esperaba que, ya que nos iba a hacer sudar la camiseta, nos respaldara cuando hiciera falta. De un jefe no me molestaba la exigencia, pero sí la cobardía. Y que se tratara de una jefa no me parecía motivo para hacer una excepción.

Esperamos en la antesala del juzgado a que nos preparasen el documento. Mientras tanto, hablé con Reinares. Quería que nos acompañara con los suyos hasta Briones para reconocer juntos el terreno, intercambiar impresiones y ya continuar nosotros hacia Madrid. El capitán se mostró tan accesible y dispuesto como lo había sido desde el primer momento. Me preocupaba un poco. Casi conseguía que se relajara mi instintiva e idiosincrática prevención hacia la oficialidad.

Atardecía sobre los viñedos cuando llegamos al municipio donde se había apagado la señal del teléfono móvil de Robles. El viento barría la llanura, suave pero persistente. Con ayuda de las coordenadas, y de su especial destreza para desentrañarlas (para algo debía servirle su licenciatura en Matemáticas, que tanto le había costado sacarse), Chamorro nos situó en la localización que buscábamos.

Estaba a las afueras del pueblo y, por el margen de error, reconocimos media docena de sitios donde podía haber ocurrido la desconexión, suponiendo que la víctima, o quienquiera que en ese momento manejara su teléfono, se hubiera salido de la carretera para apagarlo. Rastreamos la zona sin demasiadas esperanzas y sin resultados dignos de mención. Allí no había ninguna videocámara que pudiera sernos de ayuda. La luz se fue desvaneciendo y con ella nuestro afán de encontrar algo.

Era ya de noche cuando nos despedimos del capitán Reinares y del sargento Cano. Les dejamos el encargo de indagar entre la gente del pueblo si alguien había observado algo inusual y, en particular, si alguien había visto, y dónde, el BMW de Robles o cualquier otro vehículo con gente sospechosa a bordo. Era todo lo que podíamos hacer, a la espera de que el listado de matrículas que habíamos despachado a Madrid, con los datos de la gasolinera de Tudela, o la intervención de los dos nuevos teléfonos, nos dieran alguna pista aprovechable.

En el camino de vuelta, desvencijado en el asiento trasero, me enfrenté como pude al desasosiego que había ido acumulando a lo largo del día. Había cometido el error de pedirle a Arnau que pusiera el CD de Serrat y, fatídicamente, acabó sonando aquella canción:

La vida y la muertebordada en la bocatenía Merceditasla del guardarropa.
Entonces lo recordé, todo. Y agradecí que una vez más la oscuridad de la noche sirviera para ocultar mis lágrimas de viejo caimán.

CAPÍTULO 6

EL MIEDO AL GENDARME

Eran las doce y media pasadas cuando hice girar la cerradura de mi humilde vivienda. Con las últimas fuerzas que me quedaban junté la ropa sucia, puse una lavadora y, sin más dilación que la necesaria para administrarme un yogur de pera (con trocitos, mi preferido) y cepillarme los dientes, me deslicé entre las sábanas. Dormí muy profundamente, no menos de ocho horas. Lo que no en todos los sentidos fue bueno. Cuando desperté, por la mañana, tenía enredados en la mente jirones de sueños, del género que menos disfruto. Me refiero a esos donde aparecen cosas que pasaron y que ya no son, pero que en el sueño siguen estando ahí y siendo como eran. Rara vez, mis desperdiciados estudios universitarios así me lo enseñaron, ese torturador entusiasta al que dieron en llamar subconsciente se permite convocar fantasmas pretéritos para hacer otra cosa que hostigar con ellos a su portador. Por otra parte, con el tiempo he desarrollado una especie de rechazo automático hacia el pasado y sus ráfagas entrometidas en el presente. Recuerdo a menudo a cierto personaje de una vieja película, un italiano que, antes de poner en marcha el coche para participar en una carrera ilegal, le arranca el retrovisor. Ante el estupor de su copiloto, una yanqui, se lo explica con estas palabras: «A los italianos no nos preocupa lo que venga por detrás.» O algo muy parecido.

Mi mitad italiana, aun devaluada por la emigración transoceánica, me inclinó siempre a simpatizar con aquella metáfora. Pero sobre todo me empujaba a ello una convicción personal que algo le debía a mi biografía. Cuando un hombre carga según qué reveses a las espaldas, y me refiero a reveses de los que cuentan (y descuentan), le conviene convertirse, hasta donde le sea posible, en ese conductor que circula sin retrovisores que le muestren aquello que no debe mirar.

Por eso, dentro de todo, me vino bien que la vibrante voz de Freddie Mercury, a un volumen desproporcionado, o eso me pareció, acudiera a sacarme de la modorra en que el cansancio me tenía sumido. La que llamaba era la cabo Salgado, a quien la víspera le había encargado que hiciera gestiones para tener acceso inmediato, o lo más rápido posible, a los números que nos había autorizado a pinchar la juez.

—Hola, mi brigada. Espero no ser inoportuna.

—Pues la verdad es que no. Le he dicho que eras mi mujer y que ya habrías terminado el turno de noche. Me has venido de perlas para que ahuecara sin montar una escena. Si lo sé, no bebo.

—¿De veras?

—Qué va. Me conoces, mitad monje y la otra mitad, monje también. Desengañado del mundo, vivo sólo para el servicio.

—Mira tú que siempre me ha parecido una pena...

—Inés, que nos tenemos ya muy vistos. Anda, qué pasa.

La oí carraspear en la línea.

—Pues verás, tenemos un problemilla, por no decir dos.

—Ve de menor a mayor, para ir digiriendo.

—Uno de los teléfonos corresponde a un tal Óscar Homer Franklin Percebe, con un número de tarjeta de residencia imaginario.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Ajá. La fiebre de los comerciales precarios de las operadoras por hacer contratos estimula la desfachatez de los malos a la hora de inventarse identidades falsas con las que rellenar los formularios. No es el peor nombre que yo me he encontrado, te lo advierto.

—Ah, ¿no?

—Recuerdo un Hula Hop Rasta Txistu. Y, lo que es peor, tengo la fotocopia del DNI falsificado que obraba en los archivos de la operadora. La calidad, mi sobrina de seis años la supera con el Photoshop.

—¿Y decías que ésa era la parte buena?

—Pues sí, lo del otro es peor. Mi contacto en el centro de coordinación me ha llamado a primera hora para decirme que ese teléfono ya lo tiene mordido alguien. Y que no puede decirme quién. Que seguramente recibiremos pronto noticias. Y mira que tengo mano con él, que mi trabajito me cuesta, pero de ahí no lo he podido sacar.

No podía decir que me sorprendiera, o no del todo. Para Salgado, no obstante, me sentí obligado a hacer como si así fuera.

—Vaya, lo que nos faltaba. Y el que tenemos, el de ese tal...

—Óscar Homer.

—Cómo se descojonan de nosotros. Es ya irritante la falta de respeto... En fin, a ése, sea quien sea, ¿le has puesto ya el canuto?

—Sip.

—¿Y?

—En los tiempos que corren es difícil pronunciarse sobre estas cuestiones, pero por la voz yo juraría que a Óscar Homer, no sé si de nacimiento o con posterioridad, le falta lo que se necesita tener para justificar su nombre de pila. Y que es brasileña.

Me froté con fuerza los párpados para ayudarme a procesar lo que estaba oyendo. Por un momento dudé si no se trataba de uno de esos sueños basura que uno encadena cuando está a medio despertar, y en los que el guionista acredita una clamorosa incompetencia.

—¿Cuál de los dos números es?

—El que Chamorro me etiquetó como Alfa. Por su historial de llamadas, que tengo aquí a mano, el que estaba todo el día hablando con el difunto subteniente Robles. Por lo que se ve, era un pillín.

Salgado había hecho la observación con toda inocencia y, conociéndola, sin el menor ánimo censor. Pero salté en automático:

—No sé si era un pillín, lo que sé es que es nuestro muerto, cabo. Lo que importa es qué habla esa brasileña que probablemente no se llama Óscar, aunque use el teléfono contratado bajo ese nombre.

—No te enfades, mi brigada. Me parece bien. Cuando tenga la edad de Robles, me gustaría ser capaz de ligarme a un brasileño. En cuanto a lo que dice, no entiendo muy bien el portugués y sólo he escuchado dos llamadas. En la primera hablaba con un hombre que sonaba algo antipático y ella le contestaba con monosílabos. En la segunda hablaba con una mujer y lloraba todo el rato. La nuestra, no la otra.

—Estás en la oficina, deduzco.

—¿Dónde si no?

—¿Puedes aguantar ahí hasta que lleguemos nosotros?

—Claro, mi brigada. Tengo la casa barrida. Y he quedado a las siete.

—No tendrás que esperar tanto.

Llamé a Chamorro y a Arnau, y los cité en la oficina a la una. No era mi intención quitarles el tiempo de descanso que había decidido concederme a mí

mismo, sino sólo ponerlos al corriente de las novedades, planificar el viaje y establecer un turno para estar al tanto de lo que hablaba durante el fin de semana aquella persona a la que le habíamos intervenido el teléfono. No olvidaba que tenía siete días para justificar o levantar esa intervención, por lo que cada hora contaba.

—¿Entendéis portugués? —pregunté.

—Así, así —dijo Chamorro.

Arnau asintió con suficiencia.

—Yo lo pillo bastante. Mi primer destino fue en la Galicia profunda.

—Entonces lo tengo claro. La sargento se pasa por aquí esta noche a ver qué hay y a ti te toca mañana revisarlo todo, a la hora que quieras de la tarde. A partir de ahí dejamos a Salgado con el asunto.

—Si no hay más remedio —suspiró la aludida.

—Claro que lo hay. Usa a la nueva —le dije.

—¿Y si lo entiende todavía peor que yo?

—Que sude un poco. Le vendrá bien. Y si alguna cosa te despierta sospechas y no la entiendes, no te cortes y pide intérprete.

—Tranquilo, jefe. No soy de cortarme.

—¿Por dónde anda ahora mismo nuestro objetivo?

Salgado miró la pantalla del sistema.

—En el mismo lugar. Castelldefels, Barcelona.

Chamorro me dirigió una de aquellas miradas suyas que exigían tomarse un rato para descifrar todo lo que podían querer decir. Como de costumbre, preferí quedarme en la zona más superficial.

—Sumando este dato a todos los demás, y teniendo el frente riojano cubierto por Reinares y Cano, que me parecen gente solvente, me temo que lo que nos toca el lunes es poner rumbo a Barcelona —concluí—. Son seiscientos kilómetros y me gustaría aprovechar el día.

—Entendido —dijo Chamorro—. ¿A las seis?

—Por ejemplo. Aunque salgamos por el peaje, mejor evitar la hora punta. Dándosenos bien, a las once y media estamos en destino.

—¿Reservo el coche?

—Por favor.

—¿Alguna preferencia? Seremos los primeros de la semana.

—Que tenga cuatro puertas, a poder ser. Estoy viejo para tener que contorsionarme para entrar en el asiento trasero.

—No te preocupes, los de dos los tienen todos pillados los jefes.

—Me refiero a los *quieroynopuedo*.

—Descuida.

Con la crisis económica habían vuelto las restricciones a nuestro parque móvil, y en particular a la costosa fórmula del *renting*, que era la que nos permitía conducir coches nuevos y lo bastante potentes, a la vez que discretos y adaptados a las necesidades del servicio. Ahora volvíamos a tener los vehículos que les requisábamos a nuestros enemigos, gente mayoritariamente hortera, pretenciosa y poco práctica. Era verdad, como decía Chamorro, que los cupés de alta gama, los Mercedes y los BMW de dos puertas, los tenían casi siempre cogidos los jefes, entre otras razones porque ellos no les daban el trote que les dábamos nosotros y por tanto corrían menos riesgo de causarles desperfectos cuyo arreglo suponía facturas que la unidad no podía permitirse. Pero había algún que otro deportivo de medio pelo, incautado a los malos de pocos posibles, y en el que era un suplicio ir atrás.

Mientras Chamorro iba a hacer las gestiones al parque móvil, Arnau y yo nos entretuvimos comprobando una por una las veintidós matrículas que habíamos sacado de las videocámaras de la estación de servicio de Tudela. Al llegar a la decimoquinta, hicimos bingo. Según una incidencia que había registrado nuestro sistema esa misma mañana, correspondía a un Seat León sustraído el jueves en Lérida.

—Lo que te dije. Robo transfronterizo. Los Mossos llevan dos días sin encontrarlo, desde la denuncia, y han deducido que ha salido de su territorio. Por eso tienen la gentileza de pasar la información.

Arnau asintió, pensativo.

—¿Asumimos que es el coche en que lo llevaron luego?

—Para qué robar dos.

Recuperamos la grabación de la gasolinera. El coche, que estaba aparcado bajo el techado donde habían abandonado el BMW de Robles, se ponía en marcha poco después. Al volante iba un tipo con visera, distinto, por la ropa y el porte, del que habíamos visto antes. En cuanto a éste, iba sentado en el asiento de atrás, pero tan hundido en él que costaba distinguirlo. Todo apuntaba en una dirección.

—Una banda —observé—. Y bien organizada.

—Eso parece.

—Márcalo. Que cuando lo encuentren no lo toque ningún manazas hasta que lo peinen los de criminalística. Y pasa el dato a Logroño.

—A la orden.

Chamorro regresó al poco con unas llaves en la mano. Las hizo sonar ante nosotros y reveló, ufana, el resultado de su gestión:

—Felicitadme. He conseguido el Touareg.

—Un poco demasiado aparatoso —opiné.

—Vaya, hombre. Nunca estás contento.

—Te equivocas. En este momento, por ejemplo, me siento de muy buen humor. Arny y yo acabamos de fichar el coche de los malos, robado en Lérida, nada menos. Y en vista de la hora que es, lo dejamos por hoy. Disfrutad el resto del sábado y cargad las pilas. El lunes, aquí a las seis los tres. Y si hay algo entre medias, me llamáis.

Al cruzar la barrera de la unidad para reintegrarme al mundo civil experimenté una súbita euforia. Tenía por delante treinta y seis horas sin obligaciones, que podía gastar sin rendir cuentas a nadie. Había decidido ir a comer a la Casa de Campo para aprovechar el solecito y vaciarme un poco la mente. Llevaba un libro que no me estaba disgustando, el último de Michel Houellebecq, del que me sorprendía la credibilidad con que retrataba al poli que llevaba el peso de la segunda parte de la historia. Cuando leo novelas de policías, cosa que sucede rara vez, me cuesta creer que esos tipos cuyas aventuras me cuentan sus páginas trabajen en lo mismo que yo. Pero aquel policía me resultaba convincente, y me gustaba el tono del escritor, que no perdía el tiempo en halagar a los lectores. «El miedo al gendarme —decía en un pasaje que subrayé— es la verdadera base de la sociedad humana.» Se me ocurría una variación amarga sobre el mismo tema, que constataba casi a diario en el desempeño de mi labor: la incapacidad creciente de la policía para inspirar miedo fomenta el desbarajuste social. Y pensé, inevitablemente, en Óscar Homer, quienquiera que fuera y quienquiera que fuera, también, el rufián para el que contrataba, bajo ese chusco seudónimo, teléfonos que acababan usando brasileñas.

Este interludio filosófico duró poco. Me incorporaba a la M-30 cuando sonó mi teléfono y en la pantalla leí el nombre de mi jefe. Por un momento pensé en hacerme el loco. Pero al final me resigné y apreté el botón verde. Traté de sonar lo más amable posible.

—Mi comandante, usted dirá.

—Vila, siento molestarte. Te llamo para avisarte de que te va a llamar un tal brigada López, aunque supongo que ése no es su verdadero apellido. Acaba de contactarme su jefe para advertirme y para pedirme que le atendamos. Tienen algo que nos interesa, relacionado con el asesinato de Robles. ¿Adivinas de dónde son? Tres letras.

No respondí en seguida. Pero sí, lo adivinaba.

—Me ha dado demasiadas pistas. SAI.

—Muy bien. Veo que mantienes la mente bien engrasada. Tiene algo que ver con uno de los teléfonos que hemos pedido intervenir, y cuyo titular ya te imaginarás qué oficio tiene. Mi homólogo me ha dicho que van a compartir toda la información que puedan, y que quieren que nos coordinemos. Ellos llevan su parte y nosotros la nuestra, aunque me ha pedido que me haga cargo de que con ellos la colaboración siempre es asimétrica, si comprendes lo que te quiero decir.

—Lo comprendo perfectamente, mi comandante. Lo que no significa que no me joda un poco. Veremos qué tal es ese López. Si él y yo nos entendemos, supongo que no habrá mayor inconveniente.

—Pues ya sabes lo que te encargo. Entiéndete con él.

—A la orden.

Y al garete mi almuerzo frente al lago de la Casa de Campo leyendo con toda tranquilidad a Houellebecq. Aquel brigada que giraba bajo el alias de López no tardó más de cinco minutos en llamarme.

—¿Bevilacqua? —preguntó.

Por la voz me pareció inusualmente cordial, y por la exactitud al pronunciar mi apellido, algo más listo y escrupuloso que la media. Lo primero me desconcertó un poco, pero lo segundo cuadraba bien con un miembro del SAI, las temidas iniciales bajo las que se escondía, para los profanos, el Servicio de Asuntos Internos, o, lo que es lo mismo, el negociado de la empresa que se ocupaba de localizar, vigilar y finalmente neutralizar a los guardias que se habían pasado al lado oscuro de la Fuerza. Donde cada día había más sitio, más fuerza (es decir, más euros) y, como lamentable consecuencia de lo anterior, más guardias. Procuré comportarme con la máxima naturalidad.

—Rubén, o Vila, si te resulta más cómodo. ¿López?

—A estos efectos. No lo tomes como una desconfianza personal.

—No, ya me hago cargo.

—Y si prefieres un nombre de pila, Pedro. También es chungo, pero creo que lo

uso más que el otro, así que me doy por aludido.

—López me va bien, si te va bien a ti. Me imagino que querrás que nos veamos a la mayor brevedad posible.

—Imaginas bien.

—Me había hecho plan de sábado, ir a comerme un menú a uno de los merenderos de la Casa de Campo, enfrente del lago. ¿Te parece demasiado insoportable, o demasiado poco discreto, quizá?

—No, está bien. Es de día, no habrá travestis.

—Tampoco te lo garantizo...

—Nos arriesgaremos. Tardaré tres cuartos de hora en llegar.

—Me tomaré una cerveza mientras espero. O dos.

Oí cómo se reía.

—Vale, pero no pases de ahí. Te necesito sobrio.

—Y yo necesito los puntos del carné, no te preocupes.

Conduje sin pasar de los setenta por hora prescritos por la autoridad municipal en los túneles de la M-30, hacia mi destino que ya no era de asueto sino de labor. En los diez minutos que duró el trayecto se amontonaron en mi cerebro los pensamientos catastróficos. Que uno de los interlocutores de Robles, y justamente el que había estado hablando con él casi cada hora durante su último día de vida, fuera un guardia civil investigado por los de Asuntos Internos, me invitaba a situarme en la peor de las hipótesis que hubiera podido contemplar para tratar de explicarme la muerte violenta de mi amigo. Sólo dos argumentos me ayudaban a concebir alguna esperanza, por remota que fuera, de que la posible implicación de Robles en una trama de corrupción dentro del Cuerpo resultara tangencial. El primero, que mi viejo subteniente no estaba en activo, sino jubilado. Y el segundo, que cuando habíamos pedido acceder a los datos de su teléfono el sistema no había saltado, es decir, a la sazón no era un objetivo que ya tuvieran fijado los de Asuntos Internos. Pero no me hacía excesivas ilusiones. La situación de retiro no implicaba que uno no pudiera pringarse, y que la investigación no hubiera llegado todavía a él no quería decir que estuviera al margen. Ignoraba cuánto tiempo llevaba esa investigación en marcha, y hasta dónde había llegado a profundizar.

Mientras esperaba a López me tomé sólo una cerveza. Preferí saborearla despacio, dejando que mi vista se perdiera en el reflejo del sol en la superficie del agua y, alternativamente, paladeando la prosa cáustica de aquella novela que, contra mi propósito, no iba a poder terminar esa tarde: «La obstinación es, quizá, la

única cualidad humana que vale no sólo en el oficio de policía, sino en multitud de profesiones; al menos, en todas aquellas que tienen que ver con la noción de *verdad*.» Me gustó la cursiva. Acreditaba que el autor no tenía nada de banal, que sabía algo del conocimiento y sus zozobras, y que era bien consciente de lo que implicaba utilizar aquel sustantivo.

López no fue del todo puntual. Según mi reloj, tardó diez minutos más de lo que me había anticipado. Así y todo, venía caminando con parsimonia. Era un tipo de estatura mediana, tirando a bajo, cabellos de un color castaño indefinido, tez ni muy clara ni muy bronceada, y ojos de un tono a medio camino entre el marrón y el pardo. Me llamó la atención, valga la paradoja, lo poco que llamaba la atención. Vestía un anorak de color neutro y llevaba una mochila de tela oscura colgada al hombro. Se dirigió hacia mí sin dudar, aunque las indicaciones que nos habíamos dado el uno al otro sobre nuestras respectivas apariencias físicas habían sido más bien vagas. Entonces pensé que había sido una ingenuidad por mi parte describirme. Debía de haber examinado mi ficha personal: él *ya sabía* cómo era yo. Por defender un poco mi honrilla de sabueso, me puse en pie antes de que se dirigiera a mí. Así esperé hasta que llegó a distancia de tenderle la mano.

—Vila.

—López.

—Mucho gusto.

—No tienes que fingir. Mucho gusto no le damos a nadie.

—Es la costumbre. ¿Has comido?

—No.

—Yo tampoco. Si te parece pedimos antes de nada y hablamos mientras rellenamos el estómago. Será menos penoso.

—Me parece.

Había tenido antes algún contacto esporádico con la gente del SAI. Sólo con oficiales, y por cuestiones protocolarias o marginales en el curso de alguna investigación. Aquello, estaba muy claro, era otra cosa. López era un currante, como yo, alguien que se remangaba y se metía en la faena. Si estaba allí, sentado frente a mí, no era para invitarme a un simple intercambio diplomático, sino para mantener una conversación con sustancia. Era un par de años más joven que yo, o, lo que es lo mismo, otro dinosaurio: como luego supe, llevaba incluso más años de picolicie a las espaldas. De entrada me cayó bien, se mostraba afable y risueño, pero me cuidé mucho de confiarme. La presencia de alguien como él, con carácter general, señalaba la proximidad de arenas movedizas. Y el asunto que nos reunía,

en particular, me inclinaba personalmente a la cautela, por multitud de razones.

Consintió en hablar del tiempo, la crisis y las inminentes elecciones, que según todos los indicios nos traerían un cambio de gobierno y de director general (algo que a los dos nos preocupaba poco), en tanto tomaban el pedido y nos preparaban el primer plato. Con éste ya sobre la mesa, me probó que no era hombre proclive a perder el tiempo.

—Quiero que te quede clara una cosa, Vila —me espetó—. Si estoy aquí hablando contigo, y si te cuento lo que voy a contarte, que no es todo lo que te podría contar, pero sí más de lo que le contaría a cualquiera, es porque creo que estás limpio y que has caído en medio de esto por casualidad, persiguiendo algo que no imaginabas que te traería aquí. Y si creo todo eso es porque antes me he preocupado de investigarte, lo que quiere decir que conozco tu trayectoria y que también estoy al corriente de cómo, cuándo y por qué te incorporaste al caso.

—Era de suponer.

Por primera vez, en su mirada advertí un brillo malévolo.

—Por tanto —aclaró, por si me hacía falta—, sé que tú y la víctima de tu caso no erais completamente desconocidos el uno para el otro.

—No, no lo éramos.

—¿Quieres ampliarme el dato?

—Por qué no. Trabajamos juntos, hace casi veinte años, durante tres, más o menos. Fue mi jefe en mi primer destino de policía judicial, en Cataluña, y en más de un sentido mi maestro. Luego lo volví a ver, esporádicamente. La última vez hace seis o siete años, en un asesinato que investigamos en Barcelona, pero no llegué a trabajar con él, sino con otra gente de la comandancia. De todo esto le di cuenta al coronel jefe de mi unidad, por si en su criterio perjudicaba mi idoneidad para ocuparme de su muerte. No le pareció que ése fuera el caso.

López sacudió la cabeza.

—Y no seré yo, líbreme Dios, quien le enmiende la plana a tu coronel. Debo deducir, por lo que me dices, que no tenías mucho contacto con el difunto. Quiero decir, en fechas más o menos recientes.

—No. Tenía bastante poco, en realidad.

—Ni sabes en qué podía andar después de jubilarse.

Sostuve su mirada inquisitiva. No me impresionaba, yo también sabía lanzar miradas así. Pero medí lo que iba a decirle a continuación. Procuré marcar mi territorio, sin entrar en conflicto:

—Todo lo que sé es lo que me ha dicho su familia en el curso de la investigación que hemos hecho en los últimos dos días. Que no es mucho, pero me gustaría escucharte antes de decidir hasta qué punto puedo compartirlo contigo. Mi comandante me ha dicho que colaboraremos con vosotros, pero también que cada uno lleva lo suyo y por tanto sigo al frente de mi caso, del que además respondo ante una juez de Logroño. Para fijar dónde pongo la línea roja de lo que puedo y debo, o no puedo ni debo contarte, necesitaría saber algo más.

Mi interlocutor no se tomó a mal mi cautela.

—Está bien, me parece justo. Voy a darte información, que es a lo que he venido, principalmente, para que sepas qué terreno estás pisando y no nos estorbemos el uno al otro, lo que sería muy lamentable, cuando los dos, estoy convencido, perseguimos lo mismo: averiguar la verdad y que quienes resulten responsables paguen por sus faltas.

Habían retirado ya el primer plato. López colocó su mochila sobre la mesa, la abrió y sacó de ella un flamante iPad 2. Mi mirada de asombro, y también de envidia, debió de ser demasiado evidente.

—No te confundas, esto no lo paga la empresa —dijo—. Es personal, como el MacBook. —Y me mostró el portátil de la manzana que llevaba asimismo en la mochila—. Los compañeros me dicen que soy gilipollas, por invertir tanto dinero en máquinas que sólo uso para el curro, pero qué quieres, al final el curro es la vida. No se me ocurre nada mejor donde invertir que en aquello que voy a usar todo el rato.

—Soy de tu opinión —le respaldé—. Yo también llevo un MacBook y también me lo pagué yo. Y el iPad estaba pensando en pedirlo a los Reyes, pero todavía tengo que echar números y acabar de tener claro cuánto nos van a recortar la nómina el año que viene.

—¿Tú crees que nos la recortarán, otra vez?

—La caja está vacía. Si los alemanes no nos fían, habrá que arañarlo de donde sea. Y nosotros somos lo más fácil y lo más rápido.

—Menos mal que tú y yo trabajamos por amor al servicio.

—Por qué, si no.

Apretó el botón frontal de la tableta y se le desplegó un menú de vídeos. Antes de continuar, López miró a su alrededor y se cercioró de que no había testigos que pudieran ver lo que no debían. Estábamos en una zona apartada de la terraza, no había peligro.

—Una imagen vale más que mil palabras.

Y dicho esto, le dio al *play*. Lo que vi a continuación en el elegante dispositivo (fruto de la intuición, el talento y el trabajo de un hombre muerto en California apenas dos semanas atrás, y cuyo recuerdo me vino a la mente por el contraste tan abrupto que representaba con lo que se mostraba a mis ojos) me produjo una profunda repugnancia. Un sujeto vestido con aquel uniforme que yo no solía ponerme, pero que los años y otras razones me habían enseñado a respetar, aparecía en diversas situaciones que no tenían nada que ver con la dignidad, ni siquiera la mínima decencia, que se esperaba de quienes lo vestían. En la primera grabación se le veía en lo que parecía un puerto deportivo, charlando en la popa de un pequeño velero con sus ocupantes. En un momento dado, se distinguía claramente cómo uno de éstos le entregaba unos billetes, que el guardia, sargento primero para más señas, contaba sin el menor recato. En el siguiente vídeo, también grabado en el muelle de un puerto, aunque esta vez de noche, asistía a la operación de descarga de unos bultos desde un barco de pesca. En cierto momento, y para agilizar la operación, el sargento primero y un guardia que estaba con él ayudaban a completar el trasiego de cajas de la embarcación a una furgoneta. Pensé que uno ya no podía degradarse más como representante de la ley, pero me equivocaba.

La tercera y última grabación, obtenida con una habilidad que no dejaba dudas sobre la competencia técnica de la gente de López, mostraba al sargento primero caminando sin prisa hacia un Mercedes oscuro, donde le aguardaba un paisano. Tras ocupar el asiento del copiloto, procedía a la transacción. Sacaba media docena de papelinas, que contaba ante su cliente, y recibía de éste el dinero, que esta vez, mediaría alguna confianza entre ambos, se guardaba en el bolsillo sin pararse a comprobar la cantidad. Hecho esto, y tras un apretón de manos, se bajaba del coche. Antes de echar a andar, volvía a calzarse la teresiana y hasta se entretenía a estirarse un poco la guerrera.

—Éste es el hombre con el que el subteniente Robles habló siete veces el día de su muerte —me dijo, después de pasar el último vídeo—. Se llama Julio Salazar Rodríguez, cuarenta y dos años, veintiuno de servicio, destinado en el servicio fiscal en la comandancia de Cantabria. Le corresponde vigilar y asegurar el cumplimiento de la legislación en tres puertos deportivos y pesqueros. Pero, como puedes ver, ha encontrado una actividad mucho más lucrativa a la que entregarse.

—Me dejas sin palabras.

—No te apures. Estoy acostumbrado. Tengo más porno duro de éste en el iPad, y no conozco a nadie a quien no le impresione verlo por primera vez. Este Salazar no es de los peores a los que he tenido que cazar. O eso creía, hasta que apareció el cadáver de Robles.

—¿Insinúas que...?

—No estoy en condiciones de insinuar nada, aún. Tengo cierta información, pero te confieso que no sé cómo interpretarla.

Sacó de la mochila un CD y me lo tendió.

—Lo que hablaron Robles y Salazar por el teléfono. Sabes que no debería grabarlo, así que escúchalo y destrúyelo. Junto a los vídeos, es mi prueba de buena voluntad. Y ahora, ¿me otorgarás tu confianza?

—No parece que tenga otro remedio —me rendí.

CAPÍTULO 7

GENTE INVISIBLE

Caía suavemente la tarde sobre el lago de la Casa de Campo. Ante mí tenía una taza de café y junto a ella un CD en el que estaban grabadas unas conversaciones telefónicas que no abrigaba el menor deseo de oír. Más allá, el iPad de López, con una funda protectora de color naranja que resultaba casi estridente, visto lo inadvertido que pasaba el resto de su persona e impedimenta. Recortado en perfil, contra el fondo de árboles, se hallaba el propio López. Compadecido de mi estupor ante lo que acababa de mostrarme, me explicaba:

—Comenzamos la operación hace un par de meses. A Salazar, como les pasa a menudo a éstos, se le acabó yendo la pinza y, como puedes ver en los vídeos, se olvidó de que el disimulo es para el delincuente una virtud. También ocurre con relativa frecuencia entre los polis malos. La impunidad con que pueden delinquir con la chapa de la ley en el bolsillo les genera un síndrome de omnipotencia. Pierden de vista que de ángeles custodios pasan a ser demonios con cuernos y rabo, y que la vida de los demonios tiene sus propias dificultades. Y, como la vida de cualquiera, algunas exigencias que hay que respetar.

—¿Simple codicia, o él también le pega al polvo blanco?

—Buen olfato, compañero. Sí, la mayor parte de ellos tienen un punto débil, que es el que aprovechan quienes los corrompen. Las adicciones son un factor común. Pero también está el simple gusto por la buena vida, que les dan a probar y que a algunos los engancha como la droga. Yo he detenido a alguno que se había acostumbrado a los hoteles de cinco estrellas y a los coches caros y que hasta se había tuneado de arriba abajo a la mujer. Para montarse una vida como la de las revistas, supongo. El caso de Salazar es complejo. Hemos investigado a fondo su patrimonio y su tren de vida en estos años. Diría que empezó por ahí, pero un día para aguantar el estrés se empolvó la nariz y entonces empezó a resbalar cuesta abajo. Que llegase a traficar de uniforme no sólo prueba su imprudencia, sino hasta qué punto está dispuesto a arriesgar para arañar una ganancia, por rastrera que sea.

Comprendí súbitamente en qué peligrosa compañía había andado Robles. Un

compañero de viaje así era como jugar con un frasco de nitroglicerina. He tenido poco trato con adictos a la cocaína, pero de todos los yonquis siempre me han parecido, con mucho, los menos recomendables. Sólo hay algo peor que ser un colgado, y es ser un colgado con pretensiones de poder y saber más que nadie y con el cerebro convertido en un queso de *gruyère*. Había algo que no me encajaba en todo aquello. Robles tenía sus defectos, pero no era ni me resultaba concebible que se hubiera convertido en un insensato. Que tuviera tratos con semejante tipo sólo me lo podía explicar por ignorancia, porque hubiera acertado a enmascararle su verdadero carácter.

—Como puedes ver, tenemos ya pruebas más que sobradas para empapelarlo —continuó López—, pero todavía no hemos reventado la operación porque queremos cazarlo con las manos en la masa, en algún desembarco de un alijo gordo. Además, estamos terminando de delimitar el perímetro de la infección. Que sepamos, alcanza a otra media docena de elementos del servicio fiscal. Me gustaría que no fueran más, pero no puedo arriesgarme a soltarles la caballería hasta que no tenga bien acotado el problema. Esto es como los tumores, hay que asegurarse de que lo arrancas de raíz. Y en ésas estábamos cuando ocurrió lo de Robles. Que no sólo ha venido a embrollarlo todo, sino que nos ha hecho temer que podemos estar ante un embolado mayor de lo que nos imaginábamos. Y aquí apelo a tu discreción.

—Cuentas con ella desde el principio.

Por primera vez, López puso cara de guardia civil.

—Lo que tememos es que algo que creíamos circunscrito a una comandancia sea un cáncer con ramificaciones en alguna más. Y con esto ya te he dicho demasiado, te ruego que quede entre tú y yo.

Sopesé las implicaciones de lo que acababa de oír. Si el de Asuntos Internos tenía razón, me había metido en un buen lodazal. Si ya era complicado investigar en varias comunidades autónomas, algunas de ellas con policía propia, nada podía oscurecer más el panorama que tener que contar además con la posibilidad de que por todas o algunas de ellas hubiera repartidos guardias civiles corruptos.

—¿Y Robles? —pregunté—. ¿Cómo y cuándo entra en esto?

Noté que López se tomaba un tiempo para responder. Quiso medir las palabras o, quizá, hasta dónde me revelaba lo que sabía.

—No hace mucho. Un par de semanas. Hasta entonces, no le habíamos interceptado ninguna comunicación con Salazar, lo que no quiere decir que no la tuvieran. En realidad, el teléfono no es una fuente que nos ofrezca grandes resultados con esta gente. Todos han hecho escuchas, o saben cómo van, y se

cuidan de decir en la línea nada que pueda incriminarlos de forma inequívoca. Tienen otras formas de comunicarse, que han aprendido de los malos, y que por tanto también te sonarán. Estamos tratando de revisar las que hemos llegado a controlarles, por si pudiera haber algo ahí, pero, como también sabrás por experiencia, es bastante laborioso desentrañarlas. Cuando puedes, que no siempre se da el caso. Y en lo que hablaron por teléfono, ya verás, no había nada que nos diera base para pedir una intervención. Algunos detalles sugieren que podrían hablar en clave, y que hubo una comunicación previa o paralela, pero también podría no ser así. Choca, tras ver esos vídeos, pero el mismo tipo que puede ser tan burdo se vuelve tan fino como James Bond al aparato. Hay otro hilo que he pedido a mis chavales que me sigan, y para el que necesitaría vuestra colaboración, ya que vosotros tenéis el historial del móvil de Robles.

—Tú me dirás.

—Les he pedido que me rastreen las comunicaciones con otra gente del Cuerpo, de los que en principio habíamos considerado ajenos a la trama, y en especial si están destinados en Cataluña. Me gustaría que la lista de números la cruzáramos con el historial de llamadas de Robles, por si nos salta alguna coincidencia significativa.

—¿Piensas que un tercero pudo ponerlos en contacto?

López meneó la cabeza.

—No necesariamente. Hay un dato adicional que creo que te interesará tener en cuenta. Robles y Salazar coincidieron en el mismo destino, hace seis años. Sólo durante trece meses, según el archivo de personal. Pero es tiempo más que sobrado, sobre todo en el lado oscuro, donde el que no corre vuela. De lo que se trata es de identificar, si existe, la conexión de esta trama con alguna otra en Barcelona. Que puede ser mi nuevo problema, y también el tuyo. No sé si te has parado a pensar en cuántos puertos hay en Cataluña a poco más de una hora de coche de donde vivía Robles. Y de qué puertos se trata.

—No me había parado a pensarlo —admití—. Y creo que, mientras no tenga indicios que me obliguen, me ahorraré el disgusto.

—Siento transmitirte tan malas vibraciones.

—Es lo que hay. Te agradezco la información, en cualquier caso.

Mi interlocutor relajó el gesto.

—Éstas son mis cartas. Y tú, ¿qué puedes contarme?

Me sentí casi avergonzado, al tener que exponer los resultados de una pesquisa que estaba en pañales, tanto en lo que se refería a las pistas de que disponíamos

como a las vías de investigación, tras haber escuchado el resumen de un trabajo que a todas luces estaba mucho más cuajado, en todos los aspectos. Pero era lo que tenía, y no me iba a servir de nada mentir. Le hice una síntesis de los detalles más relevantes de la muerte y de lo que sabíamos de sus presumibles circunstancias, así como de los movimientos de la víctima el día del crimen. López me escuchó con atención, pero no era por ahí por donde iba su principal inquietud. Ya me había hecho saber lo que le interesaba y, después de la confianza que me había demostrado, no quise eludirlo:

—En cuanto a las actividades presentes de Robles, sólo tengo en este momento una información fiable. Según me dijo su mujer, trabajaba de manera informal en asuntos de seguridad privada, pero no te puedo especificar más. La interrogué a pie de cadáver, como quien dice, y piensa que la conozco desde hace años. No era el mejor momento para hurgar en la herida. El lunes me voy con mi gente a Barcelona. Uno de mis objetivos es sacarle todo lo que sepa, que ella dice que no es mucho, y averiguar sobre el terreno quién podía emplearle.

—Ya veo —observó, con cierta decepción—. No puede decirse que nos ilumine mucho, pero me hago cargo, estáis empezando.

—Me gustaría poder contarte más.

López se quedó mirando la superficie del lago, sin decir nada. Hice otro tanto. El sol declinante arrancaba al agua destellos que no me importó que hirieran por un instante mi retina. Había algo placentero en dejarse deslumbrar por esa luz moribunda, que iba menguando poco a poco y que causaba al ojo un daño controlado y reversible. Entonces, López se volvió hacia mí y adoptó un tono confidencial:

—Y, entre tú y yo, de esos años en que trabajaste con él, ¿recuerdas alguna cosa que no fuera del todo como debiera? No sé, alguna irregularidad, alguna ligereza que se permitiera en el servicio.

Los dos éramos demasiado viejos para andarnos con tales eufemismos. Me pareció que el propio López se arrepintió en el acto de haber recurrido a un circunloquio tan ñoño y tan poco afortunado.

—¿Me preguntas si le vi delinquir al amparo de su placa?

—No quería ser tan crudo, pero, básicamente, sí.

—Ha pasado mucho tiempo, López. Calculo que sólo estoy obligado a responderte, so pena de incurrir en encubrimiento, si Robles hubiera cometido un asesinato o hubiera matado al jefe del Estado, que son los únicos dos crímenes que no habrían prescrito, que ahora se me ocurra, aparte de los de genocidio, sedición y

similares. Y puedo asegurarte que no. Robles no asesinó a nadie, tampoco me consta que fuera un sedicioso y el jefe del Estado parece que sigue en su puesto.

López sonrió con deportividad.

—Comprenderás que eso que me dices me hace engendrar alguna sospecha que contribuye a mi llamémosle desasosiego.

Opté por sonreír también ante su ironía.

—Lo comprendo, pero me gustaría explicarme, para que no veas en mi postura lo que no hay. Ese hombre fue mi maestro, y también mi amigo. No pienso entrar en detalles innecesarios sobre lo que sé de su trabajo de hace dieciocho o diecinueve años, y menos en aquellos que pudieran servir para estropear su reputación. Primero porque es agua que no mueve ya molino, segundo porque no soy un chivato y tercero porque la ley no me obliga a contarlo y es a la ley a lo que tengo que atenerme.

—Desde luego.

No se le veía ofendido por mi negativa. Por su expresión, parecía que la situación le resultaba incluso estimulante, en tanto que había conseguido despertar de una forma inesperada su curiosidad.

—Pero no voy a dejarte sin más con eso —continué—, porque entiendo que no sería justo. Voy a darte una pista acerca de lo que no voy a decirte, y mi interpretación sincera de su trascendencia, en relación con tu caso y con el mío. Hace un par de décadas, y tú ya estabas aquí, así que no creo que te asuste oírlo, no siempre se hacían las cosas con arreglo a la más pura ortodoxia. Incluso había una tolerancia mayor hacia prácticas que hoy consideraríamos heterodoxas y poco tolerables. Naturalmente no estoy hablando de traficar con droga o secuestrar a alguien. Sino de otras cosas. Que no son para enorgullecerse, pero que podían llegar a pasar por veniales. ¿Me sigues?

—Más o menos.

—Dicho esto, y aquí viene mi interpretación, de eso hace tanto tiempo que me inclino a pensar, salvo prueba en contra, que para el hombre del que nos toca ocuparnos, el de 2011, formaba parte de un pasado tan remoto como lo es para ti y para mí. Lo que creo que importa es averiguar en qué estaba envuelto ahora. Y lo mismo que te digo que no esperes que te dé cuenta detallada de sus deslices del siglo pasado, me comprometo a que nada que averigüe de los que haya podido cometer en éste, y que necesites saber, dejaré de compartirlo contigo. Y no porque éstos no estén prescritos, que la muerte, ya sabes, lo cancela todo, sino por otra razón: porque estoy contigo en tratar de limpiar esa porquería y porque quiero

encontrar a su asesino, y si el precio para lograrlo es descubrir que también Robles era un delincuente, lo pagaré sin pestañear, en el convencimiento de que podré responder de ello en conciencia ante mi compañero muerto y ante su familia.

El curtido brigada de Asuntos Internos guardó un silencio prolongado. Mientras me observaba, juntó sus manos y dejó que los índices unidos se apoyaran en la punta de la nariz. Al fin, dijo:

—Vila, tienes una mente enrevesada. No estoy seguro de haberlo entendido todo, y sin embargo me da la sensación de que lo que dices tiene cierta coherencia. Un tanto particular, eso sí, pero te la reconozco. Sólo te voy a hacer una advertencia, de compañero a compañero. Éste es un juego muy jodido. Si veo que averiguas algo sobre las andanzas actuales de tu amigo que necesitemos saber y que te guardas, te señalarás tú como blanco. Y no seré yo quien vaya a por ti, yo ya estoy quemado en lo que a ti respecta. Pero no lo dudes: alguien lo hará. Y aunque me caes bien, no tendré manera de impedirlo.

—Lo entiendo. Pierde cuidado. Pienso cumplir lo que te he dicho.

—Está bien. Me fiaré de ti.

Lo dijo mirándome de frente, como si aquello sellara un pacto entre ambos. Luego recobró bruscamente su aire desenfadado.

—Eso sí, tenemos una regla en la unidad —me advirtió.

—¿Cuál?

—Sólo hablarás conmigo. Y yo sólo hablo contigo. Mi gente permanece invisible, para ti y para todo Cristo. Y a tu gente tampoco la quiero conocer. No es nuestra costumbre exponernos más de la cuenta, espero que lo entiendas. Y también te pido que no intentes nada raro.

—¿Como por ejemplo?

—¿Tengo que explicártelo? Creía que eras del gremio —bromeó—. Ya sabes, cosas como tratar de averiguar adónde voy o de dónde vengo, en fin, esos pasatiempos que tenéis los picos. No te olvides de que yo también lo soy. Y si lo intentas, puede que lo note.

—¿Qué quieres decir? ¿Que me harás contravigilancia? ¿O que me la estás haciendo ahora mismo?

—Todo puede ser —reconoció, socarrón.

—Tengo que resolver un asesinato. Me sobra el curro, no los medios. Aunque sólo sea por eso, puedes estar tranquilo.

—Es broma. Creo que nos llevaremos bien, a pesar de todo. Compartimos generación, grado, llevamos el mismo tiempo en la empresa, año arriba o abajo, y los dos usamos Mac. Estamos hechos el uno para el otro. Bueno, creo que ya te he jorobado bastante la tarde del sábado, lo mismo tenías algún plan que te he estropeado y todo.

—No lo has estropeado, pero si de aquí a quince minutos no hubiéramos acabado te habría dejado a medias, con todo el dolor de mi corazón. He quedado a las seis y media con mi hijo para ir al cine.

—Vaya. Eso no hay que descuidarlo.

Pedimos la cuenta. Mientras la esperábamos, preguntó:

—¿Divorciado?

—¿Tanto se ve el estigma o lo has sacado de mi expediente?

—Las dos cosas. No te preocupes, también estoy entrenado para olfatearlo. Yo lo soy doblemente. Divorciado, quiero decir.

—Caramba. Siempre hay quien está peor.

—Sólo llegué a procrear con una, por suerte. Y con ninguna me llevo mal. Yo asumo que fue culpa mía, y ellas también lo asumen así —se rió—. La madre de mi hija me deja verla cuando puedo, siempre que a ella le encaje, claro, y así vamos tirando. Podría ser peor. La mayoría de los días, para serte sincero, siento alivio de no tener que darle a nadie explicaciones de cuándo entro y salgo o voy y vengo.

—Conozco la sensación. ¿Tienes hoy a la niña?

—No. Hoy había celebración familiar materna. Así que agua. Me has venido bien para matar un poco el sábado. Ahora me buscaré alguna serie que pueda verme en *streaming* y me haré una cena especial.

Cuando llegó la cuenta, López no me dejó pagarla.

—Pues la próxima corre de mi cuenta —dije.

—Te apunto la deuda. ¿Qué vais a ver tu hijo y tú?

—*La cosa*. Un *remake* de la peli de cuando tú y yo éramos chavales.

—Ah, sí, me acuerdo. Esa de la base en la Antártida.

—Dos horas sin pensar con un cubo de palomitas. Una gozada.

Nos pusimos en pie y echamos a andar hacia el aparcamiento.

—¿Qué años tiene tu chaval?

—Diecinueve.

López dejó escapar un suspiro.

—Echo de menos tener un hijo, a veces, pero a la mía no la cambio por nada, ni siquiera ahora, que se ha transformado en una preadolescente trabajosa que tan pronto juega con las Monster High como me mira por encima del hombro. Es una cosa rara, la paternidad.

—La más rara —asentí.

Insistió en acompañarme justo hasta mi coche, con una deferencia que cometí la ingenuidad de decirle que no era necesaria.

—Es para que no veas en cuál me subo —se burló. O no.

—No te preocupes. Enfilaré sin dar ningún rodeo hacia la M-30 para que tu gente de la contravigilancia pueda irse a casa.

—Se agradece el detalle. Bueno, estamos en contacto. Para cualquier cosa, a cualquier hora, tienes mi móvil apuntado en el sobre del CD. No se lo des a nadie, y no me llames desde un número que no sea tu móvil, porque no te lo cogeré. Siento ser tan puñetero.

—Descuida. Ya sé que no es personal.

Subí al coche, lo puse en marcha y me fui derecho hacia la autovía. Andrés, mi hijo, me estaba esperando ya en el cine con las entradas. Como me conocía, sabía que la puntualidad extrema no figuraba entre mis virtudes y había preferido adelantar. Hice como que me ofendía por su desconfianza y le pregunté cuánto le habían costado.

—Te invito —me respondió.

—Pero si eres insolvente...

—Eso lo dices tú. Me han pagado las madres de los dos tarugos a los que les doy clase de refuerzo. Me hace ilusión invitarte a algo yo.

—Bueno, es una novedad. ¿Y lograrás que aprueben?

—Están en la ESO. Al final siempre los aprueban, con que sepan leer el enunciado y responder algo que tenga que ver. Y hasta ahí, aunque sea con algunas dificultades, me comprometo a llevarlos.

Sé que resulta un poco patológico, pero me complacía que mi vástago hubiera heredado mi ironía. Después de mucho pensarlo, creo que la ironía es, del reducido paquete de mis cualidades, la que de manera más decisiva me ha ayudado a sobrevivir en un mundo que, bien a la vista está, carece sistemáticamente de sentido del humor. Y no me parecía que el que iba a tocarle a

él anduviera mejor surtido.

La película resultó ser, como era previsible, un subproducto de Hollywood apoyado en los efectos especiales y en el Dolby Digital. Como tampoco le pedíamos más, nos sirvió. Luego fuimos a cenar a casa y vimos por segunda vez la tercera temporada de *Breaking Bad*, en la que el protagonista, Walt, ex profesor de química reciclado en sintetizador industrial de metanfetamina, se vuelve canalla de verdad ante el acoso combinado del mayorista estadounidense para el que trabaja y los narcos mexicanos que se lo quieren cargar. Disfrutándola con mi hijo, llegué a la conclusión de que el tándem formado por Walt y su ayudante y antiguo alumno desaventajado era una de las más felices reediciones de la cervantina pareja que había alumbrado la ficción contemporánea. De la cena en sí misma no hay mucho que comentar, ya que yo fui el cocinero y la materia prima salió de mi congelador. Digamos que a esas alturas ya había aprendido lo suficiente para no provocarle una indigestión severa a la sangre de mi sangre.

A eso de las once, en mitad del episodio en el que Walt comprende que su jefe y único cliente está buscando reemplazarle por otro químico, lo que representa para él una sentencia de muerte que ha de evitar como sea, sonó mi teléfono móvil. Era la sargento Chamorro.

—Disculpa la interrupción. Te llamo para darte las novedades. Acabo de oír lo que hemos grabado esta tarde.

—No te preocupes. ¿Y?

—No hemos grabado absolutamente nada. Está mudo. O muda.

—¿Apagado?

—No, apagado no. De hecho ha recibido varias llamadas, pero no ha cogido ninguna. Las ha dejado sonar. No tiene buzón de voz.

—Bueno, muchas gracias.

—Con tu permiso, me desengancho hasta el lunes y le paso el testigo a Arnau. Si no mandas nada más...

—No, Vir. Pásalo bien.

—Lo intentaré. Igualmente.

—En eso estamos, tengo a Andrés aquí.

—Me alegro. Aprovecha. Hasta el lunes.

La conversación me dejó un tanto chafado. No era buena señal que aquel teléfono hubiera dejado de registrar tráfico. Como no sabía nada de su verdadera

usuaria, especular resultaba baldío. Así y todo, me dio por imaginar que la muchacha podía estar deprimida, y había optado por no hablar con nadie. Dentro de todo, era lo menos malo. Traté de regresar a la teleserie, que estaba además en un momento de lo más emocionante. Pero aquella mujer sin rostro, las palabras de Chamorro y mi propia compañera, que en esos momentos andaría quién sabía por dónde tratando de sacarle un poco de tiempo propio al resto del fin de semana, se me quedaron prendidas a la mente con un regusto de amargura que terminó por deshacerse, como otros, en ese olvido dulce que tantas zanjas llena y tantas pesadumbres amortigua.

Antes de acostarnos, estuve hablando un rato con mi hijo acerca de su vida universitaria, que por el momento no parecía estar fascinándole especialmente. Me la resumió como una multitud de obligaciones cuyo cumplimiento se recompensaba con créditos. Salvando las distancias, porque a aquello de los créditos yo no había llegado, algo muy parecido al recuerdo que yo tenía de mi propia etapa en la facultad de Psicología. Le sugerí que se diera tiempo, y que tratara de disfrutarlo y sacarle el jugo que pudiera, con la tranquilidad de saber que quienes no se formaban tenían aún peores perspectivas de futuro. A eso de la una y media desfilamos hacia la cama. Al día siguiente, el plan era estar en pie sobre las nueve, como tarde. En lo que tardó en rendirme el sueño, estuve torturándome sobre si debía levantarme a escuchar el CD que me había pasado López con las conversaciones entre Robles y el guardia corrupto. Antes de llegar a dilucidarlo, me dormí.

Dejé también que transcurriera todo el domingo sin escuchar aquella grabación. Seguía sin apetecerme en absoluto, pero además tenía cosas mejores que hacer. La carrera vivificante con mi hijo junto al Manzanares, un desayuno opíparo con la lectura frívola del alud de despropósitos que inundaba los periódicos en precampaña electoral, un almuerzo tardío y, al final de la tarde, devolverlo a la casa que ahora era de su madre y que un día, casi no guardaba memoria de ello, había sido mía también. Lo dejé junto al portal y antes de despedirnos, con el beso y el abrazo de rigor, pensé que más valía advertirle:

—Mañana me voy muy temprano, no sé para cuánto.

—¿Muerto nuevo o antiguo?

—Nuevo. Y de los duros.

—¿Puedes contar algo? Sabes que siempre me pica la curiosidad.

—No puedo. Pero éste tiene algo diferente. Lo conocía.

—¿Mucho?

—Mucho, mucho, nunca se conoce a nadie. Lo suficiente.

—¿Amigo?

—Lo fue. El tiempo desdibuja esas cosas. Si te digo la verdad, a estas alturas no estoy muy seguro. Y ahora ya no puedo preguntarle.

—Tranquilo, lo resolverás.

—O no. Pero me va a llevar un rato. Te voy llamando.

—Vale. Y cuídate.

—Tú también.

Se bajó rápidamente y desapareció en el portal, sin pararse más que lo imprescindible para despedirse con la mano. Los dos habíamos aprendido, hacía algunos años ya, que así era mejor. El corazón siempre te acecha para darte donde más duele. Como bien proclama Robe Iniesta, cantante y filósofo, en una de sus letras más inspiradas, *A fuego*, lo mejor es no llevarlo nunca encima, por si te lo quitan.

Conduje sin prisa hasta casa, apurando la consabida melancolía de los domingos por la tarde. Apenas le dediqué media hora a la figura de plomo que en ese momento me ocupaba, un compañero benemérito de los que en 1921 hubieron de rendirse en Nador a los rebeldes de Abd el-Krim. Pintar miniaturas solía servir para relajarme, pero esta vez me costó disfrutarlo. Me preparé una cena frugal, recogí la colada, les di tres planchazos rápidos a las camisas y me metí en la cama con el ordenador y los auriculares. Curioseé un poco por Internet para hacer tiempo, hasta que llamó Arnau. Su informe vino a confirmar las sombrías sospechas que había ido alimentando durante todo el día. La usuaria de aquel teléfono seguía sin hacerle el menor caso.

—Mal rollo —juzgué—. Dime que al menos sigue encendido.

—Hasta las diecinueve y cuarenta y dos, lo estuvo.

—¿Lo han apagado?

—O se ha quedado sin batería.

—¿Dónde?

—Donde ha estado todo el tiempo. Castelldefels.

—Reza para que vuelva a la vida, Juanito.

—Lo haré. Aunque me temo que no tengo mucha mano con Dios.

—En fin. Mándale un correo a Salgado con el resumen de incidencias. Nos

vemos mañana en la unidad. Anda, duérmeme algo.

—A eso voy. A la orden.

Apagué la luz. Seguramente era una tontería, pero lo que iba a escuchar prefería oírlo a oscuras. Conecté los auriculares al MacBook y accedí al CD. Había una sola carpeta, que contenía una veintena de archivos mp3 identificados con las respectivas fechas. Cuando había más de uno con la misma, un número añadido permitía seguir el orden. Decidí atenerme a la secuencia. Pinché en el archivo más antiguo, el único de su fecha, y me dispuse a internarme en el túnel.

La conversación no tenía nada de particular. La típica que podría esperarse de dos antiguos compañeros que vuelven a hablar después de mucho tiempo sin verse. Se preguntaban por la familia, por el trabajo de uno y la jubilación del otro, etcétera. Lo único que tenía alguna chicha era la despedida entre ambos. Le decía Salazar:

—*Bueno, a ver cuándo vienes a verme y te enseño mis dominios.*

A lo que Robles contestaba:

—*Cualquier día de éstos, de la faena depende.*

—*Te espero. Avisa un poco antes.*

—*Así lo haré. Ya imagino que estás entretenido.*

—*Para ti saco el rato con gusto, hombre.*

Las siguientes conversaciones, en resumen, servían para fijar esa fecha en que Robles habría de hacerle la prometida visita. Primero pusieron un día que Salazar hubo de cambiar, y luego fue Robles el que tuvo alguna clase de problema. De la naturaleza de uno y otro impedimento ninguno de los dos le dio cuenta al otro. Por fin concertaban la fecha, el día de autos, y ahí comenzaban las grabaciones que más me interesaba conocer, pero la intriga que había despertado en mí aquella acumulación de llamadas quedó frustrada cuando accedí a su contenido. Habían hablado media docena de veces porque Salazar había estado toda la mañana cambiando el encuentro de hora y de lugar, y porque Robles había quedado en irle llamando por el camino para que se hiciera una idea de por dónde iba y ajustar mejor la cita. Finalmente, Salazar le señalaba una casa de comidas de Portugalete, y la hora a la que el móvil de Robles, minuto arriba o abajo, entró bajo la cobertura de las antenas de telefonía de esa ciudad. Salazar le advertía:

—*A lo mejor me retraso un poco. Quiero pasar por casa para quitarme el traje de romano y coger un coche más discreto que el de la empresa.*

Con un nudo en la garganta, abrí el último fichero, el que registraba lo que

habían hablado después de la comida que debían de haber compartido. Era, de nuevo, una conversación breve. Salazar le hablaba de una salida de la autopista que no dijo, por lo que deduje que Robles ya sabía de qué salida se trataba, aunque por lo visto había olvidado algún detalle en el sopor de la digestión. Tras tomarla, debía recorrer un par de kilómetros, hasta que encontrase una especie de bar.

—*Lo verás a tu derecha. No tiene pérdida.*

—*¿Y a partir de ahí?*

—*Supongo que bastará con que sigas tu instinto.*

—*Gracias, chaval.*

Sentí un escalofrío al pensar que aquéllas bien podían ser las últimas palabras que Robles había cruzado con quien lo enviaba a morir.

CAPÍTULO 8

UNA DE ELLOS

Por alguna extraña razón, me resulta reconfortante ponerme en carretera antes del amanecer. Intuyo que es la conciencia de estar ya en pie y al acecho de la vida mientras la mayoría de la gente duerme, lo que en mi incurable simpleza tiendo a saborear como una ventaja. O quizá sea la perspectiva de ver clarear el horizonte y salir el sol, un espectáculo que no por repetido pierde nada de su belleza y su misterio. Si encima uno va cómodamente instalado en un asiento de cuero como los que tenía el imponente Touareg que había conseguido Chamorro, y logra no acordarse de los indeseables propietarios (o propietarias) de las posaderas que antes se apoyaron donde ahora descansan las de uno, el placer puede llegar a alcanzar cotas asombrosas.

Lo cierto es que aquel lunes, poco después de las seis de la mañana, Chamorro le pisaba el acelerador a nuestro todoterreno sobre el desierto asfalto de la R-2 mientras yo, desde el asiento trasero, observaba la nuca de Arnau y las luces de la vecina base de Torrejón con una incongruente sensación de bienestar. Y digo incongruente porque estábamos emprendiendo un viaje que se presentaba incierto y, después de las informaciones que me había suministrado durante el fin de semana el brigada López, bajo los peores augurios. Una de mis pistas clave estaba en manos ajenas (el teléfono que tenía intervenido el propio López), de cuya generosidad y buena voluntad dependía para poder sacarle algún partido. La otra, la que controlaba a través de mi gente, estaba seca y no sabía si volvería a dar fruto. Entretanto, había reunido varios datos alarmantes, que tenía el deber de compartir con mi equipo durante la ruta. Algo que no me apetecía demasiado, sabiendo cómo iba a alimentar las suspicacias de Chamorro.

Por eso, y porque tenía cinco horas de carretera por delante, no me di prisa. Las luces de la base aérea absorbieron toda mi atención. Miré con curiosidad los hangares donde había permanentemente dos cazabombarderos F-18, armados y dispuestos para interceptar en cuestión de minutos cualquier aeronave que entrara en el espacio aéreo sin identificarse en debida forma. Su vigilia, como la nuestra, era uno de esos gestos simbólicos con los que se construye la ilusión de seguridad de la que depende, en última instancia, la apariencia que una sociedad puede

ofrecerse a sí misma de ser desarrollada y civilizada. Pero tanto aquellos pilotos como nosotros teníamos una limitada capacidad de respuesta. Nuestra eficacia dependía de que no se nos sometiera a un desafío por encima de nuestras posibilidades. Ellos podían parar a uno o a dos intrusos, con suerte, pero serían impotentes ante una oleada de veinte adversarios. Nosotros, con nuestro tesón y nuestros recursos, bastábamos para neutralizar una dosis moderada de caos social. Pero si se superaba esa dosis —por ejemplo, si el caos se infiltraba en nuestras propias filas—, también podían desbordarnos. Los vídeos del iPad de López y el cadáver de Robles daban buena prueba de ello.

Con esa mezcla de lentitud y lucidez que caracteriza al pensamiento mañanero, se me ocurrió que en cierto modo mi trabajo consistía, en aquella ocasión, en restaurar la ilusión rota, en regenerar la apariencia que se había desmoronado o que se desmoronaría en cuanto la buena gente supiera de las actividades a las que se dedicaban los supuestos servidores de la ley. Por encima acaso de otras, mi tarea era la de convencer a esa buena gente, y de paso convencerme a mí mismo, de que había alguien velando para que el tinglado no se viniera definitivamente abajo, y de que ese alguien era lo bastante listo y lo bastante competente como para enderezar lo que hubiera podido torcerse. Como había venido a enseñarnos a todos el reciente y fulminante hundimiento de las finanzas públicas y privadas, el verdadero cimiento de una sociedad es el crédito: perdido éste, aunque no sea más que un factor psicológico, y a menudo ficticio, todo lo demás se escurre por el sumidero tras él. A mí me incumbía ayudar a restablecer un crédito que no era económico, sino moral, pero a fin de cuentas se trataba de la misma idea. Y no era sólo el crédito que pudieran merecer los míos ante aquellos a quienes servían. Sino también, y ésta era la parte más peliaguda, el que yo podía merecer a mis propios ojos.

Le pedí a Chamorro que pusiera la radio para distraerme con las noticias. Como solía suceder en los últimos tiempos, invitaban más a la depresión que a otra cosa, salvo que uno fuera hincha de alguno de los equipos que habían vencido en la jornada de Liga disputada durante el fin de semana. Al menos, me sirvieron para dejar de pensar.

Paramos a desayunar a la altura de Calatayud. El sol aún no había aparecido en el horizonte, pero el resplandor que se insinuaba en el oriente, hacia donde nos dirigíamos, anticipaba ya su llegada. Mientras removíamos en silencio nuestros cafés, observé a los míos. La sargento tenía cara de cansada después del madrugón y el gasto de dos horas conduciendo en la oscuridad. Arnau miraba la taza con un gesto más bien mustio. Lamentaba incrementar sus motivos para el desánimo, pero aproveché el empuje de la cafeína, que estimulaba mis neuronas, para ponerlos en antecedentes sobre la conexión que vinculaba nuestro caso con la investigación de

Asuntos Internos. Me reservé los detalles que López me había señalado como confidenciales, pero procuré que fueran conscientes de la envergadura de lo que allí se ventilaba, y del cariz que por su causa tomaba nuestra tarea.

Arnau parecía noqueado.

—Entonces, ¿nos van a quitar el caso? —preguntó.

—No por ahora, pero tenemos que arreglarnos con ellos —le expliqué—. O, más bien, tengo que arreglarme yo con el brigada que lo lleva. Prefieren que no se mezclen los equipos, para mayor seguridad.

—Suya, quieres decir —apuntó Chamorro.

—Desde luego. Nos guste o no, ellos tienen la sartén por el mango. Ellos fueron quienes le encontraron primero el rastro a Salazar, y todo lo que tenga que ver con él y con guardias corruptos es suyo.

—Pero, por lo que cuentas, ese Salazar es nuestro sospechoso número uno —razonó mi compañera, con sutil mordacidad—. Mal vamos si son otros los que tienen la información sobre él, ¿no crees?

—Peor aún. Es nuestro único sospechoso por ahora, pero apenas hemos empezado a hacer nuestro trabajo. Sabemos que los del SAI lo están controlando y tengo la palabra del responsable de que nos contará todo lo que descubra en relación con nuestro muerto.

—No sé yo si eso me tranquiliza mucho.

—No tenemos otra que creerle, y hacer lo de siempre, reconstruir todo lo que todavía no sabemos acerca de la actividad y relaciones de la víctima. Para eso vamos a Barcelona, y no quiero llevar a dos cenizos resignados a la idea de que viajamos hasta allí para perder el tiempo. Os quiero con los ojos bien abiertos, y sin ideas preconcebidas.

De vuelta a la autopista, saqué el teléfono y me dispuse a hacer una ronda de llamadas. No esperaba de ella grandes avances, y alguno de los números lo iba a marcar más por sentido del deber que porque quisiera hacerlo, pero me pareció que con ello sacudiría un poco a mis colaboradores, a quienes veía demasiado tocados por lo que acababa de contarles. Debía devolverles la sensación de que seguíamos pintando algo y, sobre todo, de que su jefe conservaba la iniciativa.

Hablé primero con el comandante Rebollo, mi amo y señor, cuidando de hacerle saber que lo ponía el primero de la lista. Le hice el resumen completo de todo lo que había averiguado desde nuestra última conversación, lo que le dio pie para impartirme una de esas instrucciones perfectamente inútiles, por obvias, con que los jefes le demuestran a uno que el mando consiste, en buena medida, en decirle a

la gente que haga lo que la gente ya sabía que tenía que hacer.

—Llama a su señoría. Que sepa el hueso en que hemos pinchado y hasta dónde. Y así, si hay que arreglarse con su colega de Cantabria para que nos den más cancha, que sea ella la que se gaste.

—Así lo haré, mi comandante.

—He llamado a Barcelona para pedirles a los del equipo de crimen organizado que tenemos allí que os den apoyo. Pregunta por la teniente Morata. Es relativamente nueva, pero según me ha comentado el jefe del grupo de delitos contra el patrimonio, que ha hecho operaciones con ella, funciona bastante bien. Por lo visto, tiene a su mando a varios elementos que dominan el terreno. Explícale sólo lo que estimes necesario que conozca. Ni más ni menos. Ya la he situado yo.

No había pensado en ponerle la mosca detrás de la oreja a nadie en Barcelona todavía, pero ya que el comandante se me había adelantado no me quedaba otra que resignarme a recibir la ayuda de aquella teniente Morata. Demasiada gente metiendo la cuchara en un asunto que exigía todo el sigilo. Iba a tener trabajo administrando la información a cada uno, sin desairar a nadie y sin pillarme los dedos.

—Gracias, mi comandante. Si no hay nada más...

—Buen viaje, Vila. Y si algo te estorba, silba.

—Así lo haré —mentí.

Atendido el comandante, llamé a su señoría. Hube de contar por tercera vez la misma historia, adaptada a la oyente. La juez no me interrumpió, hasta el punto de que me sentí en la necesidad de comprobar un par de veces que no se me había cortado la comunicación. Cuando hube terminado, carraspeó un poco y se limitó a observar:

—Bien, me doy por enterada. Me imagino que lo más operativo es que usted se coordine con su compañero. Pero si encuentra el menor indicio que le haga pensar que debo imputar a alguno de esos guardias, le ruego que me lo haga saber para hacer las gestiones que correspondan. ¿Sabe qué juzgado lleva el caso en Cantabria?

—No.

—Averígüemelo, por favor.

—Claro, señoría.

La tercera llamada fue para el capitán Reinares, a quien había dejado el encargo de husmear sobre el terreno en busca de pistas que pudieran arrojar alguna luz

sobre dónde y cómo había tenido lugar el crimen. Me pareció que por lealtad debía informarle también —aunque sólo por encima, sin ningún detalle que resultara identificador y advirtiéndole de que era para su uso exclusivo— de nuestra inesperada coincidencia con una investigación de Asuntos Internos.

—Buf —exclamó—. ¿Está pringado alguno de esta comandancia?

—Lo desconozco. Por lo que me han contado, no.

—No voy a pedirte que me lo cuentes todo, pero si resulta que alguno de los nuestros está metido en la charca, avísame, por favor. Me consta que a mi jefe no le gustaría ser el último en saberlo.

—Eso no lo puedo prometer. No depende de mí.

—Haz lo posible, anda.

—Lo intentaré. ¿Algo nuevo por allí?

—Algo hay, no hemos estado cruzados de brazos. Hice que mi gente tomara la misma carretera que tomó Robles tras desviarse de la autopista y les pedí que fueran parando en todas partes a preguntar. Un método algo pedestre, pero ha dado su resultado. Tenemos un testigo que dice que vio un BMW azul salirse de la carretera media docena de kilómetros antes del lugar donde se perdió la señal del móvil de Robles. Y lo que viene a continuación creo que te va a interesar.

—Soy todo oídos, mi capitán.

—Por lo visto, el BMW avanzó despacio por una explanada que hay al lado de la calzada, junto al bar donde trabaja el testigo, hasta colocarse a la altura de un Seat León de color rojo que estaba parado y con los cuatro intermitentes encendidos. Estuvieron así, el uno junto al otro, durante alrededor de medio minuto. El testigo dice que le pareció que el conductor del BMW le pasaba algo a quien ocupaba el asiento del copiloto del otro coche. Luego el Seat se incorporó a la carretera y el BMW salió detrás. El testigo no puede dar razón de las matrículas ni una descripción de los ocupantes de ninguno de los dos coches. Ni siquiera está seguro de cuántos iban en cada uno, pero ya sabemos, o mucho me equivoco, dónde se produjo el contacto de la víctima con sus asesinos. Ahora queda lo más bonito: averiguar adónde fueron. He movilizado toda la fuerza disponible para que investigue los cruces de esa carretera y le pregunte a todo bicho viviente.

—¿Y pudo ver el testigo lo que se pasaron de un coche a otro?

—No alcanzó a distinguirlo. Estaba fumando a la puerta del bar, a unos treinta metros de la escena. Pero yo ya tengo mi teoría. Y, después de lo que acabas de contarme, me encaja todavía más.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué teoría es ésa?

Reinares hizo una pausa. Para reforzar el efecto dramático, pensé.

—El teléfono móvil. Estoy pensando en voz alta, pero a ver si te convence. Robles fue a verse con gente peligrosa, eso ya lo sabemos por lo que le terminó pasando. Gente a la que no conocía, o no conocía bien, y a la que llegó por referencias de terceros. Gente que tampoco se fiaba de él, y que bien pudo pedirle en prenda su móvil para asegurarse de que no serviría para localizarlos. Por alguna razón, Robles no pudo negarse. Y ellos fueron quienes lo apagaron, poco después.

Me impresionó la sagacidad del capitán. Era de lo más plausible.

—Suena consistente. Compatible con lo que tenemos, cuando menos.

—No nos resuelve nada —admitió—, pero ayuda a hacer camino. Deja que nos machaquemos el terreno. Encontraremos a alguien más que haya visto algo, y daremos con el lugar donde lo hicieron. A fin de cuentas, según mis cálculos, y uniendo todos los puntos, desde la salida de la autopista hasta el puente, sólo tenemos que peinar un círculo de unos cuarenta kilómetros de diámetro. Pan comido.

—Muy optimista lo veo.

—Es lunes. Hay que echarle ánimo.

—Pues que haya suerte.

—Lo mismo te digo.

Mi siguiente llamada fue a la cabo Salgado. Aunque temía la respuesta, me tocaba preguntarle por cómo marchaba la escucha.

—Nadie al aparato —dijo—. Teléfono *kaputt*.

—¿Sigue apagado?

—Muerto.

—Si por algún milagro resucitara, avísame.

—Me permito dudarlo, jefe. Alguien ha debido de adivinar que el número estaba mordido y ha decidido dejarnos sin chivato.

—Mírate el listado de llamadas, mira si navegó por Internet con esa línea, vuelve a escuchar las dos conversaciones que llegamos a grabarle, tradúcelas palabra por palabra, busca algo que nos sirva.

—Suenas algo desesperado, mi brigada.

—Tenemos que encontrar a esa brasileña. Como sea.

—Miraré. Usaré mis poderes. A ver si te pesco algo.

—Por favor. Y si aparece el dichoso Seat León, llámame también. Ya está tardando demasiado. ¿Dónde demonios lo pudieron dejar?

—A lo mejor no lo han dejado aún.

—No creo que sean tan idiotas. Aparecerá en cualquier momento.

Mientras hablaba con Salgado, sonó en la línea el pitido que me indicaba que tenía una llamada entrante. Apenas colgué, comprobé el número. Era uno que tenía memorizado bajo una lacónica etiqueta: *López.* No perdí ni un segundo en ponerme en contacto con él.

—Disculpa, estaba hablando —me excusé.

—Ya lo he supuesto. Oye, tengo algo.

—Yo también.

—Disparo yo primero. Hemos interceptado un mensaje de Salazar, no sabemos para quién. No puedo darte muchos detalles, porque te explicaría algunos de mis trucos más supersecretos, pero no es un mensaje de voz, en el teléfono sigue pareciendo el mismo angelito de siempre. Lo ha enviado por escrito, a través de Internet, por un procedimiento que de momento no nos permite identificar al destinatario, por desgracia. Lo mandó el sábado por la noche, a altas horas. Te lo leo, literalmente: «Estas cosas se avisan, y si me hubierais avisado os habríais tenido que buscar a otro imbécil. ¿Sabe el zumbado que nos ha metido en este lío la que se viene encima? Borrad mi número. No quiero saber nada de vosotros, nunca más. No os conozco, no me conocéis. Adiós.» Fin de la cita.

Me quedé absorto en lo que acababa de escuchar. Al mismo tiempo, mi orgullo de investigador me picaba para adivinar aquel misterioso medio de comunicación que Salazar no quería revelarme. Lo que decía me encajaba con el uso de documentos en borrador en cuentas de correo fantasma de contraseña compartida, o en perfiles falsos de redes sociales creados como lugar de intercambio seguro. Por ese procedimiento nunca llegaba a enviarse nada. Los dos interlocutores entraban en la cuenta, a menudo a horas preestablecidas por otro canal, y cada uno borraba lo que había escrito el anterior, lo que de paso servía como acuse de recibo del mensaje suprimido. Como mucho podías llegar a localizar las direcciones IP desde las que se accedía a la cuenta de correo o de la red social en cuestión, y que siempre correspondían a cibercafés, redes wifi públicas o vulnerables o cualquier otra conexión del todo inservible para identificar al individuo. Si López y los suyos habían logrado localizar la puerta de entrada de Salazar, aunque no dispusieran de

la de su interlocutor, es que eran buenos y tenían paciencia. Sabía por experiencia lo desesperante que era rastrear las comunicaciones de alguien ducho en aquellos subterfugios.

—¿Sigues ahí, Vila? —preguntó López.

—Sí, perdona, estaba procesándolo.

—El mensaje es bastante claro, no sé si coincides conmigo.

—No sé cómo lo interpretas tú, pero supongo que sí, que coincido. Parece que Robles no fue el único al que tendieron una trampa.

—Exacto. Lo que nos complica la vida a los dos.

—Y tanto. Tu objetivo va a extremar las precauciones. Y creo que yo acabo de quedarme sin el único sospechoso que tenía.

—Me temo que sí. Esto nos obliga a revisar nuestra estrategia. La que seguíamos puede que ya no sirva. Le daré unos días y, si no se moja, tendremos que pensar si no vamos por él con lo que tenemos, aunque no nos entusiasme del todo. Lo que me preocupa es que si tiro por ahí, aparte de cerrar lo mío en falso, pueda estropear lo tuyo.

Medité sobre su razonamiento. Entre otras cosas, me probaba que era un tipo legal. Me estaba avisando antes de pisarme.

—¿Puedo pedirte un favor? —le dije.

—¿Cuál?

—Aguanta una semana, por lo menos. Si yo adelanto algo por mi lado, a lo mejor podemos ganar los dos. Si hay suerte, quizá tú no tengas que ir por Salazar en precario y yo pueda sacarle algún partido.

—Aguantaré lo que me deje mi jefe. Y te ayudaré si está en mi mano.

—Gracias.

—A propósito de eso. Tengo un par de números de teléfono. Apúntatelos. Y si están entre las llamadas de Robles, hablamos.

—¿De quién son?

—Gente de la empresa. Del lugar adonde vas.

—¿De la lista de llamadas de Salazar? —deduje.

—Tú compruébalos. Si alguno te salta, ya profundizaremos.

Me anoté aquellos dos números.

—Por nuestra parte —le expliqué—, hemos dado con un testigo del encuentro de Robles con los que imaginamos que acabaron matándolo. Al menos llevaban el coche al que se subió el que abandonó su BMW en la estación de servicio de Tudela. El capitán de Logroño, por lo que les ha contado el testigo, deduce que le pidieron a Robles que les diera su teléfono móvil antes de volver a ponerse en marcha.

—Un detalle interesante —juzgó.

—¿Qué te sugiere?

—Que pueden ser malos de los míos, desde luego. Lo que me descoloca un poco es la cita en La Rioja. La gente a la que yo persigo busca el destino al lado del agua, que es por donde le llega la guita.

—Quizá la idea era alejarlo de su zona de actuación.

—No lo sé, le daré vueltas. Gracias por el dato.

—Gracias a ti por la llamada.

—De nada, hombre. A mandar.

Apenas interrumpí la comunicación, Chamorro preguntó:

—¿Era quien me imagino?

—El mismo —le confirmé.

—¿Nos das el titular?

—Al guardia corrupto le metieron un gol. Está furioso.

—No me da mucha pena, la verdad.

—A mí tampoco. Pero puede que eso nos acorte los plazos.

El sol hacía ya rato que había salido y nos daba de lleno en la cara. Vi en el retrovisor cómo Chamorro, pese a las gafas oscuras, arrugaba la frente. Para quienes no teníamos que ir pendientes de la carretera era agradable, por el calorcillo, pero para ella era un incordio.

—Siendo así —dijo—, y ya que tienes el móvil en la mano, yo iría llamando a la viuda. Y si le preguntas dónde podemos verla, meto la dirección en el GPS y vamos para allá. Si no te parece mal.

—En absoluto. Bien pensado.

Habíamos rebasado Zaragoza cuando me puse al habla con Consuelo. Tardó un poco en cogerlo, y por la voz me pareció bastante más apagada que tres días atrás. Suele suceder, una vez que baja la presión social y se enfría la emoción del

momento. Tan pronto como uno se queda a solas con los escombros, y a merced de esa tristeza en la que nunca le acompañan a uno, pese a la sobada fórmula de pésame, los que después de asistir al velatorio, el entierro o el funeral reanudan sus vidas sobre las que no acaba de caer un rayo para partirlas en dos. Le dije que íbamos hacia Barcelona y que queríamos hablar con ella lo antes posible. Le propuse vernos entre once y media y doce.

—A las doce tengo que ir a recoger a mis nietas —alegó—. Si no te importa, preferiría que nos viéramos a partir de las tres, cuando las deje otra vez en el colegio. Puedo dedicaros hora y media.

—Está bien, ¿a las tres y cuarto, entonces?

—Mejor. Y así os hago café, si gustáis.

—Gracias, Consuelo.

—¿No puede antes? —consultó Chamorro, apenas colgué.

—Las nietas, le toca hacerles de canguro *low cost*. Por lo que me dijo, a la hija no le alcanza el sueldo para pagarse otro. Vamos primero a la comandancia. Rebollo nos ha echado una de sus manos al cuello y hay una tal teniente Morata que está esperando nuestra visita. La sondeamos, vemos en qué puede servirnos, y luego pensamos en qué nos entretenemos hasta las tres. Por cierto, se me olvidaba algo.

Busqué el papel en el que había anotado los dos números de teléfono que me había dicho el brigada López. Estaba cansado de darle a la lengua, así que se los puse a Salgado en un SMS para que hiciera las comprobaciones pertinentes. Despachado esto, me amodorré un poco. Nos quedaba algo menos de dos horas para llegar a Barcelona. Tiempo sobrado para que me asaltaran los recuerdos. Nadie puede pasarse varios años en una ciudad como aquélla, a la edad a la que a mí me tocó descubrirla y dedicándose a lo que yo me había dedicado, y salir indemne de la experiencia. Siempre que regresaba, se revolvían en mi ánimo impresiones demasiado intensas y profundas. No podía olvidar que allí, bajo la cálida luz del Mediterráneo, que en tantos sentidos me recordaba la del Río de la Plata de mi niñez, era donde había conocido la felicidad y la desgracia, consecutiva y simultáneamente.

Cuando abrí los ojos, vi un indicador que avisaba de la proximidad del meridiano de Greenwich. A tres mil metros, anunciaba. Minuto y medio más tarde lo cruzábamos. Habían construido sobre la autopista un arco de color claro que la sobrevolaba de extremo a extremo, para señalar el punto exacto por el que pasaba aquella divisoria imaginaria entre el oriente y el occidente. Nunca lo había pensado: aparte de otras cosas, a Barcelona y Madrid las separaba esa línea que venía a situarlas en distintos hemisferios y les asignaba coordenadas opuestas.

Miré la pantalla del GPS, donde ahora mandaba la E, en lugar de la W. Como en mi corazón golpeaba el pasado, en vez del presente.

Un cuarto de hora más tarde entrábamos en territorio catalán. Celebré el acontecimiento en voz alta para arengar a los míos.

—*Benvinguts a Catalunya, nois.*

—No me digas que te vas a poner a hablar en eso —dijo Chamorro.

—No me seas facha, Vir. Es una lengua reconocida por la Constitución, embellecida por grandes poetas y, como cualquier otra lengua, contiene una visión del mundo, o sea, un tesoro humano.

—Ya, pero no es la mía y a veces no la entiendo.

—Lo que, como cualquier otra forma de ignorancia, no debe enorgullecerte. ¿Por qué no aprovechas para aprender algo?

—Ahora me va mal, voy conduciendo. Por cierto, ya me traducirás los letreros cuando no me entere, por la seguridad de los tres.

—*Com vulguis.*

—¿Qué?

—Como quieras. Y tú, Arnau, ¿tampoco la entiendes?

—Pues no mucho, la verdad.

—En alguna tumba, Dios sabe dónde, el antepasado al que le debes el apellido se estará removiendo, atravesado por el dolor.

—Crecí en Murcia, no me dieron muchas oportunidades.

—¿Sabes de dónde venía exactamente tu abuelo catalán?

—Gerona. O eso creo. Yo apenas lo conocí.

—Catalanoparlante, seguro —deduje.

—No hizo mucho por enseñárselo a mi padre.

—En fin, no es difícil, para un chico listo como tú.

Poco después abandonamos el peaje y nos cambiamos a la autovía. Pasamos así junto a Montserrat, pero no era éste el motivo que había inducido a Chamorro, cuyo sentido del patriotismo catalán no podía ser más inexistente, a seguir aquella ruta. Yendo por la A-2 entramos por el valle del Llobregat, donde estaba Sant Andreu de la Barca, sede de la comandancia de Barcelona. Allí teníamos un par de asuntos que resolver: el del alojamiento y la gestión con el equipo de delincuencia organizada al que había movilizado nuestro comandante.

Tras dejar nuestras cosas en la residencia, donde Chamorro y yo ya nos habíamos hospedado antes, fuimos a buscar a la teniente Morata. La encontramos en su oficina. Junto a ella nos aguardaba un viejo conocido. Se dirigió con una sonrisa obsequiosa a Chamorro.

—Hola, mi cabo, ¿te acuerdas de mí?

—Cómo no, Gil, eres inolvidable. Pero ahora soy sargento.

—Mejor, más morbazo. Yo sigo como estaba.

—O sea, de guardia y desatado.

—Más o menos —se rió.

—Gil, por favor. Que un día voy a tener que acabar arrestándote —le reprendió la teniente, con más cansancio que irritación.

—Ya nos conocemos, mi teniente, es sólo una broma, ¿verdad?

—Me lo tomaré así —concedió mi compañera.

Habíamos trabajado con Gil siete años atrás, y los dos lo recordábamos bien. Era una especie de pícaro rijoso, pero también un policía con olfato que se fajaba y que se hacía perdonar, con su gracejo, aquellas salidas de tono. Entonces nos había sido de mucha ayuda para sacar adelante la investigación, y bien podía serlo también en esta que ahora afrontábamos. En cuanto a Morata, era una mujer menuda de unos treinta y cinco años, lo que delataba que no había entrado directamente en la academia de oficiales, sino que había pasado antes por las escalas inferiores. O, lo que es lo mismo, conocía los dos mundos. Por alguna razón infundada, o quizá por el modo en que me la había presentado mi comandante, la había imaginado más joven e inexperta. Al verla, consideré que podía explicarle con sinceridad la situación. Le conté muy por encima el caso y le dije que estábamos aterrizando y todavía no sabíamos por dónde habría que meterle mano, y por tanto en qué nos podían ayudar. Me hizo ver que lo comprendía.

—Tranquilo, nosotros tenemos tajo de sobra —dijo—. Ten mi número, haz lo que tengas que hacer y, cuando veas que podemos echar una mano, márcalo y cuenta con que ahí estaremos. Sobre todo si hay que meterse en territorio ajeno. Me apaño bien con los Mossos.

Y, dicho esto, sonó su teléfono. Un tono de Nokia, impersonal.

—Sí... *Ah, digues, Quim.*

Siguió un breve intercambio de información sobre lo que me pareció un asunto de narcotráfico. El catalán de Morata era fluido, con un impecable acento barcelonés. Debió de notar nuestro asombro.

—Me llamo Laia —explicó cuando colgó—. Soy de aquí. Una ventaja que hay que aprovechar. Y que está a vuestra disposición.

—Doy fe —dijo Gil—. Es una de ellos, mi brigada. Una *crack*.

A Chamorro se le escapó un gesto reticente. A mí me provocó la primera sonrisa del día. Por fin algo que nos venía a favor.

CAPÍTULO 9

DINERO EXTRA

Se me ocurrió que era buena idea comer pronto y hacerlo en un entorno agradable para elevar un poco la moral de mi tropa. Pensé que nada mejor, aprovechando el día soleado, que acercarnos a la playa. Para irlos familiarizando de paso con el terreno que tendríamos que desbrozar, me los llevé a un restaurante de menú de Castelldefels, que recordaba de mi etapa catalana. Seguía allí, un poco venido a menos, como en cierto modo todo lo de alrededor. Aunque había algún hotel nuevo, de diseño y en primera línea de playa, en la fachada litoral mandaba la arquitectura setentera y ochentera, con su estilo mediocre y sus materiales económicos y no muy bien avenidos con la pátina del tiempo. En conjunto, el trazado urbanístico atestiguaba la explotación de la costa, no de forma tan intensa como en otros rincones de la geografía patria, pero con análoga rapacidad y parecida falta de imaginación. Al menos, el castillo que daba nombre a la ciudad, erguido sobre una loma a media altura entre la playa y las crestas del Garraf que la cobijaban del lado de poniente, introducía un contrapunto de cierta elegancia. Pese a todo, sería la nostalgia, o la infalible luz del Mediterráneo, me resultó de lo más gratificante volver a pisar aquel paseo marítimo. Incluso le perdoné al cocinero algo que resultaba imperdonable en Barcelona: que el arroz de la paella estuviera pasado y el conjunto del plato fuera deleznable. Durante mis años barceloneses había aprendido a apreciar la paella catalana como una de las mejores, aunque Valencia se lleve la fama. Según me dijo alguien, era el tomate el que marcaba la diferencia, y bien podía ser, porque también padecía una debilidad irresistible por el *pa amb tomàquet*. A mi juicio, esas dos especialidades culinarias y los *calçots* (que, por cierto, recordé que estábamos ya en temporada) podían sostener por sí solos, incluso ante quienes consideraran cuestionable la entidad de todo lo demás en que pretendía asentarse, la existencia de una patria catalana.

—Esta paella es delictiva aquí —informé a los míos—. Otro día gastaremos un poco más y os tomaréis un arroz como Dios manda.

—Yo estoy mal acostumbrado —intervino Arnau—. No es por ponerme chovinista, pero el peor arroz huertano deja a éste en ridículo.

—Espera a probarlo en un sitio en condiciones. En lo que toca al arroz, te aseguro que esta gente puede competir.

—Me costará convencerme, pero vaya.

—Ya verás. Y otro día nos hincaremos una *calçotada*.

—¿Una qué? —preguntó Chamorro.

—*Calçots*. Una especie de cebolla nacionalista. Deliciosa. Me encantará ver cómo te chupas los dedos con el manjar enemigo.

—Yo no soy enemiga de nadie. No me gusta que desprecien lo mío, nada más.

—Ah, el eterno malentendido. Y así, desprecio contra desprecio, se sigue escribiendo la Historia. No te digo que éstos no se busquen una parte de la antipatía que tienen más allá del Ebro, pero el problema también lo alimentáis los españoles con vuestra altanería.

La sargento arrugó la nariz.

—¿Lo alimentáis? ¿Y tú que eres?

—Yo soy del hemisferio sur. Os veo a todos del revés.

—Lo eres de nacimiento, pero poco más, en mi opinión —meditó, con aire interesante—. No lo corrobora tu pasaporte. Ni tu carácter.

Una vez más, sentí que me había dado donde escocía.

—¿Acaso te parezco típicamente español?

—Hasta la médula.

—¿Por?

—No eres menos orgulloso que el resto. Por no hablar de tu tendencia a ir por libre. Y de tu quijotismo, qué te voy a contar.

—Curioso que digas eso. ¿Sabes qué?

—Qué.

—Que si ésas son las señas de identidad, aquí tampoco faltan, a pesar de los tópicos. ¿Y sabes dónde se salen ya de la escala?

—Sorpréndeme.

—Donde los vascos. Siempre pensé que el problema viene de que son una especie de españoles al cubo, que el resto se les queda corto.

—¿Eso crees?

Apuré mi cerveza, de un solo trago, antes de que dejara de estar fría. Y, mientras

me cosquilleaba en el estómago, respondí:

—No, todas estas cosas son chorradas. Lugares comunes revueltos con más o menos ingenio y mala baba. Pero con algo hay que distraer el tiempo mientras el mundo se hunde bajo nuestros pies.

—Toma ya —dijo la sargento—. Eso sí es tremendismo hispánico.

—En estos tiempos, es simple realismo. Pero no pasa nada, tampoco somos tan importantes. El mundo ya se ha hundido unas cuantas veces y se las arreglará para seguir sin nosotros. Eso es lo que no aprendemos a entender y llena la cartera de psicólogos y psiquiatras.

—Y para rematar el *typical Spanish*, Séneca —observó Arnau.

—Coño, pero ¿tú sabes quién era Séneca?

—Vagamente.

—Me pasmas. Estaba convencido de que en tu generación ese lugar lo había ocupado, qué sé yo, Shakira, por ejemplo.

—Bueno, tenemos la Wikipedia. Y mucho tiempo libre.

—Buena réplica, Arny. Con unos cuantos años más de entrenamiento estarás preparado para salir en una novela de polis ingeniosos.

—No aspiro a eso.

—Pero yo sí. A que salgas, digo.

—Gracias, no sé si mereceré tanto.

—No vayas de modesto. Ya que somos todos españoles, al parecer, nos consta que es un rasgo que en el español siempre es más falso que Judas. Señores, habrá que ir abreviando, la hora se echa encima.

En ese momento sonó mi móvil.

—Hola, aquí la secre.

—Tampoco es eso, Salgado —protesté.

—Vaya, vosotros por el mundo y yo aquí con el teléfono. No sé si se te ocurre una forma mejor de resumirlo. A ver, tengo novedades. Uno de los dos números que me pasaste por SMS. Parece un buen amigo de Robles. Por lo menos, alguien con quien hablaba con cierta frecuencia. Para dejar bien hechas todas las tareas propias de mi sexo, tienes en el correo electrónico un listado de las llamadas con sus fechas y horas correspondientes. A lo demás le estamos metiendo mano Lucía y yo, pero por el momento hay poca cosa. La cuenta de correo que tenía Robles no

la usaba apenas, y la de Facebook menos aún. Para que te hagas una idea, tenía veintitrés amigos, la mayoría familia. Sólo hemos visto un flujo de mensajes significativo con el hijo, cuando estaba en Afganistán. En cuanto a las conversaciones de la brasileña, las he enviado a traducir palabra por palabra, como mandaste, y espero tenerlas esta tarde. Y de lo otro que me dijiste, negativo. La chica no navegaba por Internet con esa línea. ¿Se te ocurre alguna cosa más?

—¿Nada del Seat León aún?

—Nada. Lucía lo comprueba cada cinco minutos.

—Siendo así, supongo que nada más, por ahora.

—Muy bien. Pues entonces me voy a comer y luego estaré pintándome las uñas. Para cualquier recado tonto que haya, me llamas.

—No te me pongas así, Salgado. Te prometo que cuando vayamos a detenerlos te llevaré para que puedas dispararle a alguno.

—No te lo aconsejo. A veces, en las refriegas, los que mandan el pelotón resultan misteriosamente acribillados por la espalda.

—Es broma, ¿no?

—Claro, mi brigada. Yo daría mi vida por ti.

—Gracias, Inés.

—No hay de qué.

A las tres y cuarto en punto, Chamorro encajaba nuestro descomunal Touareg en el pequeño espacio que había disponible en la acera de la calle donde vivía Consuelo y, hasta la semana anterior, había tenido su domicilio el subteniente Robles. Era un barrio de viviendas unifamiliares que se desparramaban entre las montañas. La mayoría ya contaba unos años y, aunque alguna grande y ostentosa había, predominaba un tipo de construcción más de medio pelo. Este aspecto, unido a que no estábamos hablando de la parte alta de Barcelona, sino de un municipio periférico de la comarca del Baix Llobregat, Sant Vicenç dels Horts, no hacía necesariamente sospechoso el hecho de que Robles hubiera podido instalarse allí. Pero tampoco resultaba fácil explicar la inversión si toda su fuente de ingresos era el sueldo, en sus últimos años en activo, y lo que le quedara después de pasar a la reserva. Ya me constaba que tenía rentas complementarias, y una de las cuestiones que debía explorar era, justamente, en qué volumen.

La casa de Robles no era de las más aparatosas. A bulto le calculé ciento sesenta metros construidos en una sola planta. Debajo, aprovechando la cimentación que la sujetaba a la ladera y la elevaba hasta el nivel de la calle, tenía un sótano de

superficie equivalente, pero que estaba sin acondicionar y reducido a la categoría de trastero.

Consuelo apareció como al minuto de apretar el timbre. Abrió la puerta del chalé y avanzó a pasos cortos y desganados hasta la cancela. Traía un manojo de llaves en la mano. Vestía ropa gastada de color neutro, calzaba unas zapatillas deportivas y el estado de sus cabellos permitía apostar, sin el menor temor a perder, que aquel día no había pasado por la peluquería. De pronto me pareció lo que no me había parecido nunca hasta entonces, ni siquiera al reencontrarla al cabo de tantos años en La Rioja y en luctuosas circunstancias: una persona titubeante, desvalida, expuesta. Una anciana, en definitiva.

—Perdonad —fue su saludo, que tampoco habría empleado jamás la Consuelo de antaño—. Me harté de decirle a Rafael que pusiera un portero automático, pero era un dejado para todo lo de la casa.

Aunque fuera para recriminarle la negligencia al muerto, celebré advertir que su voz, al menos, había recobrado la energía habitual. Tras abrir con esfuerzo la cerradura, se apartó para dejarnos pasar y con un ademán nos invitó a entrar directamente en la vivienda.

—Estáis en vuestra casa. Adelante.

Fue Chamorro, con su resolución habitual, quien asumió el papel de exploradora. La siguió Arnau, algo más cohibido. Yo opté por quedarme tras la viuda, invitándola así a que me precediera.

—He dicho adelante, Rubén. No me seas antiguo.

—Bueno, yo sólo...

—Y, sobre todo, no me lleves la contraria. Para eso estás en mi casa.

Esto último lo dijo con una sonrisa tristona que tampoco le conocía, pero que no hacía su requerimiento menos inapelable. Me olvidé, pues, de mi sentido de la cortesía y me avine a pasar primero.

Al cruzar el umbral se accedía sin transición a lo que era el salón-comedor de la casa. Se trataba de una estancia espaciosa, que tendría sus buenos cuarenta metros. En cuanto al mobiliario, se mezclaban lo antiguo y lo moderno, no diría que de forma especialmente afortunada. Me pareció reconocer el gran armario oscuro que tapaba una de las paredes, así como la forma del tresillo, aunque lo habían retapizado. Pero la mesa y las sillas del comedor eran más recientes y mucho más funcionales. Había también un par de librerías de IKEA, de color claro, y unos óleos tras los que se adivinaba la mano de un aficionado, no del todo incompetente pero tampoco nada del otro mundo. Dominando el espacio, en mitad de uno de

sus lados, había una inmensa pantalla de televisión, de más de cincuenta pulgadas, donde a la sazón estaba puesto el telediario. Reparé en el butacón que tenía enfrente y en la mesita redonda que había junto a él, sobre la que reposaban un portátil cerrado y unas revistas. El sitio de Consuelo, supuse, desde el que a través de aquellas dos ventanas electrónicas —el pequeño ordenador y la inmensa pantalla— contemplaba el mundo. Los había que estaban peor: el portátil era bastante nuevo, y la televisión, Full HD.

—Acabo de hacer café —anunció—. ¿Cómo lo tomáis?

—Cortado —nos pisamos Chamorro y yo.

—Con leche —dijo Arnau.

Consuelo nos examinó como si no diéramos la talla.

—¿Es que ya nadie toma el café solo?

Y, mientras se iba hacia la cocina, añadió:

—Lo que no tengo es sacarina ni edulcorante de ese cancerígeno, si es que les dais a esas cosas. En esta casa sólo hay azúcar. Lo siento.

—No les damos a esas cosas —dije—. Tranquila.

Regresó al minuto con una bandeja. El café ya venía mezclado en las tazas, salvo en una, todo negro. También traía un azucarero y una jarrita con más leche. Reconocí el servicio de café. Era el mismo en que me lo había puesto más de una vez, casi veinte años atrás. El que les habían regalado para la boda, algún día remoto del siglo anterior.

Consuelo tomó su taza y se la llevó a los labios sin ponerle azúcar. Claro que podía habérselo puesto y haberlo removido antes. Yo les serví a mis compañeros el azúcar que ya sabía que tomaban (una cucharilla llena Chamorro, dos Arnau) y dejé caer un poco sobre mi café.

—Ésta es nuestra casa —explicó Consuelo—. O, bueno, mía y del banco, ahora. Me da pena que él no la disfrutara más. Cuando éramos jóvenes siempre estábamos hablando de la casa que nos compraríamos cuando el servicio no nos obligara a ir de aquí para allá viviendo en las covachas ruinosas donde te metía la empresa. No te imaginas lo que podían llegar a ser las casas-cuartel en los viejos tiempos.

—A mí aún me dio tiempo a ver alguna tremenda —dije.

—Pero no como aquello, estoy segura. En el primer destino, en Asturias, se nos cayó una noche un trozo del techo sobre la mesa del comedor. Y suerte que no se nos vino encima el techo entero, con el sargento y la familia que vivían en el piso

de arriba. Nuestra casa, decíamos siempre, sería nueva y otra cosa no, pero tendría los techos como Dios manda. Pero ya ves. El hombre propone y Dios dispone. Ni es nueva la casa, ni él ha vivido para estar demasiado bajo este techo.

—¿Cuándo la comprasteis?

—Hará unos diez años. Cuando ya estuvimos seguros de que no nos movían más, y la niña se casó y se quedó por aquí, y nos dijimos que había que empezar a pensar en la solución definitiva para cuando él colgara el tricornio y hubiera que desalojar el pabellón. A mí me hacía menos gracia, porque los catalinos nunca me han terminado de entrar, pero mis hijos ya estaban hechos a esto y a Rafael también le gustaba, así que tampoco era cuestión de aguarles yo la fiesta. Además, esto es el Baix Llobregat, aquí hay más andaluces y moros que catalanes de pura cepa. Para mí que hasta les da miedo venir, a algunos, por si les pegamos alguna cosa infecciosa. Yo me niego a hablar la lengua y ya ves, aquí no tengo problema. Y si me hablan en catalán, que lo entiendo, les respondo en lo mío, que sé que lo entienden también.

—Eso nunca fue problema, por lo que yo recuerdo.

—No creas. Ahora hay gente rara que hace como que no te entiende y que no te cambia al castellano, como si quisiera castigarte o hacerte sentir que eres extranjero. No son muchos, pero los hay. A mí, la verdad, me hacen gracia. A alguno me dan ganas de decirle que llevo oyendo catalán desde antes de que él echara los dientes.

Chamorro y Arnau permanecían en silencio. No era una testigo a la que apeteciera interrogar, y mi antigua familiaridad con ella les proporcionaba la coartada perfecta para quedarse agazapados. Asumí que aquella cruz era mía y que era yo quien tenía que tirar de ella en solitario, sin contar con ningún Cirineo que viniese a aliviarme la tarea. Así que decidí meterme sin más preámbulos en terreno farragoso.

—¿Y te queda mucha hipoteca aún?

—Según lo mires. Con los ahorros pagamos una parte, pero el resto lo financiamos a veinte años. Eran los tiempos en que los de los bancos estaban locos y le prestaban a cualquiera y de cualquier manera. Ahora supongo que no encontraría ninguno que le diera tantos años a un par de viejos, pero entonces, ya ves, como si nada. No sé, calculo que me quedan unos ciento veinte mil por pagar. Si yo no puedo amortizar el préstamo, ya lo heredarán mis hijos. Por suerte trabajan los dos y tienen nómina fija, aunque poca. Y mi yerno no va mal, tiene un negocio de los pocos que no se terminan de hundir, de mantenimiento de calderas de gas, que cada año hay que revisarlas, quieras o no quieras. El militar sigue

soltero, y con la propinilla que le dan cuando va a jugarse la vida a Afganistán, y que éste la ahorra toda, supongo que también podrá hacerle frente a lo que le toque. Aunque no creas, cada vez les pagan menos por irse a la guerra. Es una vergüenza.

—La crisis lo rebaja todo.

—Pero no sé por qué te cuento todo esto. Ya me imagino que mis estrecheces económicas y cómo me atribulo por la herencia que les vaya a quedar a los míos no es lo que más os interesa. ¿O sí?

En la expresión de Consuelo me costó discernir si la pregunta era realmente ingenua o si estaba afectando ingenuidad para no dejarme ver lo que por el contrario percibía, esto es, que mi pregunta buscaba sondearla indirectamente sobre la situación patrimonial de Robles. Por precaución, preferí no descartar que fuera el segundo el caso.

—La verdad, Consuelo, es que teniendo lo que tenemos entre manos te diría que no hay detalle que no nos interese de uno u otro modo. Y menos todavía lo que tiene que ver con cómo se ganaba Rafael la vida. Me dijiste en Logroño que hacía trabajos que le daban para sacarse un complemento a la paga de la reserva —recordé, midiendo las palabras—. Lo que me cuentas ahora me invita a interpretar que no le rentaban gran cosa. Si al final estabais tan entrampados, me refiero.

Un súbito destello de inteligencia iluminó la mirada de la viuda. Al notarlo, me alegré de no haberla tratado como a una incauta.

—Pero a lo mejor lo que yo te cuente no es lo que cuenta, si entiendes lo que quiero decir —replicó, recalcando la última parte.

—No sé si lo entiendo —reconocí.

—Es simple. Yo sé del dinero que traía y que me daba. Nada más.

Me volví hacia la televisión.

—Algo traía, después de todo. Esa tele vale un pico.

Consuelo meneó la cabeza, divertida.

—Es del Media Markt de Gavà. Se le puso en las narices un día que me vio mirando la vieja. La apagó y me dijo que no iba a dejarme ver más aquella castaña. Poco menos que me llevó a rastras para que eligiera la que más me gustara, pero al final la eligió él. Era de las más caras que tenían, desde luego. Y la pagó a tocateja, además. Pero no es más que una tele grande. Desde que las hacen los coreanos, cualquier pelagatos se puede poner un cine en casa, si le da por ahí.

Cualquier pelagatos no, pensé para mis adentros. Calculé que el televisor que me prestaba servicio a mí no ocupaba ni la mitad que el suyo, y desde luego no ofrecía aquella imagen en alta definición que le hacía temer a uno que la locutora del telediario se saliera de la pantalla en cualquier momento. De reojo miré el portátil, uno de los modelos últimos de PC que trataban de emular el estilo del Mac. Tampoco habría costado menos de mil euros, pero preferí pasar aquel detalle por alto y subrayarle otro que me llamaba más la atención.

—Para comprar buen coche daba también.

—No lo dirás por el que tengo a la puerta —bromeó—. El Clio blanco, no sé si lo has visto. Es de segunda mano, creo que no costó ni tres mil euros. Y si lo dices por su BMW, tampoco lo sacó nuevo. Fue una especie de chollo, a través de uno que los trae de Alemania.

—Es de segunda mano, sí, pero no antiguo. No estoy en el gremio, pero bien podría valer treinta mil, tal y como está ahora.

—Por lo que yo recuerdo, le salió por menos. Por lo que le habría costado un Seat normalito, me dijo, tú sabrás cuánto es eso.

—Un buen chollo, entonces.

De pronto pareció fatigada por mi insistencia.

—Lo que quiero decirte, Rubén —resumió—, es que esos trabajos que hacía, al menos por el dinero que trajo a casa, que es todo lo que yo sé, nos dieron para algún capricho y alguna alegría, ni mucho menos nos sacaron de pobres. Ya vi que el otro día te interesaba, pero ahora te veo más preocupado por lo del sobresueldo de Rafael. ¿Por algún motivo en particular? ¿Hay alguna cosa que hayas descubierto entre medias y que puedas contarme? ¿O es tan fea que no puedes?

Quiso hacerme sentir que me provocaba. Pero advertí en ella una fragilidad que me recordó que allí, a pesar de todo, de su carácter y de la consideración que pudiera deberle por su pérdida reciente o por la memoria de aquel otro tiempo de mi juventud y su madurez, era yo el que mandaba y el que por derecho hacía las preguntas.

—Lo siento, Consuelo, en este momento no soy dueño de lo que puedo contarte —le aclaré—. Lo que me toca es preguntarte por todo, aunque me incomode o te incomode a ti. Y sabes que tienes algo más que la obligación moral de responderme, llegado el caso.

—¿Vas a llevarme al cuartelillo?

—Ya no hay cuartelillo por aquí. Tendría que ser a la comandancia. Pero te aseguro que eso es lo último que se me pasa por la cabeza. No creo que sea

necesario en ningún caso. Eres la mujer de un compañero, para mí más que eso incluso. Lo que te estoy diciendo es que, por favor, me cuentes todo lo que sepas, te guste o no. Lo que sea que debas contarme o el mero hecho de contármelo. Mis compañeros son de mi absoluta confianza. Podría hacer el paripé de pedirles que salieran para hablar a solas contigo, pero todo lo que me cuentes lo voy a compartir con ellos, porque son mi equipo y necesito que lo sepan. Sé que tienes coraje para afrontar lo que sea que haya que afrontar. Si quieres, te ayudo. Dejemos a un lado el dinero, voy a creerte y a asumir que no puedes decirme que ganara más que el que te dio o el que le viste gastar, y que eso da de sí lo que me has dicho. Cuéntame lo que sepas de para quién, dónde, cuándo hacía esos trabajos. Algo se le escaparía alguna vez, algo adivinarías, algo tienes que saber, aunque sólo sea cuándo se iba y cuándo volvía a casa, a qué horas, qué días.

Los cuatro habíamos terminado nuestros cafés hacía rato. Consuelo y Arnau seguían sujetando las tazas vacías. Chamorro y yo habíamos dejado las nuestras sobre la bandeja. La sargento había sacado su bloc y ya había tomado varias notas, un detalle que no se le había escapado a la viuda, que la miraba de hito en hito con cierta inquietud.

—Consuelo —le insistí—. Soy yo. Nadie será más cuidadoso.

—Ya lo sé —suspiró—. Me cuesta decir esto, pero lo que ha pasado... me ha dejado muy confundida. Incluso cuando intento hacer memoria, cuando trato de entender, o de adivinar... En fin. Sinceramente, lo que temo es que puedo embrollaros más que otra cosa.

—Ordenar la información es asunto nuestro. Tú dime lo que te venga a la cabeza. A ver, ¿qué sabes de quien lo empleaba?

—Poco, o nada, en realidad. Nunca me dijo nombres. Todo lo que me llegó a contar fue que tenía que ver con negocios de hostelería, aunque me temo que de esos que andan mezclados con alguna otra cosa. No tengo ninguna información en particular sobre esto, sólo es lo que sospechaba, por las horas a las que entraba y salía, y bueno, porque los negocios de hostelería donde sólo ponen cafés y menús del día no suelen necesitar contratar a nadie que les cuide la seguridad.

—¿Qué horarios hacía?

—Muy irregulares. Pero iba mucho de noche, sobre todo los fines de semana. A veces venía a las tres o las cuatro, aunque alguna noche no volvía hasta el amanecer, o más tarde. Y también viajaba.

—¿Para qué? ¿O qué te decía?

—Decía que el dueño tenía negocios por Valencia, y por Aragón, y no sé por

dónde más. Y que él era de los pocos de los que se fiaba, sobre todo para mover dinero, cuando habían hecho una caja grande en algún local, por un puente, o cualquier otro extraordinario.

—¿Era frecuente que hiciera noche fuera cuando viajaba?

—No era raro. Y no siempre lo sabía de antemano.

—El jueves pasado sí contaba con ello...

—Eso me dijo. Se llevó maleta.

—Pero normalmente andaba por aquí.

—Sí, normalmente sí.

—¿Y dónde estaban los negocios que tenía esa gente para la que trabajaba? Aquí en Barcelona, me refiero. ¿Tienes alguna idea?

—Varias, por cosas que decía aquí y allá. Alguno, en Barcelona capital. Y luego en la costa, hacia Tarragona. Castelldefels, Sitges.

—No sabes el nombre de ningún local, ni qué zona.

—No, lo siento.

—¿Eran restaurantes, hoteles, discotecas? —dijo Chamorro.

—No lo sé. Supongo que un poco de todo. También tenían apartamentos alquilados, fijos y de esos por semanas para turistas. En la playa y en Barcelona. Rafael se ocupaba de comprobar que los inquilinos no los deterioraban, por lo que me dio a entender alguna vez.

—Mucho movimiento, ¿no? —dije.

—No paraba en casa, la verdad.

—Perdóname, Consuelo, pero ¿tú te creías de verdad que le daba sólo para comprarte una tele grande y un coche de segunda mano? ¿O para comprarse él ese BMW de ganga traído de Alemania?

Aquí bajó los ojos. Noté cómo le temblaban las manos. Antes de que empezara a sonar la taza contra el plato, los dejó sobre la bandeja.

—La verdad es que le dio para algo más —confesó—. Ha sido una tontería no decíroslo antes. Perdóname. Supongo que podéis mirar los papeles del banco y todo eso. Para qué tratar de esconderlo.

—¿A qué te refieres? ¿Qué es lo que no nos has dicho?

Respiró hondo. Habló mirándome a mí:

—En los últimos tres años quitamos doscientos y pico mil euros de la hipoteca. Cuando compramos la casa teníamos muy poco ahorrado, tuvimos que pedirlo prestado casi todo. Esa trampa agobiaba mucho a Rafael. Decía que era una putada haberse pasado toda la vida trabajando para llegar a viejo y deberles tanto a los del banco, por baratos que estuvieran los créditos y por poca garantía que te pidieran. Decía que aquello no era normal, que cualquier día podía irse todo al diablo y que teníamos que asegurarnos de que les dejábamos a los chicos una herencia, en vez de una montaña de deudas. Por eso empezó a hacer esos trabajos. O ése fue el motivo que me dio a mí, al menos. Y, la verdad, redujo la deuda. Aunque no llegara a liquidarla del todo, me la dejó en la tercera parte. Puedo decir que soy pobre, pero, sin ese dinero extra, acabaría desahuciada, como tantos ahora.

Mi compañera, que garabateaba en su bloc a buena velocidad, se las arregló para alzar en un instante la mirada hasta cruzarla con la mía. El dato era algo más que significativo. Doscientos mil euros de ahorro en tres años hablaban de una dimensión económica que no estaba, ni mucho menos, al nivel corriente de los subtenientes del Cuerpo en la reserva. Ni siquiera de los que hacían chapuzas. Ni siquiera de los que, con mayor fortuna aún, habían logrado meter la cabeza en alguna empresa grande para venderle a buen precio su experiencia al servicio del Estado y ocuparse de sus asuntos de seguridad corporativa.

Consuelo estaba algo más que nerviosa.

—Y ahora que os he contado esto y que habéis tomado nota, ¿vendrá Hacienda a por mí? —preguntó, con una mirada suplicante.

No le respondí en seguida. No me confortaba comprobar que aquella persona, a la que siempre había visto tan segura de sí misma, estaba de pronto encogida y a mi merced. Pensé que era algo que debía administrar con delicadeza, si no quería sentirme indigno. Pero también tenía una misión que cumplir, y su angustia me convenía.

—No tiene por qué —procuré tranquilizarla—. Depende del fiscal, y lo que haga el fiscal depende mucho de lo que nosotros escribamos en nuestros informes. Me conoces un poco, Consuelo. No empujaré para que te embargue Hacienda y te echen de tu casa, no es eso a lo que me dedico ni a lo que me quiero dedicar. Aunque esto, no te lo oculto, nos mete en un pantano del que no sé cómo vamos a salir, mi caso sigue siendo el que era. Y Rafael es la víctima. No es a él a quien voy a perseguir, sino a quien le hizo lo que le hizo, por lo que fuera.

—Te lo agradezco —murmuró.

Estaba desarmada. Era el momento de ir a por todas.

—Hay algo que preferiría no tener que comentarte —traté de prepararla—.

Hemos mirado las llamadas de tu marido. El número al que más llamaba, por lo que hemos averiguado, lo usaba una mujer, extranjera. Y digo lo usaba porque lo tiene apagado desde hace dos días. Me resulta bastante violento preguntarte si sabías algo. El caso es que necesitamos encontrarla. Disculpa si te coge de nuevas.

Se quedó quieta, como si acabara de fulminarla un rayo. Miraba en mi dirección, pero me dio la impresión de que ya no me veía. Sin decir nada, se levantó, fue hacia el pasillo y desapareció por él. Volvió al cabo de medio minuto, con un teléfono móvil en la mano. Me lo tendió. En la pantalla había una foto. Una joven morena, sonriente. Tenía la mano ante la boca y ésta fruncida, como si mandara un beso.

—Aquí la tienes —dijo Consuelo, inexpresiva—. Supongo.

CAPÍTULO 10

PEGAR LOS TROZOS

Sostuve el teléfono móvil que acababa de tenderme Consuelo durante unos segundos que me parecieron siglos. A continuación se lo pasé a mis compañeros. Fue Chamorro la que osó preguntar:

—¿De dónde sacó la foto?

—No tuve que hacer ninguna investigación, tampoco te creas —dijo Consuelo—. Una noche llegó y se fue directo a la ducha. Dejó su teléfono sobre la mesa de la entrada, esa de ahí. Yo fui a la cocina a buscar un poco de agua y al pasar vi cómo recibía un mensaje. Era esa foto. Me dio tiempo a mandarla a mi teléfono y borrar ese segundo mensaje de su carpeta de enviados. Creo que nunca supo que yo la tenía. Yo desde luego no se lo dije, y no me lo imagino fisgando en mi móvil. Ni se le ocurriría que pudiera haber nada interesante. Tampoco yo miraba el suyo, por si os habéis creído otra cosa. Pero esto no pude dejar de verlo. De pronto la pantalla se iluminó y apareció esa foto.

—¿Qué sabes de ella? —inquirí.

—Nada, Rubén —respondió, dolida—. Lo mismo que puedas saber tú mirándola. O quizá menos, tú eres policía y yo no. Que es joven, muy joven. Que en su alegría todavía hay algo de inocente, de quien no sabe en qué va a parar todo, cuando el tiempo lo araña y lo gasta y lo muerde. Que le gustan las joyas, y tiene quien se las regale. Y que una parte de su cuerpo no parece que se la deba a la Providencia.

Me quedé observándola, algo descolocado.

—No sé, yo no he sido capaz de ver más —añadió—. Pero seguro que vosotros sabéis cosas que yo no sé y podéis sacarle más jugo.

—¿Podría darnos una copia de la foto? —preguntó Chamorro.

—Sólo tengo ésa. Si me dices tu número de móvil, te la mando desde ahí. O, mejor, sírvete tú misma, ya que lo tienes en la mano.

—Si no tiene inconveniente.

—Qué inconveniente voy a tener.

—¿Desde cuándo lo sabes? —intervine.

—El mensaje tiene fecha, si la quieres exacta. Antes del verano, unos cinco meses más o menos. Lo de ésta, quiero decir.

—¿Hubo alguna más? —dijo Chamorro.

Consuelo soltó una risa amarga.

—¿Tú me has visto, muchacha? ¿Y la has visto a ella? ¿A ti qué te parece, que hubo alguna más o que ésta era la primera?

—Le pregunto por lo que usted sabe.

Consuelo se volvió entonces hacia mí.

—¿Tú qué dices, Rubén, que hubo más o que no?

No se me ocurrió nada que pudiera o debiera contestar. Consuelo, que ya sabía que no iba a ocurrírseme, se dirigió a Chamorro:

—Sé de alguna otra en los últimos treinta años. Pero como supongo que lo que cuenta es lo reciente, ésta es la única de la que puedo ofreceros algo tangible. Lo demás son sospechas, ante comportamientos de los que una aprende tanto a desconfiar como a olvidarse. Ya, ya sé que hay otra opción que es mandar al marido a la mierda, pero con él no me entendía mal, y hace ya años que dejé de creer en el príncipe azul. O al menos en el que pueda levantar yo con estos pelos.

Mi compañera, por una vez, no supo callarse:

—También se puede estar sola.

—A mí me lo vas a decir. Pero es una cosa triste y aburrida. Reconforta mucho levantarte por la mañana y poder echarle la bronca a alguien. Ahora que no lo tengo, supongo que se me terminará de estropear el carácter y me acabaré convirtiendo en una lunática.

—No estás sola. Tienes a tus hijos. Y a tus nietas —la consolé.

—Eso es verdad. A propósito, no puedo dedicaros mucho más rato. Tengo que ir a recoger a mis niñas. Me quedan unos pocos años para tratar de convencerlas de que pasen de los hombres. Y si no lo consigo, para que sepan con quién se juegan los cuartos y sean consecuentes, que es lo que no hemos sido las mujeres nunca, y así nos va.

Tampoco me vi capacitado para hacer ningún comentario al respecto, a Arnau le faltaba desparpajo para hacerlo y a Chamorro, o no la conocía, no le quedaban muchas ganas de debatir con la viuda. Me pareció, por tanto, que era hora de

dejarla en paz por aquel día.

—Gracias, Consuelo —dije—. Por la sinceridad, a pesar de todo.

—Gracias a ti, y perdóname otra vez la torpeza. Es mejor afrontar las cosas, siempre. Aunque te partan por la mitad. Siempre hay tiempo para pegar los trozos. Lo peor es dejar que te coman por dentro.

—Estoy de acuerdo contigo.

—¿Me dirás algo cuando puedas?

—Cuenta con ello. Y si hay algo que te haga falta y que podamos hacer por ti, no dejes de llamar. Como si te acuerdas o te enteras como sea de cualquier otra cosa que creas que puede servirnos.

—Está bien —asintió.

—Cuídate —dije, tendiéndole la mano.

—Lo intentaré. Mi hijo ha pedido permiso y se queda conmigo un par de semanas todavía. Supongo que me ayudará a ir encajando.

—Seguro que sí. ¿No está por aquí?

—Se ha ido a comer con unos amigos del instituto. Se empeña en estar pegado a mí todo el día, pero yo le digo que tengo que empezar a entrenarme para estar sola, y que salga para todo lo que le encarte. Si quieres hablar algo con él, le puedo decir que te llame.

—No hace falta, por ahora. Ya le llamaré yo.

Salió a la puerta a despedirnos. Cuando estuvimos los tres en el coche, Chamorro hizo la pregunta que temía que iba a hacer:

—¿Adónde?

No tenía una respuesta clara, al menos no antes de que hubiera podido asimilar toda aquella información, amén de alguna onda sísmica profunda que provocaba en mi ánimo. Tiré por lo más fácil:

—A la comandancia.

—¿Y cuál es el plan?

—A la comandancia. Arranca, por favor.

—Vale, recibido.

No me enorgullecía mi respuesta desabrida, pero me urgía salir de allí, dejar de ver a Consuelo sola ante la puerta de aquella casa a medio pagar, o medio pagada con un dinero ganado no quería saber cómo ni a costa de quién. Me desmoralizaba

su soledad, que no era nueva ni seguramente reversible, y que a medida que sus nietas crecieran y fuera menos necesaria para criarlas, o les resultara a ellas menos soportable la cháchara de la abuela, adquiriría una consistencia áspera y definitiva. Y más aún me pesaba comprender que la historia tomaba el curso más temido, el que menos iba a gustarme recorrer.

De Sant Vicenç a Sant Andreu, donde estaba la comandancia, había un pequeño trayecto por la autovía. No por casualidad se había buscado allí Robles la residencia. No tuve, por tanto, demasiado tiempo para ordenar mis pensamientos, pero de algún modo me las arreglé para rehacerme y darles forma de acción. Era uno de los pocos síntomas en los que reconocía, a aquellas alturas, la madurez en mi propio carácter. Hacía años que no cedía al abatimiento, pasara lo que pasase. Reconstruir una y otra vez mi posición fortificada, el blocao desde el que resistía contra toda eventualidad los bombardeos y asaltos de la vida, se había convertido en la pulsión principal de mi existencia. Si quería desalojarme, el enemigo tendría que usar gases o bombas incendiarias. Y aun así me aferraría al arma, que era mi deber y la necesidad de cumplirlo a todo trance, y contra todos, empezando por mí mismo. El hombre y la mujer posmodernos tienden a olvidarse de esa herramienta fundamental de supervivencia. Por eso se ve a tantos de ellos llorando en las cunetas, desbaratados a la primera adversidad.

Antes de llegar a la puerta de la comandancia, saqué mi teléfono y marqué el número del brigada López. Sólo lo dejó sonar una vez.

—Hola, Vila —respondió—. ¿Novedades?

—¿Tienes un ordenador a mano?

—Siempre.

—Voy a reenviarte un correo electrónico. Míralo con detalle. Son las llamadas que se cruzó Robles con uno de los números que me diste. Te doy quince minutos para que pienses al respecto y vuelvo a llamarte. Me gustaría que para entonces tengas el permiso de quien te haga falta para decirme cómo se llama el tío y dónde está destinado.

—¿Te pasa algo? Te noto un poco tenso.

—Te lo cuento dentro de quince minutos. ¿De acuerdo?

—No parece que tenga otra. Vamos, tío, cálmate.

—Estoy calmado, pero también a seiscientos kilómetros de casa y con ganas de no perder el tiempo. Y lidiando con una juez que me exige, con buen criterio, que le justifique por qué pinchar un teléfono.

—No te embales, Vila.

—No me embalo, peleo por mi caso. Yo te ayudo y tú me ayudas. Ése es el trato, salvo que ahora me digas que lo entendí mal.

—Ése es el trato. Tranquilo. Mándamelo y ya te llamo yo.

—No te duermas en los laureles.

—No lo haré.

—Está bien. Muchas gracias.

Chamorro había aparcado ya el coche cuando interrumpí la comunicación, pero ni ella ni Arnau hicieron ademán de bajarse. Esperaban mis instrucciones, y no eludí la obligación de impartírselas:

—Vamos a tratar de aprovechar la tarde. Ahora repasaremos todo lo que tenemos y los hilos de los que podemos tirar. Sobre las ocho o así, cada uno a su cuarto, podéis echar una siesta o lo que necesitéis. A las nueve en punto os quiero listos para ir de reconocimiento.

—¿Adónde? —dijo Chamorro—. Si puede saberse.

—¿Adónde irías tú?

No me decepcionó. Tenía la respuesta preparada:

—Si me dejas hacer comprobaciones con las ubicaciones del móvil de Robles y el de la brasileña en Google Maps, a Castelldefels.

—Por ejemplo. Y mírame también si tenemos localizado el móvil de Robles en alguna antena de Sitges. Así alargamos la excursión.

—Eso está hecho.

—Gracias, Vir.

—Y tú, Juan, llámame a Salgado. Dile que hable con alguno de esos amigos suyos a los que se les cae la baba con ella. Tenemos que encontrar ese puto Seat León rojo. Que se lo tomen en serio. Aunque sólo sea porque tendrá un dueño, o algo, que pagará sus impuestos.

—A la orden.

Nos dirigimos a la unidad de la teniente Morata. Su gente no andaba sobrada de espacio, pero nos cedió un ordenador fijo y una mesa. Allí acomodamos nuestros portátiles y nos pusimos manos a la obra. Después de enviarle el correo electrónico a López, le propuse a la teniente tomar un café. Acogió favorablemente la propuesta.

—No me vendrá mal. Hoy he dormido poco.

Ya a solas los dos en la cafetería de la comandancia, le di algunas de las explicaciones que había omitido por la mañana. Lo que me había contado la viuda me revelaba que iba a tener que desplegar una considerable actividad de información, para la que mi equipo era claramente insuficiente y que, por otros motivos, más me valía compartir con alguien que estuviera sobre el terreno y pudiera abrirme algunas puertas. Le confié sin demasiados tapujos que de nuestras gestiones se desprendía la alta probabilidad de que nuestro compañero difunto anduviera mezclado en actividades de legalidad dudosa, y que no podía descartar que el asunto salpicara a otros elementos del Cuerpo. La teniente me escuchó con la circunspección que merecía el caso, y sólo cuando hube terminado mi resumen me dio su opinión.

—Si tus pistas apuntan a donde me dices —reflexionó—, creo que no te vendrá nada mal tener un canal abierto con los Mossos. Para evitar contratiempos, y porque pueden ahorrarte algún trabajo.

—Eso mismo pienso yo. Y se me ocurre que puedes orientarme. Ya ves lo que hay. Me conviene tratar con alguien que, aparte de enrollarse y ahorrarnos los disgustos tontos que puede haber cuando uno va de furtivo, sepa de lo que hay que saber y también ser discreto.

Morata sonrió con picardía.

—No lo pones fácil.

—Pero seguro que tienes una idea.

—Tengo un contacto de total confianza. Si por lo que sea no puede ocuparse personalmente, nos dirigirá a la persona adecuada.

—Te pido que dosifiques la información, y que él también lo haga.

—Ella —me corrigió—. Descuida.

—También me gustaría pedirte otro favor, si puede ser.

—No te cortes. Tengo órdenes de atenderte.

—Es posible que tengamos que hacer alguna vigilancia durante algunos días. No sé si puedes prestarme a un par de hombres.

—Tampoco yo lo sé, pero te los presto. Si te vale Gil, que ya lo conoces... No hace falta que te lo diga, es un plasta, pero funciona.

—Me vale.

—Le pondré a Romero, un chaval listo como un lince, para que lo controle. Por cierto, que si os hace falta cualquier cosa tecnológica, el tío es un hacha.

Prácticamente un *hacker*, no te digo más.

—No viene mal. Tratamos con gente que usa las comunicaciones de forma imaginativa, será una buena ayuda alguien con ese perfil.

—Romero se las sabe todas. Y si tienes que tomar algún atajo, también sabe que en boca cerrada no entran moscas. Para tener sólo veintitrés años, es un tío sensato. Más que Gil, si me apuras.

—Procuro no tomar muchos atajos, mi teniente. Por si acaso.

Morata asintió con malicia de veterana.

—Claro, como todos.

Llegados a aquel jugoso punto de complicidad, Freddie Mercury nos interrumpió bruscamente desde el bolsillo de mi chaqueta.

—Disculpa —le pedí.

Era López.

—Un momento —dije al aparato. Y me dirigí a continuación a la teniente—: Estaba esperando la llamada, perdona que...

—Nada, tranquilo —dijo Morata—. Me vuelvo a mi mesa y voy haciendo un par de gestiones. Tú a lo tuyo. Yo invito al café.

—Te debo uno.

—Apuntado queda —bromeó.

Debo reconocer que durante unos segundos, mientras la veía pagar y luego marcharse, escuché a López con la atención algo disminuida, por mucho que me interesara el motivo de su llamada. No diría que la teniente era una belleza, y alguna experiencia más bien catastrófica me prevenía contra la posibilidad de considerar como mujeres a las que se cobijaban bajo un tricornio, con mayor motivo si sobre el hombro llevaban estrellas de oficial. Pero hube de admitir que por un instante la sonrisa persistente de aquella chica, y la mirada franca de sus ojos grandes y oscuros, me habían sorprendido con la defensa baja, y que ese animal que uno siempre lleva acurrucado en algún pliegue del inconsciente se había quedado prendido a ella. Entre otras muchas ideas abstrusas y peregrinas que aprendí con gran fatiga en mis tiempos de estudiante de Psicología, dejó Jacques Lacan expuesta una que me sedujo entonces y que he recordado unas cuantas veces. A saber: que nunca nos atrae de alguien lo que ese alguien es, sino el reflejo que en la persona en cuestión atisbamos de una figura preexistente en nuestra psique, a la que él denomina *el fantasma*, y que estamos condenados a perseguir sin alcanzar nunca. Por un momento, me pareció que Laia Morata

acertaba a reflejar mi escurridizo fantasma y, como eso era lo último que me hacía falta, me obligué a volver a la tarea que tenía entre manos. También López acudió en mi auxilio:

—Vila, ¿estás ahí?

—Sí, perdona. Es que se corta.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho?

—A medias. Repite, por favor.

—Vale, pero antes búscate un sitio donde tengas buena cobertura, que estoy en la calle y no voy a decirte esto a gritos.

—Ahora. Dime.

—Escúchame. Sargento Nuño. Servicio fiscal. Destinado en Vilanova i la Geltrú. Y un detalle que cierra el círculo: compartió destino con Robles y con Salazar, cuando los dos coincidieron en Barcelona.

—Blanco y en botella.

—Vila, tenemos que pararnos a pensar. No sé qué ha pasado que te ha puesto tan nervioso, pero hay que meterle mano con cabeza.

—Estamos en línea, López.

—Te propongo que me dejes unos días para mirarle los bajos.

—Desde luego. Eso nadie lo va a hacer como tú. Pero el teléfono se lo pinchamos nosotros, con el permiso de nuestra juez, que para eso es un contacto de Robles. Y vamos a ir a hacerle una visita.

López calló durante unos segundos. Muy serio, preguntó:

—¿Para qué?

—No te asustes. No voy a destaparle que el SAI le acecha.

—¿Entonces?

—Me haré el idiota. Que sé que es amigo de Robles. Que sé que habló con él en los últimos días. Que si sabe en qué podía andar metido el subteniente para acabarse encontrando lo que se encontró. En plan compañero, y desviando toda la sospecha hacia el muerto.

López parecía cada vez más receloso.

—Y eso ¿qué pretende?

—Ya le tendremos intervenido. A ver cómo reacciona.

—Tengo que hablar con mi jefe.

—Hazlo. Yo hablo con el mío. Que lo pacten ellos. Pero no te preocupes. No voy a meterme en tu negocio, para cualquier cuestión que se relacione con él, te cedo toda la prioridad. Todo lo que busco es tener algunos cabos que atar para poder dejar de dar palos de ciego.

—Hay que andarse con mucho ojo, Vila. No conoces el paño.

—Tampoco me he escapado de una guardería. Confía en mí.

Otro breve silencio en la línea. Al fin, dijo:

—Informo a mi jefe. Llama al tuyo, que sepa de qué va cuando el mío le llame. Y nos atendremos a lo que ellos decidan.

—Naturalmente. Es lo bueno de la mili. Gracias, López.

—De nada. Espero no arrepentirme.

—Procuraré que no te arrepientas. Incluso lo contrario.

Mientras regresaba a la oficina, marqué el número de mi comandante. Mi llamada no lo encontró en la mejor tesitura. De fondo se oía una algarabía de niños. Sobre aquel griterío se impuso momentáneamente el pitido de un silbato. Rebollo me situó, por si hacía falta:

—Estoy con mi hijo, que tiene entrenamiento. ¿Es urgente?

—Me temo, mi comandante.

—Espera, que me aparto un poco.

El ruido disminuyó algo, aunque no mucho. Me quedé a la puerta del edificio para no perder cobertura. Desde allí le conté a mi comandante las últimas noticias. Me escuchó con atención y cuando terminé, ya fuera porque le había convencido o porque no estaba en situación para discutir mi criterio, me respaldó con contundencia:

—Amén, Vila. Y si el del SAI se pone tonto, le suelto a Pereira.

—Espero que no sea necesario. Nos conviene llevarnos bien.

—Yo lo arreglo. Descuida. Buen trabajo.

Aunque no hacía nada de todo aquello por él, sino por mí, no me sobró que me pasara la mano por el lomo. Todos necesitamos que nos lo hagan de vez en cuando. Y todos tendemos a otorgarle a quien tiene ese gesto la autoridad moral que muy bien podemos negarle en cualquier otra circunstancia, sobre todo si le da por reprendernos.

Encontré a los míos enfrascados en la labor. Chamorro, que era la que tenía la mente más analítica y fiable a esos efectos, iba haciendo los cálculos de las coordenadas que se desprendían de los áridos listados que nos proporcionaba el sistema de intervención telefónica. Arnau, ante la pantalla del ordenador, situaba las coordenadas que la sargento le iba facilitando sobre las imágenes de satélite de Google Maps. Cuando llegué, acababa de pasarse al modo de Street View y recorría a golpe de ratón una calle de un barrio residencial.

—¿Qué es eso?

—Según opina la sargento, podría ser la calle donde vive nuestra brasileña —me explicó—. Al menos, por aquí es por donde paraba principalmente su teléfono mientras lo tuvimos emitiendo señal.

—¿Algún otro sitio de interés?

—Sí —dijo Chamorro—. Tengo otro en Castelldefels y otro en Sitges, como me pediste, éste sacado de las localizaciones de Robles. Pero tienes que darme tiempo. Afinar el tiro es un poco laborioso.

—Si puedo echar una mano...

—Por qué no.

—Antes de nada, mi brigada —reclamó mi atención Arnau—, hablé con Salgado. Me dijo que la llamara cuando pudiera.

—¿Algo del coche?

—No, otra cosa. Pero no me ha dado detalles.

Marqué el número de Salgado. Ya no estaba en la oficina. De fondo se oía la megafonía de un tren. Se apresuró a justificarse:

—Le prometí a mi hermana que hoy haría de canguro con la sobrina. Como tampoco había nada urgente... Y me traigo el ordenador.

—No tienes que darme explicaciones, son las seis y media pasadas. Me dice Juan que tienes alguna novedad para mí.

—Te he mandado al correo la traducción de las conversaciones de la brasileña. Yo no veo nada de lo que rascar, me parece que habla con dos familiares o amigos que tratan de tranquilizarla, y no se les escapa nada que me suene sospechoso, pero trasteando con las cuentas de Facebook y de correo electrónico de Robles he dado con algo.

—¿Qué?

—Se conectaba con ellas desde dos direcciones IP. Una era la de su casa. La otra

estaba localizada en Castelldefels. Y hay algo más.

—Sorpréndeme.

—Bueno, he utilizado mis poderes, como te dije, y he encontrado otra cuenta de correo y otra de Facebook a las que se accedía regularmente desde esas mismas dos direcciones IP. Y éstas no las teníamos.

—Ponlo todo por escrito. Mañana vamos a pedirle a su señoría más intervenciones. Échale un poco de literatura. A ver si cuela.

—Me pongo a ello. ¿Todo bien por allí?

—Vamos poco a poco. Mañana te cuento.

Durante la hora siguiente me volqué con mi equipo en el trabajo de ubicar los puntos calientes que se desprendían de las localizaciones de los teléfonos móviles de Robles y de la brasileña. A la calle que me había mostrado antes Arnau sumamos una zona de locales nocturnos de Castelldefels y un trozo costero de Sitges, hacia la parte del Garraf. A las ocho menos diez habíamos terminado. Hacía un rato que la gente de Morata, incluida la propia teniente, se había ido a casa. El único que se había quedado, fingiendo que tenía papeleo por hacer, era Gil. Cuando dimos por terminada nuestra tarea, se nos acercó.

—Veo que seguís siendo unos estajanovistas —dijo.

—¿Y tú? —le replicó Chamorro.

—Haciendo tiempo. Por si necesitabais algo.

—Ya que estás aquí, echa un vistazo a esto —le pedí.

Puse las imágenes de los tres lugares que habíamos identificado.

—¿Te suena alguno?

—Claro. Todo. Eso es Castefa. Y eso. Y lo primero, Sitges.

—¿Hay algún sitio que mirarías si buscaras gente de mal vivir?

—¿Por ahí cerca? Un par.

—Apúntame los nombres. Vamos esta noche.

—Os puedo acompañar, si queréis.

—Gracias. Por ahora no hace falta. Más adelante, quizá.

Gil tomó un folio y escribió tres nombres, acordes con la inventiva usual de la fauna de la noche. Mientras me lo tendía, observó:

—Sí que andáis desconfiados. La otra vez os recuerdo más accesibles. ¿Qué tiene

este muerto? ¿Trabajaba para el CNI o algo?

Puse cara de suboficial. Chamorro le aconsejó:

—No preguntes, Gil. Y no tendremos que mentirte.

—Vale, me largo. Si cambiáis de opinión...

—Te lo haremos saber —le aseguré.

Aproveché la hora de descanso que me había autoconcedido para darme una buena ducha. No me cambié de ropa, porque la que llevaba del día aún aguantaba y me constaba lo importante que era economizar la indumentaria cuando uno no sabía lo que podía tardar en volver a casa. Estaba vistiéndome cuando volvió a sonar mi fiel compañero. Empezaba a cansarme de Mercury, y pensé que tendría que buscarme otro tono de llamada. A lo mejor uno de esos que imitaban a un teléfono de toda la vida, y que tenían la coherencia de no tratar de disfrazar de señal agradable lo que por lo común implicaba un fastidio.

En la pantalla parpadeaba el nombre de Rebollo.

—Mi comandante —respondí.

—Luz verde. Pide a la juez que te autorice pinchar a ese Nuño. Pero le he prometido al del SAI acceso libre a lo que le saquemos.

—Ellos no son tan generosos.

—Es lo que hay. No seas avaricioso tú.

—Está bien. Gracias.

—No se deben. ¿No habéis acabado la jornada todavía?

—Vamos a dar una vuelta. A mirar un par de sitios.

—Daos un respiro. No quieras resolverlo todo de golpe.

La sugerencia del comandante, después de andar todo el día de aquí para allá y con los dientes apretados, influyó en la actitud con que me tomé la salida de aquella noche. Al reunirme con Chamorro y Arnau, que me aguardaban junto al todoterreno, me ablandé y les dije:

—Vamos a relajarnos un poco. ¿Conoces Sitges?

—¿Yo? —preguntó Arnau.

—Ella ya sé que sí.

—No, no lo conozco.

—Entonces, vamos allí primero.

Hacía una noche espléndida, tibia y acogedora. En el trayecto me dejé atrapar por la estampa iluminada del área metropolitana, entre las dos cimas —el Tibidabo a la izquierda y la montaña de Sant Ramon a la derecha— que tantas veces habían sido faro y referencia de mis andanzas nocturnas. Los aviones descendían sobre El Prat, pasando por encima de Montjuïc, y las orugas luminosas que formaban los faros de los coches se desviaban hacia las rondas y la autopista del Garraf. Mientras tomábamos esta última, le pedí a Arnau que conectara mi iPod al equipo de música del coche. Esta vez sí me había acordado de traérmelo, incluso me había ocupado de cargarle unas cuantas canciones para la ocasión. Lo puse en modo aleatorio y salió ésta:

Quando sei qui con mequesta stanza non ha più pareti...
Era la versión original, del gran Gino Paoli. Lo reconozco, cargar aquella música había sido un acto de masoquismo, pero en cierto sentido necesitaba volver a oírla. La disfruté como nunca, con toda la piel erizada, al abrigo de la voluptuosa noche mediterránea.

—¿Esto no lo cantaba también Carla Bruni? —dudó Arnau.

—Sí —dije—. Pero ésta es la genuina. No hay color.

De pronto, me sentía liviano y exento de responsabilidades. Aun sabiendo que era una ilusión, me abandoné a ella, porque un hombre necesita treguas, incluso si la tregua en cuestión consiste en convocar esas texturas del ayer que nada como la música nos restituye con tanta fidelidad, o con tanta sensación, falsa o cierta, de ser fiel.

Pese a todo, cumplimos con nuestro deber, o, lo que es lo mismo, fuimos a los lugares que habíamos localizado con ayuda de nuestras pesquisas telefónicas. Una vez allí, nos limitamos a pasear y reconocer el terreno someramente. Todo se veía desierto, y recordé que era un lunes y que estábamos en Cataluña, donde la vida nocturna no era ni mucho menos lo que en Madrid. Cenamos en Sitges, en una de las pocas terrazas que encontramos abiertas. Luego nos acercamos hasta Castelldefels y, siguiendo las indicaciones de Gil, dimos con un par de establecimientos que juzgué dignos de ulterior investigación. Mejor, me dije, dejarlo para otro día que estuviéramos más frescos.

Poco antes de la medianoche cruzábamos la barrera de la comandancia. Nos dimos las buenas noches y nos fuimos derechos a nuestras habitaciones. Ya más dormido que despierto, me disponía a cepillarme los dientes cuando sonó mi teléfono móvil. Era Chamorro.

—¿Puedo pasar a hablar un momento contigo?

CAPÍTULO 11

HÉROES INCÓGNITOS

Hay mujeres que son capaces de repetir ilimitadamente la misma equivocación. Lo sé porque las he conocido, así como a algún que otro hombre con el mismo defecto. Chamorro nunca había sido, ni era presumible que llegara a ser una de ellas. Por eso, cuando le abrí la puerta de la habitación no me encontré a una maestra severa preparándose a endilgarle al alumno díscolo una reprimenda impregnada de principio a fin del odioso soniquete *te lo advertí*. No había dejado de reunir argumentos que le permitieran soltármela, y en especial a lo largo de la última jornada, pero en lugar de adoptar ese papel, con el que ya le había quedado claro que en lo tocante a Robles y mi lealtad hacia él pinchaba en hueso, lo que traía puesto era su sonrisa más comprensiva y cálida. Y al verla armada con ella me pareció muchísimo más peligrosa que días atrás, cuando había optado por leerme la cartilla.

—Ya sé que no son horas, pero necesitaba hablar contigo —dijo, como si se tratara de que yo le hiciera un favor a ella, cuando, como pronto iba a quedar acreditado, el propósito era más bien el inverso.

—Siempre son horas, Vir. Somos picos, los que apagamos la luz.

—¿Te importa que entre?

—No, si no te importa a ti. He deshecho la maleta rápido.

—Creo que a estas alturas no me asustará nada de lo que lleves.

—¿Ni siquiera el liguero? ¿Ni la motosierra?

—Ni siquiera —se rió.

—Entonces, adelante.

Pasó y se quedó de pie junto a la cama. Tomé para mí la dura silla que había frente a la mesa, de tablero casi minimalista, en que la empresa pretendía que el pringado de paso que se alojara allí hiciera su trabajo, si como era más que probable tenía esa necesidad.

—Acomódate tú en el colchón —la invité—. Estarás más ancha. Ya me plancho

yo el culo con esto. Vamos, no te cortes. No soy ese verraco de Gil. Como dijo Kafka, admito la posibilidad de que algunas oportunidades sean demasiado buenas como para aprovecharlas.

Se sentó despacio, echando las rodillas a un lado como una señorita, aunque conforme a su costumbre, y para mejor afrontar el servicio, llevaba unos tejanos de batalla. Me dejé caer en mi silla y me preparé a oírla. No negaré que tenía cierta curiosidad. No tanto por lo que fuera a decirme, sino por cómo había pensado que debía hacerlo.

—¿Kafka dijo eso? No me va con él.

—Bueno, lo escribió en otro contexto, pero la idea sirve. Se lo dice al agrimensor K. uno de los funcionarios del Castillo, cuando el pobre hombre se queda frito en un momento en que está a punto de encontrar al fin un camino para sacar adelante sus asuntos. Que, dicho sea de paso, es lo mismo que puede ocurrirme a mí si tardas mucho en desembuchar. Ahí tengo el pijama, te doy permiso para que me lo pongas si caigo, que dormir vestido te deja muy mal cuerpo.

—Vengo en son de paz, Rubén.

—Eso me ha parecido.

—Quiero que sepas que respeto tu criterio.

—¿Cuál de ellos?

—El de guardarte para ti cosas que sabes que serían útiles para que Arnau y yo supiéramos mejor el terreno que estamos pisando, pero que consideras que es tu deber callar mientras puedas.

—Bueno, eso lo has dicho tú. Te lo agradezco, en todo caso.

—Lo respeto porque sé que llegado el momento, es decir, cuando nos haga falta, dejarás de callarlas. Me lo ha demostrado esta tarde tu actitud frente a la viuda y el detalle de que no nos hicieras salir para hablar con ella a solas. Quería que supieras que lo valoro.

—Eres tú quien lo sigue diciendo.

Meneó la cabeza. Pero no había dejado de sonreír.

—Y bueno, aunque reacciones como un cabezota arrogante y malcriado, también quería decirte otra cosa, si sigues despierto un minuto más. Porque no me veo poniéndote el pijama, francamente.

—Tú dirás, mi sargento.

—Anda, sé bueno, que vengo de buen rollo. Y ya sabes cómo me fastidia que me

llames así, mil veces te lo habré dicho ya.

—Va sin acritud. Me pareces la sargento ideal. Nacida para serlo.

—No lo estropees más —protestó—. Lo otro que quería decirte es que puedes contar conmigo, siempre, y para lo que sea. Nos conocemos desde hace mucho tiempo, Rubén. Estuve contigo aquí hace siete años, y todavía me acuerdo de unas cuantas cosas de las que vi y oí. También de Robles, por cierto. Entonces me dijiste que no era el momento de contarme lo que se te removía al volver a esta tierra. Lo acepté y lo sigo aceptando. Pero quiero que sepas que, si llega ese momento, aquí estoy. Y no sólo como compañera o tu sargento. Puedes confiar en mí. No tengas ninguna duda de que quien te habla es quien menos va a juzgarte, y quien con más cariño se va a tomar cualquier cosa que te afecte. Si quieres saber hasta qué punto, piensa en cómo te lo estás tomando tú con el difunto Robles. No voy a serte menos leal de lo que tú lo estás siendo con él. Nunca, jamás, hagas lo que hagas.

Me quedé mirándola, un poco corto de aliento y algo sobrado de vaho en el parabrisas. Otra de las cosas que me recordaba que ya había alcanzado una edad era esa facilidad con que se me hacía un nudo en la garganta y se me empañaba la vista en cuanto alguien me tocaba la cuerda sensible. Y Chamorro se las había arreglado para pulsarla como uno de esos tipos que en las bandas de jazz hacen gimotear a los contrabajos. Si no reaccionaba pronto, podía tener que afrontar el bochorno de pasarme la manga por las mejillas para achicar el agua.

—Te lo agradezco de veras —dije—. Lo tendré presente.

—Pues eso era, nada más —declaró, levantándose.

La acompañé al pasillo. Antes de encaminarse a su habitación, se volvió hacia mí y me obsequió con un pronóstico:

—Los vamos a crujir. Alguien se ha salido del dibujo. Ésa es la mejor garantía de que el grupo se romperá y nos darán munición.

—Eso espero. Que descanses.

—Igualmente. Y pasa del liguero. Son un coñazo.

—Me cambiaré a los pantis.

—Mejor.

Aquella noche dormí a plomo. No recuerdo qué hubo, si es que hubo algo, entre el momento en que apoyé la cabeza en la almohada y las siete de la mañana en punto, la hora a la que desde mi teléfono móvil me reclamaron mis despertadores habituales. Así como el tono de llamada rara vez lo soportaba durante más de dos meses, a ellos los mantenía, porque no había encontrado una manera mejor de

movilizarme (ésa era la palabra) y arrancarme a la tibia indolencia que se apodera de uno cuando se halla entre sábanas. Reconozco que aquella mañana les dejé cantar media estrofa, hasta la parte que dice:

Somos héroes incógnitos todos,nadie quiera saber quién soy yo.

Cuando alguien se enteraba de que tenía como despertador el himno de la Legión, me miraba como si estuviera tronado. Incluso alguno de los nuestros que provenía de ella. Pero para mí era de una coherencia aplastante. ¿Qué otra cosa es un investigador de homicidios, sino una especie de novio de la muerte? Y, por otra parte, ¿qué mejor motivo tiene uno para levantarse, muchas mañanas, que la obligación de salir a luchar, aunque la batalla esté perdida? En su grandilocuencia pasada de moda, aquel himno acertaba a invocar el sentido que a menudo tiene la existencia, y que no es otro que el orgullo de no dejarse arrugar, la vergüenza de quedarse atrás mientras los que tienes alrededor avanzan contra el fuego. Cuando los oía, a los hombres del coro soldadesco cantando su feroz estribillo (*legionarios a luchar, legionarios a morir*), era esa vergüenza, la de ser más flojo que ellos, la de no estar dispuesto a darlo todo, como ellos, desde el anonimato y sin esperar a cambio reconocimiento de nadie, lo que me empujaba a dejar de remolonear en la cama y a salir a partirme el pecho con la vida.

Esa mañana llegué el primero al comedor. Pocos minutos después apareció Chamorro. Venía como siempre con su portátil.

—Buenos días —me saludó—. ¿Dormiste bien?

—Como todas las noches, ¿y tú?

—Bien, pero poco —bostezó—. Me quedé haciéndote el informe para pedirle a la juez la intervención del teléfono de Nuño. Si me dejas que lo repase una vez más, que no me fío de lo que escribí con las tres neuronas y media que me quedaban de guardia, te lo paso ahora.

—Faltaría más. Pero antes tómate un café y come algo, anda.

Mientras Chamorro se servía, llegó Arnau. También había estado haciendo horas extra. Sus profundas ojeras lo delataban.

—He estado cotejando las localizaciones de los dos teléfonos —me explicó—, el de Robles y el de la brasileña. Tengo relacionadas todas las coincidencias en el último mes. Hay un patrón en cuanto a las horas y también en cuanto a los sitios en que coinciden.

—Si lo piensas, tiene bastante lógica. Te digo como a la sargento. Ve a reponer combustible, y ahora lo comentamos todo.

Reunidos ya los tres, y mientras Chamorro releía soñolienta su informe, Arnau me expuso el resultado de su investigación:

—Solían verse en torno al mediodía o en torno a la medianoche. Alguna vez, no muchas, pasaron la noche juntos. A mediodía, el lugar de encuentro era cerca del centro del paseo marítimo, en Castelldefels. Por la noche se veían también ahí, a veces, pero tiraban más hacia la zona residencial al lado de la playa. Donde hemos asumido, mientras nada nos sugiera lo contrario, que la brasileña tenía su domicilio.

—Una relación estable, dentro de las circunstancias.

—Eso parece.

—Hay que encontrarla cuanto antes. Le pasaremos todo a Morata.

—¿Y por qué no la buscamos nosotros?

—Porque nosotros tenemos otro objetivo del que ocuparnos. ¿Cómo ves ese informe, Chamorro, se puede enviar a su señoría?

—Sí, más o menos —juzgó la sargento, releyéndolo aún.

—Pues encárgate. Y coordínate con Salgado, que tiene que enviarle el que necesitamos para intervenir las otras cuentas de correo y Facebook de Robles. Me gustaría estar enchufado antes del mediodía.

—¿No quieres revisarlo? El informe, digo.

—Me fío de mi gente. Y mientras tanto, Arny, tú y yo prepararemos nuestra siguiente maniobra. Vamos, acabaos el café.

De camino a la oficina de Morata sonó mi teléfono. Me sabía mal admitirlo, pero ya había rebasado mi ración de Freddie Mercury.

—Diga.

—*Bon dia, Vila, estic molt emprenyat amb tu.*

Era una voz masculina. Vagamente me sonaba haberla escuchado antes, y el uso de la abreviatura familiar de mi apellido denotaba que me conocía, pero en el momento fui incapaz de ponerle cara.

—¿Quién es?

—¿No me reconoces? —cambió al castellano.

—Eh, pues así en seco...

—Riudavets. Te ayudé con unos malos rumanos, hace siglos. ¿Ya se te ha olvidado? Qué poco dura la gratitud de la Benemérita.

—Co-ño —exclamé, y en el acto advertí el gesto de Chamorro, que seguía sin tolerar bien, pese a llevar casi cuatro décadas sufriéndolo, que para declarar su sorpresa los varones españoles recurrieran de preferencia a nombrar, en modo vulgar, los genitales femeninos.

—Al fin. ¿Cómo estás, hombre?

—Un poco más viejo, pero resisto, ¿y tú?

—Todo lo bien que se puede estar tratando con la hez de la sociedad.

—¿Te refieres a los delincuentes presuntos?

—No necesariamente. Y tú, ¿cómo por aquí?

—¿Y cómo sabes tú que estoy por aquí?

—Me lo ha soplado un pajarito. Una sargento nuestra, Balderas. Si quieres saber más de ella, pregúntale a tu teniente Morata.

—Menos mal que le pedí que fuera discreta.

—Tranquilo, todo está controlado. Balderas es ex picoleta. Sabe que yo os tengo cariño, rozando el síndrome de Estocolmo, y que no voy a largar. Por mi propio interés: no me conviene demasiado que mis jefes sepan que me caen tan bien nuestros antiguos opresores.

—Eso es una pamplina. O, en el mejor de los casos, una verdad muy a medias. ¿Quién le salvó el culo a Companys en el 36?

—Vuestro coronel Escobar, ésa me la sé.

—Más bien su jefe, el general Aranguren, que lo pagó muriendo fusilado en el Camp de la Bota en el 39, amarrado a una silla porque de las heridas no se podía tener en pie. A ver cuándo le hacéis una estatua a ese guardia civil caído por la *llibertat de Catalunya*.

—¿De veras? ¿Atado a una silla?

—Así las gastaba Paquiño. Y lo más feo es que era pariente suyo, del mismo Ferrol, y de nada sirvieron las súplicas de la familia.

—Ostras, tú, qué historia. Ésa me la guardo para taparle por aquí la boca a alguno si un día me lo pone a huevo, que me lo pondrá.

—¿Qué tal con el cambio?

—¿Qué cambio?

—Los nuevos. Ya os librasteis de los hermanos Marx, ¿no?

—Bueno, éstos siguen siendo políticos. La única diferencia es que a veces

asumen la responsabilidad, en vez de echarnos a los leones.

—No es poca cosa.

—He dicho a veces. Y también tienen sus puñetas, como es de rigor. Pero vaya, yo no me puedo quejar. He prosperado.

—¿Qué eres ya? ¿Comisario?

—No, sólo intendente.

—Vaya, eso sí que es promoción interna, y no lo de la picolicie. Oye, y si aprendo catalán como Dios manda, ¿me admitiríais?

—Y aunque no lo aprendieras, si me preguntan a mí. Pero no te veo metiéndote en nuestro uniforme, sinceramente.

—No te creas, que nos han bajado mucho el estándar de uniformidad desde que nos han vestido de dependientes del McDonald's...

Supuse que entendería el chiste, acuñado en la empresa acerca del nuevo uniforme que nos habían puesto, más cómodo y funcional, pero bastante menos marcial que el antiguo. Por mi parte, agradecía que mi destino me exonerara de la obligación de vestirlo a diario.

—¿Así lo llamáis? —confirmó mi suposición.

—¿Has visto la gorrilla? ¿Y el polo pegado a los michelines?

Riudavets se echó a reír.

—Veo que no has perdido el humor.

—¿Acaso ha disminuido el horror? Van juntos, mi intendente.

—Ni el punto filosófico, tampoco. Pero yo te llamaba por cuestiones más prácticas. ¿Qué me puedes contar de lo que haces aquí?

—Sólo los titulares. ¿Te acuerdas de Robles?

—Sí, hombre, aquel suboficial vuestro, mayor.

—Apareció muerto en Logroño la semana pasada. Asesinado y torturado. Vivía aquí, en Sant Vicenç dels Horts. Hemos venido a indagar en su círculo y nos hemos encontrado con que estaba vinculado con la seguridad de locales turbios, por la zona del Baix Llobregat principalmente. No queremos entrar ahí sin tener una línea abierta con vosotros, pero a ser posible de forma oficiosa, que en cuanto se meten los jefes a lo que ellos llaman coordinar se joroba todo. Aunque tendré que empezar a medir mis palabras, que tú eres jefe ahora.

—De segunda división —se quitó importancia—. Joder, me dejas de piedra. Lo

recuerdo, me caía bien aquel tío. Siendo como dices, Balderas es el enlace que necesitas. Está destinada en el área metropolitana sur y lleva algunos de los temas que te interesan, que también tienen que ver con mi actual departamento. Por eso la conozco y nos tenemos la suficiente confianza como para que me haya dado el soplo de vuestra presencia. Aparte de para cubrirse las espaldas, que no es imprudente y no quiere despertar más suspicacias de las que ya le provoca a algún talibán el hecho de que provenga de vuestras filas.

—¿Das tu venia entonces para que vayamos a verla?

—Adelante. Me tendrá informado, pero para cualquier cosa ese que te sale en la pantalla es mi móvil. Sólo te pido que a ser posible no acabemos en una batalla campal, como la otra vez. Mis jefes me tienen advertido que si podemos no nos liemos a tiros en la calle.

—Aquello fue un lapsus. Y eran unos burros. Tú lo sabes.

—Lo sé. Oye, y si tienes un rato, nos tomamos algo.

—Eso está hecho.

Cuando colgué, Chamorro, que conocía a Riudavets, aguardaba mis explicaciones con sólo una ligera curiosidad. A Arnau, que no sabía nada, se le veía manifiestamente intrigado. Me dirigí a él:

—Es un mando de los Mossos, con el que colaboramos Chamorro y yo la otra vez que estuvimos por aquí. Buen colega. Ahora es todavía más jefe, así que nos viene bien tener su contacto y su ayuda.

—¿Más jefe? —preguntó Chamorro.

—Intendente, nada menos. Ya sabes cómo va esto, en las autonomías no se cortan, corren el champán y los galones mientras nosotros racionamos el calimocho y trepamos penosamente por la escalilla.

Mi compañera se mostró escéptica:

—Eso era antes. Ahora les han llegado las rebajas. Y Riudavets tiene suerte porque es de los primeros. Los que entren ahora me da que se van a encontrar con un tapón importante para ascender.

—En fin, el caso es que Riudavets está bien colocado, que es lo que a nosotros nos interesa, porque es partidario. Según nos dijo hace siete años —le expliqué a Arnau—, le parecemos modélicos, nada menos que el espejo en el que mirarse para mejorar su propia empresa. Un amigo, o un tipo que abusa de sustancias, o las dos cosas a la vez.

La primera mitad de la mañana nos entregamos a una actividad febril. Aparte de

dejar pedidas las intervenciones de comunicaciones al juzgado, Arnau y yo nos informamos, tan a fondo como pudimos, de las circunstancias y la trayectoria del sargento Nuño, a quien me proponía, si lograba tenerle pinchado el teléfono, ir a entrevistar ese mismo día. Llevaba diecinueve años en el Cuerpo y había pasado por algunas unidades de élite, incluida la UEI, la especial de intervención, antes de recalar en el servicio fiscal, probablemente después de perder la aptitud física para permanecer en un destino que exigía unas condiciones muy por encima de la media. Desde entonces, hacía seis años, estaba en Cataluña, donde apenas se había movido en un radio de cincuenta kilómetros, y siempre en la provincia de Barcelona.

A continuación nos reunimos con la teniente Morata. Me facilitó el contacto de la sargento Balderas y le pedí que nos montara con su gente una vigilancia en las dos zonas de Castelldefels donde teníamos contrastada la presencia de la novia de Robles para tratar de encontrarla y a ser posible averiguar su identidad y actividades.

Cuando Chamorro le entregó la foto, el guardia Gil abrió unos ojos como platos. Luego carraspeó y, guiñándole el ojo, sentenció:

—Me da a mí que ésta debe de ser voluntaria de Cáritas.

La sargento frunció el ceño.

—Gil, estás en el trabajo, no en el bar. ¿Te lo vas a tomar en serio?

—Claro, mi sargento. Sólo era un eufemismo.

El otro guardia que Morata nos había asignado, Romero, un veinteañero espigado y de aire despierto, observó la foto y apostó:

—Esta chavala tiene *Face* seguro. ¿No se lo han pillado?

—No —dijo Chamorro—. Sólo un móvil que no debía de tener acceso a Internet y que hace un par de días que dejó de funcionar.

—Qué pena. Por la cara, no es de las que se preocupan de deshabilitar la localización, incluso puede que le mole decirle a su gente dónde anda. Si me diera un rato, se la encontraba sin levantarme del asiento.

—Que sí, Manolito, ya sabemos que eres muy listo —dijo Gil—. Pero no hay tutía, esto será a la antigua: estar de troncha y esperar.

—Por ahora, Gil —le replicó, sonriente—. ¿Han accedido a todas las comunicaciones de la víctima? ¿Tenía Facebook él?

—Una cuenta donde no figuraba esta chica como amiga —expliqué—. Y es lógico, la utilizaba para relacionarse con la familia. Pero parece que se conectaba a

otra, que estamos tratando de intervenir.

—¿Quién?

—La cabo Salgado, en Madrid.

—¿Puedo llamarla? Para echarle una mano, nada más.

Dudé. Demasiada gente en el ajo. Pero el chaval me pareció fiable.

—Llámala. Arnau te dará el teléfono.

—De acuerdo.

—Vale, pero ya lo harás por el camino —dijo Gil—. Ahora tú y yo nos vamos a Castefa. Y conduces tú, que para eso eres el más moderno.

—Que sí, Gil —suspiró Romero.

Gil se volvió entonces hacia mí.

—¿Y qué hacemos si la encontramos? ¿La detenemos? ¿La interrogamos? ¿La podemos amenazar con expulsarla si no tiene papeles?

Meneé la cabeza.

—No, Gil. Ni te acerques a ella. La seguís y averiguáis todo lo que se pueda averiguar. Cómo se llama no estaría mal, para empezar.

—Okey. A la orden.

A las doce quedamos en reunirnos con la sargento Balderas. Dejé que ella escogiera dónde. Casualidad o no, eligió un lugar muy próximo al restaurante donde habíamos almorzado el primer día, en la playa de Castelldefels. El día era soleado, y la concurrencia por la zona, tirando a exigua. Nosotros llegamos a menos diez y ella ya estaba allí. Lo que demostraba que tratábamos con una benemérita de pura cepa. Era una mujer al filo de los cuarenta, no acerté a discernir si más allá o más acá, de mediana estatura y aspecto deportista. Tenía el cabello rizado, no lo llevaba largo y se había dado mechas rubias. La acompañaba un treintañero alto y moreno. Los dos iban de paisano.

—¿Balderas? —pregunté.

—¿Vila?

—El mismo. *Molt de gust.*

—Anda, ¿lo hablas? —inquirió, extrañada.

No quise presumir, ni mentir tampoco:

—Lo maltrato, no más. Viví un poco aquí, hace años, pero no andaba con

filólogos. Éstos son Arnau y Chamorro, mis compañeros.

—Gafarot, el mío.

—Cómo va —dijo el aludido, tendiéndome la mano.

Tomamos un café en la terraza del local, ya que el buen tiempo lo permitía. Aprovechando que éramos los únicos clientes, les resumí a Balderas y a su acólito la información general del caso, con más detalle lo que tenía que ver con la brasileña y con las presumibles actividades de Robles por aquella zona, y mucho más vagamente todo lo demás. Por si acaso, les enseñé la foto de la chica, que no les recordó a nadie conocido. De la posible trama de guardias corruptos, no solté prenda. Aunque lo hubiera sido, ella ya no era una de los nuestros, y aquel material prefería compartirlo lo menos posible con extraños.

Balderas me escuchó sin decir palabra. Cuando di por concluida mi exposición, vi que miraba algo detrás de mí y se echaba mano a la especie de zurrón que llevaba en bandolera. Sacó el monedero y dejó sobre la mesa un billete de diez euros. Amagué una protesta.

—Pago yo, que estáis en mi territorio —la rechazó, firme—. ¿Te importa que charlemos mientras caminamos por la playa?

—Al revés, se te agradece. En Madrid no tenemos.

Sonrió, algo envarada.

—Muy bien. Vamos, pues.

Se puso en pie y al imitarla vi que teníamos compañía: un par de cincuentones, ambos con aspecto de negociantes, se había sentado dos mesas más allá. Cruzamos la calle, superamos la primera línea de edificios y salimos a la playa. El extenso arenal de veinte kilómetros que llegaba desde el macizo del Garraf hasta la propia Barcelona y que tantas veces había recorrido. Comparado con mi recuerdo, el paseo marítimo lo habían adecentado mucho, respetando una ancha franja de playa sin edificar. Había una amplia vía peatonal y servicios más que dignos para los bañistas. A esa hora, apenas pasaba por allí algún ciclista y algún jubilado. Le reconocí a Balderas el buen criterio: aparte de hacer ejercicio y aprovechar los beneficios de la brisa marina, era un lugar óptimo para departir sobre asuntos confidenciales.

—¿Qué es lo que podemos hacer por vosotros? —preguntó la suboficial, sin andarse con rodeos.

—Ahora mismo, poco —le aclaré—. Sólo estar ahí para avisaros por si surge algún problema. Cuando tengamos información más precisa sobre lugares y personas, me gustaría que compartierais vuestra ciencia y vuestro conocimiento

del terreno. Hasta donde podáis.

—Por lo que deduzco de lo que me cuentas, y en especial por la foto de esa chica, a la que como te dije antes no tengo el gusto de conocer, me imagino que antes o después acabarás interesándote por la industria local del alterne. Si quieres, te puedo situar con un par de ideas generales sobre el particular, basadas en nuestra experiencia.

—No me importaría.

—La actividad de esa industria por aquí es intensa, aunque no tanto como lo era hace unos años. Cayeron un par de sitios emblemáticos, a los que para variar, gracias a una juez con lo que hay que tener y a un par de deslices de los tipos, logramos meterles mano.

—¿Qué deslices?

—Menores, básicamente. Es casi el único flanco débil. Las chicas, si les preguntas, siempre dicen que están ahí por su voluntad. Y si les ofreces la protección de testigos, ya saben lo poco que protege. Yo sólo he tenido una y se me arrepintió antes de que me sirviera para algo. Para que te hagas una idea, se le aparecieron dos tipos y le pasaron en el móvil a su madre, que según le contó estaba en Chisinau con otros dos señores muy amables. Y ya te consta que nuestras posibilidades de extender la protección a Chisinau y a la madre del testigo son todavía más bajas que las de proteger de manera efectiva a la testigo misma. Pero con las menores no necesitamos acreditar la coacción, con demostrar que están ahí y no han cumplido dieciocho nos los llevamos por delante. Además, pudimos probar que las drogaban y las hormonaban como si fueran animales de granja. El resultado es que los que quedan, que no son pocos, se han vuelto precavidos. Yo no descartaría que les hagan el test ese de los huesos a las chavalas, y las tienen bien enseñadas para que ni se les ocurra dejar adivinar que son prisioneras. La única manera que tendríamos de entrarles sería investigarlos a tope, pinchando teléfonos a mansalva. Pero ni tenemos gente, ni los jueces son proclives a pinchar teléfonos por esto. No son narcos, ni terroristas. En el fondo, es un servicio público tolerado. Y el hecho de que la inmensa mayoría de las explotadas sean inmigrantes contribuye a que la alarma social no presione demasiado a mis jefes ni a sus señorías.

—¿Todas están coaccionadas? —intervino Arnau.

Balderas le dirigió una mirada indulgente.

—Es una buena pregunta, pero quizá para responderla en condiciones te hace falta un sociólogo, o un psicólogo, o vete a saber qué. De buen grado, ya te digo yo que es un oficio que no se busca el común de las mujeres. Muchas, no te quepa

duda, y sobre todo entre las extranjeras, son puras esclavas, extorsionadas y entrampadas con las mafias que las traen y las pastorean. Otras, las que lo hacen porque ya no tienen otra forma de ganarse la vida, yo diría que son libres hasta cierto punto. Y algunas hay, o muchas, últimamente, que encuentran en el oficio un atajo para superar la crisis. Pero, en cuanto entran en la rueda, la libertad la van perdiendo y, si caen en la órbita de alguno de éstos, de lo que puedes estar seguro es de que terminan explotadas.

—¿Y hay muchos locales? —preguntó Chamorro.

—Locales, pisos, chalés, de todo. Y si quieres echarle un vistazo a la gama baja, paséate por las carreteras del delta. Por ejemplo, dentro de un rato, cuando los buenos padres de familia que conservan el empleo hagan un alto en la jornada laboral. Alguien se ocupa de que tengan abasto de lo que necesitan, por poco que ganen. Luego, a las ocho, todos en casita, como si tal cosa. Así somos los catalanes. Nada de andar por ahí a deshora. Todo en el día, bien aprovechado, eso sí.

—¿Eres catalana al cien por cien? —me permití cotillear.

—Qué va. Charnega. Padre de Granada. Pero abuela *lleidatana*, eché los dientes hablando con ella. Así pude meterme aquí, y evitarme un cambio de destino que me fundía la intendencia familiar.

—No te preguntaré si te ha compensado el cambio.

—¿Por? Ah, ¿por el Gafarot? Bah, con él no me corto. Algunos días sí. Otros, le prendería fuego a la comisaría. Lo normal. Tampoco me enamoré de todos los jefes que me pusieron en Picolandia.

Me rendí a la evidencia. Áspera como era, la chica tenía su punto.

CAPÍTULO 12

THE MAN COMES AROUND

Confieso que pocas cosas en la vida me han causado tanto regocijo como el que experimenté viendo a Chamorro, gaditana de San Fernando, y más allá de su lugar de nacimiento marcada por la austeridad de su ascendencia burgalesa, alzar con el tenedor su primer *calçot* untado en salsa romesco. Educada en la tirria hacia lo catalán que de un modo u otro se les inculca a todos los criados en los dominios de la vieja corona de Castilla, el acto le resultaba per se lo bastante incómodo como para pensárselo dos veces, pero además el aspecto de aquella planta comestible parecía suscitarle alguna desconfianza:

—¿De veras que esto está bueno?

—No voy a ponderártelo con palabras —dije—. Yo ya llevo cuatro.

Al fin se atrevió y, aunque sus elogios fueron tibios, me quedé con el hecho de que después se comió media docena más. Arnau, que no padecía su necesidad de quitarme la razón, me ayudó a vaciar la teja en la que nos los habían servido, a la antigua usanza.

—Esto está de muerte —opinó—. ¿Y es una cebolla, sin más?

—El tallo. Pero es la misma planta que el bulbo que te hace llorar. Lo que supongo que no dejará de hacerle gracia a la sargento.

—¿Y eso por qué? —preguntó Chamorro.

—¿No dices siempre que los catalanes son unos quejicas?

—¿Y no lo son?

—Como los andaluces, o los murcianos, o los gallegos, o los astures, o los euskaldunes, o los canarios. Si no se queja, no es español.

—Visto así... —concedió.

Me los había llevado a comer a la montaña, a un restaurante que se asomaba al litoral desde un promontorio en la carretera que subía desde Gavà hasta Begues. La vista era magnífica, y más con aquellos días radiantes con que nos obsequiaba

el otoño mediterráneo. Mientras contemplaba aquel horizonte despejado hice balance mental de la situación. En cierto modo, había lanzado todas mis redes y ahora sólo me quedaba esperar a que los peces cayeran en ellas. Tenía a Gil y a Romero al acecho de la brasileña, al capitán Reinares y a su gente en Logroño pateándose la comarca en busca de testigos y de un lugar propicio para torturar a un hombre hasta la muerte, al brigada López reuniendo elementos incriminatorios contra los guardias corruptos Salazar y Nuño, a todas las fuerzas policiales del país buscando un Seat León rojo robado, a la sargento Balderas de los Mossos dispuesta a echarnos un capote con cualquier individuo o local sospechoso que pudiera señalarle, y a Salgado en Madrid apretando para tener acceso al teléfono de Nuño y a las cuentas electrónicas alternativas del difunto subteniente Robles. Si por algún azar no improbable todo empezaba a dar su fruto a la vez, Chamorro, Arnau y yo íbamos a tener que ponernos a correr como pollos sin cabeza. En contraste con esta idea, la lisa superficie del mar me infundió una paz de la que disfruté como si fuera algo ilegítimo, y seguramente lo era, porque apenas me había abandonado a esa sensación de súbita placidez cuando desde mi teléfono vino a interpelarme la voz desgarrada de Johnny Cash:

There's a man going around taking names,and he decides who to free and who to blame...
Era un buen tono, aquel *The Man Comes Around*; por lo menos se hacía oír. Y no dejaba de resultar apropiado para el contexto en que había de sonar. Me lo había puesto mientras esperábamos a que nos sirvieran, dándole de paso un merecido descanso a Freddie Mercury. Al escucharlo por primera vez, mi compañera arrugó la nariz.

—Y ése, ¿quién es?

—Luego te cuento. ¿Diga?

—Mi brigada, a la orden —me saludó un hilillo de voz.

—¿Quién eres? Casi no te oigo.

—La guardia Lucía, mi brigada, me manda la cabo Salgado...

—Lucía, mujer, relájate. Tienes el diploma colgado en tu cuarto, ya eres funcionaria. Aunque quisiera me iba a costar echarte.

—...

—Toma aire, anda —le sugerí—. ¿Qué te manda la cabo?

—Que le diga que ya hemos intervenido el teléfono del sargento Nuño. Lo está escuchando. Yo tengo las claves para abrir la cuenta de Facebook del subteniente Robles. Sólo nos falta la de correo electrónico. Dice la cabo que ahí no tiene tanta

mano, que tardará más.

—Muy bien, Lucía. Enhorabuena a las dos. Si no te importa, dale un toque al guardia Romero, de aquí de Barcelona, y le avisas de que ya habéis conseguido entrar en el Facebook. ¿Tienes el teléfono?

—Sí.

—Pues habla con él. Que te oriente. Por lo visto, lo controla bien.

—A la orden.

Cuando colgué, le dije a Chamorro:

—A esta chica tenemos que sacarla más. Será la número dos de su promoción, no lo pongo en duda, pero le falta un poco de empuje.

—¿Nunca fuiste nuevo?

—Y patoso, y lo sigo siendo. Pero hay que echarle un poco de arrojo a la vida. Como dice la canción de Johnny Cash que me he puesto en el teléfono, ya que lo preguntabas, el hombre que va tomándonos los nombres anda siempre por ahí, listo para soltarnos el infierno encima. Y lo hará cuando le plazca, estar asustado no te protege de él.

—Así que ya tenemos acceso al Facebook secreto de Robles.

—Y a Nuño pinchado. Mira, a él ya le llegó el turno. En este mismo momento, el hombre fatídico acaba de apuntar su nombre.

Y así como lo decía, para impedirme cualquier amago de pereza, marqué en mi teléfono móvil el número del sargento.

—Sí... —respondió, al cabo de media docena de tonos.

—¿Sargento Nuño?

—Sí, ¿quién es?

—Brigada Bevilacqua, unidad central. Le llamo en relación con el asesinato del subteniente Robles. ¿Tiene cinco minutos para mí?

Los tuvo, y los aproveché yendo al grano como había ido en el saludo y sin retirarle en ningún momento el *usted*. Quienes han perdido la costumbre de usar ese tratamiento no saben que además de expresar el respeto de la esfera íntima de la persona desconocida, en la que uno no puede ni debe pretender entrar a las primeras de cambio, es muy útil para mantener a distancia a las personas cuya promiscuidad resulta indeseable, que era la premisa de la que, sin poder evitarlo, partía en relación con aquel hombre a quien me disponía a investigar.

Después de situarle respecto de los motivos de nuestro interés en él, que cifré exclusivamente en el hecho de que hubiera varias llamadas a su número en el historial del teléfono de Robles, y en que andábamos cortos de información por la parte de la familia, le arranqué una cita para esa misma tarde. En un principio alegó que estaba de servicio, quizá en una tentativa de aplazarse el trago y darse margen para preparar una estrategia. Pero le hice ver que la gestión era para mí lo bastante perentoria como para no admitir que se postergara por ningún motivo, salvo fuerza mayor. Para no perjudicar el servicio, quedamos en encontrarnos en el puerto de Vilanova i la Geltrú, por donde tenía que pasar esa tarde a despachar un barco, según me explicó.

Mientras íbamos hacia allí, un par de horas después, recibí una llamada. Era el brigada López, de Asuntos Internos, de quien me sorprendía, por cierto, no haber tenido noticias en todo el día.

—Estaba pensando en ti, justamente —dije, a guisa de saludo.

—Por si te conmueve, yo no he dejado de pensar en ti desde ayer por la tarde —me respondió, en un tono sólo a medias distendido.

—Esto promete. ¿Te gusta Venecia?

—No lo sé, nunca he estado. ¿Te interrumpo en algo?

—Vamos hacia Vilanova i la Geltrú. Tengo cita con Nuño.

—Entonces llego a tiempo.

—Si es de intentar disuadirme, olvídalo.

—No, Vila, ya voy sabiendo con quién estoy compartiendo este baile. A tiempo de darte un par de informaciones que pueden ayudarte a no meter demasiado la pata. Velo por tu bien y por tu reputación.

—Se te agradece. ¿Y de qué se trata?

—El tío es chungo. Y no es gilipollas. Mide bien tus pasos.

—¿Y en un día has llegado a ese convencimiento?

—No te lo voy a contar todo, y menos aún cómo nos las hemos arreglado para reunir la información, pero para que te sitúes, aunque él no tiene casi nada a su nombre, su mujer figura como administradora de una sociedad que tiene tres apartamentos en Gerona y dos vehículos en *renting*: un Nissan Qashqai, que supongo que es el de andar por casa, y un Porsche Cayenne, para fardar. Además, parece que tuvo algún problema en su destino anterior. Le abrieron un expediente por abandono del servicio, del que logró librarse gracias a unos informes médicos. Y, para remate, es un usuario avezado de las bajas por depresión. Se ha tomado

media docena desde que llegó a Cataluña. Imagino que para poder encajar alguna gestión que el servicio le estorbase.

—Ya le tengo pinchado el teléfono —dije—. Lo que me cuentas me confirma que debemos ir a hablar con él sin pérdida de tiempo.

—Yo no estoy tan seguro. Lo que trato de decirte es que te andes con pies de plomo. Ni le dejes que sospeche que lo tenemos enfilado.

—Si es tan listo, sospecharía más del hecho de que no fuéramos a hablar con él, sabiendo como debe de saber que hay llamadas entre su teléfono y el del muerto que no podemos no haber visto.

—Espero que tengas razón. Luego hablamos. Tengo que contarte cosas de Salazar. Está muy nervioso, no sé lo que voy a poder aplazar el meterle mano. Mi jefe ya me está apretando las tuercas.

—Está bien. Pero no te precipites ahora tú, por favor.

—La paciencia es mi negocio. Aguantaré. Ten cuidado, Vila.

—Siempre lo tengo. Gracias, López.

Habíamos quedado con Nuño en el puerto. El trayecto desde el desvío de la autopista hasta allí se me hizo eterno, una sucesión de semáforos y rotondas que parecía no tener fin. También era la tensión, me imagino, ante el primer encuentro realmente comprometido que nos deparaba aquella investigación, y que, a juzgar por la expresión y el mutismo de los miembros de mi equipo, no me afectaba a mí solo. No era la primera vez que me enfrentaba a un compañero que había decidido pasar al otro lado de la raya. Lo había hecho antes, a sabiendas y sin saberlo, y en circunstancias igual de difíciles. Sin embargo, aquella tarde notaba una presión singular, que por momentos tenía un desagradable parecido con la angustia: la que me producía asomarme a aquel precipicio que, por tantas razones, era para mí la vida secreta de Robles. Todas las vidas secretas, cualquiera que sea su titular, participan de ese vértigo y de ese desasosiego, por más que el interesado intente justificarlas, o excusarlas con un cúmulo de pretextos, o apaciguarse con sus alicientes, reales o imaginarios. Al final, como bien dice esa canción de Leonard Cohen, *In My Secret Life*, que sólo pudo escribir alguien que sabe de lo que habla, las vidas secretas están llenas de frío y soledad. Mientras Chamorro conducía hacia el puerto donde a las cuatro y media de aquella tarde debíamos encontrarnos con el sargento Nuño, que prefería los Porsche antes que honrar sus juramentos, me acordé de aquellos versos terribles del poeta canadiense:

And I'd die for the truthin my secret life.

Bien sabía que era así, que por la verdad uno moriría cuando vive fuera de ella. Para mi amigo, ya muerto, se acercaba la hora de la verdad. Y, me gustara o no, era yo quien tenía que sacarla a la luz.

Nuño nos aguardaba, de uniforme, a la puerta de la oficina portuaria. Era un tipo bien plantado, por encima del metro ochenta. Si había perdido las condiciones necesarias para ser miembro de la UEI, lo que no había dejado de parecer era una especie de versión benemérita de Batman. Con las manos en los bolsillos, los hombros ligeramente adelantados y la barbilla altiva, certificaba que se sentía muy por encima de casi todos los mortales contrahechos con los que la vida le deparaba cruzarse. Lo que con toda probabilidad me incluía a mí, pero para compensarlo yo tenía los galones, siete años de diferencia y una mala leche en la mirada de la que le administré una dosis fulminante apenas me bajé del coche y comprobé que no abandonaba su pose chulesca. Fue suficiente para que se sacara las manos de los bolsillos y se cuadrara, aun sin hacer el saludo, porque estaba descubierto.

—¿Nuño?

—Sí, mi brigada, a la orden —dijo, aún con un punto de desafío.

Le tendí la mano, porque tampoco era cuestión de crear una tirantez excesiva que pudiera hacerle recelar. La estrechó con fuerza.

—Mis compañeros, la sargento Chamorro y el guardia Arnau.

A Arnau ni lo miró. A Chamorro le tendió la mano y le dedicó una sonrisa que me pareció un remedo de la que alquila George Clooney para sus anuncios de cafeteras, lo que me sugirió que desde edad temprana a Nuño se le había dado bien embaucar al elemento femenino, o a cierta parte de él. Una circunstancia biográfica que tal vez contribuía a explicar cómo había acertado a buscarse esas otras complicaciones que sustentaban nuestro interés por su vida y milagros.

—¿Vamos a tomar un café? —ofreció—. ¿O preferís hablar aquí?

—Mejor aquí, el asunto es delicado.

Nos hizo pasar a la oficina e hizo salir al guardia que estaba sentado al ordenador, al que le pidió que se diera una vuelta por el muelle para echar una ojeada. Aunque no consideró necesario presentárnoslo, yo no dejé de examinarlo con disimulo. Andaba por los veintitantos años y me dio la sensación de estar algo nervioso. Quizá no fuera más que la reacción normal ante los entrometidos de Madrid, en quienes veía, como tantos otros, una perturbación casi siempre inoportuna.

Sólo había tres sillas. Entre ellas y la mesa, sobre la que se recostó Nuño, acentuando así la ventaja de su estatura, nos acomodamos los cuatro. No me

apresuré a hablar. Perdí unos segundos recorriendo visualmente la pequeña oficina, que como lugar de trabajo no podía ser más modesta, tirando a desangelada. Alguien había puesto en la pared uno de esos pósteres publicitarios que imprimía la Dirección General, con alguna guardia vistosa y material que diera una imagen moderna. Era la única concesión a la decoración que cabía hallar allí.

—Vosotros diréis —se nos adelantó Nuño.

Comprendí que seguir tratándole de usted era demasiado distante. Por otra parte, tenía que afinar el relato de los hechos. Escoger bien qué le contaba, de lo que sabía, y cómo. Comencé sondeándolo:

—Te supongo al tanto de lo que nos trae por aquí.

—Si te refieres a lo de Robles, desde luego.

—¿Qué sabes? ¿Cómo lo supiste?

Aquellas dos preguntas le helaron la sonrisa de *latin lover*. Temí haber sido demasiado brusco. Debía tratarlo con más suavidad.

—Sé que lo mataron, en Logroño —repuso—, la semana pasada. También sé que le hicieron algo asqueroso, colgarlo de un puente y por lo visto alguna otra cosa más. Me enteré por un compañero común. Me refiero a lo de la muerte. Los detalles me han ido llegando de aquí y de allá, pero la información que tengo es la que va retransmitiendo Radio Macuto, así que no me atrevo a decir mucho más que eso.

—¿A la familia no la conoces?

—Bueno, vi un par de veces a la mujer cuando estábamos destinados juntos. Pero no tengo mucha confianza con ella, la verdad.

—Y ese compañero que te dio la noticia, ¿es de por aquí?

Nuño me miró de frente.

—No. De Madrid. ¿Quieres nombre, graduación y destino?

—No, no hace falta —le tranquilicé—. Tan sólo era una curiosidad mía. Cuando estás metido en una historia a veces pierdes la perspectiva de lo que llega afuera, y de cómo la cuentan otros por ahí.

—De esto, mejor o peor, está al tanto todo el mundo. Es muy fuerte.

—Y de cerca, más. Si quieres hacerte una idea de lo fuerte que es para mí, también estuve destinado con él, hace años —le revelé, por si la confidencia le invitaba a estar un poco menos a la defensiva.

—¿Sí? Pues vaya putada.

Asentí con semblante grave.

—Ya ves. Como te conté por teléfono, hemos venido a verte porque tu número aparece con cierta frecuencia en su listado de llamadas. Tampoco es el que más se repite, ni mucho menos, pero las entrevistas con la familia nos han proporcionado muy pocas pistas sobre la actividad presente de Robles y eso nos va a obligar a tocar a toda la gente que tuviera alguna relación con él. ¿Erais muy amigos?

—Amigos, sin más. Manteníamos el contacto.

—Según el registro de llamadas de su móvil, hablasteis por teléfono media docena de veces en el último mes. ¿Os visteis?

—Una vez, que yo recuerde.

—¿Cuándo?

—Hará diez días o así. Alguna tarde, si él andaba cerca, quedábamos a tomar una cerveza. Cuando yo terminaba mi turno, por supuesto.

—¿Y cómo lo viste?

—Bien, como siempre. Tú lo conocías. Robles era un tío que no se alteraba por nada. Ni siquiera cuando había motivo para alterarse.

Aquello era cierto. Nuño había estado hábil ahí. Sabía que no hay mejor parapeto para la mentira que ponerle delante una verdad.

—En eso estamos de acuerdo —dije—. Te contaré lo que sabemos y a partir de ahí me gustaría pedirte ayuda sobre un par de cuestiones. A Robles, antes de matarlo y colgarlo de ese puente, lo torturaron de una forma horrenda. Sólo hemos visto algo parecido en algún ajuste de cuentas entre mexicanos o colombianos y los pardillos que aquí les hacen de minoristas y tienen la estúpida idea de que pueden sisarles en los pagos. Como comprenderás, mi obsesión desde que vi el cuerpo es averiguar qué puede llevar a un suboficial nuestro a caer en manos de semejante chusma. Tengo dos hipótesis, y la que más me gusta con mucho, dentro de lo malo, es la primera. A saber: que algún canalla que se la tenía jurada porque le metió mano en el pasado le tendió una trampa y se ensañó con él. Pero hay otra posibilidad, y es que Robles estuviera mezclado en algo, no necesariamente ilegal, pero sí relacionado con gente lo bastante peligrosa como para hacerle objeto de un ajuste de cuentas de otra especie. Y, mal que me pese, hemos juntado varias pistas que apuntan en esa línea. Desde el extraño viaje que hizo el día de su muerte, hasta las actividades privadas de seguridad a las que, eso es todo lo que ha podido decirnos su viuda, parece que se dedicaba. Al oír esto, ya sé lo que estarás pensando. Fue tu jefe, como fue el mío. Y seguro que le estás agradecido, porque

era un tío legal, generoso, y buen maestro y compañero. Lo sé por experiencia. Pero ponte en mi lugar, yo tengo que aclarar este embolado. Y todo lo que quiero es llegar al hijo de perra que lo hizo. Si me encuentro en el camino algo de Robles que no reluzca, tendré que asumirlo y manejarlo como pueda, con la tranquilidad de saber que a los muertos no se los persigue por lo que hayan podido hacer que no sea lo que debían.

Nuño me observó con expresión calculadora. En ese instante intuí que López lo sobrestimaba. No era bobo y no dejaba de tomar precauciones, de acuerdo; pero tampoco me pareció poseedor de una inteligencia fuera de lo común. Le faltaba esa pizca de rapidez que, en situaciones de apuro, es la que sirve para marcar la diferencia.

—¿Insinúas que podía andar mezclado en algo sucio?

Aquel movimiento tosco me ratificó en mi intuición.

—Estoy muy lejos de tener información que permita sugerir semejante cosa —le aclaré—. Lo que temo es que, dondequiera que realizara esas actividades de seguridad privada, fueran éstas las que lo expusieran. Y aquí viene mi pregunta para ti, ¿qué sabes tú al respecto?

—Pues no mucho, a decir verdad. Sabía que echaba una mano aquí y allá, en negocios que estaban entre esta zona y la parte de Castelldefels, pero ya te digo, yo sólo lo veía de vez en cuando para tomar una cerveza. Imagino que andaba al tanto por si merodeaban chorizos, o por si alguno trataba de meter mierda, o hacer cualquier cosa que pudiera traerle problemas al dueño. Y ya estoy imaginando mucho, también sabes que Robles no era de largar de más de lo que no quería darle tres cuartos al pregonero. Son simples suposiciones mías.

Nuño no era muy bueno mintiendo. Bajaba la vista, se le estropeaba la dicción y la sintaxis, no sabía dónde poner las manos. Me sorprendió, pero no es infrecuente en gente que parece muy segura de sí misma, o de hecho lo está, cuando se ve de pronto desarmada.

—Mira, Nuño —le amonesté con dulzura—. Ya te he dicho que conocía a Robles y que entiendo que quieras protegerle, pero no llevo más de veinte años separando el grano de la paja para que me desprecies intentando hacerme creer que nunca, en ningún momento, supiste nada más que eso. Por ejemplo, estando tú en activo y él no, que Robles no te pidiera nunca que le echaras algún cable pasándole información de alguien que le interesara en relación con esas actividades. Ya me entiendes, unos antecedentes, el titular de un coche, cosas así.

El sargento, descolocado por mi embestida, se esforzó por rehacerse. Y lo consiguió, hasta cierto punto. Sobre la marcha, respondió:

—Mira, no es que no quiera, es que... A ver, algo más preciso que recuerde... Por lo que me dijo un día, sé que se ocupaba de echar un ojo en una zona de apartamentos de Castelldefels, al lado de la playa, casi llegando a Les Botigues, donde ya empieza Sitges. El dueño lo había contratado porque en temporada alta los tenía llenos de turistas pero en temporada baja estaban medio vacíos y a la gente que se los alquilaba para el invierno no hacían más que entrarles a robar.

—¿Puedes indicarme de qué apartamentos se trata?

—Puedo darte la dirección y el nombre del edificio. Una de las cosas que hice por él fue pasarme por allí con el todoterreno a echar un vistazo cuando iba a Port Ginesta. Me pillaba de camino y así le ayudaba a crear la impresión de que había más presencia policial.

—Luego le das las señas a la sargento. ¿Nada más?

Nuño había parado a duras penas el primer golpe y ahora se le veía vacilante. No iba a sacarle lo que me interesaba, de eso era consciente, así que no quise obligarle a improvisar otra cortina de humo que le quedara peor que la anterior y le hiciera pensar que despertaba nuestras sospechas. Era el momento de aliviarle la presión.

—Está bien —dije—. Perdona que te insista, no tengo otra, porque estamos sin demasiadas pistas que seguir. Miraremos esos apartamentos, pero te pediría que hagas un esfuerzo de memoria, por si te acaba viniendo el nombre de un local o de alguien del que te hablara. Por lo que sea: no tienes que rendirme cuentas de lo que te pidió o te dejó de pedir. Necesitamos algo con cara y ojos, ya. Te dejo veinticuatro horas para pensarlo, y te agradecería mucho que las aprovecharas.

—Lo intentaré, pero...

—Ah, y otra cosa. —Hice como que caía de pronto—. ¿Nunca te explicó de dónde había salido aquel pedazo de BMW que llevaba?

—Eh... Se lo trajeron de Alemania, creo, de ocasión.

—Ya. Tampoco sabes quién, claro.

—Un amigo, me dijo. No sé más, de verdad.

—¿He de entender que no solía entrar en detalles contigo acerca de las ganancias que le reportaban esos trabajos de seguridad?

—Sé que no le pagaban mal. Pero no me enseñaba los extractos del banco, si te refieres a eso. Y no me dijo nunca que se estuviera haciendo millonario. Sólo que se sacaba un sobresueldo, nada más.

Era el momento del golpe de efecto. Le hice la seña a Chamorro.

—¿Y la chica? —le preguntó—. ¿Tampoco sabes cómo se llama?

—¿Qué chica?

Chamorro sacó su teléfono móvil y buscó la foto.

—Ésta. ¿Nunca le viste con ella?

—Pues no, qué quieres que te diga.

—¿Y nunca te la mencionó? Vamos, los hombres habláis de estas cosas. Además, no es por nada, pero la chica está muy buena, ¿no? Me cuesta imaginar que nunca te presumiera de una conquista así.

Nuño estaba desconcertado. Hube de reconocer que mi compañera había bordado la maniobra. No sólo lo había pillado totalmente desprevenido: tras el golpe, lo acorralaba sin asomo de piedad. El sargento, aún algo aturdido, se volvió hacia mí para justificarse:

—A ver, algo dejó caer alguna vez. Pero no sé quién es. Ni puta idea. Todo lo que sé es que echaba sus canas al aire, como cualquiera.

Aquélla era de las que le gustaban a Virginia.

—¿Como cualquiera? —indagó, con cara de colegial.

—Joder, es una forma de hablar —protestó Nuño.

—Vale —se replegó Chamorro—. Perdona.

—Te digo como con lo otro —intervine—. Si te viene a la cabeza algo que te contara de esa chica, si se te ocurre alguna forma de llegar hasta ella, apreciaremos mucho que lo compartas con nosotros.

—Tío, que tampoco tenía tanta intimidad con él, te lo juro —se quejó—. Poco más que lo que ya os he dicho voy a poder contaros, aunque me arranque el cerebro y me lo corte en rodajas para vosotros.

Le hice notar, con ayuda de mi lenguaje no verbal, que no era su tío, sino un suboficial de grado superior. Luego traté de apaciguarle:

—No será necesario ir tan lejos. Disculpa si en algún momento nos hemos pasado un poco. Llevamos cinco días de trabajo y poco resultado para las horas que le hemos echado a la tarea. Te lo repito: no te censuraré si de aquí a mañana te acuerdas de algo que te haya costado recordar esta tarde. Yo también era amigo de Robles. Así que no dejes de contárnoslo por vergüenza de no haber caído hoy en ello.

Nuño no dijo nada. Me puse en pie y eché a andar hacia la salida. En la puerta de la oficina, mientras nos despedíamos, en parte para relajar el ambiente y en parte

para ponerle a prueba, le pregunté:

—¿Qué tal el trabajo por aquí? ¿Mucho jaleo?

El sargento puso cara de resignación.

—Mucha burocracia, más bien. Estos puertos son un dolor de muelas. Como son demasiado pequeños para tener gente permanente, nos toca estar todo el día de arriba para abajo, pero, más allá de un tráfico marginal de portacontenedores medianos, aquí nos dedicamos sobre todo a controlar que la peña no incumpla la normativa. El trabajo duro de resguardo fiscal está en Barcelona, o en Tarragona. Aunque tampoco es que los envidie. ¿Has visto el puerto de Barcelona?

—Alguna vez.

—¿Recientemente?

—No, hace años.

—Es un monstruo. Por ahí te pueden meter lo que quieran. Buscar algo en esa marabunta de contenedores es como tratar de encontrar una aguja en un pajar. Todo lo que pueden hacer es dar sensación de que están al loro, y de vez en cuando, con información previa, endiñarle algún zapatazo a alguien. Y para terminar de arreglarlo están los de los cruceros. Cada día desembarcan miles de guiris, listos para hacer cola en las casas de Gaudí y perder la cartera en las Ramblas.

—Me queda claro que no vas a pedir destino ahí.

—Ni aunque me triplicaran el sueldo.

Le tendí una tarjeta.

—Ahí tienes mi número. Márcalo con confianza. Y gracias.

—Espero que agarréis a esa gentuza. Y siento no poder ayudar más, de veras. Robles era buena gente. No se merecía algo así.

—Nadie lo merece —dije, por rematar el lugar común.

Una vez los tres dentro del Touareg, y con la tranquilidad que proporcionaba su excelente aislamiento acústico, Arnau opinó:

—Este tío no nos ha dicho una palabra de verdad.

Nuño y su subordinado permanecían en el muelle, junto a su coche patrulla. Mientras me despedía de ellos con la mano, discrepé:

—Alguna sí. Sobre lo que sabía que ya sabíamos. En el resto, te doy la razón. Pero no hemos venido para ver qué nos decía a nosotros.

Saqué el teléfono. Lo había silenciado antes de entrevistarme con Nuño y vi que había hecho bien. Tenía seis llamadas perdidas. Una de mi jefe, otra de Salgado, tres de Morata y una de López. Me pareció que era a la teniente a la que debía otorgarle la prioridad. No dejó que sonara más de dos veces. La saludé como correspondía:

—Mi teniente, me has llamado.

—Sí. Gil y Romero tienen a la brasileña.

—¿Dónde?

—En Castelldefels. ¿Quieres la dirección?

Le tomé prestada a Chamorro la libreta para apuntar.

—¿Adónde? —me preguntó, cuando vio que colgaba.

—A la autopista, echando leches. Empieza el espectáculo.

CAPÍTULO 13

OPCIONES DE PRIVACIDAD

Mientras los túneles del Garraf se iban sucediendo a toda velocidad ante mis ojos, y los conductores obedientes que se atenían al límite de noventa se apartaban al ver el rotatorio que Arnau había adosado al techo de nuestro todoterreno, telefoneé a mi jefe y al brigada López. Al primero le puse al corriente de la última hora de la investigación, y me vino bien tener novedades, porque era eso mismo lo que él, de ahí su llamada, se veía apremiado a facilitarle al coronel Pereira, quien por alguna razón (por ejemplo, apremio a su vez del general) se había acordado de que la semana pasada habían asesinado a un subteniente y todavía no teníamos un sospechoso. A favor de mi comandante, he de consignar que una vez que obtuvo su botín se hizo cargo de que estábamos metidos en faena y nos dejó seguir a lo nuestro.

En cuanto a López, tenía el deber de mantenerlo al tanto respecto de Nuño, y más cuando, como era el caso, había indicios para pensar que se trataba de un cliente potencial de su servicio de detección y limpieza de manzanas podridas. Después de transmitirle mis impresiones acerca del sargento, me permití hacerle una sugerencia:

—No sé cómo andarás de gente, pero a este individuo yo le iría preparando ya el lazo. Por desgracia, no tengo medios para vigilarle y decirte lo que hace o deja de hacer en los puertos que lleva. Si te parece, creo que eso es mejor que lo gestionéis vosotros. Y si me pasas un contacto y te consigues un papelito del juez, le digo a mi cabo que os dé acceso directo a todo lo que vaya registrando su teléfono.

—Yo ahora tengo suficiente con el otro —respondió—. Pero hablaré con mi jefe, puede que sea cuestión de hacer que otro equipo suba por allí y lo controle sobre el terreno. Lo que quería contarte antes de Salazar: todo esto le ha cogido con el paso cambiado. No sé qué es lo que había hablado con quién sobre Robles, pero está claro que no se esperaba ni mucho menos que pasara lo que pasó y que el asunto le ha sacado de quicio. Un tipo que era la mar de cuidadoso con sus comunicaciones, hasta hace una semana, ahora no para de meter el cazo. Eso nos está permitiendo acceder a mucha información. Incluida una que puede que se confirme en

cualquier momento y que entonces te diré.

—¿No puedes avanzármela?

—No. Sólo te digo que si la confirmo puedes tener que reaccionar en veinticuatro horas, como mucho.

—¿Reaccionar? ¿De qué manera?

—Pues poniendo todos tus planes patas arriba, tal vez.

—Gracias, eso me tranquiliza mucho.

—Como cantaba aquél, así es la vida, no la he inventado yo.

—Está bien. Sólo espero de ti la mínima solidaridad entre currantes. Que no me hagas lo que no te gustaría que te hiciera yo a ti.

—Es mi regla, Vila. Salvo con mis presas, naturalmente.

—¿Insinúas algo?

—No, hombre. Sé que tú estás con los buenos.

No diré que con esto me tranquilizara demasiado, porque de alguien con el perfil de López nunca se sabía si decía lo que de veras pensaba, y de uno mismo nunca se sabe a ciencia cierta si en cualquiera que sea la circunstancia seguirá siendo trigo limpio. Cuando interrumpí la comunicación vi que tenía otra llamada perdida de Salgado. Aunque era de los míos, y por tanto estaba obligada a ser más comprensiva que el resto, también merecía mi atención. Marqué su número en el preciso instante en que Chamorro se desviaba de la autopista a la autovía C-31, ya en el término municipal de Castelldefels.

—Hola, Salgado. Andamos apurados. Tienes cinco minutos.

—Me van a sobrar cuatro —dijo—. Tengo una llamada para ti.

—¿Para mí?

—No, hombre, es una forma de hablar. En realidad para ti no es. Pero me parece que te va a interesar escucharla. ¿Te la pongo?

—Dale.

La grabación se iniciaba con una voz masculina que no conocía.

—*Diga...*

El que entraba a continuación sí me sonaba. Le había estado escuchando con toda atención hasta apenas veinte minutos antes.

—*Soy yo, Nuño.*

—¿Y por qué cojones no te quitas el número privado de una vez? Te lo he cogido de puto milagro, me toca los huevos no saber quién me llama.

—Es la costumbre. Oye, acabo de estar con ellos.

—¿Con quiénes?

—Los que andan con lo de Robles, unos tocapelotas de Madrid. Los he visto un poco perdidos, pero éstos son de los que no aflojan y...

—Por aquí no, joder. Cuelga, que pareces gilipollas.

Y hasta ahí llegaba la grabación. Salgado entró de nuevo en la línea:

—Bueno, me he ganado una cena, ¿eh?

—Sólo si tienes el número del Corleone este.

—Por supuesto que lo tengo.

—Y si me haces un informe que nos convenza a nuestra juez Albiñana de intervenirlo sólo con esto, aunque sea ya el cuarto teléfono que le pinchamos sin que nos sirva para darle una maldita pista.

—¿Dudas de mi capacidad de seducción?

—No, dudo de la mía. Temo que empiece a pensar que soy un manta que no hace más que tirar de ella para suplir su torpeza.

—A algunas mujeres les enternecen los hombres desvalidos.

—Ya, pero ningún hombre desvalido con un poco de seso se permite abusar de ese recurso para tratar de engatusar a una mujer.

—¿Por eso eres tan inaccesible, Rick?

—Inés, ponte a escribir. Tengo que colgar.

—A la orden. Ya que no me das más tiempo, me dice Lucía que le preguntes a Romero por el Facebook de Robles. Te gustará.

En el coche, aparcado en el paseo marítimo, sólo estaba el guardia Gil. Vuelto hacia la playa, fingía admirar la puesta de sol. Romero, con unos auriculares de iPod que en realidad estaban enchufados a su teléfono, hacía como que correteaba por la orilla. Se había puesto ropa deportiva y todo. Le llamé y vi cómo se metía la mano bajo el chándal. Simulando que cambiaba de canción, atendió la llamada:

—Diga.

—Soy Vila. Pararemos junto a esa pizzería. Ve corriendo hacia allí. Te subes al coche y nos apartamos donde no demos el cante.

—A la orden.

La maniobra apenas duró un par de segundos. Habrían tenido que estar vigilándonos para advertirla. Una vez sentado junto a mí, Romero se arrancó los auriculares y dejó escapar un suspiro.

—Menos mal. Ya estaba cansado de hacer el canelo. Detesto el *jogging*. No sé cómo la gente se aficiona a algo tan aburrido.

—La gente se deja llevar por ideas extrañas —opiné—. De hecho, tiende a prestarles más atención que a las ideas razonables. Me habéis impresionado, Gil y tú. ¿Habéis usado una bola de cristal? Sólo os dimos dos zonas para que las vigilarais, ¿cómo habéis tenido tanta suerte?

—La suerte no cae del cielo, mi brigada. Ya le dije que seguro que la chica estaba en Facebook. Y era de imaginar que fuera amiga de Robles en esa cuenta secreta que él tenía. No la pudimos ver hasta que nos dieron las claves porque tenía activada la opción de ocultar los contactos, salvo para sus amigos, que por cierto no pasaban de media docena. No sé si anda usted muy al loro de Facebook, mi brigada...

—Ni tengo ni me interesa en absoluto. Cuando hay que usarlo para algo se lo pido aquí a Arnold, que sí tiene una cuenta.

—Dos. Una verdadera y otra falsa —precisó Arnau.

—La cuestión —explicó Romero— es que los dueños del invento no lo ponen muy fácil para meter opciones de privacidad, lo que a ellos les conviene es que todo se vea y se interconecte al máximo para que la vaca les dé más leche de la que ya le sacan. Lo que quiero decir es que Robles se tomó alguna molestia y tiró de habilidades informáticas impropias de su edad para mantener ocultos sus contactos.

—Un detalle significativo.

—Pero, con las claves en la mano, todo eso nos da igual. Como le decía, tiene seis amigos. Los otros cinco parecen perfiles tan falsos como el suyo, en el que usaba un nombre de lo más friki, por cierto.

—¿Cuál?

—Kirk Kubrick.

No pude evitar que mis cejas se levantaran. A Romero no se le escapó el impacto que me causaba la revelación. Más valía que le diera un par de explicaciones, aunque todo no me apetecía contárselo.

—No es tan friki —dije—. Lo que pasa es que tú eres muy joven.

—¿Por?

—Supongo que eso es lo que explica que no conozcas o no te venga a la mente en seguida *Espartaco*. Una película que dirigió Stanley Kubrick y que protagonizaba Kirk Douglas. O *Senderos de gloria*, la otra que hicieron juntos antes de que Kirk, como más pronto que tarde les pasaba a todos los actores, se hartara de aquel misántropo.

—Ahora que lo dice, la de *Espartaco* sí que la vi, en la tele —recordó—. Esa de la rebelión de los esclavos en la antigua Roma, ¿no?

—Esa misma.

Lo que ya no le dije fue que yo sabía que el nombre que había elegido Robles se debía a la otra película, en la que Kubrick denunciaba la insensibilidad criminal de los generales de la primera guerra mundial. Y sobre todo a una escena, que más de una vez habíamos comentado juntos: cuando después de recorrer las trincheras, llenas de hombres aterrados ante la perspectiva del asalto suicida que se disponen a emprender, el coronel francés al que interpreta Douglas trepa por una escala, rebasa el parapeto y, exponiéndose el primero al fuego enemigo, toca el silbato para hacer que los soldados salgan tras él.

—¿Tú has conocido a algún coronel nuestro capaz de eso?

Tal era la malévola pregunta que siempre me hacía Robles al evocar aquel momento señero de la historia del cine. Lo que nos llevaba a una discusión psicológica, porque, si bien a muchos de los jefes que me venían a la mente no los imaginaba en ese trance, más de uno había al que podía concederle el beneficio de la duda, aparte del peso, a menudo impredecible, que pudiera tener, incluso entre los más calculadores o adocenados, ese pundonor (o ese pudor) que les asoma a los hombres enfrentados a una situación límite. Sobre todo, si son capaces de anticipar la imagen que de ellos quedará en coyunturas que por su propia naturaleza no es probable que sean pasto del olvido.

—En fin, lo que importa —siguió Romero, sacándome de aquel súbito *flashback*— es que en esa cuenta figuraba como amiga la muchacha. Y ella, que tiene su foto real puesta en el perfil, no se esconde bajo un nombre supuesto, por lo que hemos podido comprobar. Con un par de operaciones más, ella misma nos ha resuelto la búsqueda. Ha pasado buena parte del día en un hotel de la zona de marcha del pueblo, hacia el otro lado del paseo marítimo. Ha salido sobre las cuatro y media con un hombre que la ha traído aquí en un Mercedes negro, junto a otra chica. Y lleva dos horas en ese edificio de apartamentos.

—¿El hombre también?

—No, sólo las chicas.

—¿Dices que has comprobado el nombre? —intervino Chamorro.

—Sí. Lucimara Menezes Amorim, nacida en 1987 en Belo Horizonte, Brasil. Residente legal en España desde agosto de 2009. Según su permiso de residencia y trabajo, está empleada en la hostelería.

—¿Y su domicilio? O el que dice que lo es.

Romero señaló con la barbilla.

—Ese edificio de apartamentos. Donde está ahora.

—¿No la habéis visto hablar con nadie más?

—No. Ese tío y la chica que está con ella. Eso sí, en el hotel había más trasiego del que yo diría que es normal para un mediodía de martes.

—¿Qué tipo de trasiego?

—Hombres, de mediana edad sobre todo, que entraban y salían al cabo de una hora. Y alguna pareja algo tensa también.

—Una hora... El tiempo de la tabla de ejercicios —bromeé.

—Más o menos.

—Y ese tío que las trajo, ¿cómo era?

—Alto, moreno, treinta y pocos. Jersey negro. Tengo foto, un poco mala, no me dio mucho tiempo para tomársela. También del coche, que está registrado a nombre de una empresa de *leasing*.

—Mándanoslas, por favor. A la dirección de correo electrónico de la sargento, con copia a la mía. ¿Tienes ahí el teléfono de Gil?

—Cómo no.

—Pásamelo.

Llamé a Gil y le dije que nos hacíamos cargo de la vigilancia.

—¿Vais a saber? —dudó.

—Gil, no me toques lo que ya sabes que no debes tocarme.

—No, si lo digo porque a lo mejor después de tantos años en la *inteligensia* habéis perdido mano con estas rutinas de poli cutre.

—Quien tuvo retuvo. Sal de ahí y déjanos el hueco para el coche.

—¿Me estás diciendo que vais a hacerlo desde ese mastodonte? —dijo, incrédulo—. ¿No queréis pintarlo de rosa antes?

—No tenemos otra cosa, salvo que os despachemos a los dos en el cercanías. ¿Y quién te dice que vamos a quedarnos dentro?

—En cuanto se va la luz aquí hace relente, ¿eh?

—Ése es nuestro problema. Ven a recoger a Romero, anda.

No remoloneó más. Romero, sentado a mi lado, meneaba la cabeza. Antes de que se bajara del coche, le hice una última petición:

—Supongo que tendrás una vida y hoy ya va siendo hora de que te dediques a ella, pero, ya que tienes las claves del Facebook de Robles, si esta noche te aburres, ¿te importaría hacerme un favor?

Romero sonrió con diplomacia.

—En absoluto.

—Enreda con él, mira los contactos, los mensajes, y a ver qué te sugiere, si es que te sugiere algo. Y me lo cuentas mañana.

—Así lo haré.

—Y muchas gracias. Le diré a tu teniente que eres un monstruo.

—No es para tanto, pero le agradezco el detalle.

Las siguientes tres horas las pasamos vigilando aquel edificio de apartamentos. Vimos cómo el atardecer daba paso a la noche, que convirtió la playa en una negra ausencia ante nuestros ojos. La zona en la que vivía Lucimara se situaba en el extremo meridional de la ciudad, que también era su parte más al oeste. No estaba lejos de donde comenzaba el término municipal de Sitges, lo que me hizo pensar en lo que había dicho Nuño acerca de ese edificio de apartamentos al que le había echado un ojo por encargo de Robles. De nuevo una verdad para apuntalar un embuste, como interpreté que era su técnica habitual. Entre la montaña y la playa quedaba a esa altura una franja estrecha de terreno que apenas daba para que en ella se sucedieran tres filas de edificaciones. Los apartamentos eran bastante antiguos, y no precisamente bonitos. Tampoco daban impresión de ser demasiado grandes. En compensación, disfrutaban de unas vistas espléndidas sobre la playa y en cuanto la noche cayó sobre ellos no se oía otra cosa que el rumor de las olas. Supuse que en verano sería diferente, pero fuera de la temporada estival aquel paraje tenía algo de fantasmagórico.

Para hacernos la vigilancia menos penosa, y teniendo en cuenta la excesiva visibilidad de nuestro vehículo, optamos por controlar el portal desde un par de cafeterías de las inmediaciones, dándonos relevos de manera que uno de nosotros estuviera en todo momento paseándose por la playa. Podíamos así dominar todo el

frente de edificios y anticipar cualquier movimiento que viniera desde cualquiera de los dos lados del paseo. Hacía bastante tiempo que no me ocupaba de faenas como aquélla y, mal que me pesara darle la razón a Gil, estaba algo desentrenado para soportar el tedio que implicaban. Sobre las ocho y media nos turnamos para cenar, en un local que era restaurante, cafetería y obrador de panadería, todo en uno. También era el que se veía más nuevo y donde el personal parecía más amable. Mientras dábamos cuenta de nuestros bocadillos, Chamorro me preguntó:

—¿Vamos a ir a por ella directamente?

—No. Esperaremos a mañana para abordarla. Si no se ha ido o no la han hecho irse ya, no creo que se vaya esta noche.

—Y ahora, ¿a qué esperamos?

—A que salga otra vez. Ya sabemos dónde ha pasado el día. Nos queda averiguar qué es lo que hace en horario nocturno.

—¿Y si se queda en casa?

—Pues nos tocará aburrirnos. Pero no era ésa su costumbre hasta ahora, según el estudio que ha hecho Juan sobre las localizaciones de su móvil. Si sigue la misma pauta, sobre las diez, como tarde, saldrá y estará fuera hasta las cuatro o las cinco de la mañana.

—Entonces, me parece que me voy a pedir un café.

—¿Por qué te crees que me he pedido yo éste?

—¿Y has previsto que durmamos algo? Por saber, nada más.

—Claro, mujer, de cinco a ocho tienes tiempo de sobra para darte un sueño reparador y estar mañana fresca como una lechuga.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Con tres horas que duermas a fondo estarás tanto o más descansada que con ocho dormidas de mala manera. En mis tiempos mozos, cuando andaba triscando por los montes de Navarra y de Guipúzcoa al acecho de los de la capucha, nos apañábamos más de una vez con una hora o una hora y media, nada más. Y te aseguro que seguíamos funcionando al 120 por ciento, por la cuenta que nos traía.

—No me convences. A mí no dormir mis horas me funde la mente. Por no hablar del mal humor que se me pone.

—Ya procuraré no llevarte mucho la contraria. Voy a buscar al chaval, que le dé tiempo a cenar algo. No tengas prisa, tómate el café a gusto, yo me ocupo de asegurar que no se nos escapa el pajarito.

Fui a relevar a Arnau. Aprovechando la oscuridad me adentré en la arena y desde allí observé el edificio. Se estaba bien al abrigo de las sombras, entre el mar que rugía regularmente a mis espaldas y las luces del pueblo, colgadas de las montañas que se alzaban frente a mí. Soplaba un viento frío, pero no me molestó sentirlo en la piel. Allí solo, a merced del mar y de la noche, tuve una sensación de desnudez que tampoco me pareció desagradable. Y me acordé de mis primeras expediciones nocturnas, allá en la época de mi lejana adolescencia. Entonces todavía era inmortal y la oscuridad no me inspiraba temor. Luego habían venido otros tiempos, en los que la noche había sido un territorio de amargura y amenaza, y también de ansias y espejismos. Superada esa zozobra, gastados los espejismos y cumplidas las amenazas, volvía a acogerme al amparo de la noche con la calma despreocupada del que nada espera y nada teme. Pero lo que treinta años atrás era inconsciencia, ahora era lo contrario: una conciencia precisa de lo malas que pueden llegar a ser las cartas que a uno le reparte el destino, y la certidumbre, alimentada por los años y los descalabros, de que aun con las peores siempre hay modo de jugar la partida.

Acaso porque no dependía de ella, Lucimara se ajustó una noche más al férreo horario que regía sus jornadas. A las diez y cinco se detuvo delante del edificio un Mercedes negro. Un par de minutos más tarde, ella y la amiga aparecieron en la verja que daba acceso a la finca. Las dos, vestidas para matar y morir: minifaldas extremas, un plumas ceñido a la cintura por todo abrigo y el rostro cubierto de pinturas de guerra. Para entonces, Chamorro ya estaba sentada y lista al volante de nuestro Touareg. Arnau y yo nos reunimos con ella tan pronto como el Mercedes, con las dos mujeres a bordo, terminó de maniobrar para dar la media vuelta y enfiló hacia la zona central del pueblo.

Era martes y el aspecto desolado de las calles no dejaba lugar a dudas. Cualquiera que fuera la vida nocturna a la que Lucimara y su compañera se dirigían guiadas por el Caronte que conducía el Mercedes negro, no se trataba de la que llevaba el común de la gente. Casi todos los restaurantes y locales estaban cerrados, ya fuera por la temporada o por el día de descanso del personal. Los que se veían abiertos apenas tenían clientela. Por las calles de aquella ciudad un poco falsa, construida junto a la orilla del mar para servirle de escenario a esa impostada felicidad que nos empeñamos en arrancarle al verano, y tan surrealista en ausencia del alegre coro estival, apenas circulaban vehículos. Chamorro, precavida, dejó un buen trecho entre nuestro coche y el que estábamos siguiendo. Tras un trayecto de poco más de cinco minutos se detuvo ante un local situado en una transversal entre la segunda y la tercera línea de playa. No tenía nombre y la fachada estaba iluminada por unos neones de color violeta pálido. A la puerta había un hombre trajeado con pinganillo, muy imbuido de su papel. Era lo malo de la vulgarización

y el abaratamiento de la tecnología. Cualquier zumbasacos podía creerse al nivel de los que cubrían a JFK en aquel inoportuno recorrido por las avenidas de Dallas.

Tan pronto como Lucimara y su acompañante bajaron del coche, el gorila les abrió las puertas del club. El Mercedes, una vez descargada su mercancía, se deslizó sigilosamente en dirección a la playa.

—¿Le sigo? —consultó Chamorro.

—Ya habrá tiempo para eso. Aparca en la calle de atrás.

Mi compañera obedeció. Como había sitio de sobra donde elegir, buscó un hueco que, sin quedar a la vista de nuestro nuevo objetivo, nos permitiera controlarlo. Quitó el contacto y nos quedamos los tres en silencio y a oscuras. Por la calle no pasaba un alma.

—¿No resultamos un poco sospechosos? —dijo Arnau.

—Algo más que eso —le concedí—. La suerte es que no hay nadie para apreciarlo. Estaba pensando qué hacer. Dudaba si mandarte a ti solo a explorar ese antro de perdición; si ir contigo y fingir que somos dos ejecutivos que hemos venido por *bisnes* a Barcelona y que yo, el ejecutivo viejo y pervertido, te quiero corromper a ti, el ejecutivo todavía jovencito y con novia sosa y formal con la que ya estás amueblando el piso y a punto de perder la libertad; o si, en un planteamiento más osado, agarrarme a Chamorro y hacer como que somos una pareja aburrida en busca de alguna extravagancia erótica con la que sazonar una vida conyugal a la que ya se le ha pasado el sabor.

Chamorro y Arnau se volvieron. A Arnau el cuello no le daba, pero ella sí pudo transmitirme con la mirada la impresión que le producía mi propuesta. Sin arredrarme por ello, me permití añadir:

—Hay una cuarta posibilidad, que es que entréis tú y la sargento, haciendo como que sois una pareja de esas posmodernas donde manda la mujer, mucho más experta y un poco casquivana, y el muchachito se deja llevar a donde le diga su *misis* Robinson. Pero se me antoja que es el cuento menos verosímil. Y no sé si vais a colar.

—Se te ha olvidado la quinta posibilidad —dijo Chamorro.

—¿Cuál?

—Que pases tú solo, y hagas como que eres un cuarentón un poco marrano que trata de apurar a la desesperada las mieles de la vida.

—Eso ha sido un golpe bajo, Vir.

—¿No te parece que sería lo más creíble? —hurgó, cruel.

—Está bien, adjudicado. Entramos tú y yo, por lista. Y tú, Juan, te sientas al volante. Si ves que salimos perseguidos por un grupo de hombres con bates de béisbol, pones el coche en marcha. Si oyes disparos, llamas en seguida a los Mossos d'Esquadra. Es el 088.

—Ya lo sé, mi brigada.

—Pero es muy pronto, y todavía no habrá ambiente. Así que vamos a esperarnos una horita. Si alguno quiere echar una cabezada, me ocupo yo de andar pendiente de lo que entra y lo que sale de ahí.

Durante la hora siguiente no salió nadie. Entraron diez o doce personas. Todas, salvo una mujer, hombres entre los treinta y los sesenta, en grupos de dos o de tres. Algunos llegaron en taxi, otros en coche particular y dos a pie: o habían aparcado el coche a cierta distancia, o habían venido en el cercanías, que tenía el apeadero cerca y todavía funcionaba. A eso de las once y cuarto, consideré que ya había el aforo suficiente como para entrar y pasar moderadamente inadvertidos.

—¿Traes pintalabios? —le pregunté a Chamorro.

—Pues no. ¿Y tú?

—¿Y puedes soltarte o revolverte el pelo o algo?

—Me lo puedo soltar. Y si quieres me lo revuelves a tu gusto.

—Suelto me vale. Se trata, nada más, de que no nos tomen por un par de testigos de Jehová que vienen a evangelizarlos.

Me observó con cierta displicencia.

—Y a ti, ¿cómo te camuflamos? ¿Vas a ponerte gafas de sol?

—Tampoco hay que pasarse. Echémosle cara, nada más.

El examen del cancerbero duró unos cinco segundos. A mí me suspendió en cuatro, pero Chamorro lo compensó alcanzando el cum laude en un solo segundo triunfal. Confieso que a mí mismo me impresionó verla recolocarse el sostén y aventarse el flequillo con tan descarado y sensual donaire. El tipo se echó a un lado y gruñó:

—Buenas noches, señores.

Nunca me han gustado los locales nocturnos. Ni en la edad en que se suponía que debían gustarme, ni después, cuando empecé a sentir que perder mi tiempo bajo el estruendo de música seleccionada por gente con la que no tenía nada en común, en lugares llenos de humo de tabaco y mal iluminados para ocultar la mugre, era algo incompatible con mi condición de ser maduro y pensante. Que el

oficio me haya llevado con alguna frecuencia a ellos, porque es al amparo de esa mugre y ese ruido y ese humo donde muchas veces se cuecen los asuntos que el contribuyente me paga por fiscalizar, no me ha hecho más partidario de su estética, comúnmente pobre, y su ética, a menudo dudosa. Por suerte, desde hacía un año no dejaban fumar, y ya no tenía que airear la ropa durante tres días para poder volver a ponérmela.

En aquel local sin nombre, antes de la sala propiamente dicha, había un corredor oscuro que conducía hasta un pesado cortinaje de color indefinido. Mientras lo recorríamos, con el chunda-chunda de fondo, Chamorro consideró oportuno hacerme una advertencia:

—Hablo con quien tú me digas, pero si alguno de esos mierdas me pone una mano encima, la primera vez se la quito amablemente, y a la segunda le parto un dedo. Lo digo para que no esperes lo que no hay, que esto me pilla ya un poco mayor para jugar a Mata-Hari.

—No esperaba otra cosa. Te respeto, Vir.

—Pues eso.

No reconocí la música que sonaba, y tampoco me esforcé. La música de moda dejó de interesarme desde que el personal empezó a creerse que con una caja de ritmos y unos ripios daba para hacer una canción. El panorama que se mostró a mis ojos no me atraía más que la banda sonora. En la pista, pequeña, bailoteaban una joven ciclópea y un calvo descamisado. En las mesas se repartían grupos de hombres solos, hombres con chica, chicas con hombre. En la barra había un único bebedor, vigilante y enigmático. Le indiqué a Chamorro:

—Ponte en aquella mesa, de espaldas a la pared. ¿Qué bebes?

—Agua con gas.

—Entendido. Ya me desmeleno yo.

Según un letrero, hacían cócteles. Como tenía la noche audaz, decidí ponerlos a prueba. La barra la atendía una treintañera de hombros algo cargados y cara de malas pulgas. Le grité nuestro pedido:

—Un agua con gas y un gimlet.

—Ahora mismo, corazón. Siéntate y te lo llevo.

Lo dijo con el mismo tono intimidatorio con el que un funcionario de la Agencia Tributaria podría anunciar una liquidación de intereses de demora, pero quise entender que era su versión de la afabilidad. Fui a sentarme con Chamorro. Sin mirarme, me hizo el informe:

—El tipo de la barra y otro en la mesa aquella del fondo a la izquierda son los que controlan. La brasileña está en una mesa a tu derecha, con esos dos tíos con pinta de nórdicos. Tienen la botella de cava casi vacía, así que lo que haya de pasar pasará pronto. He visto que hay al fondo una puerta que si no he perdido la orientación da al interior de la manzana. O sea, que hay más edificio por ese lado.

—Caramba, Vir —dije—. ¿Nunca consideraste ser aparejadora?

—Me gusta la geometría. Ayuda a vivir.

Entonces me fijé en una mesa en la que había tres chicas. Dos de ellas, sudamericanas, charlaban animadamente. La otra, muy joven, bien podía ser española. Se la veía mustia, casi asustada.

—Hablando de geometría. De esas tres, ¿a cuál elegirías?

Declinó mi invitación, con aire ofendido:

—Elige tú. Lo mío es obediencia debida.

CAPÍTULO 14

UNA PIZARRA EN LA NUBE

Uno de los síntomas más notorios de la decadencia de Occidente es la cantidad de gente que se ofrece a proveer cosas que no tiene la menor idea de producir. Aquella camarera sabía de preparar un gimlet poco más o menos lo mismo que yo sabía de soldar juntas de gasoductos. Le había puesto demasiada lima (bastante más de la proporción de uno a cuatro en relación con la ginebra que recomiendan los cánones) y la fracción alcohólica provenía de cualquier sitio menos de la destilería que se anunciaba en la etiqueta de la botella que había volcado sobre mi vaso. No es que me importara mucho, porque los años me han ido alejando del alcohol destilado y apenas pensaba mojar mis labios en aquel brebaje. Pero era un ejemplo más de la desidia que imperaba por doquier. Quienes llevaban aquel establecimiento tenían claro que no constituía una atracción por la excelencia de su servicio de bebidas. Su gancho estaba en otro lado. Y no se preocupaban de más.

Hube de vencer profundas resistencias, dentro de mí, para acercarme a la mesa de las tres chicas, sin más acicate en el estómago que un trago de aquel gimlet infame. Tras departir con las tres tendí la mano a la más joven, que era española, como parecía, y la acerqué a la mesa donde me aguardaba Chamorro con gesto de pocos amigos.

No entraré en detalles sobre la comedia, triste, que representamos a continuación. Hubo momentos en que me dieron ganas de ofrecerle a aquella chica llevarla esa misma noche a casa de sus padres, estuviera donde estuviera y fuera cual fuera el motivo que la había inducido a usar su flamante mayoría de edad de forma tan atolondrada como para ir a dar con sus huesos en aquel lóbrego apartadero de la vida. En vez de eso, que era lo que me pedía mi corazón, aún tuve que hacer el esfuerzo de enredarla en un tejido de embustes y fingir un interés del que carecía para sacarle información sobre la brasileña que nos había arrastrado hasta allí y que mientras hablábamos desapareció por la puerta del fondo, escoltada por sus dos galanes nórdicos.

Jessi, que fue como dijo llamarse, era una confidente de fácil manejo. No se la veía especialmente instruida ni despejada, su bagaje para enfrentarse a la

existencia no iba mucho más allá de aquellas piernas largas, aquel pecho subrayado por el corpiño y su mirada de cervatilla resignada al plomazo de los cazadores que merodeaban por el bosque. A alguien así no cuesta nada sacarle lo que de ella se desee. Nos dijo que Lucy, así la llamó, era una de las chicas de más éxito, que todos se la rifaban siempre y que estaba allí casi todas las noches. Si queríamos probar suerte con ella, añadió con una especie de solicitud derrotada, no teníamos más que volver cualquier otro día y, eso sí, llegar un poco más temprano. Sólo se puso a la defensiva cuando le pregunté, como quien no quiere la cosa, si había por allí un gerente o algo, porque estaba muy interesado en organizar una fiesta para agasajar a unos clientes importantes que tenían previsto venir por Barcelona. Me dijo que ella no era empleada de allí, que ninguna de ellas lo era. Que ellas tan sólo tenían un acuerdo con la casa, y que si quería hablar con alguien tenía que preguntarle a la chica de la barra, porque ella no estaba autorizada a dar ninguna información. No estaba mal aleccionada. Me pregunté si las sudamericanas, que seguramente estaban registradas como camareras ante la autoridad competente, a fin de obtener el permiso de residencia que la española no necesitaba, me contarían el mismo cuento o estarían enseñadas para largar una variante distinta.

Sopesé la posibilidad de abordar a alguno de los dos tipos que parecían estar a cargo del tinglado, y que desde hacía rato no nos quitaban ojo de encima. Pero no le calculé al movimiento ganancia ninguna y sí algún más que probable inconveniente. Así que pagué nuestras bebidas y la de la chica, a la que dejé una propina tan generosa como me permitía mi economía de funcionario de un Estado al borde de la quiebra, o quizá algo más. Le di las gracias por la compañía y la charla, y mientras le deslizaba el dinero entre los dedos le sugerí:

—Gástatelo en un billete de tren o de autobús. No te quedes aquí, vuelve a casa. Hay otros mundos, pero no están en éste.

La chica me miró como si no me comprendiera del todo, o nada en absoluto. Pensé que en parte era culpa mía: cuando pasaban por la tele el anuncio del que había sacado la última frase, su madre no le había quitado el pantalón a otro varón que el Ken de la Barbie. Acepté mi derrota y tomando a Chamorro del brazo me dispuse a salir de allí. Lucimara no regresaba, y de pronto se me ocurrió que el edificio podía tener otra salida, para lo que no había prevenido a Arnau.

Pero mi temor no se confirmó. Lucimara permaneció dentro del local hasta las cuatro menos cuarto, hora a la que el Mercedes negro volvió a detenerse ante el local y ella salió junto a su eterna acompañante. Volvimos a dejarles la ventaja habitual y las seguimos hasta el mismo edificio de apartamentos. Cuando se hubieron bajado y el Mercedes desapareció, me dirigí a mis somnolientos

compañeros:

—¿Qué os parece, visto lo visto? ¿Podemos recogernos tranquilamente hasta mañana, o creéis que uno de nosotros debería quedarse aquí esta noche, echando un ojo por si pasa algo fuera de guión?

Ninguno de los dos dijo nada.

—Bien, corremos el riesgo —decidí—. Arrea para la comandancia, Vir. Tenéis casi cuatro horas para recargar baterías. Quiero estar aquí a las nueve de la mañana. Os invito a desayunar ahí enfrente.

He de admitir que las cuatro horas de sueño, pese a mi fanfarronada de la víspera, me dejaron hecho unos zorros. Aunque a veces no quisiera reconocerlo, existía una sustancial diferencia con aquel otro que velaba noches enteras en los oscuros bosques de Navarra, aguardando el paso de la *muga* de algún comando enviado a sembrar el terror. Ya no era aquel veinteañero cuyo organismo, a prueba de excesos, aguantaba lo que hiciera falta. Me lo vino a mostrar uno que aún conservaba esa capacidad, el guardia Romero, cuando me lo encontré por la mañana en la cafetería de la comandancia, adonde acudí a inyectarme un café para arrancar el día. Saltándose la introducción, me soltó:

—Estaban encoñados. Los dos.

—Perdona, ¿cómo dices? —farfullé.

—Robles, lo que resulta más o menos comprensible, pero también la brasileña. O eso, o sabía fingir muy bien. He estado leyendo sus mensajes íntimos. Vaya pasión. El subteniente estaba enganchado como un becerro. Y la chica, otro tanto, o eso le escribía. Me da que por primera vez en su vida se sentía protegida de verdad por un hombre. Lo que nunca hizo por ella su padre, según le contaba, y mucho menos, eso ya lo imagino yo, los hombres con los que se cruzó después.

—Ah —dije, con una punzada de culpa por la viuda de Robles.

—Aparte de eso —prosiguió—, he encontrado algo interesante. O al menos a mí me lo parece, no sé cómo lo verá usted, mi brigada.

—Pues no sé si estoy para ver nada, antes de que me hagan efecto este y los otros dos cafés que me pienso tomar de aquí a una hora, pero puedes intentarlo. Y, si no, me lo explicas, por favor.

En eso, llegaron Chamorro y Arnau. Los dos ofrecían un aspecto lamentable, lo que me sirvió de mezquina reparación. Si la memoria no me engañaba, a su edad yo me recuperaba más deprisa.

—Buenas —los recibí—. ¿De dónde salís, de una peli de zombis? Pedid un café y

escuchad, el compañero ha encontrado algo, dice.

—Hay un detalle que me extrañó —explicó Romero—, y era que Robles no se hubiera cruzado mensajes con nadie más, es decir, con ninguno de los otros cinco amigos que tenía en esa cuenta. Mirando más a fondo en su perfil descubrí que pertenecía a un grupo cerrado, en el que también estaban esos otros cinco. Y lo que es aún más peculiar: los seis tenían poderes de administrador. La guinda es cómo estaba el muro del grupo: completamente en blanco. ¿Lo pilla, mi brigada?

—No he entendido ni jota, Romero —confesé.

—Yo sí —intervino Arnau para ratificar el triunfo de la juventud, que tan neciamente me había atrevido a cuestionar—. Si los seis tenían poderes de administrador quiere decir que los seis podían no sólo escribir, sino también borrar lo que escribían todos los demás. Venían a usar el muro del grupo como una especie de pizarra en la nube, donde ponían los mensajes que quisieran intercambiar. Y tan pronto como los habían leído todos los que debieran leerlos, los borraban. De ese modo no quedaba ningún registro a posteriori de lo que se decían y, como el grupo era cerrado, podían preservar la confidencialidad.

—Al final voy a tener que hacerme de Facebook —admití.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Romero.

—Porque quiero seguir entendiendo algo del mundo en el que vivo. Y porque Robles me sacaba quince años. Esto es humillante.

—Tampoco te tortures —dijo Chamorro. Me consoló sentir que compartía, con diez años menos, mi sentimiento de inferioridad.

—Vamos a ver —traté de recapitular—. Si lo he entendido, los titulares de esos otros cinco perfiles compartían con Robles un cauce de comunicación sospechoso, lo que nos daría cierta base para intervenirles las cuentas. Ahora bien, ¿cómo le explicamos todo esto a la juez?

Romero asintió, pensativo.

—No será fácil. Y tampoco sé si tiene sentido intervenirlas. Hay otro detalle que creo que le conviene saber, mi brigada. Esas otras cinco cuentas no registran ninguna actividad desde el jueves de la semana pasada, y los muros de todas están tan limpios como el del grupo. Han borrado todo lo que había en ellas y las han abandonado, parece que para siempre. Me temo que va a costarle sacar algo de ahí.

—¿Y el servidor no tendrá un archivo histórico?

El guardia se encogió de hombros.

—En teoría, todo lo que pasa por un sistema deja huella en él y es recuperable,

salvo que se haga un formateo a fondo de los servidores donde se almacena la información. En la práctica, recuperar lo que los usuarios han borrado se convierte en una pesadilla. No es la labor en la que los proveedores de servicios de Internet prefieren poner a trabajar a sus informáticos, por mucho que se lo pida un juez.

—Está bien, no nos empeñaremos en cosas que nos lleven a perder el tiempo. Te agradezco el esfuerzo, aunque nos sirva para poco.

—Ya lo siento, mi brigada.

—En todo caso, sigue en contacto con la cabo Salgado. Me gustaría que le echaras un vistazo a la información de la otra cuenta de correo electrónico de Robles. Está claro que sabes leer estas cosas.

Romero acogió con modestia el elogio.

—Me resultan curiosas, y en los temas que llevamos por aquí, de delincuencia organizada, son un filón. A veces, la gente no es consciente de toda la información que va exponiendo no sabe muy bien a quién mientras tontea en las redes pero también mientras se las da de lista usándolas para burlar los controles tradicionales. Las máquinas son unas chivatas implacables, peores que el peor soplón. ¿Le ha contado la teniente mi gran hazaña con el *Face*? Es tan tonta que asusta.

—Pues no, que yo recuerde.

—Sucedió investigando una trama de grupos neonazis. Machacándome los contactos del Facebook de uno al que teníamos localizado, llegué a un gilipuertas que tenía colgado un vídeo que me dio mala espina por el texto que lo acompañaba. Lo pinché y me salió el tío en mitad de un bosque con un fusil de asalto, un cetme viejo. Cuál no sería mi pasmo cuando veo que el maromo empieza a disparar, primero tiro a tiro y luego a ráfagas, en plan Rambo. Resultó que había comprado un fusil inutilizado, de los que se venden para coleccionistas, y que era un manitas y lo había puesto en servicio otra vez.

—¿Y la munición? —preguntó Chamorro.

—Tenía un par de colegas que eran militares profesionales y se la distraían en las maniobras y en los ejercicios de tiro. En fin, que en el Facebook aparecía con su careto, su nombre y apellidos, todo. Cuando tuvimos la orden judicial y nos plantamos en su casa, el muy memo no daba crédito. Le preguntamos dónde tenía el cetme y se puso chulo, que quién se había inventado que él tenía eso. La teniente le sacó el móvil y le enseñó su propio vídeo. Se quedó blanco como la pared. El fusil lo tenía debajo de la cama, envuelto en trapos, engrasado y cuidado como seguro que no cuidaba a la novia. Posesión de armas de guerra, directo al talego.

Una investigación de cinco minutos, desde la mesa de la oficina, sirvió para quitar de la circulación a un bicho de cuidado. Lo que a veces no sacas en un año de patear la calle.

—En fin, ésta es la época que nos ha tocado vivir —reflexioné—. Para bien o para mal. La parte buena es comprobar que a nuestra clientela no la reclutan entre los primeros de la clase, precisamente.

Tras tomarnos aquel primer café pusimos rumbo a Castelldefels. Nos costó un buen rato llegar hasta la autopista, gracias al atasco inmisericorde de la A-2. Recordé la época en que aún no estaban terminadas las rondas, cuando me había tocado comerme embotellamientos apocalípticos, del Besós al Llobregat y del Llobregat al Besós. Veinte años después, por lo que pude advertir, se habían quedado pequeñas, pero con ellas había que arreglarse. Pasados los días de bonanza, difícil iba a ser invertir en infraestructuras. Quienes habían dejado ir las vacas gordas gastando el dinero del contribuyente con arreglo a otras prioridades habrían debido dar penosas explicaciones, en un país que tuviera el hábito de exigir las responsabilidades públicas.

Una vez en la autopista, y como íbamos en sentido contrario al tráfico, ganamos en seguida velocidad. Así y todo, llegamos a la playa de Castelldefels a las nueve y veinte pasadas, lo que me produjo esa pequeña decepción ante mí mismo que experimento siempre que no soy capaz de cumplir con el programa que me he impuesto. Dejamos el Touareg en una perpendicular al paseo marítimo y nos dirigimos a la cafetería. Por la hora a la que Lucimara había terminado su jornada la víspera, calculé que teníamos tiempo para obsequiarnos un plácido desayuno mirando el mar antes de que la chica se pusiera en pie.

Hacía una mañana soleada y la playa estaba desierta. Ni siquiera había apenas coches aparcados que estropearan la vista. La sensación era tan confortable que no me privé de nada. Aparte del zumo de naranja natural, me pedí una ensaimada espolvoreada de azúcar, pecado que rara vez me permitía, por su inmediata repercusión en mi perímetro abdominal. Pasados los cuarenta y cinco, mi trabajo me costaba mantenerlo por debajo del perímetro torácico, como aconsejaban encarecidamente todos los especialistas en salud cardiovascular.

Mientras desayunábamos, Chamorro, a quien aquel segundo café pareció devolver a la aptitud para el servicio, me preguntó:

—¿Tienes una estrategia para abordar a la chica?

—La verdad es que pensaba improvisar. ¿Alguna sugerencia?

—Lo que se me ocurre es que una vez que la contactemos pueden producirse efectos a los que tal vez deberíamos anticiparnos.

—Ya. También se me ha ocurrido a mí.

—¿Y?

—No estoy seguro. Dependemos de lo que nos cuente. Si se suelta, tendríamos que ir a saco, apartarla de la circulación y a lo mejor llamar a la juez de La Rioja y a la sargento Balderas para obtenerle el estatus de testigo protegido y buscar un lugar seguro donde alojarla. Si no suelta prenda, no tenemos más remedio que dejarla ir.

—¿Y no temes que desaparezca?

Vacié el vaso de zumo y decidí que me pediría otro.

—Claro que lo temo. Por eso a partir de ese momento habrá que vigilarla. Había pensado en pedirle el favor a Morata. Lo ideal sería ponerle detrás un equipo de seguimiento, pero ya sabes lo caros que los venden, me cuesta creer que convenceremos a los jefes de que nos manden uno para vigilar a una señorita de compañía, por más que anduviera con un compañero al que han asesinado. Habrá que confiar en Gil y en Romero, si nos los presta su oficial responsable.

—No sé yo si me quedaría muy tranquila.

—Es lo que hay. Y siempre podría haber menos.

Terminado el desayuno, salimos a pasear por la playa. Lo hicimos sin perder de vista en ningún momento el edificio de apartamentos, aunque faltaría a la verdad si dijera que mantuve en todo momento la concentración en la tarea. Mientras caminaba sobre la arena, mi memoria se retrotrajo a los años que había pasado a la orilla de aquel mar y me acometió de nuevo la nostalgia. Lo había echado mucho de menos, al mar, en los años que llevaba viviendo en Madrid. Y era una sensación extraña, porque de ella se desprendía que no acababa de encontrar mi lugar en el mundo. Si había de decidirlo en función de los años que había pasado en él, mi lugar era Madrid, donde había vivido durante dos tercios de mi existencia. Pero algo se había grabado muy dentro de mí en Montevideo, en esa esquina entre la calle Carlos Gardel y la calle Río Negro donde aprendí a mirar la línea gris del Río de la Plata, y también allí, en el arenal dorado que se extendía del Garraf a Montjuïc, donde el azul del Mediterráneo había conquistado su lugar en mi alma y mi memoria. Por culpa de esa doble impresión, habiendo vivido casi toda mi vida tierra adentro, padecía de aquella añoranza del horizonte abierto del mar. Como ya era viejo para engañarme, no me negué a reconocer el motivo, que tenía nombre y rostro, en los dos casos, aunque se me hubieran desdibujado ambos, con el tiempo y la distancia. Alguien que vivió alguna vez en el 1060 de la calle Río Negro de Montevideo. Alguien que fue mi mar de Barcelona.

Fue hacia las once de la mañana cuando la vimos aparecer en la cancela que daba acceso al jardín interior del edificio. Estaba sola y llevaba atuendo deportivo: mallas negras, sudadera, cinta en el pelo, zapatillas. También lucía gafas de sol y los auriculares blancos que ya se habían convertido en el accesorio invariable de todo corredor. Por lo que se veía, Lucimara se mantenía en forma. Pensé que aquel rato de ejercicio, además de un alivio para la tristeza, venía a ser su único tiempo a solas consigo misma, antes de vender el resto del día a los desconocidos que pagaban por beneficiarse de sus servicios.

Cruzó la calle y apenas puso el pie al otro lado echó a correr a buen ritmo hacia el suroeste, es decir, hacia las montañas donde moría la playa. La vimos pasar a nuestra altura y comprendí que si no queríamos perderla íbamos a tener que salir a la carrera, lo que dada nuestra vestimenta iba a resultar un poco demasiado llamativo.

—Juan, ve por el coche —le pedí a Arnau—. Vir, conmigo.

Los acontecimientos se precipitaron en el espacio del siguiente minuto. Mientras Arnau iba a buscar nuestro todoterreno, y Chamorro y yo caminábamos tan deprisa como podíamos sin que pareciera que corríamos tras la chica, reparé en la presencia de un gigantesco BMW X5 con las lunas traseras tintadas que avanzaba por el paseo con rara lentitud. Sobre todo, teniendo en cuenta los hábitos conductores de quienes eligen vehículos de más de doscientos caballos. Intuí al vuelo el peligro y saqué el móvil. Marqué el número de Arnau.

—Sí... —respondió, con voz jadeante.

—Date prisa. Y lleva el arma a mano.

—¿Cómo?

—El arma a mano. Vamos.

Mientras decía esto, despejé el acceso a mi propia pistola y con una mirada animé a Chamorro a que hiciera otro tanto, pero ella se había adelantado al oírme. Advertí que había abierto el bolso que siempre llevaba en bandolera y que ya tenía la mano dentro de él.

—Tenía que haberlo pensado, maldita sea mi estampa —mascullé, y me arranqué a correr sin ningún disimulo mientras veía cómo el BMW llegaba ya a la altura de la chica y empezaba a frenar.

—¿Por qué? —preguntó mi compañera, que corría también.

—Nuño —respondí—. Lo siento, Virgi, me temo que te voy a meter en un fregado sin anestesia y sin haberte dejado descansar.

—Para eso estamos, ¿no?

—Ve por el otro lado —le grité, ya a galope tendido.

Sucedió todo a la vez. El BMW se detuvo, bajaron dos tipos, Arnau frenó tras ellos, Chamorro les llegó por la derecha, yo por la izquierda, uno de los dos tipos le echó el brazo a la chica y aullé:

—¡Alto a la Guardia Civil!

Si alguien me hubiera dicho a mis veinte años, cuando era un librepensador irresponsable e indocumentado y leía *Tótem y tabú*, de Freud, que alguna vez esa frase saldría de mi boca, le habría tomado por un chiflado peligroso. Pero a los cuarenta y ocho, y teniendo que vérmelas con dos armarios como aquéllos después de un *sprint* excesivo para mi estado de forma, agradecía poder escupírsela y con ella todo lo que representaba a oídos de alguien enemistado con la justicia.

En efecto, al oírme y verme apuntándolos, y al ver un segundo después a Chamorro, que también les dio el alto, y en el siguiente a Arnau, que los enfilaba con su HK reglamentaria y les había cruzado detrás el Touareg para impedirles retroceder, los dos sujetos reconsideraron sobre la marcha sus posibilidades. Lucimara se había sacudido del que la había agarrado y nos miraba atónita. Uno de los dos volvió a meterse en el BMW a toda prisa, y el otro, el que estaba más cerca de la chica, pareció dudar durante una décima de segundo. Me cercioré de que no tenía a nadie detrás y le grité, procurando hacerme creer:

—Si la tocas, te hago un agujero. Para empezar.

Milagrosamente, porque todos los malos saben la ruina que se echa encima un policía español si le dispara a un delincuente, conseguí intimidarlo, o quizá fue que el conductor del BMW metió primera y le hizo ver que, o se subía en seguida, o se quedaba allí a explicárnoslo. El caso es que se coló de un salto dentro del coche y cerró de un portazo. Mis compañeros me miraron e hice lo que el sentido común aconsejaba: alcé mi Walther, invitándolos a imitarme. No íbamos a tirarle a un coche en marcha, como si aquello fuera un telefilme de Chuck Norris, y tampoco tenía sentido perseguir a aquellos tipos. Una vez que estuvimos seguros de que se largaban, guardamos las armas. Le hice una seña a Chamorro y nos acercamos los dos hasta la chica.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Yo... Sí, pero ¿quiénes son ustedes?

—Somos guardias. Compañeros de Rafael. No te asustes.

—¿Compañeros de Rafael?

—Rafael Robles, nos consta que sabes quién es, sabemos lo que había entre vosotros. ¿Conocías de algo a esos tipos que venían por ti?

—No los había visto en mi vida. ¿Qué quieren ustedes?

—Hablar contigo —dijo Chamorro—. Y, después de lo que acabamos de ver, protegerte. No sé si te das cuenta, pero estás en peligro.

—¿Yo, en peligro? ¿Por qué?

—Alguien cree que puedes contar cosas que sabes y que no le conviene que se sepan. Sobre Rafael, sobre vuestra relación, sobre lo que hacía y con quién lo hacía, sobre lo que pasa en ese hotel del centro y en ese antro de las luces violetas donde vas todas las noches.

Lucimara empezó a ponerse nerviosa.

—No sé de qué me hablas. Yo no sé nada. Yo sólo había salido a correr, no sé quiénes eran esos hombres, se habrán equivocado.

Temblaba. La miré de frente.

—Lucimara, siento decirte esto, pero no puedes volver a tu casa. Si te la ha puesto quien me imagino, y si te quedas allí, tu vida no va a valer ni un céntimo de euro. Han decidido que ya no les sirves, o, lo que es peor, que les estorbas, y no van a tener ningún escrúpulo en desembarazarse de ti. Hay muchas chicas guapas y jóvenes como tú, y lo que tú puedes contar les perjudica más que les beneficia el dinero que puedas hacerles ganar en diez años. Lo que les interesa es que desaparezcas sin dejar ningún rastro. Y te aseguro que saben cómo hacerlo.

En su cara asomaba ahora el terror. Me sentí un poco cruel, pero no podía permitirme que me privaran de aquella baza, y tampoco podía dejarla, a Lucimara, a merced de quien acabaría con ella.

—No sé, yo no puedo...

—¿Hay alguien en tu apartamento ahora? —dijo Chamorro.

—Sandra, mi compañera. Pero está dormida aún.

—Vamos, te acompañamos a recoger tus cosas.

—Es que así, de repente... ¿Cómo sé que son lo que dicen?

Le mostré mi placa y pedí a Chamorro y a Arnau que hicieran otro tanto. Pero disponía de un argumento mejor para convencerla:

—Tengo la lista de todas las llamadas que te hizo Rafael, y de las que le hiciste tú, en el último mes. Sé a qué horas y qué días estuviste con él aquí y en el centro. Sé con quién hablaste entre el viernes y el domingo pasado, antes de que dejaras de

usar el teléfono móvil.

—Me lo quitaron —murmuró—. Era de ellos y se lo llevaron.

—Sé a qué cuenta de Facebook le escribías, y tengo tus mensajes y los suyos. Lo sé todo. Y lo sé porque somos guardias y podemos pedirle a un juez que nos autorice a mirarlo. ¿Me crees ahora?

—Tengo miedo —sollozó.

Chamorro le echó el brazo por el hombro.

—Vamos a protegerte, no te preocupes. Ahora iremos al apartamento a recoger tus cosas y te llevaremos a un lugar donde podamos hablar tranquilamente. No tienes nada que temer mientras estés con nosotros.

Subimos al apartamento con ella. Era tan pequeño y viejo como desde fuera parecía, y estaba decorado con una mezcla de muebles baratos de treinta años atrás y del último catálogo de IKEA. Esperamos en el salón mientras Lucimara echaba en una maleta sus cosas. En esto se despertó Sandra, la compañera y, según adiviné tan pronto como me la eché a la cara, la espía que le habían puesto para vigilarla.

—¿Quiénes sois? —preguntó, aún legañosa.

—Amigos de Lucy —respondí—. ¿Y tú?

—Sandra.

—Muy bien, Sandra. Métete en tu cuarto y no salgas hasta que nos hayamos ido. No has visto nada. Por tu propio bien. Créeme.

—¿Eh?

—No voy a repetírtelo. A tu cuarto.

Obedeció con la sumisión de quien ya se ha hecho a que otros decidan por ella y rara vez le presten alguna atención a su dignidad como ser humano. No me sentí orgulloso de tratarla de aquella forma, pero no tenía tiempo que perder ni tampoco podía dedicarme a proteger a todas las muchachas descarriadas que paraban por Castelldefels. Si hacía bien mi trabajo, quizá pudiera llegar a librarla de otra manera de quienes la explotaban. Emprender a partir de ahí una nueva vida, o buscarse unos nuevos proxenetas, ya sería decisión suya.

En el camino hacia la comandancia, esta vez en el asiento del copiloto, mientras Chamorro trataba de calmar a Lucimara en el de atrás, hice varias llamadas. La primera a mi comandante, a quien consideré que debía poner al corriente del giro que había dado la investigación, para que a través de él lo supieran quienes lo

tenían que saber. Le pillé en medio de una reunión, por lo que no se explayó ni me dejó explayarme demasiado. Luego llamé a la juez Albiñana, pero me saltó su contestador. Preferí no dejarle recado, porque no creí que pudiera resumirle en pocas palabras lo que tenía que decirle y siempre he detestado a quienes dejan grabadas parrafadas interminables en los contestadores. Finalmente, dudé si llamar a mi viejo amigo el intendente Riudavets o a la sargento Balderas, pero me puse en el lugar de la segunda y comprendí que lo más correcto era hablar con ella.

—Dime, Vila —respondió. Había guardado mi número.

—Esto es un poco embarazoso —le dije—. Hemos tenido que sacar la pistola en vuestra demarcación. Localizamos a la chica, la estábamos siguiendo y las circunstancias nos han obligado a intervenir.

—¿Intervenir?

—Unos tipos han intentado secuestrarla en plena calle. Nos ha cogido de improviso. Si os llega alguna noticia de un incidente en la playa, hacia el límite con Les Botigues, hemos sido nosotros.

—En fin, puede pasarle a cualquiera. ¿Tenéis a la chica?

—La llevamos a la comandancia. Y vamos a pedirle a la juez del caso, la de La Rioja, que nos la declare testigo protegido.

—¿Y ella está de acuerdo?

—Está aterrada, pero creo que la convenceremos. La cuestión es que se me hace difícil seguir a partir de aquí sin coordinarlo con vosotros. Habrá que meterla en algún sitio donde esté segura, y me parece que tenemos que cruzar información con vosotros sobre un par de locales de Castelldefels. ¿Cómo lo hacemos? ¿Llamo a Riudavets?

—Tenemos una oficina de coordinación. Y vosotros otra, en la jefatura de la zona de Cataluña. Habla con tu gente y que te oriente sobre el protocolo. Yo llamo a Riudavets para hacer nuestra parte.

—Gracias, compañera.

—No hay de qué.

Cuando colgué, vi que mientras hablaba con Balderas me había entrado una llamada del brigada López. Se la devolví en seguida.

—Lo siento, tío —fue su inquietante saludo—. Tengo que decirte algo que sé que no te va a gustar, pero no me queda otra. ¿Puedes estar en Santander mañana a primera hora, como muy tarde?

CAPÍTULO 15

EL POLICÍA QUE PIENSA

Siempre que se me plantea la necesidad de abordar a la vez varias tareas mutuamente excluyentes, y que además no tenía previstas, me asalta la misma sensación. La describe muy bien Herman Melville en el capítulo 49 de *Moby Dick*, titulado, no por azar, «La hiena»:

Hay ciertas ocasiones y coyunturas, en este raro asunto entremezclado que llamamos vida, en que uno toma el universo entero por una gran broma pesada, aunque no llega a verle la gracia sino vagamente, y tiene algo más que sospechas de que la broma no es a costa de otro que uno mismo.

Estaba en la obligación de aprovechar en caliente el testimonio de quien podía ser una informante crucial. Por otra parte, debía solventar, a la mayor brevedad posible, el delicado asunto de su protección. Para remate, tenía que activar los protocolos de coordinación entre fuerzas policiales nacionales y autonómicas en un país y una autonomía donde eso no era cualquier cosa, sino uno de los problemas más vidriosos. Y he aquí que, en vez de aplicar todo mi ingenio y mis energías a semejantes desafíos, me veía forzado a buscar a toda prisa un vuelo, preferiblemente *low cost*, que me pusiera en Santander antes de primera hora del día siguiente. Ni lo absurdo de la coyuntura, ni mi contrariedad ante los bruscos giros del *raro asunto entremezclado* que decía Melville, iban sin embargo a eximirme de la tarea. De modo que allí estaba, navegando por un portal de vuelos baratos y buscando itinerarios, porque no podía dejar sin coche a Chamorro y Arnau, porque no me fiaba de pedir el billete por el conducto reglamentario y porque López me había insistido en que, si quería hallarme presente en la operación que iban a reventar a la noche siguiente, tenía que llegar con al menos doce horas de antelación, que eran, me dijo, las que necesitaban para prepararla como debían. Por mucho que me pesara, y por mal que me viniera, no podía permitirme desatender su invitación.

Al final conseguí un vuelo que salía del aeropuerto de Reus y que no le arreaba a mi maltrecha tarjeta de crédito un mordisco excesivo. Era para esa misma tarde, por lo que no tenía tiempo que perder si quería dejar mínimamente encarriladas

todas las diligencias que me incumbían. Le había pedido a Chamorro que terminara de calmar a Lucimara y de paso le fuera sacando, con el mayor tacto posible, toda la información que pudiera suministrarnos. Cubierto ese frente, y ante la imposibilidad de hablar directamente con la juez, le encargué a Arnau que se pusiera en contacto con alguien del juzgado de La Rioja. Yo me fui a pedirle auxilio a la teniente Morata, cuya colaboración, hube de admitir aunque me fastidiara, había sido un acierto por parte de mi comandante asegurarse desde el primer momento. La encontré en su despacho, revisando unos informes con el guardia Romero.

—¿Das tu permiso, mi teniente?

Me hizo seña para que entrara.

—Adelante, Vila. Vaya día, ¿no? Me han contado que os habéis traído a la chica. Y que por poco no te lías a tiros en Castelldefels.

—Y eso sólo es el aperitivo. Necesito tu ayuda.

—Tú dirás.

Le expliqué la situación. En resumen, que habíamos tenido que actuar antes de lo previsto y que, a la espera de lo que nos contara la testigo, juzgaba imprescindible coordinarnos con los Mossos. Una vez que habíamos revuelto el avispero, había razones para creer que íbamos a tropezarnos con elementos a quienes ellos tendrían fichados o a quienes en todo caso debían controlar en el ejercicio de sus competencias de seguridad ciudadana. También le hice saber que justo en aquel momento tan entretenido yo tenía que irme a Santander, porque estaba en marcha una operación que podía ponernos en las manos a un sospechoso al que nos interesaba interrogar cuanto antes.

—Bueno, tu sargento parece bastante solvente —opinó.

—Lo es. Te lo cuento para que no te tomes como una descortesía que según te estoy pidiendo que me eches un cable me largue.

—No te apures, hombre. Dile a Chamorro que venga a verme cuando pueda. Yo voy llamando al capitán que se ocupa en la zona de la coordinación con los Mossos, y también haré un par de llamadas a mis amigos en la competencia. Les sugeriré que organicemos un equipo conjunto, se hace cuando el caso lo requiere. Procuraré dirigirlo para que nos asignen a la sargento Balderas. Con ella irás en moto.

—Visto lo visto, con no estamparme contra un árbol me conformo.

—Y, en cuanto tengas algún nombre, si quieres pásamelo. Nosotros también somos policía de Cataluña. —Y me señaló la *senyera* que lucía sobre el hombro

izquierdo de su guerrera, colgada en una percha—. Tenemos nuestras antenas sobre el terreno, y funcionan. Coincido en que es mejor ir a una con nuestros colegas, pero aquí estamos.

—Lo tendré en cuenta.

Acudí a reunirme con Chamorro. Había llevado a Lucimara a la residencia para no intimidarla con el hosco entorno de una oficina policial. Mientras iba hacia allí, sonó mi móvil. Era la cabo Salgado.

—Dime, Inés.

—Acabo de enviar al juzgado, en tu nombre, el informe para pinchar el teléfono del amigo antipático del sargento Nuño. Por cierto que éste, desde ayer por la tarde, sólo usa el teléfono para hablar con la familia, o con tipos misteriosos con los que apenas intercambia monosílabos o frases del tipo «tomamos un café donde tú sabes». Y hemos entrado en la otra cuenta de correo electrónico que usaba Robles.

—¿Y?

—Sorprendente. Ni un solo mensaje.

—No tanto. ¿Tienes el teléfono del guardia Romero?

—Sí.

—Llámalo y pásale las claves, por favor.

—Ahora mismo. Y si hay algo más en lo que pueda ayudarte...

—Hazme un favor. Pregúntale al comandante si puede explorar la posibilidad de utilizar un equipo de seguimientos.

—No sé yo. No los veo por aquí desde hace dos días, a ninguno, me da que ahora mismo están pringados todos.

—Fabuloso.

—¿Para seguir a quién? Me lo preguntará, ya sabes.

—A Nuño, de entrada. Los de Asuntos Internos están liados con otra guerra, y no me gusta que no tenga a nadie encima. Y al individuo al que llamó, si lo pinchamos y logramos identificarlo.

—Te lo compruebo, pero oscuro lo veo.

Llamé con los nudillos a la puerta de la habitación de Chamorro. No vino en seguida a abrir. Cuando lo hizo, vi a Lucimara sentada sobre la cama, con un pañuelo arrugado en la mano. Mi compañera cerró la puerta tras ella y salió al pasillo para darme allí su informe.

—Es asqueroso, Rubén. Por mucho que sepas cómo va esta mierda, no puedes evitar que te entren arcadas. Qué gentuza, joder.

No era común que Chamorro empleara ese lenguaje.

—Cuéntame, estoy en ascuas.

—Por dónde empiezo. A ver, la parte buena es que tenemos varios nombres. En el día a día ella trataba con esa Sandra, que me da que es una desgraciada como ella, aunque también quien le echaba un ojo por cuenta de sus jefes; con el tipo que las llevaba y traía, que se hace llamar Alexander; y con una tal Sylvie, que dice que es francesa y que repartía el juego entre las chicas. La capataz, vamos. Por encima de éstos hay un gran jefe, al que todo el mundo llama Roberto. Según ella, es el dueño de todo. De los apartamentos, del hotel, del local. Y de otros muchos sitios. Por lo visto a ella la han llevado más de una vez a alguno, en Sitges y también en Barcelona. A los dos sujetos que intentaron secuestrarla, jura y perjura que no los había visto nunca.

—Y la creo. Eso me dio la alarma. Que fuera otro coche y que fueran otros tipos, y no el que habíamos visto que la controlaba.

—¿Por?

—¿Conoces la historia de las hijas del zar?

—Sí, por culpa tuya. Me leí el libro aquel que me recomendaste, el del antropólogo forense americano que identificó los restos.

—No recuerdo si él lo contaba, este detalle. El caso es que cuando llegó el momento de asesinarlas, Lenin, con buen criterio, no se fió de los bolcheviques que las habían estado custodiando en Ekaterimburgo, y que presumía, muy acertadamente, que podían haberse encariñado con las muchachas. Los liquidadores fueron otros que no habían tenido ningún trato con ellas, enviados para la ocasión. Así pudieron fusilarlas primero y rematarlas una a una en el suelo después. Guiándonos por este precedente, y por las circunstancias del caso, era obvio que los fulanos del BMW traían las peores intenciones.

—Reconozco que ahí estuviste rápido, para no haber dormido.

—El café, nunca agradeceré lo bastante que exista.

—Volviendo a nuestra deprimente historia —continuó—, la chica me ha reconocido que vino a España con una promesa de trabajo que se olía que podía ser lo que era. Pero era también la oportunidad de instalarse en Europa, y el dinero, mucho más del que podía ganar en Belo Horizonte, por más que Brasil sea un país emergente y nosotros esa ruina que dicen todo el día los telediarios. Se creyó que podía aguantar un tiempo, ahorrar, saldar su deuda y convertirse en

ciudadana de la Unión Europea. Y la cuestión es que casi lo había conseguido, gracias a Robles. Un día él la vio, le gustó, y Sylvie le dijo que era un cliente especial al que tenía que atender muy bien. Un par de meses después, estaba ennoviada con él y liberada de buena parte de la carga de trabajo que tenía hasta entonces. Sólo hacía algunos clientes selectos. Le pusieron el apartamento, donde se encontraba con Robles. Él le pasaba el dinero para sus gastos, le regalaba joyas, ropa, etcétera. Le había prometido que se casaría con ella y que le arreglaría los papeles para hacerla española lo antes posible. Y ella no sólo le creyó. También le quería. Dice que nunca nadie se había preocupado por ella como su Rafael. Que no había conocido a un hombre más cariñoso, más atento, más respetuoso. En fin, siempre partiendo de la base, y esto ya lo digo yo, de que la había comprado como quien se compra un perro.

—Entiendo tu disgusto. Pero es compatible. De hecho, la mayoría de las personas que se compran un perro lo acaban queriendo.

—Ya. Lo malo es que a la muerte de Robles, y esto es lo que más me revuelve el estómago, volvió la cruda realidad. Desde el fin de semana pasado la habían devuelto al destajo y le habían dejado bien claro que ya no tenía protector. También se preocuparon de advertirle que por su bien más le valía olvidar que Robles había existido nunca. Fue en ese momento cuando le metieron a Sandra en el apartamento. Dice que se quedó tan anonadada por la noticia que no fue capaz de reaccionar. Que se dejó arrastrar, sin más. Que ya no le importaba nada.

—¿Cómo se enteró de lo de Robles?

—Se lo dijo Sylvie cuando llegó al apartamento con Sandra.

—¿Y qué versión le dieron?

—Que a Robles lo habían matado unos marroquíes por un asunto feo en el que se había metido. Y que era mejor que no preguntara.

—¿Unos marroquíes?

—Yo no consideraría eso una pista. Si he de apostar, lo que ellos le dijeron es lo que menos probabilidades tiene de ser cierto.

—¿Crees que todo eso que te ha contado está dispuesta a declararlo ante un juez? ¿Incluido cómo la manejaban y extorsionaban?

—Buena pregunta.

—¿Le has dicho que podemos ofrecerle ser testigo protegido?

—No creo que esté en condiciones de entender eso aún.

Tomé aire. No soy proclive a estresarme, porque sé que de todo se sale, al final, y

que de nada sirve agobiarse cuando uno tiene trabajo pendiente. Pero confieso que me costaba ordenar todo aquello y al mismo tiempo pensar en lo que me aguardaba en Santander.

—Virginia.

—Dime.

—Te voy a dejar al mando. En el peor momento, ya me disculparás. Habla con la teniente y con Balderas. Habla con la juez. Resuelve como te dicte tu criterio. Es posible que yo no esté disponible para nada hasta pasado mañana. A tu inteligencia y a tu valor me fío. Desde ahora hasta que vuelva, tú estás al frente de esta investigación.

—Descuida. Podré con ella.

—Lo sé. Me voy tranquilo.

—Intentaré que tu tranquilidad esté justificada. En todos los aspectos. Ya habrás intuido que después de lo que acabo de oír tu amigo Robles me cae un poco peor. Pero tendré presente que era tu amigo.

—Eso ya no puedo exigírtelo.

—Aunque no me lo exijas.

—Se te agradece el detalle.

Como Chamorro estaba ocupada con la chica y tenía para rato, le tocó a Arnau hacerme de taxista hasta el aeropuerto de Reus. Habíamos malcomido en la comandancia, y entre eso y las muchas cosas que me bullían en la cabeza no me mostré demasiado conversador. Arnau, que ya me iba conociendo, se limitó a informarme de cómo habían ido las gestiones con el juzgado, donde habían sido amables y colaboradores, aunque le habían dicho que su señoría, que estaba saliente de guardia y se había tomado el día libre, decidiría cuando apareciera por la oficina lo que considerase procedente. Probé a llamarla otra vez, pero volvió a saltarme el contestador. Esta vez sí le dejé un recado: le di el móvil de Chamorro y le pedí que la llamara a ella, si escuchaba el mensaje. Mientras avanzábamos por la autopista en dirección a Tarragona traté de vaciar mi mente de todo lo que no fuera el viaje a Santander y lo que allí me esperaba. Me ayudaban en este ejercicio la estampa del mar que se dejaba ver cada tanto a nuestra izquierda y el sol que espejeaba sobre su superficie. A lo largo del trayecto hasta Reus mi teléfono sonó dos veces. Primero llamó la cabo Salgado, con las malas noticias que ya habíamos previsto:

—No hay equipo de seguimiento.

—Qué vamos a hacerle —me resigné—. A partir de ahora háblalo todo con Chamorro. La he dejado al frente. Yo me voy a Santander.

—¿Y eso?

—Ella te lo explicará. Gracias, Inés.

La segunda llamada fue de alguien a quien casi había olvidado, el capitán Reinares, de Logroño. Para variar, me llamaba para darme una información alentadora, justo allí donde yo ya nada esperaba.

—Tenemos un testigo que vio el Seat León —dijo—. Tres tipos dentro, al menos dos con aspecto extranjero, al otro no lo vio bien.

—¿Extranjero de dónde?

—Morenos, árabes o así, dice. Pero vete a saber.

Me acordé, cómo no, de lo que le habían dicho a Lucimara de los marroquíes que habían acabado con la vida de Robles.

—¿Dónde? ¿A qué hora?

—Eso tiene más interés. El jueves, hacia el mediodía. Ni donde se encontraron con Robles ni donde lo colgaron. A unos veinte kilómetros de los dos sitios. Así que hemos reducido el perímetro de búsqueda. Eso que hemos avanzado. Y vosotros, ¿cómo vais por allí?

—Mal y bien. Hay algunas novedades. Por lo pronto yo tengo que hacer un viaje urgente, y me temo que estaré fuera de la circulación al menos un par de días. Para cualquier cosa, la sargento Chamorro va a llevar la investigación en mi ausencia, le dejo su número.

Le dicté las nueve cifras y Reinares tomó nota.

—Y ese viaje urgente, ¿tiene que ver con lo que me imagino?

—Como no sé lo que se imagina, no puedo decirle, mi capitán. Pero si se imagina lo que yo me imagino que puede imaginarse, tal vez.

—Entendido. No te olvides de lo que te dije, por favor.

—No me olvido. Haré lo que pueda, con las cartas que me den.

—Con eso me basta. Suerte, Vila.

Arnau me dejó en las salidas de la terminal de Reus. Quería esperar a confirmar que salía mi avión, pero lo despaché de vuelta.

—La sargento y el caso os necesitan, a ti y al coche —le dije—. No te preocupes, que si no sale mi avión ya se me ocurrirá alguna forma de arreglarlo. Y, si no,

siempre puedo quemarme a lo bonzo.

Arnau sonrió.

—O llamarme. Al cabo de una hora estoy aquí.

—Gracias, Arnold, por ser el báculo de mi vejez. Anda, largo.

Al maltrato usual del que se hace objeto a los pasajeros de las líneas aéreas de bajo coste sumé el engorro de tener que gestionar, con una tripulación cuyo español era bastante mejorable, la autorización para subir a la cabina con un arma de fuego. Por suerte, me ayudaron los compañeros del aeropuerto de Reus, porque en algún momento, no tanto por culpa de aquellos auxiliares de vuelo exprimidos por su empresa, sino por la presión que ya traía acumulada, ganas me entraron de disuadirlos a tiro limpio de seguir poniéndome pegas.

Tras un vuelo amenizado por una sucesión delirante de tiendas a bordo, rifas, juegos y no sé cuántas idioteces más, tomamos tierra en el aeropuerto de Santander. Allí nos recibió un día gris, en el más puro estilo cantábrico, que obró en mi ánimo el efecto depresor correspondiente, aparte de hacerme añorar al instante la luz del Mediterráneo que acababa de dejar atrás. Por suerte, en el aeropuerto me esperaba el brigada López, que estaba de un excelente humor. Tenía, además, el mejor antídoto contra la melancolía: una misión en la que había que poner, tanto por su parte como por la mía, los cinco sentidos.

—Bienvenido a Cantabria, compañero.

—Ya sabes que no vengo por mi gusto —gruñí.

—Vamos, hombre, no me seas sieso. Te invito a cenar. Y vamos a ir a un sitio donde te van a tratar como a un marqués.

Quizá no fuera para tanto, pero el restaurante al que me llevó, en un pueblo a unos treinta kilómetros de la capital, era de los que justifican guardarse la tarjeta, por si alguna otra vez uno vuelve a pasar por allí, o a una distancia razonable. Mientras dábamos cuenta de un entrecot glorioso y de una botella de rioja, López me puso al día.

—Ante todo, te pido perdón, en mi nombre y en el de mi jefe, por los trastornos que podamos causaros —comenzó—. Te he llamado para que sigas en directo la jugada, por si eso te limita los destrozos.

El tinto me invitaba a relativizar mis problemas.

—Tampoco sufras —dije—. Tu aviso me llegó en un momento un poco caótico, así que no tengo muy claro que me hayas estropeado nada. A veces está bien que todo se descontrole un poco. Ayuda a progresar. Y la sargento a la que he dejado a

cargo de la investigación en Barcelona es tan capaz como yo, o incluso más, de sacarla adelante.

—Eso espero, que os ayude. Porque lo que tenemos entre manos va a dejar a nuestro buen amigo Salazar a los pies de los caballos. Si de ésta no se derrumba y te suelta todo lo que pueda decir sobre tu asesinato en La Rioja, es que el tío es muy duro, o nosotros muy torpes.

—¿Y de qué se trata, exactamente? Hasta donde pueda saber...

López me lanzó una mirada astuta.

—Creo que puedes saber bastante. De hecho, más vale que sepas con cierta precisión dónde vas a meterte y qué es lo que va a pasar. El caso es que tengo que reventar la operación porque mañana por la noche Salazar va a facilitar a sus jefes, y aquí no me refiero a los pobres despistados que le pone la empresa, sino a los facinerosos que le permiten vivir por encima de sus posibilidades, el desembarco seguro de un alijo de un buen puñado de kilos. Con esto, sumado a todo lo demás que hemos reunido en estos meses, tenemos no sólo para pegarle una patada en el culo que le impedirá volver a ponerse el tricornio en su puñetera vida, sino para clavarle sus buenos diez años de talego. Y, lo que es mejor, en el paquete incorporamos a un puñado de cómplices. Aparte de algún narco de calibre mediano, y no los pezqueñines que solemos mandar a chirona, a todos los guardias de esta comandancia que han tenido la debilidad de oír sus cantos de sirena, y que son unos pocos más de los que nos gustaría. No lo podemos dejar pasar, Vila, porque ésta es de las que te permiten hacer mesa limpia.

Por teléfono, López sólo me había dado a entender que iba a detener a Salazar y me invitaba a estar presente para interrogarlo por su relación con Robles. Con aquella información, me quedaba claro que lo que se disponía a desencadenar era un verdadero terremoto.

—Te lo dejaré hecho un guiñapo —prosiguió—, lo que te vendrá muy bien para sacarle lo que sepa de la muerte de tu subteniente. Y a la vez, no te lo oculto, a mí me conviene que tú le aprietes y le hagas ver que es uno de tus principales sospechosos. Si siente en el cogote el frío de una imputación por asesinato, estará más predispuesto a cantar todo lo que yo quiero saber de la red corrupta y sus actividades.

—Y yo que creía que esto lo hacías por amor...

—Además, Vila, además. Me caes bien, de veras. No te creas que suelo invitar a cualquiera a nuestros festejos. Vas a estar en primera fila, si no te importa correr los mismos riesgos que corremos nosotros.

—¿Qué riesgos?

—Esto no es ninguna broma. Hay media docena de picos a sueldo de los malos. Eso quiere decir que les van a hacer una vigilancia de primera, con control de accesos y toda la parafernalia. Mañana por la noche no se va a poder mover una paja por la zona sin que lo detecten. Es la ventaja que tiene comprarte todo el aparato del Estado en un territorio para que en vez de perseguirte proteja tu negocio ilícito.

—¿Y cómo lo vais a hacer?

—Bueno, el montaje completo es un poco complicado. Digamos, para resumir, que mientras ellos controlan un área, nosotros controlaremos un área más amplia, sin que eso sea visible para ellos. Imagina unos ratoncitos que se creen los amos dentro de su jaula, sin ser conscientes de que esa jaula está dentro de una jaula más grande donde un gato los vigila por si a los ratoncitos se les ocurre salir. Y a la vez necesitamos estar dentro, donde los ratoncitos hacen sus fechorías, para poder sorprenderlos in fraganti. Ésa es la parte más comprometida.

—Y el plan ahí, ¿cuál es?

López sonrió con suficiencia.

—Está todo previsto. Sabemos dónde van a alijar la mercancía y hemos alquilado la casa de al lado. Desde primera hora de mañana estaremos dentro, toda mi gente, una docena de tíos del GRS de otra provincia, por seguridad, y tú, como invitado especial. Esperaremos a la noche y cuando estén con las manos en la masa lanzaremos nuestro asalto. Al mismo tiempo que el gato abre la jaula de los ratoncitos y les echa la zarpa a todos los que, en vez de estar trabajando para el contribuyente, se dedican a darle seguridad a quien no deben.

—Impresionante.

—Bueno, esto es lo que hacemos para matar el rato. Las operaciones de primera son todavía más espectaculares, pero si quieres conocerlas tendrás que dejar que te fichemos y unirte a nosotros.

—¿Eso es una oferta?

—Yo te ficharía. Si fuera quien decide, que no lo soy.

Aunque López había logrado sorprenderme y a aquellas alturas me había tomado ya tres copas de vino, todavía conservaba algún resto de reflejos. Recordé nuestra primera conversación y algo que había impuesto como una regla que bajo ningún concepto podía saltarse.

—Me dijiste que nunca podría conocer a tu gente.

—Así es.

—¿Entonces?

—Fácil. Llevarán pasamontañas.

—Ah.

—Ya te dije. No es nada personal. Somos invisibles. Estamos ahí, pero es como si no existiéramos. Y así debe seguir siendo.

—Entiendo. Y, sólo por curiosidad, ¿dónde voy a dormir?

—No puedo invitarte a compartir nuestro alojamiento. Nunca paramos cerca de donde vamos a actuar. Te he reservado una habitación aquí mismo. Es hostal, además de restaurante. No te preocupes, las sábanas están limpias, la cama dura y la ducha caliente.

—Con eso me basta.

—Mañana a las seis y media pasaré a recogerte. Llevaremos provisiones para el día, pero más vale que ya estés desayunado.

Aquella noche me fui a la cama con una sensación extraña. Por lo común, dentro del respeto a la jerarquía y a la autoridad judicial a la que se sometía mi trabajo, era yo el que llevaba las riendas y el que decidía por dónde iba y por dónde no en una investigación, pero en aquel momento, tras cederle los mandos de la nuestra a Chamorro, me veía en una operación ajena, en la que yo no era más que un paquete. Y lo curioso era que no me resultaba en absoluto desagradable. Entre otras cosas, me concedía un respiro que aproveché para, por primera vez en dos días, pensar en los míos. Antes de dormirme, llamé a mi hijo y a mi madre. A ninguno de los dos les conté nada de la faena que me aguardaba al día siguiente. Procuré preguntarles más bien a ellos por sus asuntos, que me recordaban que había un mundo donde la vida no consistía en aquel juego de traición, rapacidad y engaño al que se entregaba la gente entre la que transcurrían mis días.

A las seis y veintinueve estaba en la puerta del hostal con mi macuto al hombro. Todavía no había amanecido y el aire era húmedo y frío. En el estómago me bailaban el café y el sobao pasiego que me había tomado por todo desayuno. López apareció con el mismo coche de la víspera, un muy discreto Peugeot utilitario que según me aclaró era alquilado, quizá por si tenía la tentación de creerlo suyo.

Llegamos los primeros a la casa, que se asomaba sobre una playa a unos diez kilómetros del hostal. Así pude asistir a toda la logística de la operación. Primero vino una furgoneta Kangoo decorada con el nombre y el logo de una empresa de construcciones, de la que se bajaron tres guardias de la unidad de López. Cuando entraron en la casa, ya llevaban los rostros convenientemente cubiertos. Uno de los

que los habían traído se llevó el Peugeot en el que habíamos venido López y yo, y que salió detrás de la furgoneta. En dos viajes más de la Kangoo, y uno de un Nissan todoterreno con el rótulo de una empresa de montajes eléctricos, llegó el resto de los efectivos. A eso de las nueve éramos diecinueve las personas que nos apiñábamos en aquel salón con las persianas bajadas. El Nissan hizo otro viaje para terminar de transportar el equipo y desapareció de la vista. Al mando de los doce GRS estaba un sargento. Los cinco de la unidad de López, dos chicas y tres chavales, me parecieron muy jóvenes, pero sólo puedo hablar por su voz y por su complexión física. Una de las chicas, de hecho, habría podido pasar sin dificultad por una adolescente. Según me contó López, se había servido de esa posibilidad en más de una ocasión.

Una vez que estuvimos todos reunidos, López abrió una mochila.

—Menos el del sargento y el mío, que se necesitan para el servicio, todos los móviles apagados y al saco. Va también por ti, Vila.

—¿Esto es una precaución normal?

—No cuesta nada —dijo, sonriente—, y nos deja más tranquilos.

—Muy bien —me plegué, sin mucho pesar. No tenía a menudo la posibilidad de alegar una causa inapelable para desconectarme.

El día fue todo lo aburrido y extraño que cabía imaginar. Algunos aprovecharon las camas y los sillones para echar una siesta. Una de las chicas de López se enfrascó en la lectura de un librote que reconocí en seguida: *Homicidio*, de David Simon. Como no me habían prohibido hablar con ella, sino sólo verle la cara, me permití comentárselo.

—Me encanta cómo describe al investigador de homicidios.

—¿Cómo?

—Al principio. ¿Puedo?

Dudó un instante, pero me pasó el libro. Busqué la página y leí:

—«Tú eres a quien se ha confiado la resolución del más extraordinario de los crímenes: el robo de una vida humana. Tú hablas por el muerto. Tú vengas a los que ya no están en este mundo. Después de seis cervezas, puedes convencerte sin demasiados problemas de que trabajas directamente para Dios, Nuestro Señor. Si eres lo bastante bueno, nunca harás otra cosa como policía que sea más importante que ésta. Porque la unidad de homicidios de cualquier fuerza policial ha sido durante generaciones el hábitat natural de esa rara especie: el policía que piensa.» No se me ocurre un resumen mejor.

—No le vaciles a la chica —terció López—. Sabe que está en la unidad de los policías que piensan todavía más que los de homicidios.

—No sé yo. Tus oponentes no dejan de pertenecer a un gremio más o menos predecible. Los míos pueden ser cualquier cosa.

—Si tú lo dices...

A las once y cinco de la noche, la pantalla del móvil de López se iluminó silenciosamente. Leyó el mensaje y cruzó una mirada con el sargento del GRS. Luego se volvió hacia mí y anunció en voz alta:

—En pie, chicos. Hora de sacar la basura.

CAPÍTULO 16

UNA VEZ PERDIDO

Contra lo que cree no poca gente, incluidos unos cuantos guionistas de telefilmes y más de un novelista, los policías españoles no pueden entrar con carácter general en una vivienda sin mandamiento judicial previo y sin que esté presente el secretario del juzgado, para certificar, entre otros extremos, que los efectos que los policías dicen intervenir en la casa en cuestión estaban realmente allí y no fueron colocados de forma torticera por los agentes de la autoridad. Hay entre los funcionarios policiales quienes sienten como un menosprecio esa especie de desconfianza sistemática hacia ellos. En otros países, y con arreglo a otras legislaciones, los atestados de la policía judicial dan fe de no pocos aspectos de las diligencias penales. No es algo que quiera para mí. Aunque sea policía, prefiero vivir en un país donde lo que hacen los de mi especie lo han de verificar otros. Cuando el mismo sujeto maneja la porra y el sello de certificar según qué cosas, se abre la puerta a que se produzcan comportamientos muy poco recomendables.

Si López, que era un poli veterano y en absoluto atolondrado, había dado la orden de intervenir, era porque de algún modo tenía la confirmación fehaciente de que la banda a la que acechábamos había recibido el cargamento y lo había metido en la casa. Eso los convertía en autores de un delito flagrante que, al seguir cometiéndose dentro de aquel inmueble con consideración de domicilio, era una de las excepciones legales por las que se nos facultaba para entrar en él, aunque no dispusiéramos de una orden judicial. Desde donde estábamos, y a través de las rendijas de las persianas, sólo habíamos visto llegar una caravana de vehículos (el último, por cierto, un coche patrulla con dos guardias civiles uniformados a bordo). No nos era posible confirmar que se hubiera producido ninguna descarga. Ahí deduje que López tenía otros ojos sobre el terreno, porque si entrábamos a saco en aquella vivienda y no había mercancía la cagada era mayúscula.

Asistí a la operación en segundo plano, lo que me permitió observarla mejor que las entradas que tenían que ver con mis propias investigaciones. Aunque tampoco en éstas ocupaba nunca la vanguardia (cuando uno lleva a los guerrilleros es por algo, cada cosa tiene su arte y para abrirse paso ellos están mucho mejor entrenados), esta vez pude quedarme sin remordimiento el último del grupo.

Desde esa posición retrasada admiré a placer la estudiada coreografía del pelotón, que se dividió en dos para controlar todas las salidas, la fracción primera, e irrumpir en la casa y neutralizar a los delincuentes, la otra.

En el justo momento en que echaron la puerta abajo se desató una algarabía de sirenas y gritos. Los gritos en el interior de la casa, las sirenas acercándose por la carretera. Apenas un par de minutos después, siete u ocho vehículos, entre todoterrenos del grupo de intervención y coches camuflados, rodeaban la casa. En uno de ellos venía una mujer vestida de paisano, sin peto del Cuerpo y visiblemente nerviosa. Era la secretaria del juzgado. Aunque estaba seguro de que entraría en una casa llena de droga, López se había curado en salud. En detalles como ése es donde se notan los espolones del policía curtido.

Aguardamos junto a la puerta hasta que salió el sargento de los GRS y nos confirmó que todo estaba bajo control. Del grupo de López, tres habían entrado junto a él tras los GRS y otros dos se habían quedado fuera conmigo. Antes de pasar, uno de ellos me presentó a un cuarentón de cabellos prematuramente plateados que llevaba un peto con las siglas del SAI y que no se apartaba de la secretaria judicial.

—Mi capitán —le dijo—. El brigada Vila.

—Ah, hombre. Ya oí hablar. Encantado de conocerte. Capitán Pérez. Mando a esta gente, o lo intento, cuando quieren y se dejan.

Mientras me tendía la mano me escrutó con sus ojos de color acero, que eran, de otra manera, como los de López: ojos que habían visto lo último que deseaban ver y se habían hecho a convivir con ello.

—A sus órdenes —le devolví el saludo, y el apretón.

—Cuando guste, señora secretaria —invitó a la funcionaria judicial, con una sonrisa apaciguadora y no exenta de galantería.

—Vamos allá —dijo la secretaria, como quien se dispusiera a montarse en una de esas montañas rusas no aptas para cardiópatas.

Y he de decir que lo que nos esperaba dentro no era tan vertiginoso, pero al menos a mí me resultó tanto o más impactante. Había seis personas, entre traficantes y guardias. Todos con las manos embridadas a la espalda y tendidos boca abajo en el suelo. No me produjo una especial impresión ver a los cuatro narcos, que encajaban más o menos en el prototipo. Dos de ellos eran los clásicos venados que siempre hacen falta para la parte más fea y arriesgada del negocio, y se les notaba en la manera en que trataban de gallear desde el suelo. Los otros dos eran de la sección pensante: lo delataba su gesto de consternación y la inmovilidad

casi mortuoria que observaban. Lo que se me grabó a fuego, sin embargo, fue otra cosa: los dos hombres de uniforme, un sargento primero, en quien reconocí en seguida al protagonista de los vídeos que me había enseñado López días atrás, y un cabo primero que frisaba los cincuenta. Los dos estaban muy quietos, como los narcos listos, pero mientras Salazar, dentro de la derrota, mostraba un cierto dominio físico de la situación por la forma en que mantenía juntas las muñecas o ladeada la cabeza para no hacerse daño, el otro, el cabo maduro, estaba vencido en el suelo como un elefante recién abatido por un cazador. Su voluminoso cuerpo se había derrumbado en un escorzo que dolía mirar, y me resultó especialmente patético ver cómo se le habían salido los faldones de la camisa, dejando al descubierto el tejido adiposo que recubría uno de sus riñones. En cuanto al rostro, si en el de Salazar había algo de rabia, el suyo era puro desconsuelo.

La imagen no sólo era desasosegante para mí. A los dos muchachos del GRS que los habían reducido e inmovilizado, y que los vigilaban con sus armas, se les notaba a la legua que en ese momento habrían preferido estar en cualquier otro sitio, así fuera un control de carretera mientras les caían chuzos de punta. Incluso a López, por lo común tan flemático y hasta un punto cínico, se le veía circunspecto.

—A la orden, mi capitán, casa controlada —informó—. El cargamento lo tienen en la otra habitación. Trescientos kilos, a bulto.

—Gracias, brigada —dijo Pérez. Y se volvió a Salazar—: Fin de la partida, sargento. Sabe de qué le acusamos y también sus derechos. Pero si se le han olvidado se los refrescamos, que no queremos que su señoría la secretaria, aquí presente, crea que nos saltamos nada.

—No se me han olvidado —dijo Salazar—. Abreviad el rollo y la puta película que os habéis montado para impresionar a la paisana.

—Salazar, todavía no se te ha expulsado, así que un respeto cuando hables con un oficial. Y a ese uniforme que aún llevas.

—A tu puta madre le presentas mis respetos.

Vi cómo el capitán encajaba impasible el insulto, y no se me escapó la manera en que inspiró a continuación, muy despacio, pero llenándose bien de aire los pulmones. Con voz neutra, replicó:

—Una vez perdido, no se recobra jamás.

Y, girando sobre sus talones, dejó al sargento tirado en el suelo y a la secretaria judicial poco menos que desconcertada. Alguien habría debido explicarle, pero no me pareció que fuera mi cometido, que el capitán le había recordado a Salazar algo que era mucho más hiriente, en su situación, que el peor de los insultos del

diccionario. El artículo 1 de la cartilla del guardia civil, redactado allá por 1845 por el duque de Ahumada, el liberal moderado y visionario que organizó el Cuerpo para tratar de meter en vereda y de paso, en la modernidad, a un país medieval asolado por caciques y bandidos: «El honor ha de ser la principal divisa del guardia civil; debe por consiguiente conservarlo sin mancha. Una vez perdido no se recobra jamás.» Nadie que hubiera pasado por una academia del Cuerpo, y Salazar había pasado por dos, dejaba de memorizar esas palabras, que no por casualidad aquel hombre ilustrado (y doblemente exiliado en su juventud, tanto por Fernando VII como por los liberales montaraces) puso en el frontispicio de su obra.

Durante las horas siguientes se hizo un registro meticuloso de la casa. En total había trescientos cincuenta kilos de cocaína, un alijo muy por encima de lo habitual, que mostraba hasta qué punto la organización se había lanzado a aprovecharse, con fruición, de la facilidad que representaba una instalación portuaria donde tenía en nómina a los encargados del resguardo fiscal del Estado. También se les intervino un par de armas, aparte de las reglamentarias del cabo y de Salazar, y varias decenas de miles de euros en efectivo. La secretaria judicial fue levantando acta de todo, siempre acompañada por el capitán, cuyo carisma entre sus hombres era perceptible en la forma en que éstos se le dirigían. Me entró una curiosidad casi porteril por saber el detalle de su hoja de servicios, por dónde había pasado y cuáles eran sus credenciales. Por la edad, próxima a la mía, había sido suboficial, y acaso también guardia, antes de ganarse las estrellas. Y hasta ahí, que era lo que alcanzaba mi capacidad deductiva, podía saber, porque estaba fuera de lugar preguntarle a él y si le preguntaba a López dudaba que fuera a darme ninguna información. Y menos que cualquier otra, el apellido real que encubría bajo aquel Pérez que no pocos de sus titulares legítimos se esforzaban por decorar como fuera, con un guión y un complemento que les proporcionara falso lustre aristocrático, y que él, en cambio, se complacía en usar en su plebeya desnudez.

Mientras registrábamos llegó el resto de los detenidos: los cuatro guardias que se habían encargado del control de accesos, para proteger el desembarco y traslado del cargamento hasta la casa, y sobre los que habían caído, cuando se dio la señal, los GRS que estaban a la espera fuera del perímetro de la operación. Eran todos relativamente jóvenes, entre los veinticinco y los treinta y cinco, y se los veía igual de humillados y cabizbajos que al cabo primero. Por segunda vez aquella noche, celebré no ser quien debía detenerlos y vigilarlos. Observándolos, sentía una mezcla de desazón y repugnancia; desazón por ellos y por su hundimiento, y repugnancia por el mundo que buscaba y lograba corromperlos. Y algo más. Algo que tenía que ver con mi amigo muerto y con imágenes e instantes sepultados en el doble fondo de mi memoria, de donde no me apetecía en absoluto exhumarlos.

Entre unas cosas y otras, el registro se alargó hasta las tres de la mañana. Una vez concluido nos trasladamos con los detenidos a la comandancia de Cantabria, en Santander. Dimos un buen espectáculo a los vecinos, con aquella caravana atravesando la barrera en plena madrugada. A los malos los guardamos en los calabozos para que se entregaran a esa provechosa meditación solitaria de quien acaba de ser sorprendido con las manos en la masa y privado de libertad (provechosa para el policía que ha de interrogarlo, se entiende). Hecho esto, nos fuimos a dormir para poder atacar frescos la tarea que nos aguardaba por la mañana. Antes de meterme en la cama encendí el teléfono móvil y miré la lista de llamadas perdidas del día. Tenía dos de la juez y dos de mi comandante, a quienes, como por otra parte me esperaba, de nada me había servido avisar de mi indisponibilidad: como jefes que eran, les resultaba metafísicamente imposible aceptar que un subordinado, cualquiera que fuera la circunstancia, pudiera no estar a tiro de su teléfono. Tenía también dos llamadas de mi amigo el intendente Riudavets, de los Mossos d'Esquadra, cuya insistencia hallé más disculpable, ya que a fin de cuentas no era de casa. Y, por último, tenía una de Chamorro, a las once de la noche. Al final, no había querido dejar de darme el resumen de la jornada tras afrontarla ella solita. No era plan de molestarla a aquellas horas. Programé a los legionarios para las ocho en punto y me deslicé rendido entre las sábanas.

Cuando el marcial coro brotó de los altavoces de mi teléfono, algo menos de cuatro horas más tarde, sentí que hacía falta una grúa para alzar mi maltratada osamenta. Por lo menos, lo que quedaba de mis músculos parecía absolutamente incapaz de afrontar el desafío. Aún aturdido, hice números y calculé que llevaba dormidas seis horas y media en las últimas cuarenta y ocho. En las siguientes veinticuatro, como fuera, debía encontrar el modo de recargar las baterías.

Media hora después estaba afeitado y aseado ante mi primer café, en la cafetería de la comandancia. Por lo que vi, era el único de la operación de la víspera que había logrado despegarse del sobre, lo que me produjo un inútil orgullo, valga el pleonasmo. Mientras esperaba el segundo café marqué el número de la sargento Chamorro.

—Hola, mi brigada. Sobreviviste.

—Iba de jefe y de invitado. Mis probabilidades eran altas.

—¿Y qué tal fue?

—Bien, los pajaritos están en la jaula y les incautamos un montón de alpiste. El día nos deparará novedades, espero. ¿Y por allí?

—¿Resumen largo o resumen corto?

—Corto. Imagina que soy el comandante.

—Pues a propósito de Rebollo: te hice el favor de calmarlo. Me temo que no era muy consciente de que ayer ibas a pasar de él.

—Tengo que mejorar mis habilidades de comunicación.

—Lo asumió bien, al final. He tenido también un fluido intercambio con su señoría y con el fiscal de La Rioja, muy atento a la jugada, por cierto. Te anuncio que Lucimara ya es testigo protegido.

—Cruza los dedos. En fin, más en peligro que estaba no puede estar.

—La protegeremos —aseveró, pundonorosa—. La sargento Balderas nos ha buscado una casa de acogida de total garantía. Me pareció adecuado que esto lo controle su gente, en vez de nosotros, ya que hay implicados guardias civiles, y a saber con qué contactos.

—Bien visto. Y no creas que no valoro como se merece que te hayas avenido a confiar en los catalanes, con todos tus prejuicios.

—No seas malo —me regañó—. Además, Balderas es guardia y se nota, mentiría si dijera que me costó. Has de saber que hemos formado un grupo conjunto con los Mossos, coordinado por nuestra zona y por su jefatura, y ella es la representante que nos han asignado por su parte. Ayer tuvimos una primera reunión, en la que también estuvo la teniente Morata, tu amigo el intendente Riudavets, que te envía saludos, y un capitán nuestro de la zona. Fue bastante provechosa.

—Sorpréndeme.

—En primer lugar, identificado Roberto: el dueño del local donde estuvimos la otra noche, el interlocutor del sargento Nuño al que le pinchamos el teléfono, y a partir de ahí todo lo que quieras y puedas imaginar, que no es poco. Los Mossos lo tenían fichado y los nuestros también. En realidad se llama Antonio Serret Marone. Un próspero empresario de la noche e inversor inmobiliario al que se le sospechan, pero nunca se le han probado, las peores conexiones.

—¿Por ejemplo?

—Clanes marselleses, mafias del Este, Camorra.

—¿Todas a la vez?

—No, será una sola. Morata, que es la experta, dice que no han podido nunca afinar el tiro. Que trata con unos y otros, pero no saben quién es el dueño del dinero. Al que le hace de testaferro, vamos.

—¿Y cómo vamos a hincarle el diente a ese pastel?

—Tranquilo. Morata habló con la gente de delincuencia organizada de nuestra unidad y de la zona. Ellos han acordado el protocolo. Y algo aún mejor: aunque no hay equipo de seguimiento disponible en Madrid, sí lo hay en Barcelona. Llevan veinte horas tras Serret. Dudé entre él y Nuño, recordando lo que hablamos, pero había que elegir. Y con la información que tenía sobre la mesa, ya te contaré lo que nos ha dicho Lucimara sobre los entresijos del negocio de la entrepierna que regentaba este fulano, me pareció que era la mejor opción.

—No tengo ningún argumento para rebatir tu criterio. ¿Algo más?

—Importante no. Salvo que se me pase algo.

—Está visto que voy a tener que ausentarme más a menudo.

—¿Por qué lo dices?

—Por lo que os cunde sin mí.

—No hemos hecho otra cosa que recoger lo que tú sembraste —dijo, en un tono que por un momento me sonó ligeramente socarrón—. Y, por mi parte —añadió, más seria—, tratar de ganarme la confianza.

—Ganada estaba, sargento. ¿Rebollo lo sabe todo?

—Punto por punto.

Vi llegar a López. Venía solo. Y fundido.

—Seguimos hablando, Vir —me despedí—. La tarea me llama.

—*Buon giorno* —me saludó el somnoliento brigada.

—No soy italiano —aclaré, mientras me guardaba el móvil.

—Ya, ya lo sé.

—Es verdad. Olvidaba que lo sabes todo.

—Hoy no creas. Estoy hecho cisco, con el bajón de la adrenalina.

—El café es cuartelario, como corresponde. Te levantará.

Sonó mi teléfono. Era Riudavets. Estaba quedando fatal con él.

—Riu, tengo coartada —le atendí.

Le oí reírse al otro lado de la línea.

—Lo dudo, Vila. Pero no importa. Tu sargento funciona de *collons*.

—Ya lo sé. Me acaba de poner al día.

—Entonces me ahorro el cuento. ¿Piensas volver por estas tierras?

—Lo antes posible, que no será hoy.

—Confío en que entonces me honres con tu visita. Lo que has desenterrado, con tu mano para levantar marrones, no es cualquier cosa. Es del tipo de rollo que tengo que contarles a mis niños. O, por decirlo de otro modo, una foto en la que les gusta salir, si llegamos a algo que suene a éxito y que no les incordie, eso ya se sobreentiende.

—Recibido —dije—. No es diferente de lo que pasa con mis niños, pero para atenderlos yo ya tengo a mi comandante y a mi coronel.

—Qué suerte, tú. Si lo sé, me quedo de patrullero.

—Perdona que no me lo crea. A todos os pone que os formen al personal, aunque haya que pagar luego esos pequeños peajes.

—Eres un elemento disolvente, Vila.

—Más bien un elemento disuelto. Pero me comportaré.

—Gracias. Y buena caza.

Tras cortar la comunicación le expliqué a López:

—Mossos. Por suerte tengo un amigo allí.

—Ya lo dice el refrán: hasta en el infierno —recordó.

—Son majos, hombre. Y éste es buen poli. Comprobado.

Advertí en su gesto cómo se conectaban sus maltrechas neuronas.

—Me tienes que pasar el teléfono, si no te importa. Mi capitán tiene un regalo para mí. En cuanto acabe con esto me toca ir a por Nuño.

—Bueno es saberlo. Para estar coordinados, digo.

—Malo es que yo tenga tanto tajo —juzgó, con aire melancólico.

—Debes de ser uno de los pocos a los que se les puede aplicar con fundamento esa frase, en este país y en este momento.

—Con el sueldo congelado, me conforta sólo hasta cierto punto.

A continuación, y mientras la cafeína comenzaba a reactivar la química de su cerebro, López me hizo un esquema de cómo pensaban organizar el trabajo. Habían separado la parte de los narcos, para cuyo interrogatorio y adecuada explotación como fuentes, si se avenían a colaborar para reducir sus penas, llegaría esa misma mañana un equipo del grupo antidroga de mi propia unidad, la central. Según me explicó López, su gran jefe se lo había reclamado al coronel Pereira, ante el volumen del alijo de coca intervenido en la operación. Ya esperaban que fuera

una buena cantidad, pero trescientos cincuenta kilos eran palabras mayores. Por encima de los veinte millones de euros, puestos en la calle, y eso suponiendo que no la cortaran nada, algo que resultaba tan probable como el regreso de Elvis a los escenarios.

López y los suyos se iban a centrar en los guardias, y ahí, siempre de forma selectiva, era donde se me invitaba a entrar y a estar presente para recabar la información pertinente a mi caso de homicidio.

—Si te parece, yo los ablando —propuso—. Cuando alguno dé juego, pasas y pones tu guinda. Y a ver qué sale de ahí para los dos.

—Parece justo. Parece práctico —aprecié.

López apuró su café y me dedicó una sonrisa indulgente.

—No conocía tu punto sentencioso —dijo—. Pero hoy no me viene mal. Me noto cierta dificultad para procesar oraciones compuestas.

—Tampoco conocía yo tu afición a la gramática.

Ensanchó del todo la sonrisa.

—No tiene mérito. Estudio primero de la ESO cada dos semanas.

Fue un día largo, como tantos de los que este oficio te permite vivir. Fue, también, un día anómalo, por todo el tiempo que tuve para pensar y la variedad de asuntos por la que discurrieron mis cavilaciones, con el fondo sonoro de los trenes que pasaban cada tanto por la vía férrea próxima a la comandancia. Siempre me gustó el ruido de los trenes, y siempre, quizá porque nunca me tocó habitar una, miré con simpatía esas casas que uno divisa al costado de la vía, y que imagina continuamente acompañadas por el estrépito de los convoyes. Sobre todo los nocturnos, los más odiosos para la gente normal, pero que son los más sugerentes para un tarado como yo. Incluso encontré algún momento para escuchar música mientras paseaba arriba y abajo a la puerta del edificio donde teníamos a los detenidos. Busqué en mi iPod la versión de Battiato de la canción de Gino Paoli que había oído días atrás. Una canción llevó a la otra y acabé escuchando *L'animale*:

Ma l'animale che mi porto dentronon mi fa vivere felice mai.Si porta tutto, anche il café,mi rende schiavo delle mie passione.

No podía venir más a cuento de lo que me aguardaba aquella jornada: un grupo de hombres infelices y esclavos de sus pasiones, por obra y gracia de su animal particular. La canción me despertaba, además, otras evocaciones. Todos llevamos ese animal, que conduce a la perdición a quien vive a su dictado, y a descubrir y a vivir la pasión que lo sostiene todo a quien aprende a domeñarlo y convivir con él.

Fue algo más allá de media mañana cuando López salió para pedirme por primera vez que me uniera a un interrogatorio. Había despachado primero a los guardias a los que no habíamos detenido en la casa, y que eran, por graduación y por su presencia en segundo plano, de quienes menos esperaba sacar. De Rafael Robles, por el que en un momento aleatorio del interrogatorio les preguntó a los cuatro, nada de nada. Y no sólo eso, sino que habían sido, según López, convincentes a la hora de negar conocerle. El que se encontraba en la sala de interrogatorios en ese momento era el cabo al que habíamos sorprendido alijando junto a Salazar y los narcos. Se apellidaba Oleiro y tenía un historial intachable a las espaldas. Ni una sola amonestación en treinta años de servicio, cuatro condecoraciones y bien considerado, sin excepción, por todos los jefes que habían informado sobre él.

—Éstos son los que más duelen —dijo López, con semblante grave—. Ya he pasado yo el trago de preguntarle por qué y que me cuente que tiene un hijo con una discapacidad, y a la mujer enferma, y trampas de las que no sabía por dónde salir. Esa película de terror te la ahorras. Para variar, éste sí que sabe de Robles. Incluso afirma que lo conocía de antes. Y que habló de él con Salazar. A partir de ahí, es tuyo.

Entramos en la sala. Oleiro estaba sentado, o mejor dicho hundido en la silla. Al vernos entrar se puso en pie. López me presentó:

—El brigada Vila, del grupo de personas de la unidad central.

Vi con un estremecimiento cómo Oleiro, en un acto automático, se cuadraba ante mí y juntaba los tacones de los zapatos. Desde aquel cuerpo rígido, treinta años de disciplina me contemplaban.

—Lleva lo de Robles —añadió López—. Dile lo que me has dicho a mí.

Oleiro alzó la mirada, con dificultad. Más que una mirada derrotada, era la derrota misma. Un buey mirando el cuchillo ensangrentado del matarife habría podido parecer arrogante, en comparación.

—Lo conocí hace treinta años, en Vizcaya —comenzó.

—¿Tanto como para tener amistad? —pregunté.

—Entonces sí, pero no tanta que durara más allá del cambio de destino. Lo que allí pasábamos y teníamos enfrente ayudaba a unir al personal. Luego, cuando vino la distancia, nos perdimos la pista.

—¿Cuánto hace que no le veías?

—Veinte años, lo menos.

—Pero dice el brigada que algo sabes. Del viaje que hizo la semana pasada para encontrarse con Salazar.

—Sé lo que el propio Salazar me contó. Que le había pedido alguien de Barcelona, un amigo común, que comiera con Robles y lo tranquilizara sobre no sé qué asunto que le había sentado mal. Sabía que yo había estado destinado con él y me pidió consejo sobre cómo llevarlo. Yo trabajé con Robles casi diez años, él apenas unos meses.

—¿Y qué le dijiste?

Oleiro rehuyó aquí mi mirada.

—Que el tiempo hace a veces cosas raras con las personas, pero que hay detalles que nunca cambian. Que Robles era un tío con cintura, pero que cuando le pisabas el callo no había nada que hacer. Y que yo que él no me dejaba meter en esa clase de historias. También le pedí que le diera recuerdos de mi parte y que le pasara mi teléfono.

—A la vuelta, ¿te contó algo?

—Me dijo que se veía que lo conocía bien, a Robles. Que era un cabezota y, como yo presentía, no había querido ni escucharle. Y que también le había dicho que me diera recuerdos, y que a ver si nos veíamos.

—¿Cuándo supo Salazar del asesinato?

—Cuando yo. El jueves, a primera hora de la mañana.

—¿No te pareció rara la coincidencia? Entre su cita y la muerte.

—Salazar montó en cólera. Dijo que se lo tenía merecido por dejarse enredar por aquellos cabrones. Que tenía que haberme hecho caso.

—¿Qué cabrones?

—No lo sé. No me dijo más.

—¿Seguro?

—Seguro, mi brigada. Si supiera algo más, se lo diría. He jugado mal y con malas cartas. No dejaría de jugar una buena, si la tuviera.

Aquellos ojos azules, por la sangre celta que debía de correr por las venas de Oleiro, enrojecidos por la falta de sueño, y apagados por la pérdida de toda esperanza, se mantuvieron a mi altura durante apenas un segundo, doloroso y perturbador. Luego cayeron de nuevo. Y no creí que pudiera hacer o decir nada para ayudar a levantarlos.

—Gracias, Oleiro. Es todo por mi parte. Suerte.

—Falta me va a hacer —dijo, con la vista clavada en el suelo.

El interrogatorio de Oleiro se dio por concluido a la una y media. López miró el reloj, luego al techo y acabó proponiéndome:

—¿Vamos a comer? Yo tomo algo rápido, tú no tengas prisa.

—¿Y Salazar?

—Es el capo. El que los lió a todos. A Oleiro, ya te dije cómo. De los guardias, dos son medio yonquis y otro un putero. El filtro en la puerta de la tienda nos está fallando, Vila, y cuando gente que no debería estar aquí se junta con un figura como Salazar, con olfato para olerles las grietas y explotárselas, ya la tienes liada. El caso es que el tío es listo, y me conviene emplear contra él un poco de guerra psicológica.

—Me gustará saber qué entiendes tú por eso.

—Para empezar, lleva toda la noche y toda la mañana esperando. No ha comido y no va a comer, por ahora. Pero que él pase hambre no quiere decir que yo tenga que pasarla también. Yo soy el héroe. Con la comida y el cafelito fermentando en las tripas, le meto el primer *round*. Luego paro para que coma y lo remato a media digestión.

—¿Tan seguro estás?

—Ése es el escenario optimista, hombre.

—Y el escenario pesimista, ¿cuál es?

—Que hay que parar luego para la merienda, y luego para la cena, y así hasta que se cumplan setenta y dos horas. Lo siento por el abogado que le paga la organización. Ha insistido en que no lo interroguemos bajo ningún concepto sin que esté él delante, si no queremos que nos denuncie por torturas y no sé cuántas chorradas más.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué le has dicho?

—Que haré lo que me salga de los cojones y que me denuncie, que si salí absuelto de tres querellas de etarras en la Audiencia de Guipúzcoa teniendo enfrente a leguleyos batasunos entrenados para descuartizar picoletos, me permito no concederle a él ninguna posibilidad.

—Mira que eres burro —dije, lo que pareció regocijarle.

López comió, café incluido, en diez minutos exactos. Yo no me di ninguna prisa, porque no creí que fuera a llamarme en seguida para unirme al interrogatorio. No me equivoqué. Me dio tiempo a echarme una siesta y a hablar con mi hijo y con

Rebollo, a quien pedí disculpas por el malentendido de la víspera. Iban a dar las siete, y paseaba ya aburrido por la ciudad, cuando sonó mi teléfono. Era López:

—Lo siento, Vila, pero es un perro. Ven a que te muerda a ti, anda.

CAPÍTULO 17

INSTINTO CANÍBAL

Antes de atravesar el umbral de la sala de interrogatorios donde me aguardaba el sargento primero Salazar, me acordé de que había sido Robles quien me había enseñado casi todo lo que sabía del arte de interrogar a un detenido. Lo que la experiencia me había añadido venía a ser como lo que le añade a un edificio el revoco de la fachada: puede hacerlo más aparente a la vista, pero en modo alguno más sólido. Según Robles, los mandamientos del arte de sacarle la verdad a quien no quiere contártela se resumían en uno, que explicaba así:

—Para ganarte a la gente, Vila, tienes que darle lo que necesita. Todo el mundo le abre la puerta a quien se le acerca para satisfacer sus necesidades; sobre todo, las más perentorias. ¿Qué necesita una persona que está detenida, sola, sin saber qué va a ser de ella, adónde la mandará el juez, qué clase de gentuza la espera en la cárcel y por cuántos años tendrá que convivir con ella? Está claro, Vila: cariño. Por encima de todo, eso es lo que tienes que darle. Y atención. Hacerle ver que hay alguien a quien le importa su perra suerte. No olvides que si está en tus manos ya no es un malo a secas, sino algo más, o menos, según lo mires: es un malo que ha perdido. Eso, y pensar en todos los malos que ganan, te ayudará a compadecerle, que es lo más difícil.

Ya de entrada, Salazar me hizo notar lo mucho que iba a costarme sentir compasión en su caso. Nada más verme, me espetó:

—¿Y tú quién eres, el poli bueno? De verdad que dais pena, joder. Tenéis la farla, el cazacompañeros este me ha enseñado los vídeos, ¿qué más coño queréis? Metedme el puro que podáis con eso y dejad de jugar a redentores de la sociedad. El papel os viene grande.

Encajé impertérrito la parrafada. Deduje que después de cinco horas los ánimos estaban algo más que exaltados y el cerebro de Salazar a muchas más revoluciones de lo aconsejable. Junto a él, con el nudo de la corbata flojo y cara de cansancio, vi al letrado que lo defendía. Era un tipo de poco más de cuarenta, de esos que se ponen en el pelo algo pringoso en el desconocimiento de que no hay nada mejor, sobre todo cuando empieza a escasear, que llevarlo siempre bien corto.

—Mira, te digo como al poli malo —siguió Salazar—. Sólo sois los idiotas que servís para que el precio de la mercancía se mantenga. Así esto genera la pasta suficiente para llenar a reventar las cuentas opacas de los paraísos fiscales y alimentar el gran tinglado del blanqueo, que es lo que sostiene el sistema financiero mundial. A los verdaderos malos no vais a llegar nunca, pardillos. Todo lo que hacéis es desgastaros en estos golpecitos insignificantes que luego les vendéis con la foto a los periodistas y que sólo los memos se creen que sirven de algo.

No me di prisa en hablar. De hecho, me di tan poca que Salazar, que estaba ya fuera de sí, no pudo aguantarse y preguntó, furioso:

—Oye, ¿esto qué es, una técnica nueva? ¿El poli mudo?

No aparté la vista ni me apresuré. Apuré hasta que me pareció que estaba a punto de explotar. Entonces le hablé sin alzar la voz:

—Te agradezco la lección, Salazar, pero yo no me ocupo ni de droga ni de compañeros corruptos. No son mi tema, ni se me ocurre ninguna razón por la que me apetezca que lleguen a serlo alguna vez.

La respuesta obró el efecto benéfico de desconcertarlo.

—Ah, ¿no? ¿Y cuál es tu tema entonces?

—Yo me dedico a los muertos —expliqué—. Y ahora mismo, a uno con el que creo que teníamos algo en común, si es que eras amigo de él, como me parece que ibas contando por ahí. Hablo del subteniente Rafael Robles, con quien almorzaste el mismo día que lo asesinaron. También, pero esto a lo mejor no lo sabes, fuiste la última persona con la que habló por teléfono, según el registro de la compañía.

A medida que le hablaba, la vena de su cuello se iba deshinchando y en su rostro, en lugar de la expresión pendenciera con que me había recibido, se instalaba un rictus sombrío. La revelación de que había sido el último en hablar con Robles, que no podía dejar de afectarle, lo sumió en un silencio que los presentes acogieron con ostensible asombro, después del rato que llevaban oyendo sus improperios.

—Todo esto que te cuento —continué— lo sé desde hace varios días. También he oído vuestras conversaciones, incluida esa última. Tantas veces que me las sé casi de memoria. Los que trabajamos con los muertos somos gente un poco particular. Acabamos desarrollando una relación casi enfermiza con esa persona que ya no está, y a la que nos piden que le hagamos justicia. Pasa incluso cuando no la conoces, así que imagínate si el muerto es un buen amigo o, todavía más, el tipo a cuyos pechos te criaste cuando empezaste en este trabajo. La cosa es, Salazar, que

llevo todos estos días pensando si fuiste tú el hijo de la gran puta al que tengo que meter como sea veinte años en la nevera para quedar en paz con el recuerdo de mi amigo Rafael Robles. O si tan sólo ayudaste de alguna forma al que lo hizo, en cuyo caso no tengo menos ganas de joderte la vida hasta donde pueda, que no será tanto, pero será bastante. Pero sobre todo, y porque no me entra en la cabeza que nadie que hubiera servido con Robles le deseara algún mal, lo que llevo todos estos días es queriendo pensar que no puede ser así. Que puede ser que por los motivos que sean, y ahí ya te arreglarás con el brigada López, aquí presente, y con su señoría, te hayas olvidado de tu juramento como guardia civil y te hayas prestado a pasar polvos blancos para los muchos semejantes que los necesitan, pero de ningún modo has podido ayudar a que a uno de los tuyos lo torturen y después lo cuelguen de un puente como si fuera un despojo.

—No tengo nada que ver con eso —dijo al fin, con un hilo de voz.

Me quedé mirándolo, en silencio. Se esforzaba en no hurtar los ojos, pero tras ellos algo se había destensado. Meneé la cabeza.

—Verás, mi sargento primero. —Me arrepentí de esa ironía, probablemente innecesaria, pero uno, en el momento, no siempre calibra bien todos sus recursos—. Estoy tratando de hacerte ver que traigo toda la disposición a creer en tu inocencia respecto del asesinato que a mí me incumbe. Bastante tienes con lo que tienes y, aunque yo no soy ningún poli bueno, te aseguro que tampoco soy un poli sádico, ni un poli justiciero. Esa película se la dejo a Clint Eastwood. Yo sólo trato de llevar paquetitos bien envueltos al juez que me toca en suerte, en este caso una juez de La Rioja seria y algo puñetera, y no me refiero a la puntilla que le cuelga de las mangas de la toga. Te harás cargo de que llevarle por todo argumento, para persuadirla de tu inocencia, eso que acabas de decirme resulta un poco pobre. Me arruina el paquete.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que, por desgracia, no voy a poder conformarme con que eches mano de tu derecho constitucional a no declararte culpable de la muerte de nuestro amigo y compañero. Necesito un culpable alternativo. Y quizá me ayude a creerte el que colabores también con el brigada López. Si no, y por más que me pese, tendré que hacer valer en el sumario las palabras que retumban en mis oídos y que te escuché decirle al difunto subteniente, en un momento tan inadecuado: poco antes de que se perdiera para siempre la señal de su teléfono móvil, muy posiblemente gracias a la intervención de sus asesinos.

Salazar recobró de pronto la presencia de ánimo.

—Coño, ahora lo veo. ¿De qué vas, con la suavidad esa que te gastas? Me estás

haciendo chantaje, ¿es eso? Acabáramos. ¿De verdad piensas que voy a caer así como así? Ya habrás visto que tengo abogado.

—Sí, eso me pareció —admití—. Quizá tenga algún consejo que darte antes de que te pongas a jugar a la ruleta rusa con un cargo de asesinato con ensañamiento, o aunque sólo sea de encubrimiento o de complicidad, que ya tiene premio. No sé, ¿usted qué dice, letrado?

El abogado vaciló. No sé hasta qué punto era consciente, a la sazón, de la vinculación de su cliente con un caso de asesinato, pero lo que se me hizo evidente fue que no tenía preparada una estrategia para enfrentarse a aquel giro del interrogatorio. Con el rabillo del ojo miré a López, que asistía impasible, aunque por dentro lo imaginaba disfrutando como un enano, a mi duelo con el sargento corrupto.

—Me vendría bien que me dejaran a solas con mi cliente unos minutos, si fuera posible —pidió el abogado, con voz insegura.

En ese instante recordé otra de las reglas de Robles: una vez que con dulzura y astucia le hayas desmontado las defensas al oponente, no te prives, si se tercia, de hacerle ver quién es el que manda. Cuando ya ha perdido el gas, le cuesta recuperarlo. Y le pesa el miedo.

—No me parece oportuno —dije—. Ya llevan cinco horas mareando la perdiz. Pero yo no soy aquí el responsable. —Y me volví hacia López.

—Tampoco me parece oportuno a mí —dijo—. Responde, Salazar, si te da la gana. Si no, te devolvemos a la jaula y al picapleitos lo ponemos en la calle. Y ya veremos si lo llamamos mañana otra vez para seguirte interrogando, o si vas derecho para el juez con lo que se nos ocurra colgarte esta noche. Tanto a mí como al brigada, se entiende.

El abogado y su cliente cruzaron entonces una mirada cargada de ansiedad, en especial por parte del sargento. En ese momento caí en que era un cocainómano, lo que, aparte de explicar su agresividad, podía estar pasándole ya la factura de la abstinencia. Aunque tenía las manos esposadas, se las arregló para retorcérselas y hacerse crujir los nudillos. También me fijé en sus pies, que no paraban quietos.

—No hay mucho que pensar, sargento —le apreté—. O cooperas, o te mandamos de vuelta al zulo y el brigada López y yo nos vamos a darnos un homenaje con mesa y mantel, que para eso llevamos dos días seguidos currando. Y mañana será otro día. O a lo mejor no.

Arrugas como tajos de cuchillo hendían ahora la frente de Salazar.

—¿Qué tengo que daros? —masculló.

—Nombres, a los dos —exigió López.

—A ti sólo te daré los dos de dentro que te faltan —se recompuso, tras sopesarlo rápidamente—. De fuera sólo podría darte uno, aparte de los que habéis trincado, y no va a ser por mí por quien lo sepas, porque si lo canto me quedo sin padrino para lo que se me viene encima ahora. Ni así me arranques las uñas te lo daré, es mi seguro de vida.

—Puedo considerarlo —dijo López—. Eso es problema de los de antidroga. Ya se lo sacarán ellos a tus socios, o como puedan.

—Y a mí, ¿qué nombre me vas a dar? —le pregunté.

—El que buscas —dijo, e inspiró con fuerza antes de seguir—. El del individuo que me pidió que hablara con Robles y que le dijera adónde tenía que ir a encontrarse con unos supuestos socios suyos.

—¿Supuestos? ¿Qué significa eso?

Salazar ablandó por primera vez el gesto. Y se explicó:

—Le tendieron una trampa, y de paso me la tendieron a mí. Te voy a decir lo que sé, que no es mucho. Parece que a Robles le habían entrado escrúpulos porque había descubierto que el tío para el que trabajaba se dedicaba a buscar chavalas muy jóvenes, de estas de ahora que están atontadas con las redes sociales y toda la porquería que les meten por ahí desde que son unas crías. Las engolosinaba con la posibilidad de ganar cinco o seis mil euros al mes para comprarse ropa y todos los caprichos. Y el resto ya te lo puedes imaginar.

—¿Menores?

—No, hombre, eso no, que es delito. Les pedía que vinieran con el DNI en la boca, pero sobre todo perseguía a las que según el carné acababan de cumplir los dieciocho, y prefería a las que estuvieran peleadas con los padres y con la cabeza llena de pájaros. Gracias a lo que ven en la tele o navegando por Internet, no le faltaban voluntarias. Así las metía en la rueda de su negocio de prostitución y al cabo de unos meses las tenía en sus manos. Las ponía a trabajar en pisos del Eixample y de la parte alta de Barcelona, y si le encartaba en los locales que tenía por las afueras, en la costa. Por lo visto le daban buen beneficio. La crisis arrea duro a los desgraciados, pero los ricos siguen siendo tan ricos, o más. Y los que vienen a Barcelona a las ferias, con la Visa bien provista, aprecian y pagan en lo que vale un material tan primoroso.

—Ya veo.

—El caso es que Robles, que como tú sabrás no era ningún angelito, tenía más o menos asumido lo del putiferio normal, pero esto de los pimpollitos, cuando se

coscó de la movida, se le atravesó de mala manera. Y un día que se había tomado dos copas le montó bronca al jefe. Que con él no contara para cuidar de esos pisos, y que como un día se cruzara con una que fuera menor lo denunciaba a los Mossos.

—¿Y tú eso cómo lo sabes?

—Me lo contaron. Un amigo y compañero. O antiguo amigo y compañero, ahora. Nuño, se llama. Sargento del servicio fiscal en el puesto de Vilanova. Compartimos en su día negocios de los que no pienso contaros una mierda, naturalmente, y andaba o anda metido con la misma gente para la que trabajaba Robles, a la que también conozco, pero poco. Nuño y el cabrón de su jefe me utilizaron para darle confianza a Robles. Para que le hiciera entrar en razón, me dijeron ellos. Me dieron a entender que se trataba de ir por las buenas y que, si eso fallaba, le meterían algo de susto, pero nunca que fueran a hacerle una salvajada así. Te lo juro por la memoria de mi madre. La cosa es que le enviaron a lo que en teoría era una recogida de dinero de unos socios del jefe, acá en el norte. Le dijeron que yo, que tenía tratos con ellos, le arreglaría el encuentro. Y así, aprovechando el viaje, organizaba un almuerzo con él y procuraba hacerle ver que no era cuestión de echar las patas por alto por una tontería. A fin de cuentas, a nadie le obligaban a responder al anuncio, las chicas ya sabían a lo que venían, y él tenía mucho que perder si insistía en ponerse estupendo. En fin, me ahorro el rollo, porque no me sirvió de nada. Apenas le mencioné el tema, Robles se cerró y dijo que me ocupara de mis asuntos.

—Y, después de eso, lo despachaste a la emboscada.

—No sabía que era una emboscada. Ni siquiera sé quiénes son los tíos con los que iba a encontrarse. Te lo juro por...

—Ya, no hace falta que me jures más —le interrumpí—. Mejor dame un argumento convincente. Hay algo en todo este cuento que me chirría un poco. ¿Tan amigo eras de Nuño? ¿Le debías algo que no nos has dicho? O, por ponerlo de otro modo, ¿qué ganabas tú con esto?

Salazar se quedó pensativo. Llegado a aquel punto, debía pesar en la balanza su necesidad de convencerme, por un lado, y la que tenía de no exponer a la luz aquello que no podía permitirse desvelar.

—Digamos que recibí una indicación —dijo, midiendo las palabras— de alguien que estaba en condiciones de influirme y que tenía alguna relación con el hombre para el que trabajaban Nuño y Robles. Pero no me dijeron que el plan fuera quitar de la circulación a Robles. De hecho, me consta que a quien me pidió que les echara una mano le sorprendió tanto como a mí lo que pasó luego con el

subteniente.

Le clavé mi mirada perforante.

—Y ese misterioso personaje, ¿no me vas a decir quién es?

Salazar aguantó el tipo.

—No, no voy a decírtelo.

—Y cómo esperas que me crea nada de lo que me has contado.

—Porque lo que sí te voy a decir es el nombre del tipo al que Robles cabreó hasta el punto de entregarlo a los que se lo cargaron, y que de paso me metió a mí en este marrón sin comerlo ni beberlo.

—A ver, inténtalo. No me tragaré cualquier cosa, te aviso.

El sargento primero pronunció el nombre con un morboso placer:

—Antonio Serret Marone. Pero se hace llamar Roberto.

Me cuidé de dejarle advertir que no me era desconocido.

—¿Estás seguro?

—Bastante. Y puedo decirte dónde localizarlo.

—Estás muy quemado con él, por lo que veo.

—Se cargó a un amigo. Que pudo salirse de madre, pero no para que lo mataran y de esa forma. Hay muchas soluciones para el problema que se les había planteado antes de hacer semejante barbaridad.

—No sé si eso me obliga a creerte —dudé.

—Hay algo más por lo que le tengo ganas.

—A ver.

—Serret es un baboso, un mierda, un hombre de paja. Marca paquete con el dinero y con el poder de otro. Nunca lo tragué.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es ese otro?

—Hasta aquí llego, mi brigada. Ya tienes lo que buscas y yo también. Ya no necesitas colgármelo a mí y sé que no serás tan capullo como para intentarlo. Vas a necesitar todas tus energías contra Serret.

—Si es un hombre de paja, como dices, tampoco será para tanto.

El sargento primero adoptó un aire maligno.

—Eso depende de quién esté detrás. Y no te olvides de Nuño. Ése es tu guardia,

si como éste —dijo señalando a López— tienes el instinto caníbal y te la pone dura meter en la cárcel a un compañero. De paso, me harás un favor. Dile, cuando le pongas las esposas, que fui yo quien te dirigí a él.

—No fuiste tú, Salazar —me permití aclararle—. O sí, pero no hoy. Eres muy descuidado con el teléfono. Tampoco te considero un compañero, a estas alturas. No lo digo por desprecio, sino por respeto a los que vi dejarse la piel en esto. Y unos cuantos, algo más que la piel.

Salazar me observó con ostensible indiferencia.

—Si sentirte superior te cura de algún complejo, por mí vale. Pero que no se te olvide que tu amigo del alma no era mejor que yo.

—No tengo más que preguntarle —le dije a López.

—Gracias, Vila —dijo mi colega—. Nos vemos dentro de un rato, si te parece. Al sargento primero le queda todavía cumplir conmigo.

—Con una condición —impuso Salazar.

—¿Qué condición? —inquirió el brigada, con cara de fatiga.

—Te doy los dos nombres que te faltan para cerrar la investigación que no has sabido hacer, y acabamos de una vez con esto. Y me ahorras tener que volver a verte el careto hasta el día del juicio.

López le mostró una sonrisa de oreja a oreja.

—Por una vez sale de tu bocaza algo que me complace. Trato hecho.

No me quedé a ver cómo Salazar delataba a los otros dos guardias que habían mojado en la salsa, más por hacer la vista gorda que por participar de forma activa en el negocio, y a los que dada su catadura no debió de disgustarle arrastrar al precipicio por el que ya se había despeñado él. Me fui a mi habitación y en tanto López remataba la diligencia me ocupé de buscarme un vuelo que me devolviera a Barcelona a la mañana siguiente. Todo lo que podía hacer allí estaba hecho. Mi lugar estaba con mi gente y tras la pista de aquel Antonio Serret, alias Roberto, al que apuntaban todos los indicios. Como solía decir Robles cuando todo empezaba a señalar en una misma dirección: creo algo en la mayoría, pero a pies juntillas en la unanimidad.

Conseguí billete para un vuelo que llegaba a Reus poco antes de las doce. Por un momento consideré la posibilidad de llamar a Chamorro para anunciárselo, y contarle de paso el resultado del interrogatorio de Salazar, pero no sabía qué estaría haciendo o si iba a interrumpirla, y después del esfuerzo no me apetecía hablar con nadie. Le puse, pues, un SMS y le pedí que me confirmara si podían ir a

recogerme. A los quince segundos me entró un mensaje suyo: *Allí estaremos. V.*

Arreglado lo del vuelo, salí a pasear bajo el frescor de la noche. De lo que me había contado Salazar se desprendía una confirmación, algo más que descorazonadora, y un consuelo, aunque fuera mínimo. Mi viejo amigo se había dejado arrastrar, y mucho, más allá de la raya. Hasta el punto de colaborar con proxenetas y convertirse en porteador de dinero sucio, si no había hecho algo más. Pero en algún momento se había encendido la luz roja de su conciencia y la señal que le había mandado no la había desoído, o no del todo. Podía considerarse una actitud hipócrita espantarse de la explotación de las jóvenes de dieciocho años, probablemente españolas (no pude evitar acordarme de la chica con la que habíamos hablado Chamorro y yo en el tugurio de Castelldefels), y encontrar aceptable la explotación de las extranjeras de veinticinco, de la que era consciente beneficiario. Podía ser, nada más, que tenía dos nietas y de pronto se había dado cuenta de que al cabo de unos pocos años tendrían la edad de esas chicas impulsivas e insensatas que caían en las redes de los buitres para los que estaba trabajando. Y, sin embargo, era algo. Algo que lo distinguía, así fuera una distinción casi irrelevante, de un indeseable como Salazar.

López me llamó cerca de las diez. Al final, entre unas cosas y otras, le había resultado imposible despachar la labor antes.

—¿Has cenado? —me preguntó.

—No. Te estaba esperando.

—¿Te importa que se nos una mi capitán?

—En absoluto.

—Pues dame quince minutos para ducharme y tratar de sacarme de paso toda la mugre que llevo en el cuerpo y en el alma, y nos encontramos a las diez y cuarto en la barrera de la comandancia.

Tardaron, él y su capitán, un par de minutos más. Venían en el Peugeot alquilado, López al volante y su jefe en el asiento del copiloto.

—¿Paso atrás? —pregunté.

—Si no te importa. Yo prefiero delante —dijo el capitán.

—No me importa.

En comparación con el día, y aunque a la mesa se sentara un oficial, fue una cena agradable. A López y a su jefe se los veía cansados pero eufóricos. De una sola tacada habían quitado de en medio a seis enemigos e identificado a otros dos, que después de las comprobaciones pertinentes sobre sus patrimonios y movimientos

podían hacer subir el marcador a ocho. Dentro de la lógica inversa que regía en su unidad, era todo un éxito. Ocho menos de los que preocuparse. Con pocas operaciones alcanzaban a hacer una limpieza de ese calibre.

Pero el capitán ya tenía la mente en Barcelona. Comprobé que en buena medida aquella cena perseguía sonsacarme información sobre Nuño y su entorno, que era su inmediata preocupación. Le di alguna, dentro de la cortesía, pero traté de hacerle ver que aquello era una nueva fase y que debía hablar con mi comandante para delimitar el espacio de cada uno, sobre todo si, como parecía, Nuño tenía alguna participación en el crimen que caía bajo la competencia de mi unidad. Si hasta allí nos habíamos entendido y ayudado mutuamente, no tenía por qué ser de otro modo en adelante. El capitán comprendió y no volvió a mencionar el asunto durante el resto de la velada.

A medida que caía la botella de vino se fue incluso soltando y dejándome intuir su verdadero carácter. Tras aquella máscara impenetrable había un hombre que acarreaba un desgarro, y no un desgarro cualquiera, precisamente. No quiso contármelo, debía de hacer falta mucho más vino para lograr que se relajara hasta ese punto, pero algo pude atisbar. Fue ya al final de la noche, poco antes de marcharnos. Tras apurar su último vaso de tinto me miró a los ojos y dijo:

—Hay quien no entiende que podamos dedicarnos a esto. A perseguir a los nuestros, digo. Cada uno tiene su motivo, no sé si López querrá contar el suyo. Yo tengo dos. Una vez, un chaval que estaba a mis órdenes tuvo la mala fortuna de matar a alguien en acto de servicio y se le investigó. No me gustó nada lo que vi, cómo lo acorralaron. Pensé que éste era un trabajo que, si había que hacerlo, se podía y se debía hacer de otra manera. La otra razón es, bueno, más personal. Cada día, cuando me levanto para hacer esto, siento que lo hago por la memoria de alguien con quien tengo una deuda. Una deuda que pago apartando a la chusma como Salazar. Yo me entiendo.

Y, dicho esto, se quedó mirando a López, como invitándole.

—Yo me guardo mis motivos, mi capitán —rehusó el brigada.

—Es un zorro, éste —observó el oficial—. Por eso no le tiembla la mano. Y por eso es el mejor cazador que tengo. Y bien que lo sabe.

López me acercó a la mañana siguiente hasta el aeropuerto. No dejé de apreciar la deferencia, con la tarea que tenían él y su gente para poner a disposición judicial a todos los detenidos, cosa que pretendían llevar a efecto antes de que acabara el día. Por las prisas, ni se bajó del coche. Nos despedimos allí mismo, con un apretón de manos.

—Buen vuelo —me deseó—. Y ya sabes. No cuentes nada.

—Me llevaré vuestros secretos a la tumba —bromeé.

—Tampoco es eso, hombre.

—Nos vemos en Barcelona, ¿no?

—Me temo.

—Te devolveré la cena. Fue mi territorio, y recuerdo algo.

—Hecho. Te aviso.

Volver a pasar por los inconvenientes y las sevicias que al manso ciudadano occidental le inflige el transporte aéreo de bajo coste no fue algo que me inclinara a encarar la jornada con buen humor, pero procuré tomármelo con filosofía. Cuando el azafato, o tripulante de cabina de pasajeros, según su nombre oficial, se acercó para ofrecerme uno de los cartones de la rifa de a bordo, me quedé mirándole y le pregunté:

—¿Usted diría que es una buena inversión?

—¿Cómo dice, señor?

—Si usted fuera yo, ¿jugaría?

—¿La verdad?

—Si no le sabe mal.

—Si yo fuera usted, me echaría una siesta.

—En eso estaba pensando, justamente.

—Lo siento por el ruido que me pagan por hacer.

—No se preocupe, me las arreglaré de todos modos.

Prolongué la cabezada hasta el preciso instante del aterrizaje. En la zona de llegadas me esperaban Chamorro y Arnau. Al verlos de lejos, a los dos juntos, me produjeron una extraña sensación. Vi a mi compañera de tantos años, a la muchacha a la que con poco más de veinte me habían encargado que guiara por el áspero camino del investigador de homicidios, convertida en una mujer madura y serena en el ejercicio del mando: más serena y más templada, de hecho, de lo que jamás me había visto a mí mismo. Y vi a Arnau, que apenas tres años atrás era un novato con propensión a meter los dos pies en cada charco, transformado en su algo más que competente compañero. Y no pude evitar sentir que aquella visión era, en cierto modo, la estampa anticipada de un futuro ya no tan lejano. Un futuro sin mí, en el que hablaría con ellos de vez en cuando, de eso no me cabía duda, pero en el que paulatinamente me irían tratando con esa indulgencia respetuosa, y a la vez un poco distraída, con que uno atiende a los jubilados.

Hice un esfuerzo por sacudirme la imagen, tanto de su independencia como de mi caducidad. A fin de cuentas, seguía en la brecha, y todavía me quedaban unos años para seguir enredando. Si el cuerpo y la cabeza aguantaban, diecisiete más, después de la última reforma. Suponiendo, claro, que entretanto no quebrara el Estado y no nos obligaran a seguir pringando sine díe para ahorrarse la pensión.

—Buenos días, tropa —los saludé—. ¿Me habéis echado de menos?

—La verdad es que yo sí —dijo Chamorro, y parecía sentirlo.

Arnau la secundó, a su manera:

—Y yo. Desde hace dos días sólo me llaman por mi nombre.

—Qué muermo, ¿no?

—Bueno, tiene su punto, también.

—Traigo noticias. Os las cuento yo primero y luego me contáis las vuestras. En marcha, que los acontecimientos se precipitan.

—No lo sabes tú bien —dijo mi compañera.

Desde el asiento trasero del Touareg, cuyo cuero mis posaderas ya echaban de menos después de tres días en un utilitario, les referí con pelos y señales el interrogatorio del sargento primero Salazar. También el del cabo primero Oleiro, en tanto que venía a corroborar la versión de su jefe, detalle este que, junto a otros, la hacía creíble. Apenas terminé mi relato, Chamorro, que iba al volante, le pidió a Arnau que me entregara algo. Éste me pasó un folio impreso. Tardé unos segundos en averiguar que era un mensaje de correo electrónico. O, mejor dicho, un borrador de mensaje de correo electrónico. No constaba ningún destinatario y era muy breve, apenas dos líneas:

Tenemos que hablar, por el bien de todos, dime por aquí una vía segura para comunicar contigo. A nosotros también nos han jodido. N.

—¿Esta ene es de quien me imagino?

—Ajá —asintió mi compañera—. Y adivina dónde escribió el mensaje. En la otra cuenta de correo a la que se conectaba Robles.

—¿Cuándo mandó esto?

—No lo mandó —me rectificó—. Tan sólo es un borrador. Romero lo interceptó ayer. Tenemos vigilada la cuenta veinticuatro horas al día.

—¿Para quién es el mensaje?

—Tengo mi teoría. Pero hay más. La teniente Morata nos espera en la

comandancia. Vamos a enseñarte por dónde andan los abuelos.

—¿Los abuelos? ¿Quiénes son ésos?

En vez de responderme, Chamorro se hizo la interesante:

—Mejor espera a verlo. Te vas a reír.

CAPÍTULO 18

EL ANIMAL

El guardia Gil, con una sonrisa malévola, abrió la ventana que tenía minimizada en la pantalla de su ordenador y desplegó un mapa del norte de España y el sur de Francia. Sobre él, me marcó dos señales. Una de ellas estaba en ese momento por la zona de Cubelles. La otra, unos kilómetros al sur de Tossa de Mar, en la Costa Brava.

—Ahí los tiene, a los abuelos.

—¿Son quienes me imagino? —pregunté.

—Ajá. El de Cubelles es Nuño. El otro, Serret. Tiene al equipo de seguimiento detrás para hacerle fotos, apuntar matrículas y fichar fulanos con los que habla, pero con esto tenemos el control *on-line*.

—Y lo de los abuelos, ¿a qué viene?

—Aquí estamos en provincias —explicó la teniente Morata—. Y ya sabes lo que pasa con *Madrit* —marcó la T al estilo catalán, con sorna—, que se queda todo lo bueno y le cuesta mucho compartirlo. Hace no sé cuántos meses que esperamos un lote de balizas GPS de las chulas, las que usa tu unidad. Mientras nos llegan, nos apañamos con balizas caseras. Las montamos con localizadores GPS para enfermos de alzhéimer. Sólo hay que reforzarles la alimentación. Pero van de fábula. Éste, ya lo conoces, empezó con la tontería: «Vamos a ver por dónde andan los abuelos.» Y ése es el nombre en clave desde entonces.

—No me diga que no es astuto, mi brigada —dijo Gil.

—A mí me había despistado —admití—, pero ando falto de sueño.

—Más allá del chiste, hay algo que me preocupa y que quería comentar contigo —añadió Morata—. Desde que los tenemos balizados, estos dos no han coincidido ni una sola vez. Ni siquiera, eso te lo puede confirmar Chamorro, que lleva con vuestra gente de Madrid el seguimiento de los teléfonos intervenidos, se han cruzado una mísera llamada o un SMS. Es como si hubieran hecho un pacto para mantenerse desconectados el uno del otro, y lo cumplen escrupulosamente.

—Algo que contrasta bastante con lo que ocurría hasta hace tres días —añadió Chamorro—. Varias comunicaciones entre sus móviles y posicionamientos coincidentes en al menos media docena de ocasiones, según los registros que nos ha pasado la operadora.

—Y eso no es lo más preocupante —continuó Morata—. Desde hace dos días, Serret se ha entregado a una actividad frenética. No para de moverse, y, juntando todos los sitios por los que ha ido pasando y todas las entrevistas que por los informes del equipo de seguimiento ha mantenido en este tiempo, lo que interpretamos es que está visitando todos sus locales y hablando en persona con los subalternos que se los gestionan. Como si quisiera dejarlos bien aleccionados.

—¿Para poner tierra de por medio? —deduje.

—Es una posibilidad que creo que no debemos descartar. Según la información que nos suministra el historial de localización de su móvil, hasta la semana pasada era un tipo bastante sedentario, que apenas se movía por Barcelona capital y por el Baix Llobregat. Como mucho, se alargaba hasta Sitges. Los demás negocios los gestionaba a distancia. Debe de temerse que sus comunicaciones ya no sean seguras, ni siquiera con los móviles chungos que haya usado hasta ahora, y se ve en la necesidad de desplazarse personalmente. Que además lo haga tanto y vaya zona por zona, casi de forma sistemática, me sugiere que anda plegando la tienda, o al menos dejándola en cuarentena, en tanto termina de ver por dónde le salimos. Con lo que Lucimara les ha contado a Chamorro y a la sargento Balderas hay suficiente para meterle mano. Para mí que se huele que tenemos esa información y teme que podamos estar planeando un movimiento contra él. Que quisieran deshacerse de la chica indica que eran conscientes de lo que podía largar, y también de que estaba tan afectada como para hacerlo.

—Amenazas de muerte, violaciones, suministro de droga y fármacos a granel a las chicas —recitó Chamorro, con voz monótona—. Como ocurre en tantos otros sitios. La pequeña diferencia es que esta vez tenemos a alguien dispuesto a testificarlo. Hice algo que a lo mejor no está del todo bien, pero nos ha sido muy útil. Saltándome la presunción de inocencia, le dejé pensar que Serret pudo prepararle la trampa a su amoroso protector y en ningún momento la animé a descartarlo. Desde entonces se soltó a tumba abierta. Si aguanta hasta el juicio, más lo que tuviéramos la suerte de intervenir con unas cuantas entradas y registros bien hechos, Serret está listo, al menos por una pila de delitos contra la libertad sexual. Y, a partir de ahí, a seguir jugando.

—A todo lo anterior súmale el mensaje de correo electrónico que interceptamos ayer y que te ha enseñado tu sargento —dijo Morata—. Nos revela varias cosas interesantes. La primera, que esa cuenta era un medio seguro de comunicación que

compartían Robles, el sargento Nuño y el presumible destinatario del mensajito en cuestión.

—¿Salazar? —aposté.

—¿Quién, si no? —dijo Chamorro.

—A estas alturas, Nuño, y por tanto Serret, sea cual sea el medio no interceptable por el que estén en contacto, deben de saber que Salazar no va a poder leer ni contestar ese mensaje agónico, falso o cierto, que le enviaron —prosiguió la teniente—. Y pensarán que allí donde está ahora, y en las circunstancias en las que se encuentra, no son muchos los motivos que va a tener para no querer arrastrarlos con él.

—Y pensarán bien —confirmé.

—Más a mi favor.

Sostuve la mirada de sus ojos oscuros, no muy grandes. En ellos se veía esa determinación que poseen ciertas mujeres, normalmente menudas, como ella, y como ella hechas a prevalecer contra las adversidades del medio y los desfallecimientos propios. Son mujeres que pueden parecer nerviosas, pero que no suelen precipitarse, y nunca, una vez que dan el paso, se echan atrás. No estaba seguro de tener la capacidad de fijar con tanta precisión como ella la línea de no retorno; en los psicotécnicos del permiso de conducir sólo puedo elegir entre frenar antes de tiempo o dejar que la bolita rebase el límite de la colisión. Con todo, mis años de polizonte, que eran algunos más que los suyos, y que algo valían también, me inclinaban a ser cauteloso.

—En condiciones normales me parecería prematuro reventar —dije—. Si lo que Serret prepara es lo que supones, mi teniente, te concedo que tendría que revisar mi criterio. Creo que lo que se impone es una reunión con el cuerpo hermano, y me refiero al autóctono. Si actuamos, vamos a necesitar sus brazos y sus competencias. Yo preferiría que ellos llevaran al juez todo lo relacionado con los negocios de prostitución. No es mi asunto preferido, y no me da que sea el tuyo.

—Ni remotamente —dijo Morata.

—Muy bien. Te propongo organizarlo sin más demora.

—Por mí, de acuerdo. Pero ten en cuenta que es sábado.

—¿No crees que se dejen?

—Puede intentarse. Nuestro enlace de allí está en sintonía.

—Intentémoslo, entonces. Y si me haces un favor, Chamorro, pásame ese mensaje de correo electrónico.

—Borrador, te recuerdo —precisó mi compañera.

—Pues eso, el borrador. Se lo enviaré a López. Lo mismo le dice algo.

Nos reunimos con el equipo de los Mossos esa misma tarde, en sus oficinas. Aunque se reclamaran herederos del minúsculo cuerpo policial fundado por un juez partidario de los Borbones que vivió en la Tarragona rural del siglo XVIII, sus dependencias revelaban que en su forma contemporánea eran una policía muy nueva. No pocos miembros de cuerpos con más solera encontraban en su breve trayectoria un motivo para mirarlos por encima del hombro, pero algo que tocaba envidiarles de su modernidad era el diseño de sus espacios de trabajo. Luminosos, con estilo, sin esa pátina que impone el trato diario con el crimen. Salvo por los uniformes que uno se cruzaba en el pasillo, nadie hubiera dicho que nos hallábamos en una oficina policial.

Riudavets, que hacía de anfitrión, fue sin embargo el último en incorporarse. Ya estábamos allí Morata, Balderas, el capitán encargado de la coordinación por nuestra parte y el inspector que la llevaba por la suya, además de Chamorro y yo. Fue verle entrar, con esa confianza con que el superior se desenvuelve frente a quienes no pueden reprenderle, ni siquiera afearle que llegue tarde, y comprender que era, en cierto sentido, una persona diferente de la que había conocido años atrás. Ya entonces era consciente de su buena percha y meticuloso al elegir y conjuntar lo que se ponía para adornarla. Recordaba también su simpatía y su aire campechano, que no había perdido del todo. Y, sin embargo, ahora traía ese típico gesto como de estar en otro sitio que uno asume y entiende que se les pone a ciertos jefes porque en efecto tienen muchas preocupaciones (aparte de la menudencia que uno, en su condición de mindundi, les está sometiendo en ese preciso instante), pero que otros diríase que adquieren por mimetismo, porque consciente o inconscientemente interpretan que ése es el tono que conviene imprimir a las relaciones con los subordinados para ganarse mejor su respeto. Le concedí a Riudavets el beneficio de la duda, aunque sólo fuera por el abrazo, de veras efusivo, con que me saludó.

—Ya creía que te volvías a Madrid sin venir a verme —dijo.

—Me lo han puesto difícil, ya lo ves.

—Ya veo. Sentaos, por favor —pidió, dirigiéndose al resto—. Me vais a perdonar, pero sólo puedo quedarme media hora. Tengo al jefe encima con otra historia, la temporada está muy movida, con recortes por todas partes y el trabajo subiendo en vez de bajar. Ni en sábado afloja. Con la dichosa crisis, la gente está más cabreada y todo son problemas. Y a mí me toca gestionarlos con funcionarios que no saben cuándo volverán a cobrar entera una paga extra, y que así respiran.

—No nos lo recuerde —bufó Balderas.

—Pues eso, vamos al grano, *si us plau*.

Otro de los tics del mando, pensé: hacerle ver al que no lo desempeña que su tiempo es mucho menos valioso y no puede permitirse marear cuando el preboste le escucha, trance extraordinario en que ha de dar lo mejor de sí y a la máxima velocidad posible. Balderas, que era una policía experimentada y una suboficial habituada a tales apreturas, asumió su papel e hizo un resumen sucinto y completo de la situación. Juntando los datos que ya obraban en su poder, más los obtenidos en los últimos dos días, con los seguimientos y vigilancias que habíamos hecho nosotros, por un lado, y gracias a la estimulación especial que ellos habían hecho de sus antenas sobre el terreno, por otro, teníamos localizados media docena de sitios calientes, en los que era más que probable sacar pescado si echábamos las redes. La casa de Serret —una especie de fortín escondido en las montañas que dominaban Castelldefels—, tres locales, un hotel y un piso en Barcelona capital. De todos ellos constaba, sin lugar a dudas, que estaban en la órbita del personaje y que desde ellos se realizaban actividades de explotación sexual de mujeres. De los seis respondía la sargento, según expuso, si se decidía meterles mano de forma inmediata, y se había tomado la molestia de reflejarlo así en un informe listo para su entrega a la autoridad judicial. Para reforzar sus ya sólidos argumentos, Balderas añadió:

—Además, mañana está de guardia Teresa.

—La brava —apostilló Riudavets.

No necesitaba que me lo explicaran. Todos los policías hemos tenido en cuenta ese factor en localidades con varios juzgados. Cuando no hay un delito flagrante ni puntual, uno puede llevar el expediente al juzgado lo mismo el martes que el jueves. Y si el martes está de guardia un juez timorato, o vago, o tiquismiquis, y el jueves otro más expeditivo y proclive a escucharte, está claro que será el jueves cuando des el paso de judicializar la investigación. En este caso iba al revés: adelantarnos, y no retrasarlo, era lo que más nos convenía.

Se notaba que Morata y Balderas, y también Chamorro, según confirmé luego, habían puesto en común sus intuiciones y la estrategia que a partir de ahí debíamos seguir. Estando yo presente, mi sargento guardó silencio, pero Morata secundó a la suboficial de los Mossos dando cuenta de lo que le decían sus propias fuentes y del itinerario que según el seguimiento al que lo teníamos sometido había realizado Serret en los últimos días. Riudavets, después de escucharla, consultó su reloj. Hice lo propio y, como me había tomado la molestia de mirar la hora al comienzo, vi que tan sólo le quedaban cinco minutos.

—¿Y tú qué dices, Vila? —me interpeló.

La manera en que me lo preguntó dejó claras dos cosas. Una, que en aquella reunión donde hasta el momento sólo habían hablado las mujeres, seguíamos siendo dos hombres los que, a fin de cuentas, tomábamos las decisiones. En su caso por galones, y en el mío, aunque la teniente Morata tuviera más rango, porque yo era el responsable de la investigación principal de nuestra competencia, el asesinato de Robles. El detalle acreditaba la todavía desequilibrada organización del mundo, pese a la existencia de mujeres como las que se sentaban a aquella mesa, que no sólo eran capaces de analizar y resolver los problemas, sino que habían hecho de ello su misión en la vida, hasta el punto de entregarle incluso sus horas de fin de semana. La segunda cosa que se me hizo evidente, y con una mirada capté que Riudavets pensaba lo mismo que yo, era que contra el criterio unánime de las tres, Morata, Balderas y Chamorro, no podíamos ir. Como a él no le apetecía ser quien se rindiera ante ellas, me invitaba a que lo hiciera yo. Siempre me había parecido un tipo listo. Ahora, encima, tenía la ventaja de la jefatura y, en aquella reunión, la de jugar en casa. Elegí no oponer ninguna resistencia:

—Yo he estado dos días fuera, y acabamos de escuchar a quienes por ambas partes se han trabajado el caso. Yo sólo soy lo que soy y tendré que recabar el apoyo de mi comandante, pero diría que la sargento y la teniente tienen razón. No podemos dejar que sigan volando libres. Ni el tal Antonio Serret, ni nuestro sargento Nuño, que ha defraudado la confianza que el Cuerpo puso en él y que, igual que el otro, bien puede estar ya pensando, o algo más que pensando, en borrar sus huellas. Lo siento por mis colegas de Asuntos Internos, con los que también tendré que hablar, o pedirle a mi jefe que hable con el suyo, para que se programen un viaje urgente a Barcelona. Como os podéis imaginar, nos gusta barrer nuestra propia mierda, y me temo que éste es un punto sensible que tendremos que dejar encajado, antes de nada.

Riudavets utilizó un buen trozo de su último minuto para sopesar mis palabras. Ése es uno de los pocos privilegios de la jefatura que me gustaría poder usar: el de guardar silencio con público y sin que nadie ose perturbarlo, sea cual sea la duración que decidas darle.

—Bien, pues visto lo visto —dijo al fin—, creo que tendrás que hablar con tu jefe y adelantar todos esos trámites. Y yo tendré que hablar con el mío, y entre hoy y mañana hay que convencer a sus señorías, a la tuya y sobre todo a la nuestra, de la necesidad de soltarles la caballería a estos ciudadanos. Seis entradas y registros simultáneos son mucha tela para nuestra fuerza. ¿Podremos contar con la vuestra?

Morata se adelantó a responderle:

—No creo que haya ningún problema. Lo comentaremos con nuestra jefatura, de todos modos. ¿Qué opinas tú, mi capitán?

El aludido, que no perdía detalle ni dejaba de tomar notas, levantó la vista de su libreta para hacer una única aportación:

—Tampoco lo creo. Eso sí, debe quedar claro que en la detención de los nuestros sólo intervenimos nosotros y nos hacemos cargo de ellos en nuestras dependencias. —Y, mirándonos a Morata y a mí, recordó—: Previo aviso de cortesía a los jefes naturales de los detenidos.

—No tengo objeción —dijo Riudavets, y se levantó.

Se acercó a darme la mano antes de regresar a sus urgencias.

—Me alegro de tenerte por aquí. Estás en tu casa, ya sabes.

—Gracias. Procuraré no manchar mucho, de todos modos.

Lo que quedaba de tarde y la mañana siguiente se desarrolló dentro de la parte más aburrida e ingrata del trabajo policial. Papeleo, llamadas telefónicas, permisos superiores, autorizaciones judiciales con sus informes correspondientes, cuestiones logísticas... Vencimiento de resistencias internas y externas, en resumen. Y todo ello con las dificultades propias de montar una operación en fin de semana, es decir, tocándole las narices a todo el mundo. Los años me habían proporcionado una cierta habilidad para delegar la mayor parte de esas fatigas en mis subordinados, por una parte, y en mis jefes, por otra. Arnau y Chamorro se emplearon a fondo, como en ellos era habitual, y Rebollo, con la asistencia puntual de Pereira, no les anduvo a la zaga. Aun así me tocó pringar algo, y en particular informar a la juez Albiñana de lo que pensábamos hacer y de cómo podía afectar al caso que instruía. Al final, por comodidad, pactamos que todas las entradas y registros los autorizara la juez de Barcelona competente para proceder contra la red de prostitución, pero íbamos a detener a personas potencialmente relacionadas con el asesinato de Robles y me convenía que estuviera al tanto, por si surgía algún imprevisto en los interrogatorios.

Su señoría escuchó mis explicaciones con atención y, tras pedirme un par de informaciones complementarias, pareció darse por satisfecha. No por ello, sin embargo, se privó de ejercer su autoridad:

—Le pido que me informe en todo caso antes de que mi colega de Barcelona resuelva sobre la situación de los detenidos. Por si tengo yo que decretar la prisión incondicional de alguno, en el supuesto de que ella no encuentre motivos por su lado. Para ello tendrán que aprovechar bien el tiempo de detención, pero eso ya lo doy por hecho.

—Desde luego, señoría —me apresuré a tranquilizarla.

La única gestión que me produjo un cierto placer (malsano, naturalmente) fue marcar el número de López y devolverle el golpe:

—¿Tenías plan para el domingo por la noche?

—¿Cómo? —respondió, escamado.

—Yo que tú me prepararía para estar mañana por la tarde en Barcelona. Te avanzo la noticia antes de que tu jefe te llame para dártela. No tardará mucho, creo. En cuanto termine de hablar con el mío.

—Vaya. ¿Tengo que darte las gracias?

—No sé, tú sabrás. Yo en tu lugar agradecería tener tiempo para preparar la jugada. Y te estamos arrancando a tus clientes de las garras de los Mossos, adonde irían a parar en condiciones normales.

—El Cuerpo te lo agradece, entonces. Por cierto, el mensaje de correo que me reenviaste esta mañana. Te lo confirmo, era una cuenta a la que también accedía Salazar. Era para él. Y no llegó a leerlo.

—Ya me lo imaginaba. En fin, que sepas que vamos a hacer varias entradas a la vez. Te dejo ir a por el sargento Nuño, pero tendremos que estar en contacto permanente.

—¿Tú adónde vas a ir?

—Lo estoy pensando aún. Ya te diré.

Lo mismo me preguntó Chamorro, esa misma noche.

—¿Tú que crees? —repregunté a mi vez.

—Estoy tratando de adivinarlo. No sé si nos vamos a dejar llevar por consideraciones profesionales o por alguno de tus caprichos.

—Tu duda me ofende, sargento. ¿Por dónde suele parar Serret, según los resultados del seguimiento de estos últimos días?

—¿A esa hora? Depende.

—De eso dependerá adónde vamos. Él decidirá.

Por primera vez, desde el fin de semana anterior, me regalé un sueño de ocho horas. Gracias a esa precaución, cuando a las dos de la madrugada siguiente tomábamos posiciones para intervenir, estaba lo bastante fresco como para no depender sólo del chute de adrenalina inseparable del acto de echarle abajo la puerta a quien no te espera. Las calles de Castelldefels no se veían más concurridas

que entre semana, pero hubo que planificar bien la operación para desplegarnos sin levantar la liebre. Mientras aguardábamos en el coche, en la posición que nos habían asignado, Chamorro se volvió y observó:

—Al final te sales con la tuya.

—Cumpliendo con mi deber, siempre —me defendí.

—¿De caballero andante? —se burló.

—Y qué mejor puede uno ser, en este sucio mundo.

—Promete que tendrás cuidado.

—Tengo un hijo. Y soy más bajo y más viejo que ellos.

No le había dicho a Chamorro por qué se me había ocurrido hacerlo de aquella manera, pero tras este breve intercambio dialéctico temí que como de costumbre se las había arreglado para adivinarlo. Confieso que pasé un momento de apuro cuando me acerqué a la puerta del garito, que esta vez no contaba con la ayuda del *sex-appeal* de mi sargento para atravesar. Por otra parte, existía alguna probabilidad de que el personal de la red contara con mi descripción física, gracias a Nuño, pero el riesgo que eso implicara me pareció que podía considerarlo despreciable. Ventajas de ser un tipo vulgar: salvo que les hubieran repartido una foto, de poco iba a servirles la advertencia de estar atentos por si aparecía un sujeto moreno de mediana estatura, parámetros en los que viene a encajar el grueso de la población española.

Lo cierto es que el gorila, tras examinarme de arriba abajo, se apartó y me dejó entrar. Aunque me había vestido para la ocasión, con las mejores galas de que disponía, pensé que lo que me había abierto las puertas era más bien la crisis, que también allí se dejaba sentir y que desaconsejaba filtrar en exceso a la magra clientela. Apenas una decena de individuos se repartía por la sala. Para dar rienda suelta a sus fantasías tenían a su disposición a una docena de mujeres. Me acerqué a la barra, que seguía atendiendo la misma camarera, y le pedí:

—¿Me pones un gimlet de esos que haces tú?

No debió de captar el verdadero sentido de mi frase, porque sonrió como halagada, aunque sólo lo hiciera con la mitad izquierda de la boca. Me fui hacia la mesa donde noches atrás me había sentado con Chamorro y me instalé de espaldas a la pared. Desde allí hice un rápido examen del teatro de operaciones. Primero me fijé en la fracción masculina, y localicé a los que podían formar parte del personal del club, o suponer un riesgo por su aspecto o su envergadura física. En total, conté cuatro. Los demás me parecieron inofensivos. Luego recorrí una por una a las chicas. Entre ellas estaba, para bien y para mal, la que me había sugerido la idea de

entrar haciendo de avanzadilla de mis compañeros. Charlaba con otra y un par de sujetos de aspecto británico, o eso deduje a juzgar por su forma de reírse y de beber cerveza. Saqué mi teléfono móvil y en el texto del SMS que ya traía preparado tecleé: «25 en el corral, 4 gallitos, 5 minutos.» Le di al botón de enviar en el justo momento en que la camarera traía mi copa. Contra todas las reglas, tanto de la profesión como del buen gusto alcohólico, me administré la mitad de un solo trago. Me hizo bien sentir aquel calorcillo en el vientre mientras contaba los minutos en el reloj. A falta de sólo uno, me levanté y me fui hacia donde estaba la chica.

—*Sorry* —les dije a sus acompañantes, al tiempo que la tomaba del brazo—. Me gustaría comentarte una cosa, ¿me concedes un minuto?

Se quedó tan descolocada que se dejó levantar.

—*Hey, you moron* —saltó uno de los de la mesa.

—No, no soy moro. *And you?* —me hice el loco.

—*What the fuck...?*

Con el rabillo del ojo vi que uno de los tíos malos se había despegado de la barra y se venía ya hacia mí. Sabía que la puntualidad era una de las más arraigadas virtudes de Chamorro, pero no las tenía todas conmigo cuando me eché la mano a la cartera. La desplegué con una rápida prestidigitación y se la puse bajo las narices al súbdito de Su Graciosa Majestad. Por si no reconocía la placa, le expliqué:

—Guardia Civil. *Police, sir.*

Y, protegiendo a la chica tras de mí, me volví y se la planté en la cara al matón que, por la expresión, ya se disponía a agarrarme por el pescuezo. Obró el efecto de pararlo, pero sólo momentáneamente.

—¿Dónde está la orden? —gruñó—. Esto es un club privado.

La música se cortó de golpe y la voz de Chamorro retumbó entonces en la sala. Me sonó como la más dulce melodía cuando gritó:

—¡Guardia Civil! ¡Todo el mundo al suelo!

—Ahí está tu orden. Yo que tú me tiraría —le dije, apuntándole con la pistola que había aprovechado para sacar cuando no miraba.

Fue una operación limpia. La mayoría de los allí presentes eran personas con poca vocación de enfrentarse a un grupo de hombres armados y mejor entrenados que ellos. Y los pocos que hubieran podido tener el instinto de oponerse calibraron en seguida sus posibilidades y se sometieron igualmente, comenzando por el que

había venido a zurrarme, quien, sin dejar de mirarme con todo el rencor que acumulaba su alma, que no era poco, se fue echando por tiempos a tierra.

—Tumbado del todo, por favor —le exhorté.

No me quedé a reducirle. En cuanto vi a uno de los nuestros que podía ocuparse, se lo señalé y tomando de la mano a la chica, que seguía detrás de mí, aterrada, la saqué del club. Al llegar a la calle la encontramos cortada e invadida por toda la parafernalia policial. Coches y furgonetas nuestros se mezclaban con los de los Mossos. Eran dotaciones de éstos las que protegían el perímetro. Les mostré a los agentes de una de ellas mi placa y nos dejaron pasar. Una vez fuera de la zona controlada, sujeté por los hombros a la chica y la miré a los ojos. La sentí temblar entre mis manos, como un animal asustado.

—¿Qué ha pasado? —murmuró.

—No quieras saberlo —le respondí—. Tú no estabas allí. Ve a donde tengas tus cosas, coge lo que necesites y lárgate. Vuelve con tu gente, dondequiera que esté. No sé qué problemas tienes con ellos, pero muy gordos tienen que ser para que sean peores que los que vas a tener aquí. Olvídate de todo esto. Nunca estuviste. Nunca sucedió.

—Pero...

—No hay peros, Jessi. Este cuento se acabó. Andando.

Le costó entenderlo, pero al fin comenzó a retroceder y se alejó de allí caminando deprisa. Deseé haber podido convencerla, porque le había dicho la verdad. La fortuna le había llegado a tiempo: si ella quería dejarlo atrás, aquel error no tenía por qué destruirla.

Tras cometer aquella irregularidad, con la que me saltaba el reglamento pero ajustaba cuentas con mi conciencia, regresé al club. Lo que despertaba mi curiosidad en ese instante, por encima de cualquier otra cosa, era dónde habrían encontrado a Serret, quien según nuestro equipo de seguimiento estaba en algún lugar del edificio. Nada más llegar, busqué a Chamorro. Vi antes a Arnau, que estaba ocupándose junto al guardia Gil de la identificación de la gente de la sala.

—Por esa puerta, arriba —me indicó.

Resultó que a Serret lo habíamos pillado dándose un desahogo con una de sus esclavas, una húngara exuberante y pelinegra, de extravagantes ojos amarillos, a la que distinguí acurrucada en un rincón de la habitación. Antes de fijarme en Serret, que estaba en el suelo, miré a mi alrededor y me maravilló que alguien pudiera excitarse en un lugar tan hortera, ni aun con una mujer así. Luego bajé los ojos y vi al hombre, bocabajo, desnudo y con las manos trabadas a la espalda.

—¿Le habéis leído sus derechos? —pregunté a Chamorro.

—Mientras lo inmovilizábamos —dijo.

—Habrá que ponerle algo, ¿no?

—¿Tú crees?

—Vir, vamos a estar a lo que estamos.

—Vale, pero yo no lo pienso vestir.

Y se dio media vuelta y salió de la habitación.

—Esto me lo vais a pagar —dijo Serret, desde el suelo.

—Espero que no, aquí a todos acaban de bajarnos el sueldo —repuse, y le hice señas a uno de los que lo vigilaban para que lo ayudara a vestirse y al otro para que fuera sacando a la húngara de allí.

Fue una larga noche. En total, entre los seis registros detuvimos a quince hombres y siete mujeres, a los que había que sumar a Nuño y a otro guardia al que López y su gente, en función de la poca investigación que les había dado tiempo a hacer, consideraron oportuno apartar de forma inmediata del servicio. En la casa, además, encontraron algo más de dos kilos de cocaína. Nosotros nos encargamos de llevar a Serret a las dependencias de los Mossos, donde habíamos decidido centralizar el almacenamiento de los detenidos y los interrogatorios, salvo el de los nuestros, a los que López llevó a la comandancia.

Ahora que lo tenía sentado al lado, me fijé mejor en Serret. Unos cincuenta y cinco, demasiado moreno, papada operada, mirada inerte. Un chulo en toda la extensión de la palabra. De pronto me dijo:

—Sé quién eres y por qué estás aquí. A ti lo de las putas te la sopla. Tú has venido de Madrid por lo de tu compañero, Robles.

No le dije nada. No era el momento en que había elegido hablarle.

—¿Nos vas a contar algo? —dijo Chamorro, volviéndose.

Serret me clavó una mirada mefistofélica.

—Poco puedo contarte yo, nena. Más sabe tu jefe.

Le sostuve los ojos. Para ser un farol, era extraño.

—Tomás Valero —masculló—. O a lo mejor te suena más Travolta.

Entonces supe que no era un farol, y que mi tiempo de gracia se había terminado. Ahí estaba, frente a mí, de nuevo. El animal.

CAPÍTULO 19

REPELENTE NIÑO BUENO

Después de dejar a Serret en la nevera de los Mossos para que durmiera lo que pudiera, si podía, nos dispusimos a tomar el camino de la comandancia. Vista la hora, apenas íbamos a poder permitirnos el descanso mínimo para afrontar la jornada siguiente con alguna garantía de funcionar. Antes de recogernos tuve un breve intercambio de impresiones con Riudavets y Balderas. Ellos estaban peor que nosotros: les quedaba todavía un buen rato para terminar de tomar la filiación de todo el mundo y decidir a cuántos dejaban ir y a cuántos guardaban en los calabozos, que de aquélla iban a quedarse al límite de su capacidad. Les pedí que me dejaran a solas con Serret tan pronto como pudieran, y les expliqué el motivo: que por lo que había podido hablar con él durante nuestro breve viaje desde Castelldefels, no sólo sabía del asesinato de Robles, sino que parecía dispuesto a darnos información que debíamos procesar y contrastar a la mayor urgencia posible, por cuanto apuntaba a otras personas que no habían caído en la redada. El intendente se volvió hacia la sargento y le preguntó:

—¿Cómo lo ves, Eva?

Balderas calculó sobre la marcha.

—A las once os lo pongo en suerte. A esa hora me comprometo a tenerle pegada por nuestra parte la primera pasada y daros el tiempo que necesitéis. Nos habéis regalado este dulce, como quien dice.

—Y no somos desagradecidos —apostilló Riudavets.

—Pues a las once estamos aquí. O algo antes.

En el camino hacia la comandancia telefoneé a López.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunté.

—Bueno, hubo un momento de emoción —respondió, con voz apagada—. No te olvides de que este maromo, en sus buenos tiempos, era de los que asaltan. Quiso reeditar viejas glorias y resistirse, cosa bastante insólita entre mis perseguidos. Pero por fortuna el capitán del GRS me asignó a sus tíos más demoledores. Al final

Nuño entendió que iba a perder el duelo. Aunque no se privó de decirles que la operación era una mierda y que eran unos aficionados y que no se había llevado por delante a cuatro porque no le había salido de los cojones.

—En fin —suspiré.

—Me ha decepcionado un poco —declaró—. Parece que tira a gilipollas. Me dejé despistar por su estrategia de ocultación patrimonial, pero está visto que se la montó alguien. Éste no da tanto de sí.

—Nosotros vamos para allá. ¿Me lo dejas mañana a primera hora?

—Claro, hombre. ¿Qué es eso para ti?

—Las nueve, por ejemplo. Para poder dormir algo.

—Qué flojos sois —se burló—. Cuenta con ello.

Mientras cruzábamos la barrera de la comandancia pensé que era raro aquello, haber levantado con mi gente los indicios necesarios para detenerlos a todos y tener que pedir ahora permiso para interrogarlos, después de haberlos dejado en manos de otros. No me parecía mal, por otra parte: a fin de cuentas era más cómodo que la custodia y la responsabilidad pesara sobre ellos y que a mí sólo me correspondiera extraer la información pertinente para mi propia investigación.

Nos fuimos directos a las habitaciones. Apenas entré en la mía, pasé al baño para cepillarme los dientes. Tras enjuagarme cometí el error de mirarme al espejo. Luego miré mi teléfono móvil, que había dejado sobre la repisa. No podía eludirlo y, por cansado que estuviera, tampoco podía demorarlo más. Marqué el número de Chamorro.

—Sí... —Lo cogió en seguida.

—Has sido muy considerada esta noche.

—¿Por qué lo dices?

—Por no haber preguntado nada.

—¿Habría servido de algo?

—¿Tienes diez minutos? O quizá sean veinte.

—Los tengo. ¿Voy? ¿Vienes?

—Voy, si puedo.

—Puedes. Siempre tengo la habitación en estado de revista.

—No lo dudaba. Dame un minuto.

El minuto era para pensar, ordenar los recuerdos, escoger las palabras. Era muy

poco, pero también habría sido muy poco una hora, o un día entero. Golpeé dos veces la puerta con los nudillos. Sabía que ella estaba pendiente y no hacía falta más. No tardó ni tres segundos en abrirme. Pasé a la habitación y busqué donde sentarme.

—Usa tú la cama, esta vez —me invitó.

No me opuse. Mientras yo me acomodaba, ella acercó la silla. Se quedó frente a mí, acaso demasiado cerca, pero admito que me hizo bien verle los ojos así, a la distancia justa para distinguirle las pupilas dilatadas, y las vetas encendidas que en sus iris marrones sugerían la determinación y la ferocidad que le había visto sacar alguna vez, cuando le hacía falta tirar de ellas. También me sirvió para saberla, a pesar de todo, de su carácter y de mis faltas, y de la coyuntura endiablada en que nos encontrábamos, sinceramente de mi parte.

No recuerdo bien cómo empecé a hablar, ni tampoco por dónde inicié mi relato. Recuerdo, eso sí, trozos de lo que le dije, y también que no me guardé nada y que me alivió, no poco, poder serle franco y exponérselo todo sin reservas. A partir de ahí, mi historia dejaba de ser mi historia y se convertía, al menos frente a ella y desde la lealtad que le debía, en información necesaria para el caso. Igual que yo iba a usarla, ella tenía que estar en disposición de hacerlo. Uno no puede salir al combate sabiendo que lleva en los cargadores munición que a su compañero le falta, o sin compartir con él todo lo que sabe de los lugares desde los que puede hacer fuego el enemigo. Sencillamente, eso no es admisible entre camaradas. Y no iba a hacer algo que ninguna razón, ningún miedo y ninguna vergüenza podían ayudarme a justificar ante ella. Hasta allí, había podido guardármelo. No en adelante.

—No entiendes del todo cómo sucede —sé que le dije, en cierto momento—, pero después de que haya sucedido tienes la sensación de que en cierto modo tenía que sucederte, aunque no lo supieras, incluso aunque siempre te hubieras dicho que a ti no te iba a suceder. Como si algo dentro de ti estuviera empeñado en destruir tu resistencia, algo que también eres tú, y que no has atendido como debías. Por aquellos días escuchaba una y otra vez una canción de Franco Battiato que lo cuenta muy bien. *El animal*, se llama. «El animal que llevo dentro me quita todo», dice la canción, «me vuelve esclavo de mis pasiones». Lo más asombroso de todo es que la escuchaba y me parecía bien, incluso creía que era necesario que el animal se apuntara aquel triunfo. Como una especie de catarsis. Ahora que lo recuerdo, me cuesta distinguir qué había de verdadero y qué de autoengaño, en aquel sentimiento. Tampoco tengo muchas ganas de investigarlo, ni tiene ya sentido. Lo que importa, a la postre, son los hechos y sus consecuencias. El hecho es que Robles y yo contemporizamos con lo que no debíamos contemporizar y

pagamos el precio. Un precio que entonces, en lo que a mí respecta, me pareció alto. Pero que ahora, viendo el que ha pagado él, si Serret no se ha inventado lo que nos ha dicho en el coche, y me cuesta creer que sea una patraña, me parece un chollo en comparación.

Virginia no descompuso el gesto al escuchar aquello. Ni lo que siguió.

—No es una excusa, pero piensa que eres joven, que la vida se abre ante ti y te descubre cosas que no conocías. Piensa que vienes de la guerra, y no se me ocurre otra forma de describir los tres años que me pasé acechando a una gente que no era como esta de los últimos tiempos, esos chavales importados de la *kale borroka* que se mean en los pantalones cuando los detienen, sino alacranes capaces de plantar cara hasta la última bala cuando ibas por ellos, y de morir matando, como más de uno hizo. Piensa que después de eso, de acostumbrarte a estar rodeado todo el día de un ambiente hostil, donde sientes el odio a lo que representas palpitando en las calles, vuelves al mundo normal, y encima aquí, al lado del Mediterráneo, con un clima suave, y con todo lo que tiene Barcelona para alegrarte la vida. Piensa que entras en ciertos sitios con una placa que te abre todas las puertas y te tiende alfombras rojas a tu paso, y que además lo haces de la mano de un tío que se las sabe todas, un jefe competente, carismático, que se remanga contigo, y hasta un poco paternal, un poco el padre que tú nunca has tenido, o tuviste tan pocos años que ya ni lo recuerdas. Y piensa, en fin, que él te dice que no pasa nada, que las cosas no son siempre tan rígidas, porque este trabajo no es una ciencia exacta y si él hubiera respetado siempre todas las normas y no hubiera hecho otra cosa que tratar con monjitas no habría resuelto un puñetero caso en toda su carrera. Es verdad, por otra parte, que tú estás casado, con tu novia de toda la vida, que cuando estabas allá arriba, en el infierno, te esperó, y que ahora, en los buenos tiempos, comparte contigo la suerte, la recompensa de poder convivir y estar juntos al fin, y encima con un niño pequeño, una familia que comienza y que muy bien podría ir a más...

Me interrumpí aquí, inevitablemente. Mi compañera aguardó, conteniendo la respiración, a que reanudara el relato. Continué:

—Entiéndeme, ni Robles me dejó verlo todo de golpe, ni yo caí de golpe tampoco. Fue dosificándome la información, dejándome entrever que si en ciertos lugares no hacía falta que pagáramos las copas era porque no íbamos a ser muy escrupulosos con todo lo que se hacía en ellos, en atención a que también nos echaban un ojo a lo que allí se cocía y a nosotros nos interesaba para nuestro trabajo. Por supuesto que me daba cuenta de que una cosa era el trato de tolerancia a cambio de información y otra el de tolerancia a cambio de información más beneficios particulares, y que cuando supe que además de copas a Robles le caía

algo más, por ejemplo esa rubia que le había hecho saltar chispas de los ojos la otra noche, y me olí que en esos establecimientos a los que íbamos, y donde nos trataban tan bien, no tenían la misma delicadeza con las chicas que nos ofrecían, debería haber comprendido que eso era cruzar la raya y que al otro lado de ella empezaba lo impredecible. Pero él era mi maestro y siempre parecía seguro de sí mismo, tanto como yo nunca lo había estado de mí, ni esperaba estarlo.

Una sombra atravesó entonces por el rostro de Chamorro.

—Pronto recibí mi oferta, sin tapujos —dije, ratificando su sospecha—. Y la rechacé. De hecho, la rechacé varias veces. Siempre que me ponían a una chica de aquéllas, por más que de una en una pudieran resucitar a un cadáver, y de dos en dos devolver a la vida a un cementerio entero, me acordaba de mi familia, de mi hijo pequeño, de los años duros que habíamos pasado mi mujer y yo y que ahora habíamos dejado atrás, etcétera. Y decía que no. Y, mientras Robles tardaba lo que tuviera que tardar, me tomaba una copa, escuchaba la música, hablaba con alguna. Me contaban su vida y yo trataba de desliar la verdad de entre sus embustes. Incluso, con el tiempo, llegaban a sincerarse, y entonces jugaba a lo contrario, a ver dónde me colaban una mentira y qué era lo que querían mantener oculto, a pesar de todo. Siempre, no lo niego, había algo de coqueteo, y el coqueteo tiene su gracia, y hasta me halagaba ver cómo se me disputaban, cómo se peleaban por sentarse con el picoleto jovencillo e ingenioso que sólo hablaba y librarse así durante un rato de los calvos barrigones que aspiraban a resoplar de gusto mientras ellas los cabalgaban con la comprensible desgana.

Aquí la miré de frente.

—Lo que puedo alegar en mi defensa es que nunca consentí en acostarme con una puta. Quiero decir, con alguien que se aviniera a darme placer por dinero, o por el dinero que a su jefe le permitía ganar nuestra benevolencia hacia sus actividades irregulares, que habría sido lo mismo, o peor. Lo que pasó fue más simple, y más extraño a la vez. Uno de aquellos tipos, además de un burdel, tenía un restaurante. En las montañas, encima de Castelldefels. Solíamos ir allí a comer, ya te puedes imaginar que era uno de los sitios donde comíamos más barato, pero sin que nos pusieran en el plato patatas de fritanga ni carne revenida, sino comida de verdad. Y allí había una chica. Una camarera. No sé cómo demonios pasó ni, sobre todo, cómo se dio cuenta aquel hijo de perra de que allí estaba lo que no había podido conseguir poniéndome en fila a todas sus putas para que les hiciera el *casting*. La cosa es, Vir, que de pronto se juntó todo. La descompresión, las tentaciones, la buena vida. Y el cansancio de una mujer que ya no era la novia que agasajaba al guerrero en los permisos, sino la madre amargada de un niño pequeño que encima estaba todo el día echándome en cara que para seguirme

estaba tirando a la basura todas sus posibilidades profesionales. El error definitivo fue cuando decidimos comprar el piso en Madrid para que ella se volviera y reanudara su vida laboral allí donde tenía su círculo y sus contactos, y que yo, en tanto salía una vacante en alguna unidad central, cosa que estaba bastante difícil, me quedaría en Barcelona, yendo y viniendo. Esa decisión terminó de convertirnos en dos extraños y de preparar el desastre.

Por primera vez, mi compañera bajó los ojos. Nunca le había contado ni una palabra de todo aquello. Pensé que a lo mejor de pronto la abrumaba saberlo, o le parecía que no tenía derecho. Pero sí.

—No voy a engañarte —proseguí—. Aunque lo fuera, un desastre, yo no lo sentí como tal. De hecho, diría que entonces viví los momentos más felices de los que guardo memoria. Ella era un sueño. Lo que había soñado toda mi vida o, si me pongo psicoanalítico, la encarnación perfecta de mi fantasma lacaniano, esa ensoñación que uno ama desde antes de tener conciencia y que sigue amando para su bien o su mal, según le ruede la vida y acierte a encontrar, o no, en quien proyectarla. Recuerdo a veces a una niña, Claudia, que vivía en una casita blanca de la calle Río Negro, en Montevideo, pero de eso hace tanto que temo haberla inventado. Ella, en cambio, estaba allí. Y porque quiso, pero también porque su jefe lo propició, se dejó encontrar. Y en ella encontré yo mi sitio para perderlo poco después, porque la vida tiene estos vaivenes, un día haces el triple mortal sin red y caes sobre las plantas y al siguiente, cuando lo quieres repetir, te partes el cuello y estás acabado.

Sonreí para quitarle dramatismo a mi afirmación. Eran heridas cicatrizadas hacía mucho, no tenía por qué apenarla con ellas.

—Todo se jodió a la vez. Mi ex se olió la tostada, yo se la confesé sin resistirme mucho, hasta con alivio, porque fingir es una de las peores mierdas que puede infligirse a sí mismo un hombre, y me vi en la vía rápida hacia un divorcio del que era natural perdedor, aunque en mi inconsciencia no me preocupara entonces demasiado. Y, casi al mismo tiempo, al jefe de aquella chica se le fue la mano e hizo el disparate que nos lo arruinó todo. El que nos llevó a mí y a Robles a detenerlo y a ponerlo a disposición del juez, después de pensárnoslo, y a enfrentar un expediente del que salimos bien librados por poco, porque éramos listos, o mejor dicho lo era Robles, y aquel tipo se comportó como un imbécil, lo que nos proporcionó una ventaja providencial. Aparte de costarle quince años de prisión. Ahí es donde ha estado, durante casi todo este tiempo, Tomás Valero, alias Travolta, el sujeto cuyo nombre nos ha dado Serret esta noche. El que según nos sugiere, y podría cuadrarme, se ha ocupado de que Robles muriera del peor modo posible.

Chamorro se tomó su tiempo para asimilar todo lo que acababa de oír. Y, después de eso, me salió por donde menos sospechaba:

—¿Y la chica? ¿Qué pasó con ella?

Me había negado a responder, años atrás, en nuestro anterior viaje a Barcelona, cuando había intuido, sagaz como era, que había alguien a quien me recordaban aquellas calles, aquellas montañas, aquel mar. El mar, caí de pronto, y se me hizo un nudo en la garganta.

—Cuando se armó el zafarrancho —dije—, todo se fue al garete. Te puedes imaginar: ella perdió su empleo y yo, entretanto, y mientras trataba de salvar mi pellejo profesional, me enfrentaba a la guerra del divorcio, donde descubrí que la persona con la que había convivido y a la que había creído mi compañera se convertía en mi enemiga y aspiraba a dañarme del peor modo posible y con su arma más letal, mi hijo. Durante un tiempo anduve confundido, traté de recuperar mi matrimonio y mi familia, incluso en medio del fuego, hasta que comprendí que no había nada que hacer y que era mejor así: que lo que se rompe estaba predestinado a romperse, y que aquella mujer que había sido la mía ni era algo por lo que debiera luchar ni una malnacida, sino un ser humano que trataba de jugar sus cartas, como todos, y que estaba ofuscado, como todos lo estamos también alguna vez. Para entonces, para cuando recobré la serenidad, ya había conseguido destino en Madrid para estar cerca de mi hijo, y hacía un par de años que no veía a la chica de Barcelona. Ahí comprendí que ella seguía metida dentro de mí y que no iba a poder sacármela. Y la busqué. Pero no hubo suerte.

—¿No la encontraste?

—Claro que la encontré. Soy poli. Estaba recién casada. Me dijo que su marido era un buen hombre. Que no podía dejarlo, a quien la había ayudado a recomponerse después del cataclismo. Qué iba a decirle a eso. Yo le había fallado, en medio de mi debacle. Tenía razón.

—Vaya.

—Y así yo la perdí a ella y el Cuerpo ganó a un tipo que no tiene nada mejor que hacer con su vida, sabiendo que la única mujer con la que siente que podría compartirla ya está pillada, que gastarla tratando de encontrar a los hijos de perra a los que le mandan perseguir.

Mi compañera distendió la expresión.

—A mí no vas a engañarme. Algo más has hecho que eso, en lo que al elemento femenino se refiere. Soy testigo directo, no lo olvides.

—De algún modo hay que matar el rato. Pero te digo la verdad. No la he

olvidado. Ni creo que pueda olvidarla. Lo que no quiere decir que vaya a permitirme interferir en su vida, ni ahora ni nunca.

—¿No fuiste a verla la otra vez que estuvimos aquí?

—Sí. De lejos. Estaba bien, me pareció.

Entonces hizo algo que no esperaba. Me tomó la mano.

—Gracias, Rubén. Por la confianza.

—No hay de qué. Perdona tú, por habérmelo guardado.

—Estabas en tu derecho —concedió—. Perdóname tú a mí.

Cuando me soltó, interpreté que era el momento de levantarme.

—Habrá que dormir algo, ¿no? —dije.

—Supongo.

—Buenas noches, Virginia. Ya que me toca airear todo esto, contra mis deseos, me alegra que seas tú con quien he de compartirlo.

—A mí también.

A la mañana siguiente, en el desayuno, también compartí la historia, aunque bastante más por encima, con el guardia Arnau. Cuando terminé mi narración, y aunque no calé para él en tantas honduras como para Chamorro, ni tampoco le conté demasiado de mi calamitosa vida sentimental y su relación con el caso, se me quedó sobrecogido.

—No te acojones, Arny —le dije, para relajarlo—. No matamos a nadie ni cometimos actos de lesa humanidad. Metimos un poco la pata, sí, pero todo está prescrito. Y si hoy nos vemos donde nos vemos es por no haber seguido patinando cuando el asunto se puso serio.

—Ya, pero... —balbuceó.

—Sí, te doy la razón. Y espero que te sirva de enseñanza. Más de una vez me han preguntado por qué procuro que mis diligencias sean siempre exquisitas, por qué no tomo atajos, por qué me la cojo con papel de fumar. Si no recuerdo mal, incluso tú me lo has dicho: que nunca estuviste con nadie que fuera tan escrupuloso en el trato con los detenidos y con las formalidades legales o, puesto en plata, que fuera tan idiota como para creerse de ese modo las ingenuidades que escribió el duque de Ahumada en la cartilla sobre la rectitud del guardia civil. Creo que mi insignificante historia te puede servir para entender que aquel tío no era ningún ingenuo, sino mucho más listo que quienes se ríen de él, y no digamos ya los que pasan a mayores, como Salazar o Nuño, de cuya inteligencia dice poco el

hospedaje al que en este momento están acogidos. Ahora sabes por qué no cruzo la raya, Juan. Porque la crucé una vez y, como dice el dicho, la cagué con ventanas a la calle. Tanto que no acabó conmigo de puñetero milagro.

La contundencia de mi afirmación lo dejó más encogido aún. Chamorro asistía con ostensible curiosidad a la conversación.

—Hay tres tipos de personas, compañero —continué—. Las que tienen tanto como para que nunca nadie las obligue a responder, las que tienen tan poco que ya no les importa perder más, y el resto. Si perteneces al primer grupo, puedes saltártelo todo impunemente, pero no vas a salir bien librado por listo, sino porque juegas con ventaja. Si perteneces al segundo grupo, aceptas el precio y acabas pagándolo, momento en el que se descubre que alguno no lo aceptaba tanto, sólo era tan necio como para creer que a él no le tocaría pagarlo. Los que pertenecemos al resto, tú, yo, o la sargento, o en general todos los pobres diablos que andamos bajo un tricornio, que es a quienes se dirigía el previsor duque, lo más inteligente que podemos hacer, y que coincide que también es lo más ético, pero no es de eso de lo que te estoy hablando, es atenernos al deber que hemos contraído. Lo que no hicieron Nuño o Salazar, y así sirvieron como tontos peones de otros. Y lo que en su día Robles y yo cometimos el error de no hacer, tampoco, y así fuimos, también, los torpes instrumentos de un individuo sin conciencia que cuando la fortuna lo abandonó quiso hacernos caer con él. Y que a la vuelta de los años parece que ha regresado para cobrarse su deuda.

—Me queda claro, mi brigada.

—No me digas *mi brigada*, ¿cómo te lo voy a meter en la cabeza? Y menos ahora. Hay algo más, y quizá más importante. Hace tiempo que lo pienso, pero esta investigación me lo confirma. ¿Sabéis qué? —Me dirigí ahora a los dos—. Nosotros no nos podemos corromper, porque si nos corrompemos nosotros el barco se va a pique. No importa tanto que robe un ministro, o un presidente de comunidad autónoma, o gente así. Esa gente no es la que hace funcionar el mundo, por dañina y repugnante que resulte su conducta. En parte está descontado que alguno trincará, y el dinero que se llevan no pasa de ser una gota en el océano del presupuesto: o se emite más deuda pública, o se suma a la masa de la quiebra, que parece que es lo que toca ahora que nuestra deuda ya no tiene tirón. Abstracciones. Pero si nos pringamos nosotros, el daño es concreto, tangible, y da allí donde más duele: echamos abajo la confianza de la gente, le abrimos camino al que no debe tenerlo, perjudicamos al que hemos de proteger, y la partida se convierte en una bufonada triste y miserable. Así que a lo anterior añadid esto: no podemos ser cómplices del derribo. Que ese tanto se lo apunte otro.

—Son las nueve —avisó Chamorro—. Nuño te espera.

—Pues no le hagamos esperar. Perdonad el rollo. Supongo que era un desahogo que me hacía falta después de tantos días callándome estas cosas. Descontad mis chocheos y quedaos con la sustancia.

Mi compañera meneó la cabeza.

—No chocheas mucho, aún. Ya te avisaremos cuando llegue.

—Por favor —le rogué.

Nuño me esperaba en el cuarto de interrogatorios poco más o menos con la misma mansedumbre y templanza que un miura después de recibir las atenciones del picador y la cuadrilla de banderilleros al completo. El brigada López, buen conocedor de la naturaleza humana y de sus especímenes más anómalos, nos lo había preparado como el caso requería. No sólo lo mantenía esposado, sino que tras él había doscientos y pico kilos de músculo uniformado, los dos tipos más grandes y menos complacientes que había debido de encontrar entre todos los antidisturbios que estaban destinados en la comandancia.

—Buenos días, sargento, volvemos a vernos —lo saludé.

—No por mi gusto —ladró.

—Estaba pensando... ¿Quieres que le pida al brigada que te quite las esposas y que les diga a los compañeros que nos dejen a solas?

Me miró con unos ojos inyectados en sangre.

—Quiero decir —expliqué—, ¿qué harías si se lo pido?

Se sorbió ruidosamente los mocos.

—¿Lo más probable? Calzarte una hostia, supongo.

—Gracias por la sinceridad.

—No hay de qué. ¿No lo imaginabas? Es lo mínimo, para devolverte lo del otro día y que me hayas jodido de esta manera, cabrón.

—Yo no te he hecho nada, muchacho. Y sólo te estaba ofreciendo tratarte como a una persona mientras hablamos. Pero sea, te daremos el trato que prefieres, y hablaremos con testigos. Lo siento por si te da vergüenza que haya más gente escuchando lo que decimos.

—Querrás decir lo que tú digas. Porque yo no pienso decir nada.

Le examiné detenidamente. En la sala, aparte de los dos GRS, sólo estábamos López y yo. El brigada me informó, sarcástico:

—Parece que aquí el inminente ex compañero tiene tratos con abogados y que le

han dicho que tiene un derecho constitucional a no declararse culpable, o qué sé yo. Lo que no le han contado es de lo poco que sirve eso cuando estás pillado por los huevos, como está él.

—¿Por quién? ¿Por ti? Quítame esto y prueba, anda.

López miró sin inmutarse los antebrazos esposados que el sargento le mostraba. Luego se volvió hacia mí para cederme el honor.

—Nuño, no sé si te das cuenta —dije—. Es un asesinato. De un compañero. Y hay pruebas que te apuntan, y una muy fea. Alguien con el que compartías negocios ha firmado delante de su abogado un papel donde te señala. A ti y a Serret, alias Roberto, e insistió especialmente en ti. No sé qué cuentas tenéis o teníais pendientes, pero así es.

—Ése dispara al aire, no tiene ni puta idea. Yo ni pincho ni corto en lo de Robles. Pero eres tú el que tiene que probar que tengo algo que ver, yo con negarlo cumplo. Presunción de inocencia, se llama.

Me acerqué a él y le miré dentro de los ojos.

—¿Tú escuchas cuando se te habla? —le pregunté—. No sólo te han acusado, sino que hay pruebas, llamadas, por no hablar del resto de la pringue que van a sacarte entre López y los Mossos. ¿No te parece que deberías considerar, si no fuiste tú, decirme quién lo hizo?

Nuño me miró con arrogancia.

—No, no me parece. Y tampoco voy a decirte otra cosa que te importaría mucho más saber. Algo personal, repelente niño bueno.

—Ah, ¿sí? ¿Qué?

—Que no voy a decírtelo, tolay. Jódete.

Comprendí que no tenía sentido prolongar aquel espectáculo. Y menos cuando debía estar antes de las once en las dependencias de los Mossos para hablar con alguien que era más listo que aquel matón y que sí estaba dispuesto a salvarse, o a intentarlo, entregándome a otros. Me levanté de la silla y, antes de irme, me volví y le espeté:

—Porsche Cayenne. Vaya carro, ¿eh? ¿Sabes dónde lo hacen?

—Claro que lo sé, en Alemania. ¿Por?

—Claro que no lo sabes. Lo hacen en Bratislava, Eslovaquia, donde los salarios son la mitad, pero lo ponen a precios alemanes para los ignorantes que creen que están comprando un coche alemán, y que se venden como furcias para juntar la

guita con que pagarlo. Así Porsche gana mucho más mientras los memos como tú lo perdéis todo.

—Que no nos encontremos en la calle tú y yo —me amenazó.

—Vas a tardar un poco en volver a verla. Lo mismo me he muerto. Y he pedido que me quemen. No vas a tener donde escupir. Lo siento.

—Hay algo que a lo mejor sientes más.

—Ya, ya lo sé. No vas a decírmelo. Suerte, Nuño.

—Púdrete.

Salí de allí, ansioso por respirar aire puro y no el viciado por su respiración. López salió conmigo. Me puso la mano en el hombro.

—No te preocupes. El guardia al que había liado era mucho menos bravo que él. Nos lo ha contado todo, llorando a moco tendido. Tengo buenas noticias: gracias a él ya sabemos por dónde entraron los dos kilos y pico de coca que guardaba Serret en el chalet. Nuño y ese pobre les hicieron el despacho aduanero en uno de sus puertos. Sólo que se olvidaron de dar cuenta al fisco y a sus jefes de la entrada.

—Si dijera que me sorprende, mentiría.

—Pues no mientas. Yo me pongo a hacer las diligencias y esta noche duermo en Madrid. A ti te queda más tela. Ve a cortarla, anda.

—Gracias, compañero.

—A ti. Este mes me voy a salir. Lástima que en esta empresa no nos den comisiones por operación, me habrías puesto en casa.

—Te debo una cena. Y tú, lo que no contaste en la de Santander.

—La cena, me dejo. Lo otro, no lo esperes —advirtió, escurridizo.

En el trayecto desde la comandancia hasta la comisaría de los Mossos repasé para mi equipo lo que había dado de sí la brusca entrevista que acababa de mantener. No estaba satisfecho de mí mismo por haber replicado a las provocaciones de Nuño, pero no era eso lo que más me preocupaba, sino la seguridad con la que el sargento había alardeado de saber algo que no me iba a decir y que me concernía.

Andaba dándole vueltas cuando sonó mi móvil. Lo cogí sin mirar el número. Cualquier distracción me venía bien para evadirme.

—Capitán Reinares, ¿me recuerdas? —oí.

—Sí, mi capitán. Cómo va eso.

—Lo encontramos, Vila. El lugar del crimen.

CAPÍTULO 20

TI PROTEGGERÒ

Observé con detenimiento al hombre que tenía ante mí. Después de cinco horas de calabozo, dos de interrogatorio a cargo de los Mossos y me permití apostar que ni una sola de sueño, Antonio Serret Marone, alias Roberto, proxeneta, testaferro y narcotraficante, permanecía lo bastante entero como para devolverme la mirada sin pestañear. En tales circunstancias, celebré disponer de una baza como la que el capitán Reinares, desde La Rioja, acababa de poner en mis manos.

Su cabezonería, y el empeño de su gente, habían dado su fruto: tras patearse toda la comarca habían acabado encontrando un testigo que había observado movimientos sospechosos en torno a una antigua casa de labranza en estado semirruinoso, pero llamativamente protegida con puertas metálicas aseguradas con candados nuevos en todas sus entradas. Según el testigo, en torno al día del asesinato de Robles había visto entrar y salir de la parcela a varios hombres en diversos vehículos. Entre ellos citaba un BMW grande y un Seat León de color rojo. Recordaba a dos hombres sobre los treinta años, de aspecto magrebí, y a otro mayor, posiblemente español. Por un momento pensó que pudiera ser el dueño, con dos trabajadores contratados para alguna labor del campo. Pero ninguno de ellos tenía aspecto de agricultor, ni sus coches invitaban tampoco a pensar en esa actividad. Con lo que pudieron ver desde fuera, en un examen preliminar, el capitán y los suyos recelaron aún más de aquella casa. Hasta que un guardia vio, bajo una puerta, un reguero de sangre. Con todo aquello, Reinares se había ido a ver a la juez y había obtenido su permiso para entrar. En el interior había más sangre y, abandonado en un cuarto de herramientas, un alicate cuyo corte coincidía, exactamente, con el encontrado en la cuerda de la que colgaron a Robles. Según me dijo Reinares, también habían podido recoger vestigios biológicos de varias personas. Con lo que no era nada improbable que tuviéramos el ADN de los asesinos.

En aquella sala de interrogatorios, aparte de Antonio Serret, me acompañaba el resto de mi equipo. La sargento Balderas, tras entregarme al detenido, había preferido salir para despejarse y no estorbar. Por mi parte, había querido que estuvieran allí tanto Arnau como Chamorro para que ambos escucharan todo lo

que yo escuchase y me ayudaran a interpretarlo. En el caso de Arnau, además, para que le tomara el pulso a un malo cuajado, como era aquél. Si se le ocurría alguna pregunta, y se atrevía, tenía mi permiso para hacérsela.

El silencio con que decidí empezar, como prólogo que le ayudara a meditar y a mí a tantear el terreno, fue Serret quien lo rompió:

—¿Vas a preguntarme tú algo de las putas?

—Si tiene sentido preguntarlo, tal vez —admití.

—Ahórrate el esfuerzo. Sólo tengo una declaración que hacer: todas son mayores de edad, todas ejercen el oficio por su cuenta y por su gusto, y no son mis empleadas. Yo sólo les facilito una infraestructura donde realizar su trabajo en condiciones dignas de higiene y seguridad, y percibo unos honorarios por mis servicios. A alguna, extranjera, la ayudo para que se saque el permiso de residencia. Como mucho, falta administrativa: no puedes tenerme aquí detenido por eso.

—Yo no le tengo, señor Serret. De su puesta en libertad tendrá que hablar con los Mossos. Yo sólo quiero saber de su relación laboral, o de la índole que fuera, con el difunto Rafael Robles. Y por otra parte, tengo que reconocérselo, satisfacer la curiosidad que me creó anoche al mencionar un nombre que no me resulta del todo desconocido.

Serret sonrió con suficiencia.

—Es una forma muy rebuscada de decirlo. Ya sé que lo recuerdas, mejor que bien. Y, por si no lo sabes, él también te recuerda a ti.

—Como recordaba a Robles, ¿no? ¿Ésa es la teoría?

Mi oponente se encogió de hombros.

—Yo no tengo teorías, no investigo nada. Sólo te digo que si buscas a quien se cargó a tu amigo, que también era el mío, aunque me parece que de un modo algo diferente, y aunque últimamente nuestras relaciones se hubieran tensado un poco, el Travolta es tu hombre.

—Usted no tuvo nada que ver.

—A ver. Algo, sí. Quiero decir que, como me temo que ya sabéis y no tiene ningún sentido negar ahora, Robles se fue a Logroño para hacerme un recado. También fui yo quien le preparó el encuentro con este individuo que te digo. Y con alguien más, a quien me parece que conocéis, y que lleva o llevaba el mismo uniforme que os ponéis vosotros, cuando os lo pongáis. La idea era que entre todos le sugirieran que dejara de hacer algunas incoherencias por las que le había dado

de un tiempo a esta parte. Todo dentro de la pura persuasión dialéctica. Yo sólo soy un hombre de negocios. Para mi desgracia, se me ocurrió contar con ese Travolta, que ha resultado ser un criminal.

Le dejé dudar hasta qué punto le compraba la mercancía.

—¿Y de dónde le vino a usted esa mala idea?

—Bueno, digamos que me vino recomendado. Por alguien a quien a su vez se lo habían recomendado, como un elemento capaz de desatascar algunas situaciones. Ni esa persona ni yo imaginamos en ningún momento que nos estaban recomendando a un sádico.

—¿Y esa persona es...?

—No es prudente por mi parte que te dé su nombre.

Era el momento de arriesgar. Nada perdía, por otra parte.

—¿No será, por una casualidad, el dueño de esa cocaína que había en su casa, y el del dinero con el que adquirió todos los establecimientos, inmuebles y empresas en los que figura usted como titular?

—De casualidades no sé nada. En todo caso, no voy a darte ningún nombre y no hay nada con lo que puedas amenazarme que no sea mejor, para mí, comerme antes que dártelo. Y las empresas, los locales y los pisos son míos. Están a mi nombre en todos los registros.

—Ya sabe que todo eso me suena a un sí.

—Pero esa palabra no ha salido de mis labios.

—¿Y cómo es que, en cambio, sale tan fácilmente de ellos el nombre de nuestro común conocido Tomás Valero, alias Travolta?

Esquivando mi mirada, fingió recordar algo, de repente:

—Ah, olvidé decirte que anda siempre con dos moros. Se llaman Ahmed y Hassán, como todos, sus apellidos siento no poder dártelos. Los conoció en el talego y se hicieron inseparables. Vienen a ser algo así como sus mozos de espadas, si me permites la comparación.

Rehusé aprobarle el chiste.

—No me parece de muy buen gusto, la verdad. Verá, señor Serret, no es común que una persona de sus características, en el momento de ser interrogada en relación con un delito, suelte con tanta facilidad esa clase de información, a no ser que le interese soltarla. Comprenderá que tengo que buscar el modo de comprobar si es una información fiable. Y me veo en la obligación de advertirle que tengo

elementos para contrastar lo que me dice y averiguar si me miente o no, es decir, si esos hombres fueron los autores del asesinato, sin ningún género de dudas. Aun así, ¿insiste usted en señalarlos como culpables?

No titubeó:

—Insisto. Y para que te quede aún más claro: el propio Travolta se jactó delante de mí de haber asesinado y torturado a Robles.

—¿Y eso fue...?

—Hace unos días.

—¿Cuántos?

—¿Cuatro, cinco? No sé, a veces pierdo la noción del tiempo.

Miré a mis compañeros. Primero a Chamorro, fugazmente. Luego a Arnau. Con un gesto le señalé a nuestro sospechoso. Tragó saliva.

—¿Podría decirnos por dónde para ese hombre? —preguntó.

Serret lo observó de arriba abajo y comprobé con satisfacción que mi joven pupilo aguantaba el tiro. A regañadientes, le respondió:

—No, no podría. Le dije que no podíamos volver a vernos nunca más y se tomó en serio la recomendación. Se largó, no sé adónde.

—Me queda otra duda —intervine.

—No te la guardes, hombre —me animó, campechano.

—A veces, no es lo común, pero tampoco imposible, quien encarga una muerte, cuando se ve en nuestras manos, apunta al sicario como autor no sólo material sino también intelectual del crimen, para sacudirse el marrón de encima, aunque sea una maniobra algo torpe que no suele costarnos mucho desmontar. No irá por ahí, ¿no?

—¿Crees de veras eso que acabas de insinuar?

—¿Perdón?

—A otro —explicó, con desgana— podría tener que explicarle cuál es el móvil, personal e intransferible, y más que convincente, que tenía el Travolta para acabar con Robles. A ti, que sabes de qué va la vaina, lo dudo. Ojalá lo hubiera sabido yo a tiempo. Si ese loco de mierda hubiera tenido el detalle de contarme la historia antes de arreglarle ese encuentro con Robles, en lugar de soltármela después, te aseguro que lo último que habría hecho habría sido decirle al pobre Rafael que viajara a Logroño para recogerme aquel dinero, que por otra parte el Travolta tenía orden de entregarle y me trajo luego en persona.

La lógica que a mí me habían enseñado a aplicar no era muy distinta de la que manejaba él. Aun así, tenía que apurar la suerte.

—Lo que no termina de dejarme contento, Antonio —le dije—, es que a veces se juntan el hambre y las ganas de comer. Tú me entiendes. Y, aparte de que a Robles no lo tenías dado de alta en la Seguridad Social, me consta que habían surgido desavenencias graves entre vosotros. Según nos ha dicho un pajarito, no compartía tu campaña de leva de jornaleras del amor a la salida de los institutos, por ejemplo.

Serret pareció ofenderse.

—Mira, Bleblavicua, o como sea...

—Bevilacqua. Puedes dárselo a tus jefes, no estoy en ningún listín, no tengo Facebook y al revés que tú no tengo nada a mi nombre.

—No te preocupes, no tengo el menor interés en que te pase nada.

—No me preocupo.

—Pues mira, brigada, de las chicas ya te he dicho lo que te tenía que decir. Son personas mayores de edad que tomaron una opción voluntaria y yo no he hecho otra cosa que ayudarlas a reducir los riesgos de esa decisión. Por tan poca cosa, como debes comprender, yo no voy matando a nadie, ni pidiendo que lo maten, y mucho menos que me lo pasen antes por un *remake* de *La matanza de Texas*. Todo eso sale, y sólo puede salir, de la mente fundida de ese tío al que por vuestra culpa, y por su mala conducta, supongo, tuvieron quince años en el trullo, y que en cuanto volvió a la calle le tendió a Robles una trampa en la que yo sólo fui el incauto que sirvió para entregárselo en bandeja, allí donde se lo podía despachar a gusto y con toda la ventaja. Y otra cosa te digo, y creo que es lo que debería preocuparte. Travolta se acuerda de ti, como te conté, y sabe que estás en el ajo. Y sabe algo más, me aseguró: cómo devolvértela también a ti, y donde más te duele.

—¿A qué te refieres?

—No sé. Sólo sé lo que te acabo de decir, y que fue lo que me dijo él. No soy detective, pero suena a que conoce a alguien que te importa, ya sabes, como en aquella otra peli, *Los intocables*. ¿Podría ser?

En ese momento comprendí varias cosas. La primera, y menos importante, a qué se refería Nuño con aquella alusión a algo que sabía y que yo querría saber, personalmente, pero no iba a decirme. La segunda, que el pasado no sólo había vuelto a por Robles, sino también a por mí, y no sólo en forma de incómodos recuerdos, como había creído hasta entonces. Y la tercera, que había una gestión que tenía que hacer sin pérdida de tiempo, porque nunca podría perdonarme que por mi negligencia todo aquello salpicara a quien ninguna culpa tenía.

—Vamos a dejarlo aquí, por ahora, señor Serret —dije, tratando de aparentar la calma que acababa de abandonarme—. Puedo creerle, en principio, pero no acabo de estar seguro de poder desvincularlo de la muerte que nos ocupa. Su relación con ese hombre, si al final resulta ser el autor material, cosa que comprobaremos, juega en su contra.

—Mi relación con ese hombre era muy escasa, brigada. Le encargué un trabajo puntual y no cumplió. A partir de ahí, mi relación con él es nula. Y, por si te sirve, he hecho correr la voz, y nadie con quien yo tenga relación creo que vaya a encargarle nunca nada más.

—¿Me está queriendo decir algo?

—No. Sólo que no creo que os cueste mucho cazarlo si os ponéis a ello. No soy el único que desea que pague por lo que ha hecho y nunca debió hacer. No está nada bien, vender una cosa y dar otra.

—Ya. Bueno, si tiene alguna información más concreta que quiera compartir con nosotros, pásesela a la sargento de los Mossos.

Serret puso cara de espanto.

—Oh, no —se quejó—. ¿Vais a dejarme otra vez con ese machorro feministoide? Dentro de todo, vosotros me parecéis gente normal.

Mientras se ponía en pie, Chamorro le sugirió:

—Cuide su lenguaje, caballero. Para empezar, hablamos entre nosotros, y no le conviene que la sargento que va a organizarle los próximos dos días le coja ojeriza. Y, para continuar, con esa salida se estropea su pose de benefactor de las mujeres. Casi había colado.

—Tienes razón —concedió Serret, divertido—. Oye, dame tu tarjeta y te llamo cuando me suelten. El numerito ese que haces de la poli pistola en mano seguro que me pondría a cien a más de un cliente.

A mi compañera no se le alteró el semblante.

—Para cuando te suelten les pondré mucho menos. Aunque salieras limpio de todo lo demás, que lo dudo mucho, guardabas demasiados polvos de talco en el baño. Ya lo siento si eres consumidor.

—¿Por?

—Porque durante unos años se te va a complicar el suministro.

—Gracias por preocuparte. Ya me las arreglaré.

Aquella última ironía de Serret tuvo un deje melancólico. Chamorro, que

también supo que le había alcanzado, sonrió al replicarle:

—De nada.

En el pasillo, recompuesta a duras penas después de un par de cafés, nos aguardaba la sargento Balderas, junto al agente Gafarot.

—¿Qué tal? —preguntó—. ¿Os ha dado material?

—Me temo que sí —respondí.

—¿Te temes? —se extrañó—. Joder, ya quisiera yo. No sé si entrar ahí y hacerle mi versión de *Thelma y Louise* o amenazarle sin más con mandarlo preventivo a algún módulo lleno de serbios caníbales.

—No te funcionará. Éste sabe que eso no lo decides tú.

—Lo digo por simple desesperación.

—No soy quién para aconsejarte, pero trabájate a los otros y acepta que de ésta sólo vas a cepillarte lo que colgara de él; lo que haya aguas arriba os va a llevar más tiempo, y no será por él como lo sepas. Yo tengo que ir a hacer una gestión urgente, pero me gustaría que me dejaras a alguien para que mire con Arnau en vuestra base de sospechosos. Busco a dos moros y a un individuo llamado Tomás Valero, alias Travolta. Es posible que haya estado fuera de la circulación hasta hace muy poco y que no te suene al primer golpe. Pero era conocido allá por el Pleistoceno, cuando yo todavía zascandileaba por aquí.

A Balderas no se le escapó lo insólito que era aquello.

—Pues no, no me suena —dijo, pensativa. Y, volviéndose a su subordinado, le encargó—: Anda, hazme tú el favor, échales una mano.

—Juan, ya sabes lo que hay que buscar —instruí a Arnau—. Y tú, Vir, te vienes conmigo. Tenemos que ir a hablar con cierta persona.

No preguntó entonces, y tampoco en el trayecto que realizamos desde la comandancia hasta el Eixample de Barcelona. Le sobraban datos, y también perspicacia, para saber a quién íbamos a ver. Quizá por eso dejó que se instalara entre ambos aquel silencio inusual y un tanto solemne, en el que casi llegué a escuchar, cada vez más rápidos, los latidos de mi corazón. La guié por aquella geografía urbana que creía haber olvidado pero que continuaba grabada a fuego en mi memoria. Apenas cometí un par de fallos, achacables a decisiones recientes del consistorio, que había cambiado el sentido de la circulación en tal o cual vía o cortado otras por obras. Al cabo de media hora llegamos a la plazoleta entre chaflanes donde estaba nuestro destino. Busqué con la mirada un parking. Por suerte, en Barcelona, o por lo menos en el Eixample, siempre hay uno cerca. No

tardé en localizarlo y le indiqué:

—Mételo allí.

Existía, claro estaba, el riesgo de que no hubiera ido ese día a trabajar. Incluso podía haber cambiado de trabajo, aunque esto resultaba más improbable, porque el negocio era suyo. De pronto sentí una punzada de inquietud, por si había sido uno de los muchos barridos por el maremoto de la crisis. Todos mis temores se disiparon cuando la vi, a través de la cristalera, detrás de la barra. Chamorro preguntó:

—¿Quieres entrar solo?

—No. Esto es profesional. Entra conmigo. Y olvida lo que te conté anoche. Ahora es sólo alguien a quien hemos de proteger.

No he temblado muchas veces en mi vida, supongo que más por inconsciencia que por verdadero valor, pero temblaba, aunque fuera imperceptiblemente, cuando entré en aquella cafetería. Una de esas típicas cafeterías de Barcelona, limpias y acogedoras, donde jamás había puesto el pie, aunque más de una vez la había mirado desde la acera de enfrente. La cafetería, y a la mujer que la atendía, que esta vez, a diferencia de las anteriores, me vio a mí también. Se quedó paralizada. Seguía teniendo esa mirada un poco triste y un poco soñadora, como de niña en las nubes, pero la mujer que estaba allí, atendiendo su negocio, ya no era, ni volvería a ser, la veinteañera que me había descubierto que el amor era un mundo fuera del mundo, donde era posible ganarse perdiéndose, o perderse ganándose, o todo a la vez.

—Tranquila, no soy un fantasma —acerté a decir.

—Ya lo veo —murmuró.

—Mi compañera, la sargento Virginia. Ésta es Anna.

Sus miradas se cruzaron. Se me hizo largo, aquel segundo.

—Encantada —dijo Chamorro.

—Mucho gusto —respondió ella.

—Nos trae un asunto oficial —dije—. Veo que no es buen momento, tal y como tienes esto, pero nos gustaría hablar contigo a solas.

—¿Un asunto oficial?

—No tema —me echó un capote mi compañera—. No es nada en lo que usted esté envuelta, ni mucho menos, pero tenemos que contarle algo. Y es un asunto delicado, será mejor hablarlo sin testigos.

Anna miró a su alrededor, apurada. Tenía la cafetería a reventar, era media mañana y debían de haber salido a tomar el café de todas las oficinas de las inmediaciones. Acabó dando su brazo a torcer:

—Si no puede esperar... Tengo una trastienda pequeña.

—Nos valdrá.

—Gladys —se dirigió a la camarera de aspecto sudamericano que la ayudaba—. Tengo que hablar de una cosa urgente con estos señores. Por favor, atiende tú, como puedas. Tardo lo menos posible.

Gladys asintió, con una sonrisa. Se me ocurrió que Anna no debía de ser mala jefa. O que Gladys sabía lo duro que estaba lo de encontrar un trabajo y que no era cuestión de perderlo por un mal gesto.

En la trastienda, Anna tenía una mesa escueta donde se amontonaban las facturas y unas sillas que colocamos de forma que cupiéramos los tres, Chamorro y yo frente a ella. De la pared colgaba una lámina de la Virgen de Montserrat. Me acordé de lo que me había contado, años atrás. Cómo sentía que la Virgen negra la protegía en nombre de su abuela muerta, que era quien le había inculcado la devoción. Yo no era mucho de vírgenes, pero me permití pedirle a aquélla que no le fallara justamente ahora. Y, como debía ir al grano, al grano fui:

—Te acuerdas de Valero, el Travolta, imagino.

No pudo ocultar su sobresalto.

—Cómo no me voy a acordar.

—Está en la calle. Y no sólo eso. Es el sospechoso número uno de un asesinato. También recordarás al muerto. Rafael Robles.

Anna se llevó una mano a la boca. Me dolió verla revivir el desamparo, la zozobra de aquellos días. En cuanto se rehízo, preguntó:

—¿Cuándo ha sido eso?

—La semana pasada. Parece que al Valero se le terminaron de pelar en la cárcel los cables que no traía pelados de fábrica. Está desaparecido y vamos tras él. De hecho, quiero pedir permiso a mis jefes para poner su foto por todas partes para que no pueda asomar el hocico sin que alguien lo vea y nos llame, pero aún no he hablado con ellos y no sé si me lo darán o no. A veces son reacios a estas cosas, y quería avisarte. A lo mejor es bueno que no vengas por aquí durante un par de días, si tienes quien te cubra. Y si vienes, te pido que nunca estés sola. También quería darte esto. —Y le tendí una tarjeta—. Ahí tienes mi teléfono y el de la sargento. A nada que observes algo que te preocupe, llámanos, a cualquiera de los

dos, y nos ocuparemos inmediatamente.

—¿Estás por aquí otra vez?

—Mientras dure esto, sólo.

Sacudió la cabeza, perpleja.

—Pero no entiendo por qué yo...

—Culpa mía, me temo —dije, sin escurrir el bulto.

Anna me miró, aún descolocada, o quizá ya no tanto. Se le puso una expresión nostálgica. Terminó por observar, indulgente:

—Algún día tendrás que dejar de echártelo todo encima, ¿no crees?

—Algún día.

—¿De veras temes que venga por mí?

—De veras. Preferiría llevarte a tu casa ahora mismo. Y dejar avisados a los Mossos de la comisaría donde vivas para que echen un ojo. Por lo menos durante un par de días. Pero eres tú quien decide.

—Qué hijo de puta, el Tomasín —maldijo—. Lo era hace veinte años y lo será cuando se muera, que espero que no tarde. No hace falta que os molestéis. Si la cosa es como me decís, les puedo pedir el favor a los de la Guardia Urbana. Todos vienen a desayunar aquí. Y cuando esté en casa también pueden ocuparse ellos. Esto es... demencial.

—Lo siento mucho.

Anna se me quedó mirando. Me costaba tenerla tan cerca.

—Siempre supe que volvería a verte —dijo—. No lo imaginaba así.

Se hizo un denso silencio. Chamorro, hábilmente, lo aprovechó para ponerse en pie. Me puso la mano en el hombro y me anunció:

—Voy a ir sacando el coche.

Me pilló desprevenido. Cuando quise reaccionar ya se había despedido de Anna y había salido de allí, dejándonos a solas. Nos quedamos mirándonos, sin pronunciar palabra, durante un lapso que se me hizo eterno. Le vi las arrugas en torno a los ojos, aquella serenidad desconocida en el gesto, la piel que seguía siendo tan suave y luminosa como cuando yo la acariciaba. Sospecho que ella vio las canas que no me había visto, y no quise imaginar qué leyó en mi rostro.

—¿Sabes qué recuerdo ahora? —dijo.

—No me atrevo a apostar.

—La canción.

—¿Cuál de ellas?

—*Ti proteggerò*... Era verdad.

La canción empezaba con esas palabras, pero no se llamaba así, sino *La cura*. La había sacado Franco Battiato justo por la época en que la perdí, o nos perdimos los dos, y yo le había enviado el disco después de que me dijera que no podía abandonar a su marido. Un gesto inútil. La canción cuenta cómo alguien cuidará de otra persona, del modo en que yo habría querido, pero ya nunca podría, cuidarla a ella.

—Claro que era verdad. No sabría cómo mentirte. Aunque habría preferido no tener que protegerte de esto, francamente.

—Es una bonita canción. Me aficionaste a Battiato con ella. Lo tengo todo. ¿Y sabes qué? Hace no mucho sacó una canción que me habría gustado regalarte yo a ti, si hubiera sabido adónde enviarla.

—¿Cuál?

—*Il venait d'avoir dix-huit ans.* ¿La conoces?

Lo pronunciaba bastante bien, el francés. Era lo que había estudiado en el instituto. Y su sueño, recordaba que me había dicho, era irse algún día a Francia y abrir un restaurante allí, frente al mar.

—La conozco. No es suya. Se la tomó a Dalida.

—Lo sé. Lo vi en Internet. Ya que estás aquí, te la regalo ahora. Y te dejo adivinar los versos que me dieron la idea de mandártela.

—No caigo —mentí.

—*Aurait voulu le retenir, pourtant elle l'a l'aissé partir, sans faire un geste.*

Era lo que faltaba. Oírla decir aquello. Y en francés.

—Es perverso, Battiato —juzgué.

—Sí. Sabe bien dónde duele.

Sus labios sonreían, pero sus ojos estaban húmedos. Como los míos. A través de esas dos brumas la miré y me salió decirle:

—¿Estás bien, Anna?

Asintió, quise creer que haciendo un esfuerzo.

—Sí, estoy bien. Tengo dos hijos. Sigo con Andreu. Bien.

Asentí a mi vez, mientras asimilaba lo que en el fondo ya sabía.

—Me alegro, de verdad. En fin, yo tengo un malo al que quitar de la circulación y tú una cafetería llena de gente. Pongámonos a ello.

—Sí.

—Y tienes mi número. Por si te hace falta.

—Lo tengo.

Salí a la plazoleta con una sensación de irrealidad. Tardé en reconocer el Touareg que con los cuatro pilotos puestos en intermitencia me esperaba a la puerta de la cafetería, con Chamorro al volante. Al fin, inspiré hondo y acaté mi destino, que continuaba sin pasar por allí.

—¿Todo bien? —me preguntó mi compañera.

—Todo bien —respondí, mientras sacaba el teléfono—. Voy a llamar directamente a Pereira, me importa un bledo si se me cabrea el comandante. Hay que poner ya la foto de ese animal en todas partes. Es el asesino de un guardia civil. Le tiene que caer el puto infierno encima.

No tuve tiempo de buscar el número del coronel Pereira en la agenda de mi teléfono. Apenas lo había encendido cuando la pantalla se iluminó con el aviso de una llamada entrante. Número oculto.

—¿Sí? —lo atendí.

—¿Brigada Bevilacqua?

Cuatro cosas me llamaron la atención. Una, que no creía haber oído esa voz anteriormente. Dos, que parecía hablar con acento extranjero. Tres, que, contra lo que era habitual, sabía decir sin error mi apellido. Cuatro, el rumor de viento y olas que se oía de fondo.

—Soy yo. ¿Quién llama?

—No nos conocemos, y no nos vamos a conocer, espero. Tengo algo para usted. Un regalo, con mis respetos. Y mis disculpas.

—¿Quién es usted?

—Eso no importa, ya le digo. Llame a su puesto en Portbou, Girona. Hay un mirador, poco antes de llegar al pueblo. No suele estar concurrido porque hay que tomar un desvío de la carretera. Le he dejado ahí algo que le interesará. Es una atención que quiero tener con usted, pero también algo que hago por mi cuenta e interés, y por un amigo, Antonio Serret, que se ha visto injustamente perjudicado. Confío en que les sirva, también, para convencerse de su inocencia. Yo fui quien

cometió el error, y por eso lo rectifico ahora. Como puedo.

—Espere, ¿desde dónde...?

—Lejos, yo ya estoy lejos. Y pronto, más aún. *Ciao.*

Y colgó. En los minutos siguientes, entre Chamorro y yo hicimos varias llamadas frenéticas. Ella avisó al puesto de Portbou y a la sargento Balderas. Yo hablé con mi comandante y con la cabo Salgado, en Madrid. De poco sirvió que ésta identificara el móvil desde el que me habían llamado, el mismo que había usado en su día Lucimara, y localizara su posición, fuera del territorio español. Su señal se apagó justo después de la conversación y no volvimos a registrarla. Imaginé el teléfono arrojado al Mediterráneo desde algún promontorio sobre la costa del departamento francés de los Pirineos Orientales.

Diez minutos después, mientras conducía a toda velocidad hacia la comandancia, llamaron a Chamorro. Lo cogió y la oí pronunciar cuatro síes lacónicos. Cuando colgó, la interrogué con la mirada.

—Son ellos —confirmó—. ¿Vamos directamente para allá?

—No sin el chico. Quiero que lo vea.

Recogimos a Arnau, a quien consideré que debía tener junto a mí, para su formación, cuando nos enfrentamos, un par de horas después, a aquel espectáculo siniestro. Tumbados sobre el asfalto del mirador, perfectamente alineados los tres, los cadáveres de Ahmed, Hassán y Tomás Valero, alias Travolta, miraban al cielo azul de aquel día de otoño sobre Portbou. El tupé al que le debía su apodo el asesino de Robles seguía en su sitio, blanqueado por los años de encierro. Les habían cortado las manos, a los tres. Sólo fue posible encontrar una de Ahmed, al pie del acantilado. Enviado quedaba el mensaje a futuros espontáneos. Y nuestro caso, sentenciado sin juicio previo.

EPÍLOGO

LA MARCA DEL MERIDIANO

Tomás Valero, más conocido como Travolta, nos miraba desde su sillón con el gesto desencajado y la mirada echando azufre. Tan sólo hacía cinco minutos que Robles y yo lo habíamos arrancado del lado de una mujer joven y sin embargo muerta. A golpes, los que aquel salvaje le había propinado por una nimiedad, incluso cuando ya la chica había dejado de moverse. Entonces no sabía aún el nombre de ella, quiero decir el verdadero, pero luego lo conocí y ya jamás pude olvidarlo: Ivanka Krumova, una belleza rubia que había aprovechado de la peor manera posible la entonces reciente caída del telón de acero para pasar a Occidente. Una muchacha demasiado inquieta, de esquivos ojos grises, cuya muerte llevo para siempre sobre mi conciencia. Aunque yo no le pusiera un dedo encima, tampoco hice por parar al que iba a matarla. Mucho antes, cuando habría debido hacerlo.

Robles encaró la situación con serenidad. Después de dejar a Valero gritar y soltar toda la ira que tenía dentro contra la puta imbécil que se había muerto de puro floja, según dijo, y contra sí mismo, aunque eso no lo dijera y quizá ni llegara a percatarse, mi jefe le puso la mano sobre el hombro y le miró a los ojos. No hacía falta mirárselos mucho para ver que iba hasta arriba. No era eso lo que Robles buscaba.

—Tomás, tenemos aquí una situación que exige mantener la cabeza fría —le dijo, con su tono más persuasivo—. Así que cálmate.

—¿Tú qué dices? —le urgió Valero—. ¿Cómo nos deshacemos de ella?

Robles meneó la cabeza.

—No, Tommy. No nos vamos a deshacer de ella. Vamos a llamar a los compañeros para que levanten el cadáver con todas las formalidades y la entierren como es debido. Y tú vas a confesar que te volviste loco, que estabas demasiado pasado de coca y que no recuerdas casi nada, que cuando quisiste darte cuenta ella ya estaba muerta.

Travolta se echó hacia atrás.

—¿Tú estás gilipollas? —bramó.

Robles continuó impertérrito.

—No. Lo estaría si te ayudara a ocultar ese cuerpo. Contándolo así, pueden caerte pocos años. Luego te portas bien en la cárcel y de aquí a nada te dejan salir durante el día para trabajar. Te has cargado a una persona, de forma tonta y sin querer, ya sé. Pero estas cosas hay que pagarlas y, si uno las paga como debe, puede ahorrarse pagarlas de peor manera. Además, nosotros somos guardias, Tommy.

—Para tirarte a mis putas gratis no eras guardia, cabrón.

—Todo tiene un límite.

—El límite te lo voy a poner yo, capullo. Si yo voy al talego, vosotros dos os venís conmigo. Lo contaré todo, ¿me oyes? Todo.

—En este país hay libertad de expresión, para eso trajeron la democracia. Pero también yo diré lo que quiera. Y yo soy un agente de la autoridad y tú un chulo de putas que se acaba de cargar a una.

—No me lo puedo creer...

Robles apenas le dio tiempo a levantarse del sillón. Con un rápido movimiento lo hizo girar sobre su columna, le dobló los brazos, que para eso era más fuerte, y le esposó las manos a la espalda.

—Eres un hijo de perra —gritó Valero—. Te vas a cagar.

Robles le habló sin alzar la voz.

—Sigue mi consejo, Tommy. Se te fue la mano. No recuerdas nada.

Un par de meses después, cuando ya había pasado el torbellino, tras una instrucción accidentada y un expediente que conseguimos que nos cerraran sin sanción por falta de pruebas, Robles, ante unas cervezas que esta vez habíamos pagado, me dijo algo que recuerdo ahora como la última y más decisiva lección que de él recibí. Un discurso que se me grabó a fuego y que en adelante había de guiar mis pasos:

—Pide destino, sudaca. Vete de aquí. Ya te he enseñado todo lo que podía enseñarte y a partir de aquí sólo puedo joderte. He estado a punto de hacerlo de mala manera, ya me perdonarás. Olvida a la chica, que lo que mal empieza pocas veces bien acaba. Y con tu mujer, tú sabrás, nunca he sido tan estúpido como para pretender saber qué pasa en la casa y la cama de otro, pero tienes un hijo y está en Madrid. Sé cómo eres, porque en el fondo somos parecidos. Y he dicho parecidos, no iguales. Yo llevo un demonio dentro al que ahora procuraré tener a raya un

tiempo, por la cuenta que me trae, pero me conozco. Tarde o temprano volveré a dejarme ir y alguna vez no lo controlaré, o me fallará la suerte, y no quiero que para entonces estés aquí, porque si estás conmigo sólo puedo arrastrarte a lo que no te mereces. Tú llevas el demonio, también, pero el tuyo es distinto. Tú, si quieres, puedes controlarlo. No te descuides. Y no le pierdas la cara nunca.

Recordé aquellos dos momentos, poco más o menos como acabo de hacerlo, para Chamorro, unos tres meses después de la muerte de Robles. Habíamos tenido que regresar a Barcelona, donde nos reunimos con la teniente Morata y con los Mossos para cerrar flecos de la operación de octubre. Para nosotros había quedado abruptamente resuelta, con la ejecución extrajudicial de los tres autores materiales del crimen. Así lo confirmaban los restos de ADN que habían dejado en aquella casa de La Rioja, donde había quedado sangre de Robles y cuya flora bacteriana coincidía con la que habíamos sacado de los zapatos del subteniente y con la que también había en otros que encontramos en el piso de Valero. Lo único que nos faltaba era el Seat León rojo, que no apareció nunca, y que me permití imaginar circulando bajo una nueva identidad por las carreteras de algún país de la Europa del Este o del Magreb. No dejaba de ser un sarcasmo que para una vez que teníamos una investigación amarrada de ese modo, con un móvil incontestable y multitud de evidencias materiales de la más variada índole, no fuera a celebrarse nunca un juicio en el que hacerlas valer. Así es como funciona esto: la muerte del reo extingue la responsabilidad penal.

Sin embargo, lo que para nosotros había sido el final, para nuestra gente de delincuencia organizada y para los Mossos no era más que el principio. Tres meses después, y en coordinación con la Gendarmería francesa y los Carabinieri italianos, seguían levantando su laborioso aparato probatorio contra el hombre para quien trabajaban tanto Antonio Serret y el sargento Nuño, en Barcelona, como, sin saberlo, el sargento primero Salazar, en Cantabria. El sujeto que había aprovechado la continuidad del arco mediterráneo, desde Barcelona a Génova, pasando por Marsella, y la venalidad de los nuestros, para dirigir desde un apacible escondrijo en la costa catalana sus negocios en toda la zona y centralizar allí buena parte del blanqueo de su dinero. Hasta que el derrape de un ex proxeneta asesino y ex presidiario perturbado le había desbaratado la tienda y le había forzado a evaporarse.

Los compañeros necesitaban cruzar algunos detalles con nuestra investigación y nuestras escuchas telefónicas, de modo que allá nos fuimos. Favor con favor se paga, y ellos nos habían echado algo más que una mano meses atrás. Eso nos había deparado un día entero de reuniones, hasta tan altas horas que habíamos preferido pernoctar en la comandancia. Conforme a la diligencia benemérita, a la mañana siguiente madrugamos, y se me ocurrió llevar a aquella playa a Chamorro porque

me parecía una forma de saldar una deuda. La primera vez que había estado en Barcelona la había llevado a ver el Tibidabo y el Park Güell, lo que iban a ver los turistas. La playa desierta por la que ahora caminábamos era, en cambio, parte de mi geografía personal. Allí, frente al mar, a la luz de aquella mañana soleada de invierno, fue donde recobré para ella esos momentos comprometidos y oscuros que había compartido con Rafael Robles. Y también algo más.

—Siempre que venía aquí —le expliqué— me gustaba pensar que esta playa, esta arena dorada y casi sin gente, salvo que vengas en verano, era la imagen más aproximada que uno podía tener de otra, inventada, aunque no por eso menos real: la playa de Barcelona donde don Quijote perdió su último combate. Es de suponer que Cervantes tuviera en mente un trozo de este arenal más hacia el norte, junto a la Barcelona de la época. Pero éste no está muy lejos, y tiene la ventaja de que es el único que se conserva tal y como entonces, sin edificios. Sólo la arena y el mar. La arena sobre la que cayó el hidalgo, el mar que le vio perder su ventura. O así es por ahora, ya veremos cuánto resiste.

Chamorro sabía, cómo no, a qué me refería. No hacía mucho que había pasado por allí, por aquella misma playa de Viladecans, con gran ruido mediático, un magnate americano de los casinos al que el gobierno catalán le había ofrecido aquel espacio, y todos los terrenos adyacentes, para levantar un nuevo Las Vegas. O más bien un nuevo Atlantic City, ya que el principal aliciente era la cercanía del mar, con aquella fachada costera donde a lo mejor les daba por hacer un paseo de madera al estilo del que se veía en *Boardwalk Empire*, la serie sobre los inicios de la ciudad del juego de la costa Este que había descubierto no hacía mucho con mi hijo y que nos curaba del mono que nos había dejado el final de otras. Había quien decía que el tinglado sería un lavadero al por mayor de dinero negro y una meca de la prostitución. Nunca he podido predecir el futuro, ni tenía información como la que suelo exigirme para hacer afirmaciones tan categóricas, pero si resultaba ser así, tendría su gracia: que nosotros trabajáramos tanto como habíamos trabajado y seguíamos trabajando para cerrar un puñado de puticlubes y parar a un blanqueador de dinero sucio, mientras desde instancias oficiales se alentaba lo mismo pero a gran escala.

Para mí, aquella playa tenía otro significado. Lo que allí recordaba, aparte del descalabro final de Alonso Quijano, era mi propio descalabro. Allí había sido donde me había despedido de Anna, dieciséis años atrás. Allí, donde tantas veces habíamos ido juntos, a salvo de miradas indiscretas, fue donde le descubrí mi intención de poner fin a nuestra relación y regresar a Madrid. De no ser ya más su caballero.

—Lo encajó bien, dadas las circunstancias —evoqué—. Era como si lo hubiera

sabido desde siempre, que lo nuestro se rompería, y sería de golpe y sin entender del todo por qué. Miró el mar, ese mismo mar, lloró un poco y me dijo: *Te deix, amor, la mar com a penyora.*

—¿Cómo? —preguntó Chamorro.

—«Te dejo, amor, en prenda el mar.»

Mi compañera me echó el brazo al hombro.

—Tuviste suerte —dijo—. Alguna otra te habría sacado los ojos.

—No era suya, la frase. La tomó de un relato de una escritora balear, Carme Riera. Lo leí luego. Va de un amor homosexual entre mujeres. En su tiempo fue escandaloso. Hoy lo leen en los colegios.

—Y tú, ¿no le dejaste nada?

—La despedida aquí, en este sitio donde podíamos construir un recuerdo que no fuera sórdido. Y una canción, también. De alguien a quien solíamos escuchar y que nos había dado la que nos unió.

—¿Quién?

—Gino Paoli, un cantante italiano de hace mil años. Habrás oído su canción más famosa, *Sapore di sale*. Ésa era la que nos gustaba, a los dos. La que hizo que el mar fuera algo entre nosotros, algo que ella podía dejarme como prenda. La que yo le dejé aquí, esa última tarde, fue otra. Una mucho más triste, me temo. *Ti lascio una canzone.*

—¿Y qué dice? Cántamela.

—No, no canto nada bien. Te digo un par de versos: *Ti lascio una canzone che tu potrai cantare a chi... a chi tu amerai dopo di me.*

—Tampoco sé italiano.

—Yo sólo un poco, pero es fácil. «Te dejo una canción que podrás cantarle a quien ames después de mí.» Puro masoquismo.

Llegados ahí, ya no me esforcé en aguantar más. Dejé que las lágrimas resbalaran por mi rostro mientras apuraba, también sin resistirme, el reflejo del sol en el mar. No me avergonzaba que ella lo viera. Ningún hombre que se muera sin haber llorado alguna vez frente al mar puede decir que ha vivido. Mi sargento me limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Luego se puso ante mí y me pidió:

—No lo malinterpretes, mi brigada, pero creo que ahora mismo necesito darte un abrazo y que tú lo necesitas también. ¿Te dejas?

Extendió los brazos. La miré y vi, cálida y diáfana, a la mujer a la que

normalmente me esforzaba en no ver. Vi, también, a la compañera, la camarada a quien podía pedirle que me guardara la espalda y a quien yo siempre le cubriría la suya, pasara lo que pasara.

—Me dejo. Y no lo malinterpretaré. Creo.

Permitimos que el abrazo durara, lo suficiente para sentir el calor y la firmeza del otro. Quedó demostrado que ella era más firme, pero también que yo, aunque a veces diera en dudarlo, podía prestarle un hombro en que apoyarse si tenía necesidad. Y eso me gustó.

—Y ahora, a formar —dijo, tras separarse.

—Ya ves tú. Con lo poco que me van a mí los desfiles.

No lo decía en sentido figurado. Estábamos invitados a un acto castrense, al que habíamos decidido quedarnos para tener ocasión de ver a Riudavets y a nuestra gente de la zona, y celebrar con ellos, a costa de la empresa, el éxito de nuestra operación. El acto en cuestión era el relevo del general jefe de Cataluña, al que Riudavets acudía en su papel institucional de mando de los Mossos, y los nuestros, porque les entraba en el sueldo. Chamorro y yo nos libramos de formar gracias a que no teníamos el uniforme, pero al resto, incluidos los policías autonómicos y los miembros de otros cuerpos que estaban invitados, sí que los pusieron en formación. Y a la teniente Morata, algo más que eso. Cuando la vi desfilar al frente de la compañía, uniformada y sable al hombro, me pareció otra persona. Igual que Riudavets, con su uniforme azul oscuro y su gorra de ribete encarnado. Allí no faltaba nadie. Incluso había venido el *conseller*. Y el ministro, nada menos.

Asistimos a la ceremonia en segundo plano. Nuestra ropa civil nos permitía hacerlo a cierta distancia y sin obedecer los toques de mando que iba dando la corneta, aunque nos pusimos firmes cuando tocaron el himno nacional. También, cómo no, en el homenaje a los caídos. Había oído decenas de veces aquellas palabras, que formaban parte obligada del ritual. Pero qué distintas me sonaron esa mañana, mientras pensaba en el hombre con el que tantas veces había caminado por aquel patio y con quien había compartido alguna vez, incluso, formación en algún acto semejante al que ahora presenciaba:

Fueron grandes y fuertes, porque fueronfieles al juramento que empeñaron.
Y, sobre todo, el final de la oración fúnebre:

No quisieron andar otro camino,no supieron vivir de otra manera.
Me acordé de la conversación que había mantenido, meses atrás, con el sargento de Infantería Robles, el hijo de mi amigo, que ahora, por cierto, estaba de vuelta en

Afganistán, exponiéndose a ser uno de los destinatarios futuros de aquel homenaje. Había sido el trago más duro, explicarle cómo y por qué había muerto su padre. No le oculté nada. Creí que era mejor que lo supiera por mí, con detalles fidedignos, que a través de habladurías y chismes. Y al final, después de escuchar toda la historia, me había mirado con una amargura infinita, y yo me había exprimido los sesos para encontrar algún consuelo que darle.

—Tu padre era un hombre con debilidades, como todos —acerté a decirle—. Pero al menos dos veces, que yo sepa, pagó el precio por no querer convertirse en un canalla. Yo fui su amigo y pienso honrar su recuerdo, siempre. Y creo que tú puedes hacer otro tanto.

Escuchando ahora el himno a los caídos, me pregunté si habría logrado convencerle. No pasaba de ser un razonamiento peregrino. El homenaje o la repulsa filial no iban a depender de aquellas pocas palabras escuchadas a un extraño. El hijo de Robles debía acudir al desván de su memoria. Y allí, en cualquier instante banal, cualquier momento de esos que vivimos sin empeñarnos demasiado y sin saber que algún día los recordaremos o los recordarán, hallaría su respuesta.

Terminado el acto, rotas las filas, nos reunimos, ya fuera de la rigidez del protocolo, con aquellos a quienes habíamos ido a ver. No supe quién resultaba más cómico, si Gil con tricornio y el uniforme que se había hecho en tiempos en que gastaba dos tallas menos, o Riudavets tratando de acoplarse a la rigidez de una guerrera que también se veía que se ponía poco y que lo despojaba de su habitual elegancia deportiva. La ocasión me permitió soltarle además un par de pullas.

—¿Has visto esa fachada? —Y le señalé la del edificio principal.

Se volvió, mosqueado.

—¿Qué tiene?

—Mírala bien.

Se fijó y entonces reparó. En el centro se veía una *senyera* de porte descomunal. Flanqueándola, colgaban dos banderas españolas bastante más pequeñas. Asintió, admitiendo mi pequeña victoria.

—Y, mientras tanto, vosotros quemáis la bandera de esta gente —dije.

—Oye, que yo no. ¿Y no es la tuya, también?

—Guárdame el secreto. Yo, la verdad, no soy muy de banderas. Pero tampoco quemaría nunca la que le hace sentir algo a otro.

—Creí que ibas a mencionarme el *speech* del general.

A más de uno le había sorprendido que el nuevo general hiciera la mitad de su discurso en un potable catalán. A mí no. Lo había conocido de oficial, años atrás. Llevaba toda su vida en Cataluña y su familia era de allí. Algo inimaginable para los traficantes de clichés.

—También —dije—. A ver si tomáis nota. Seguro que mañana ningún periódico sacará nada de ese discurso en la lengua vernácula ni traerá la foto de esa *senyera* presidiendo la ceremonia. Es natural. Tender puentes llena menos portadas que volarlos. Siempre fue así.

—Anda, no seas cáustico. Y no la pagues conmigo. Ya me ves, aquí estoy. Y todos los míos. Hasta mi *conseller*, que ya es decir.

—Es verdad. Oye, no saludas mal, que te he visto.

—A la bandera de los Borbones, además —se rió.

—Bueno, eso es coherente con vuestros orígenes.

—No vas a conseguir que me pique. No hoy.

En el vino español que siguió comimos algo más de lo que para mi metabolismo ya ralentizado por la edad era recomendable y bebimos algo más de lo que según la ley debíamos beber para ponernos en carretera, que era lo que nos esperaba a Chamorro y a mí a renglón seguido. Ni siquiera ella se privó de brindar, con cava, por descontado, por el final imperfecto de nuestra investigación. Al guardia Gil no me extrañó verlo desmelenarse. Sí me asombró ver al guardia Romero, achispado, ligando con la teniente Morata. Pudo ser el cava, pero me pareció atisbar el comienzo, uniformado, de una gran amistad. Lo que no estaba seguro de que les conviniera, a ninguno de los dos.

Anochecía ya sobre el desierto de Los Monegros cuando pasamos, de regreso hacia Madrid, bajo el arco del meridiano de Greenwich. Estaba iluminado, como solía en cuanto se iba la luz natural. Verlo aparecer así, refulgiendo en mitad de la llanura, se me antojó una imagen simbólica. Ahí estaba, la raya que separaba el este del oeste, Barcelona de Madrid, mi ayer de mi presente y mi futuro. Después de todo, aquella divisoria trazada sobre el globo terráqueo no era más que una convención, decidida hacía mucho por gente que ya había muerto. Como las leyes, como la moral que separa a los malos de los buenos, o a un hombre de convertirse en una especie de enterrador de sí mismo y de todo lo que un día creyó que podría ganarle a la vida. Sólo los que habíamos cruzado la línea alguna vez, los que conservábamos sobre la piel y el alma la marca del meridiano, sabíamos hasta qué punto podía llegar a pesar aquella cicatriz. Chamorro conducía absorta en la ruta y firme, como de costumbre, al volante que regía nuestro rumbo. Bajo la lluvia que comenzó entonces a repicar en el parabrisas, tuve un último recuerdo para Robles.

Deseé que acertara al creer que algunos de los marcados podíamos dar esquinazo a nuestro demonio. Ojalá el rastro de nuestros pecados no volviera, nunca más, a convocarnos.

Viladecans-Getafe-Madrid-Peñaranda de Bracamonte-Venecia-
Estocolmo-Llançà, 25 de octubre de 2011 - 25 de marzo de 2012.
La marca del meridiano

Lorenzo Silva